CAMINANDO FRONTERAS. MEMORIAS DEL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL

Pilar Nova Melle y Elena Sánchez de Madariaga
(coords.)

Ministerio de Justicia
Asociación Descendientes del Exilio Español
Madrid, 2019

1.3.007 (fs.212)

CAMINANDO FRONTERAS. MEMORIAS DEL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

CAMINANDO FRONTERAS. MEMORIAS DEL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL

Pilar Nova Melle y Elena Sánchez de Madariaga
(coords.)

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

Ministerio de Justicia
Asociación Descendientes del Exilio Español

Madrid, 2019

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado
https://cpage.mpr.gob.es

El editor no se hace responsable de las opiniones recogidas, comentarios y manifestaciones vertidas por el autor. La presente obra recoge exclusivamente la opinión de sus autores como manifestación de su derecho de libertad de expresión.

GOBIERNO DE ESPAÑA MINISTERIO DE JUSTICIA

Asociación Descendientes del Exilio Español

Ochenta Aniversario Exilio Republicano

Editan: Ministerio de Justicia
Secretaría General Técnica
Asociación Descendientes del Exilio Español

© de los textos: los autores
© de las fotografías: los autores

© de la presente edición: Ministerio de Justicia, 2019
Calle San Bernardo, 45
28015 Madrid
© de la presente edición: Asociación Descendientes del Exilio Español, 2019

Fotografía de cubierta: Refugiados españoles en París. Foto Keystone, en L´Illustration, 9 de abril de 1938.

Depósito Legal: M-16282-2019
NIPO (papel): 051-19-012-0
NIPO (pdf): 051-19-013-6

Impreso en España – Printed in Spain

En esta publicación se ha utilizado papel reciclado libre de cloro de acuerdo con los criterios medioambientales de la contratación pública.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PRÓLOGO
Rosa Regás Pagés 7

PREFACIO
Pilar Nova Melle 9

INTRODUCCIÓN. EL EXILIO REPUBLICANO EN LA MEMORIA
Elena Sánchez de Madariaga 11

I. TESTIMONIOS

CAPÍTULO 1. MI QUERIDO MAX
Elena Aub Barjau y Federico David Álvarez Aub 17

CAPÍTULO 2. ÉXODO DE LA FAMILIA GIRAL BARNÉS
Ángela Giral Barnés 27

CAPÍTULO 3. EL DÍA MÁS AMARGO EN LA VIDA DE LÍSTER
Enrique Líster López 43

CAPÍTULO 4. RECUERDOS DE INFANCIA DE LA GUERRA Y EL EXILIO
Pura de Madariaga Álvarez-Prida 51

CAPÍTULO 5. ¿EXILIO? ¿CUÁL EXILIO?
Carmen Negrín 67

II. VOCES INSTITUCIONALES

CAPÍTULO 6. FRONTERAS, ACOGIDA E INTERNAMIENTO. MEMORIAS DEL ÉXODO REPUBLICANO DE FEBRERO DE 1939 Y DE LA LLEGADA A FRANCIA
Jordi Font Agulló y Miquel Serrano Jiménez. MUSEU MEMORIAL DE L'EXILI-MUME 83

CAPÍTULO 7. MIGUEL HERNÁNDEZ: EL EXILIO FRUSTRADO
Francisco Escudero Galante. CENTRO DE ESTUDIOS MIGUEL HERNÁNDEZ 103

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

CAPÍTULO 8. LA ODISEA DE FRANCISCO LARGO CABALLERO EN EL EXILIO: LA VERDADERA FAZ DEL ENEMIGO
Manuela Aroca Mohedano. FUNDACIÓN FRANCISCO LARGO CABALLERO 115

CAPÍTULO 9. EL MUY LEAL Y DISCRETO DOMINGO MALAGÓN
Javier Ruiz Rico. FUNDACIÓN DOMINGO MALAGÓN 131

III. ESTUDIOS

CAPÍTULO 10. «¿SE PUEDE HACER UNA PATRIA?». EL CAMINO HACIA EL EXILIO DE VICTORIA KENT
Carmen de la Guardia Herrero 143

CAPÍTULO 11. ESCRIBIR DESDE LO QUE SE DESVANECE. LOS CUADERNOS AUTOBIOGRÁFICOS DE LUIS LACASA EN EL EXILIO
Henry Vicente 159

CAPÍTULO 12. «NAVEGANTES DE LA VIDA, VENID A ESCUCHAR UNA NOBLE HISTORIA»: LOS SURCOS DE LA GUERRA CIVIL Y DEL EXILIO EN LA TRAVESÍA DE MARÍA TERESA LEÓN
María Lourdes Núñez Molina 175

CAPÍTULO 13. VENTURAS Y DESVENTURAS DE «LA LEONA». EXILIO Y TRAYECTORIA VITAL DE FEDERICA MONTSENY
Susana Sueiro Seoane 189

CAPÍTULO 14. ME QUEMO LOS LABIOS
Sandra Lorenzano 203

PRÓLOGO

ROSA REGÀS PAGÉS

Es indispensable conocer nuestro pasado para conocer nuestra propia Historia, pero sobre todo porque solo el pasado nos dirá quiénes somos, de dónde venimos, a qué se debe el presente que nos hemos encontrado. Durante cuarenta años se nos ha negado conocer este pasado del que hemos recibido versiones manipuladas cuando no largos y oscuros silencios, pero al llegar el momento de pensar por nosotros mismos y de elegir lo que queríamos y no queríamos conocer, el estigma del silencio y el horror al pasado ya formaban parte de nuestro ADN: somos lo que somos y lo que luchamos por ser, es cierto, pero hay que contar siempre con lo que hemos heredado, sean ideas, propiedades o genes.

Tal vez porque soy consciente de esa inmensa falla en la educación que recibimos que conservan como suya hasta tres o cuatro generaciones más allá de la mía, y en el desamor patrio por el pasado que sigue tan vigente como cuando se convirtió en ley, la aparición de *Caminando fronteras. Memorias del exilio republicano español* me parece un canto más a la libertad que nos permite acceder al conocimiento. Para mí, además, el hecho de dar mi palabra al inicio del libro es un honor que comprenderán muy bien los que, como yo, con exilio en su historia o sin él, se siguen sintiendo descendientes de estos exiliados, igual que cualquier referencia a la legalidad republicana que nunca han conocido les provoca una emoción hasta las lágrimas.

Comienzo, pues, con un recuerdo para los miles de hombres y mujeres víctimas de un exilio que, a mi modo de ver, habiendo acabado sin acabar cabalmente como si se hubiera hecho a bandazos, a empujones, los dejó en la cuneta de la legalidad sin ni siquiera concederles el reconocimiento de haber defendido esa legalidad republicana, dejando que el paso del tiempo acabara con ellos, con los suyos y con su memoria que nos habría permitido rescatarlos del olvido.

El libro está dividido en tres grandes partes, tres grandes voces podríamos decir. Es precisamente la memoria la primera voz, como elemento determinante para el conocimiento, de donde parte el libro en una hermosa y convincente introducción de Elena Sánchez de Madariaga. Casi como un ejercicio de recuperación de las formas de conocer, las pocas que en este sentido están a nuestro alcance tras tantos años ocurridos desde entonces, como el testimonio de los familiares más cercanos en el caso de Max Aub; el del éxodo familiar provocado por la necesidad de huida de la familia Giral Barnés; la rememoración del día más amargo cuando Líster vuelve a un país tan distinto del que había dejado y de aquel por el que tanto luchó, o escenas de la infancia de Pura Madariaga, memoria de cuando en la vida del exiliado no había aparecido aún la brutalidad de la guerra y de cuando llegaron con ella la derrota y el exilio.

Pero ¿a qué exilio nos referimos? Son muchos los exilios que sufren los exiliados, no solo por haber sido apartados de la sociedad donde crecieron, se formaron y trabajaron, sino porque hay añoranzas íntimas irrecuperables en la distancia, y porque la invasora soledad nace y se alimenta al comprobar, o tan solo imaginar, que su nombre y su obra serán prohibidos en su país hasta que consiga el tiempo borrar su memoria y ellos mismos, vivos aún, pasen a ser criaturas del olvido. ¿Exilio? ¿Cuál exilio? se pregunta Carmen Negrín al acabar esta primera parte.

EJEMPLAR DE PRUEBA

La segunda parte del libro la componen voces institucionales, voces menos cercanas que las de la amistad o el parentesco, quizá, pero que nos cuentan los pormenores y las dificultades de encontrar acomodo y permisos al llegar a un lugar, los impedimentos jurídicos y legales que se levantaban en otro o la inquietud y el desasosiego cuando no se sabía ni a dónde ir ni cómo les llegaría la ayuda; y peor aún, hasta qué oscuro rincón de la huida los persiguió el enemigo y qué ocurrió con los que, como Miguel Hernández, nunca lograron llegar a esa frontera que les salvaría la vida.

Y finalmente en la tercera parte es la voz de los exiliados la que nos habla o la de quienes los investigaron e interpretaron su sentir, que nos devuelven sus temores y dudas, en las pequeñas confidencias de sus diarios, y nos cuentan cómo vivieron la guerra y el exilio y cuáles fueron sus venturas y desventuras cuando no dieron el brazo a torcer y aún en la pobreza y el exilio siguieron luchando por mantener su proyecto más vital. Imposible acabar sin preguntarse qué debieron suponer la guerra, la lucha, el exilio, la derrota, junto con la pérdida de todo lo que se tenía para mantenerse en forma, si en forma se mantuvieron, o hundirse en la apatía o la tristeza si no pudieron resistir tan despiadado embate…

Mientras escribía e imaginaba las andanzas y desventuras de estos exiliados, me preguntaba cómo pudieron seguir viviendo sin el principal objetivo que había iluminado los largos años de entrega y lucha convertidos ahora en un paisaje borroso, cómo en la derrota, no ya de la guerra, sino del propio yo derrotado física y emocionalmente, aprenderían a vivir el día a día de una nueva existencia que comenzaba en la edad más adulta, a veces casi en la vejez. Y he recordado un breve poema de Josep Carner que mi padre recitaba cada vez que recordaba su exilio y alguien le hacía siempre la misma pregunta: ¿cómo vive un exiliado?

Viuré, si encara em vaga de viure,
supervivent d'un cant remot.
Viuré amb la cella corrugada
contra les ires, contra el llot.
Viuré dreçant-me com un jutge,
només mirant, sense dir mot,
com la paret en el seu sòtol,
com una pedra en el seu clot.[1]
Josep Carner (1884-1970), «Si em vaga», *Absència* (1957).

Con todos ellos, mi admiración y el mejor de los recuerdos.

[1] *Ausencia*
Viviré, si aún hay tiempo para mí,
superviviente de un canto remoto.
Viviré con la ceja fruncida
contra las iras, contra el lodo.
Viviré alzándome como un juez,
solo mirando, sin decir palabra,
como el muro en sus cimientos,
como la piedra en su hoyo.

PREFACIO

La Asociación Descendientes del Exilio Español es creada por iniciativa de un grupo de personas descendientes de exiliados retornados de México, hijos, nietos y amigos, que volvieron a España en distintas fechas. Su actividad se enmarca dentro de la memoria histórica, pero con una especificidad que es el exilio republicano.

La finalidad era, y es, reivindicar la memoria histórica del exilio en España. Pronto se pudo comprobar que lo urgente era dar a conocer el exilio, del que se sabía muy poco; el éxodo de 1939 no existía. A partir de esa situación se establecieron prioridades programáticas.

Así, con motivo de la aprobación de la Ley de Memoria Histórica, se inició una investigación de carácter demográfico sobre el número y distribución geográfica de los descendientes del exilio español. Dicha investigación fue distribuida posteriormente en ámbitos de la Administración y de los grupos parlamentarios en el marco de la campaña por la nacionalidad española de los hijos y nietos de los exiliados. La asociación se ocupó de localizar la documentación probatoria en los archivos sobre el desplazamiento –exilio– de los menores de edad para obtener la nacionalidad. Para la consecución de este fin se trabajó no solo con los archivos españoles, sino también con los Archivos Nacionales de Francia por ser el primer país de destino en la (des)conocida Retirada.

Con el transcurrir de los años hemos ido respondiendo a otras necesidades e interviniendo en otras acciones y actividades. Consideramos que la memoria histórica colectiva es una de las más altas obligaciones éticas de la humanidad. Porque no podemos renunciar a estos principios, es imprescindible rescatar del olvido el legado de hombres y mujeres que fueron borrados de los anales de la historia. Estamos en deuda con ellos. Esta deuda se extiende al conjunto de la ciudadanía, que ostenta el derecho a la verdad. Es una cuestión de calidad democrática. El conocimiento de la historia pertenece a nuestro patrimonio y, como tal, debe ser preservado y transmitido en nombre del deber a la memoria que incumbe al Estado.

La II República, la represión y el exilio han sido silenciados durante décadas. Fernando Martínez López, primer director general de la Memoria Histórica en nuestro país, califica al exilio como «el huérfano» de la memoria; es imposible no estar de acuerdo con esta expresión; los hechos lo han demostrado. Consecuente con esa convicción, desde esa Dirección General impulsó iniciativas interministeriales relacionadas con el exilio en el marco de la conmemoración del 80.º aniversario de La Retirada; una de ellas es esta obra.

Así, junto con otras iniciativas para dar a conocer el exilio republicano, desde hace tiempo, una tarea pendiente de la Asociación de Descendientes del Exilio Español ha sido la publicación de un libro que recogiese los testimonios personales de algunos exiliados, más allá de los testimonios públicos ya conocidos por ser figuras muy relevantes de la II República. La conmemoración del 80.º aniversario del exilio ha sido el impulso definitivo para hacer realidad este proyecto tantas veces pospuesto.

En la última década se produce un interés sin precedentes por parte de las nuevas generaciones por la memoria histórica, por conocer nuestro pasado inmediato. Nues-

tra asociación se hace eco ese interés social; las historias orales deben quedar escritas. Iniciamos una nueva fase, cuyo objetivo es preservar los testimonios orales, recogiéndolos por los diferentes medios que permite hoy la tecnología para que las siguientes generaciones conozcan la historia de su país, patrimonio cultural de todos, a partir de algunos de sus protagonistas.

El lector comprobará que todas las biografías recogidas corresponden a personas muy conocidas, incluso se puede pensar que es un libro innecesario. Con el texto coral que presentamos nuestra intención es aportar, por una parte, un valor diferenciador, no pretendemos publicar un libro más sobre personajes conocidos, sino la parte desconocida de biografías conocidas, de ahí que la idea original del libro que aquí presentamos fuese la historia narrada por familiares próximos, los únicos que conocen la intimidad de los biografiados; por otro lado, con estos relatos de vida de exiliados conocidos se pretende abrir el conocimiento de los innumerables exiliados desconocidos, es una contribución a la historia de sus compatriotas, porque, como manifestó Walter Benjamin: «Es tarea más ardua honrar la memoria de los seres humanos anónimos que la de las personas célebres».

Esta obra es resultado de la colaboración de catorce autores que generosamente han respondido a la llamada de la asociación enviando sus textos para contribuir con el *proyecto de testimonio* en el que trabajamos actualmente en la asociación.

El libro que presentamos es una muestra del empeño de la Asociación de Descendientes del Exilio Español de ampliar sus actividades al campo editorial, con la ilusión y esfuerzo de sus miembros, el apoyo de la Junta Directiva y con la ayuda inestimable de las instituciones públicas sensibilizadas en la tarea de dar a conocer nuestra historia más reciente. Nuestro más sincero agradecimiento a la Sra. Ministra de Justicia, Dolores Delgado, y a todo su equipo técnico, que, con sus consejos, han conseguido mejorar esta obra.

Pilar Nova Melle
Presidenta de la Asociación de Descendientes del Exilio Español

INTRODUCCIÓN.
EL EXILIO REPUBLICANO EN LA MEMORIA

Elena Sánchez de Madariaga
Asociación de Descendientes del Exilio Español

La salida de España de cientos de miles de personas a través de la frontera francesa en febrero de 1939 nos llega a través de numerosos testimonios, fotos y narraciones que han conformado la memoria colectiva del exilio republicano. Esas imágenes icónicas simbolizan el conjunto del exilio español y confluyen de manera sobrecogedora con los innumerables exilios y desplazamientos forzosos ocasionados por las guerras de los siglos XX y XXI en todo el mundo.

El destierro, la expulsión de la tierra, fue una de las muchas modalidades de la represión franquista, caracterizada por su dureza, amplitud, versatilidad y persistencia. A la deshumanización del enemigo derrotado, devenido una multitud anónima en huida, se unía la expatriación, otro más de los múltiples expolios cometidos por el franquismo, un despojo este, el de la patria de origen, que afectaba de lleno a la identidad individual y colectiva de los vencidos en la guerra y que se sumaba a las inconmensurables pérdidas humanas y materiales.

En este libro, proyecto de la Asociación de Descendientes del Exilio Español, que inaugura la nueva Colección de Memoria Histórica del Ministerio de Justicia y que forma parte de la Conmemoración del 80.º Aniversario del exilio republicano, se recogen memorias del exilio republicano con diferentes voces que, desde distintos ángulos, contribuyen al conocimiento de la historia de los que tuvieron que abandonar su país y a la conformación de la Memoria Histórica en España.

Algunas son voces que podríamos llamar testimoniales, de personas que vivieron la guerra y el exilio como protagonistas y/o a través de familiares directos: sus padres, madres, abuelos, tíos. Es este el caso de los capítulos que hemos agrupado en la primera parte del libro, bajo el título de «testimonios». Contamos aquí con las narraciones de Elena Aub Barjau y Federico David Álvarez Aub, de Ángela Giral Barnés, de Enrique Líster López, de Pura de Madariaga Álvarez-Prida y de Carmen Negrín. Estos escritos en primera persona, referidos a individuos y a grupos familiares, constituyen relatos de gran valor histórico, que nos acercan a los hechos y a las experiencias vividas o recibidas de memorias cercanas, a las visiones y reflexiones sobre ello desde posiciones singulares, a los impactos y consecuencias de naturaleza divergente en la larga duración.

Otras voces proceden de instituciones memorialistas. Jordi Font Agulló y Miquel Serrano Jiménez, del Museu Memorial de l'Exili - MUME (La Junquera), nos ofrecen el capítulo más coral, dedicado al conjunto de los españoles que cruzaron la frontera francesa en febrero de 1939, y que revela la magnitud de la tragedia colectiva. Francisco Escudero Galante, del Centro de Estudios Miguel Hernández del Ayuntamiento de Elche, Manuela Aroca Mohedano, de la Fundación Francisco Largo Caballero, y Javier Ruiz Rico, de la Fundación Domingo Malagón, completan esta segunda sección.

MUESTRA

En ella, los autores abordan con rigor histórico los exilios de las personas cuyo legado mantienen en las instituciones respectivas, al tiempo que transmiten su memoria.

Finalmente, en el tercer bloque, contamos con aportaciones del mundo académico, que configuran una perspectiva multidisciplinar. Las historiadoras Carmen de la Guardia Herrero y Susana Sueiro Seoane escriben sobre Victoria Kent y Federica Montseny, respectivamente. El arquitecto e historiador de la arquitectura Henry Vicente relata el exilio de Luis Lacasa. La filóloga María Lourdes Núñez Molina nos refiere la trayectoria de María Teresa León. La escritora y filóloga Sandra Lorenzano nos acerca al exilio de María Zambrano.

Las tres secciones reúnen perspectivas distintas que tienen en común el uso de las memorias escritas o transmitidas oralmente por quienes vivieron la guerra y el destierro: cartas, diarios, autobiografías, relatos familiares, recuerdos grabados en las memorias, «lugares de memoria» revisitados. *Memoria de la melancolía*, de María Teresa León, o *Cuatro años de mi vida. 1940-1944*, de Victoria Kent, son dos ejemplos excepcionales de una literatura inmensa, en gran parte inédita. Abundan también los documentos oficiales, de identificación de quienes veían transformada su identidad y conmocionado el decurso de sus vidas, papeles y visados difíciles (cuando no imposibles) de conseguir que formaban parte indispensable del escaso equipaje y que permitían la sorprendente movilidad de unos exiliados que fueron perseguidos, encarcelados e internados en campos de concentración franceses y alemanes.

La idea central del libro es reflexionar sobre el exilio (los exilios, como subraya Carmen Negrín) a partir de los relatos del propio viaje: la expulsión de España, los caminos, las fronteras, los tránsitos y llegadas a diferentes lugares, en algunos casos los retornos, el exilio interior. Las fronteras cruzadas por los exiliados fueron, en primer lugar, físicas. Al igual que las experiencias de la guerra, los caminos del éxodo forman parte de la memoria traumática y son recordados de forma vívida. Es el día más amargo de la vida de Enrique Líster que nos transmite su hijo Enrique Líster López: el día de la salida de España y la rendición de un combatiente. Son recuerdos visuales grabados en la memoria de niña de Pura de Madariaga que la acompañarán de por vida. Son recuerdos sepultados en la memoria a edad muy temprana que resurgen como fogonazos décadas después, como escribe Ángela Giral. Son experiencias que se funden en lo colectivo, como expresa con elocuencia Federica Montseny cuando relata el paso de la frontera francesa, y que nos refiere Susana Sueiro en el estudio sobre las vicisitudes de su trayectoria vital.

En su capítulo sobre la salida de España, el cruce de la frontera francesa y la llegada a Francia, Jordi Font y Miquel Serrano sitúan este éxodo colectivo en su contexto histórico y en las políticas de memoria en España, al tiempo que nos hacen llegar las voces de la «gente corriente» que lo protagonizó, con sus nombres y apellidos. Son personas que, en sus escritos, en entrevistas y en los materiales custodiados en el MUME, expresan con fuerza el profundo impacto causado por la expulsión de la tierra, la dureza del camino y del invierno y la conmoción de la acogida en Francia, así como testimonian la voluntad de esgrimir, frente a la humillación y la derrota, la dignidad humana y los valores éticos por los que lucharon.

Otras fronteras y caminos, menos tangibles, también son abordados en el libro. María Lourdes Núñez Molina nos recuerda el estado «fronterizo» propio del desterrado sobre el que reflexionó Juan Rejano y el «destiempo» del que habló Claudio Guillén, y

nos muestra cómo María Teresa León, que expresó en su obra el sentimiento de pérdida colectiva de la patria, logró en una ardua travesía «traspasar la orilla» y renacer en un nuevo hogar al otro lado del océano, pero siempre mantuvo la nostalgia, el hondo sentimiento de desarraigo, el anhelo del regreso –idealizado– a España. Carmen de la Guardia analiza el proceso vital de Victoria Kent: el largo viaje, doloroso, que va de la enorme dificultad de aceptar la condición de exiliada a la capacidad, tardía, de crear una patria en tierra extranjera. Ángela Giral cuenta con precisión las memorias de las rutas del destierro de los distintos miembros de su familia y transmite la formación de una identidad cosmopolita que al tiempo guarda la fuerza de las raíces. Desde la vivencia de un cosmopolitismo y una libertad individual irrenunciable y ajena a victimismos escribe también Carmen Negrín, nacida ya en la «normalidad» del exilio en una familia en la que confluían diversos destierros y cuyos miembros respondieron a la expatriación de manera diferente.

La dureza del exilio a la que se ha aludido surge en muchos de los textos. Henry Vicente nos traslada la experiencia del exilio del arquitecto Luis Lacasa, y percibimos la inmensa amargura que impregnó su vida en el destierro en la Unión Soviética y en China: la ruptura del ejercicio de la práctica profesional, la decepción en sus ideales, el retorno a España que no fue posible. Trágico fue el destino de Francisco Largo Caballero. Manuela Aroca estudia su periplo en el exilio, del que destaca la honda tristeza causada por el abandono que sufrió provocado por el «naufragio» del internacionalismo obrero, refiere la persecución y encarcelamientos en Francia, cuando ya era septuagenario, el confinamiento en el campo de concentración nazi de Sachsenhausen. Del campo de concentración, un punto de «no retorno» donde confrontó «la verdadera faz» del fascismo, Largo Caballero nos dejó unas lúcidas reflexiones sobre la voluntad de deshumanización que conducía a la miseria moral y la pérdida de la dignidad y de la personalidad humanas.

Francisco Escudero narra el exilio que no pudo ser, con consecuencias fatales, de Miguel Hernández, capturado tras cruzar la frontera portuguesa solo, de noche, sin papeles. Su caso ejemplifica el drama que, en mayor o menor medida, sufrieron muchos españoles republicanos que no lograron salir de España. O de los muchos que se exiliaron, pero no tuvieron más remedio que regresar a la España franquista en la posguerra, como relata Pura de Madariaga acerca de su familia, marcada por el exilio interior y exterior.

La frontera del exilio también fue recorrida en sentido inverso. Domingo Malagón, que aceptó muy pronto, en el campo de concentración francés en 1939, su condición de exiliado y que volvió a España en cuanto pudo, que fue en 1977, renunció a una carrera artística como pintor y dedicó su talento durante décadas, como nos cuenta Javier Ruiz Rico, a la falsificación de los documentos de identidad que permitieron cruzar la frontera desde Francia a España a los que lucharon en la clandestinidad contra la dictadura franquista.

Los escritos no solo expresan el dolor de la ruptura propio del exilio y la nostalgia del país de origen, sino también el amor, que muchas de las memorias recogidas comunican. En el capítulo que abre el libro, este amor es declarado y expresado abiertamente y con pasión por Elena Aub y su hijo Federico David en sus evocaciones de Max Aub como padre y abuelo y del ambiente que rodeó a los exiliados en México. Un mensaje de amor contiene igualmente el capítulo que lo cierra. Sandra Lorenzano

rememora el exilio de María Zambrano y de todos los desterrados, migrantes y nómadas (como ella misma), nos traslada el «amor al exilio» y a la condición de exiliada de la filósofa –quien, sin embargo, no querría que nadie tuviera que ser exiliado–, y nos recuerda su definición de la memoria como «nodriza del pensamiento»; una memoria, «la propia historia», que conforma, con la poesía, el equipaje de los desterrados.

Con *Caminando fronteras. Memorias del exilio republicano español* pretendemos contribuir a la historia del exilio español, aportando, a través de memorias personales y familiares y de trabajos que las utilizan en buena medida, un conocimiento mayor de las facetas personales, íntimas, que atañen a los pensamientos, sentimientos y emociones –pero no solo–, y que se imbrican con aspectos más conocidos de la historia de los exiliados. Varios de los textos ofrecen la perspectiva de los grupos familiares, incorporan a las mujeres, niños y ancianos. Este enfoque sin duda enriquece la comprensión histórica de personas singulares, entre ellas la de personalidades relevantes en el mundo de la política, como José Giral, Francisco Largo Caballero y Juan Negrín, los tres presidentes del Gobierno republicano durante la Guerra Civil, y como Federica Montseny, primera mujer ministra en la historia de España (y de Europa).

Aspiramos así a que el conocimiento de la historia del exilio, de la que esta obra forma parte, contribuya a la creación de una memoria histórica plural e inclusiva, alejada de sectarismos. De las memorias a la Historia, y de esta, a la Memoria Histórica, –compleja, rica y múltiple– es el recorrido y «cruce de fronteras» que proponemos a los lectores.

I. TESTIMONIOS

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

MI QUERIDO MAX[1]

Elena Aub Barjau

Queridos amigos: se dice que vivir con un hombre inteligente y culto, un intelectual, es difícil. Max fue tan inteligente que lo convirtió en algo fácil, cómodo y entretenido. Tengo mis impresiones, mis recuerdos, y de ellos os voy a hablar. Para mí fue un padre protector, conciliador y muy cariñoso. De él he heredado la sonrisa, lo besucón y lo tocateja. Me gusta recordar las imágenes que conservo de cuando era pequeña y me regaló unas botas de agua, unas katiuskas con las que me era difícil andar y él me agarró fuerte de la mano para ayudarme; cuando me contaba cuentos sentada sobre sus rodillas; el día en que me dijo lo mucho que le gustaba ver lo bien que doblaba mi ropa en la silla, antes de acostarme. Le recuerdo en la cocina del apartamento de París lavando los trastes con un extraño aparato, un día que Peua estaba en cama.

Fig. 1. Retrato de Max Aub. Cortesía de la familia Aub.

Otro día al volver del colegio con mi hermana Mimín, no podíamos abrir la puerta de entrada a la casa. Peua se había caído al suelo desmayada, después de que la policía francesa se llevase a Max. Hubo varias detenciones, o registros, no lo sé, pero sí recuerdo un par de tipos siniestros y a Max a su lado, serio. No recuerdo el orden exacto de los acontecimientos pero de uno de los dos arranca la larga etapa separadas de Max.

Para Peua, perder la guerra significó también perder los medios de subsistencia, perder al esposo que desaparece en cárceles y campos de concentración, de castigo (para reincidentes). En París, sin dinero, sin familia, con los amigos y conocidos desperdigados o escondidos, Peua se enfrentó a la vida: buscó trabajo en tiendas y oficinas. Finalmente tuvo que ponerse a vender lencería fina, de casa en casa. Desgraciadamente, no eran los mejores tiempos para la seda y los encajes.

Al llegar a Valencia, para colmo, mi madre se encontró con que el ejército franquista, al entrar en la ciudad, se había incautado del piso y sus pertenencias. Nos recibió en su casa mi abuela materna, María Martín Caruana, de vieja raigambre

[1] Palabras pronunciadas en la Feria del Libro de Guadalajara (Jalisco, México, 30 de noviembre de 2000) por Elena Aub, que asistió como invitada del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno español.

EXILIO
Archivo
Fundación de Cultura Exiliar de Buenos Aires

republicana. También con ella fueron a dar mi tío Alfredo y su mujer, Carmen, y luego sus hijos, Alfredo e Ignacio, y Feli, que nunca nos ha abandonado. Mis cuatro tíos lucharon también por la República y solo hubo que lamentar un largo destierro del mayor, Ignacio, médico militar en la brigada del Quinto Regimiento. Hasta el mes de septiembre de 1946 estuvimos en Valencia. En octubre, por fin, nos reunimos con Max en La Habana, camino de México, donde vivía desde 1942.

Mi querido Max fue a recibirnos, a vernos de cerca cuando todavía estábamos en el barco, y la primera imagen suya que conservo es en una pequeña barca, aproximándose al Marqués de Comillas. Reconocí la postura, su forma de taparse el sol. Me encantó mi padre. Me gustaron su olor y el tacto de sus manos, dulce y suave, en mi cara. Me trajo enseguida a la memoria los «cariñitos» que nos hacía cuando éramos niñas. Nos dibujaba la cara con besos que ponía en las yemas de sus dedos, gesto que he repetido con mis hijos y con mis nietos para tranquilizarles y ayudarles a dormir.

México me deslumbró con sus colores, su comida y sus gentes, que siempre fueron amables conmigo. El D. F. ya era enorme, pero todavía manejable. Podías hacer varias cosas por la mañana, otra más por la tarde, disfrutar de todas ellas y no sentirte agobiada. Sinceramente, era una ciudad encantadora y me cabe la satisfacción de haberla saboreado cada día de mi juventud.

Max ya conocía bien la ciudad, y tenía muchos amigos a su alrededor. Españoles –claro– y mexicanos, que nos visitaban con frecuencia. Vivimos algún tiempo en el hermoso edificio del Paseo de la Reforma, 77, que tenía un amplio *roof-garden,* testigo de las diabluras de Carmen, que por allí aprendió a fumar, y de los primeros ensayos del grupo de teatro «El Tinglado», que dirigía Max y en el que participábamos toda la bola de cuates de aquellos años, todos militantes antifranquistas y a los que México toleró, comprensivo y cómplice, peleas, interminables solicitudes de firmas de ayuda para alguna de la muchas causas que defendíamos con ilusión y esperanza. También, cuando fusilaron a Julián Grimau, nos dieron la oportunidad de desahogar un poco la tristeza, la rabia que sentimos todos, españoles y mexicanos. Y es que México y los mexicanos vivieron con todos nosotros, con nuestros padres, ese exilio tan largo que nos tocó compartir.

Cuando los refugiados republicanos españoles llegaron a México, tuvieron que trabajar muy duro para ganarse la vida. Muchos de los que fueron burgueses y liberales y republicanos no recuperarían el nivel económico de antes de la guerra. Otros, con el tiempo, se hicieron hasta ricos. No es de extrañar, pasaron en México muchos años, una vida, y trabajadores sí que lo eran. Otros nunca han tenido el dinero para darse un paseo por la plaza mayor de su pueblo.

Mi querido Max tuvo que batallar mucho para ganarse la vida. Joven y fuerte, hacía tres o cuatro cosas diferentes para llegar a finales de mes. Dio clases de actuación, fue crítico de teatro y, de vez en cuando, escribía algún que otro guion para el cine. También militaba en el grupo Jaime Vera, del PSOE, y, por poco tiempo, fue masón.

De la primera fiesta de Navidad que volvimos a celebrar juntos, recuerdo un gran árbol y velitas de verdad. No debíamos de tener mucho dinero, pero todavía hoy conservo cerca de mí la pequeña radio blanca que tanta ilusión me hacía, el collar y la pulsera de plata que me regaló. Max y Peua recibían y compartían con los amigos que tenían peor suerte que ellos, o más problemas, lo que tocaba ese día: lentejas, arroces, potajes o guisos que Peua cocinaba deliciosamente. Eso de «echarle tantita agua a los

frijoles» no se usaba en sentido figurado. Se compartía lo que había, que también en el exilio los refugiados supieron «devolver al mundo el sabor solar de la palabra fraternidad», como dijo Octavio Paz el 19 de julio de 1936, refiriéndose a los obreros y a los campesinos que defendieron la República.

Mi querido Max escribió muchas cosas para sus hijas, bromeaba con sus tristezas y dudas, para que siguiéramos adelante. «La familia coconeta», «Cero» y «El armario de Elena» son los tres nombres que me han venido a la memoria. Me sentía protegida estando cerca de Max o de Peua, era lo mismo. La verdad es que los disfruté. Con Peua íbamos al cine de largas sesiones que aderezábamos con tortas para aguantar el tirón. Con Max iba a las librerías de viejo, que, si la memoria no me traiciona, estaban detrás de la Alameda. Mi querido Max era todo un espectáculo cuando, frente a un estante lleno de libros, descubría un título, una edición que le interesaba. Todos habéis visto esa mirada de triunfo, de alegría. Los ojos le brillaban y con las dos manos sacaba, con amor infinito, el libro de su lugar, lo acariciaba, con una mano se quitaba las gafas y metía la cara entre las páginas, ¿Para ver mejor? ¿Para leer con más claridad? ¿Para olerlo? Misterio del goce personal frente a los libros que nos gustan. Con los libros nuevos, cuando todavía se tenían que abrir con abrecartas, Max celebrada todo un rito. Sentado frente a su mesa de trabajo, siempre llena de papeles en desordenada organización, hacía el mayor hueco posible, retirándolos tantito y dejando el mayor espacio posible frente a él, y, entonces, empezaba su ceremonia particular, su disfrute íntimo con el libro. Cortar, abrir, acariciar…, por un lado, por el otro. Abrir y volver a acariciar. Era una alegría verle.

Max, que disfrutó mucho de la vida, cuando pudo, y de sus amigos, a los que quería muy de verdad, gustaba de sentarlos a su mesa. Atenderlos debidamente era importante y gustoso. Presentar una mesa bonita a la vista, siempre con flores que tanto gustaban a Peua. Que yo recuerde, siempre fue él quien aliñaba las ensaladas, trinchaba la carne y servía. En una ocasión mi madre tuvo una sirvienta española que lo estaba pasando muy mal con un marido sin trabajo. Y vinieron a Euclides. Era una espléndida cocinera y en mitad de la comida, hubiese o no invitados, se plantaba detrás de Max o de Peua: «¿A qué está muy bueno? Pues sé cocinarlo de otra manera que…» A ella dedicó Max uno de sus *Crímenes ejemplares*.

Max tuvo la suerte de contar con muchos conocidos y también con pocos, pero muy buenos, amigos. Basta mirar su correspondencia, sus agendas, para ver que desde Alfonso Reyes hasta un jovencísimo José Emilio Pacheco contaban con su admiración y respeto. Cuando Max tuvo la sensacional idea de darle vida al pintor Jusep Torres Campalans, mantuvo horas y horas de conversaciones telefónicas, de risas y complicidades con sus amigos más próximos. El sentido del humor inteligente les unió en torno al proyecto. Con Renau elige la cara de don Jusep y le sentó a su mesa. Zendejas y *Excelsior* le ofrecieron el local del Paseo de la Reforma para su presentación en sociedad y los periodistas, escritores, críticos de arte y pintores más conocidos acudieron a firmar con su nombre los reconocimientos y comentarios que se publicaron. Creo que todos ellos participaron con gusto en la broma y se divirtieron certificando la existencia de Torres Campalans. Los que tengan edad suficiente recordarán el éxito de la exposición.

Mi querido Max acumuló en su no larga vida los desgarros profundos que provocan los exilios. El primero lo sufrió a los once años, por judío y por tener ascendencia

Fig. 1. El carnet n.º 3 de la Alianza de escritores antifascistas para la defensa de la cultura, año 1936, corresponde a M. Aub. Cortesía de la familia Aub.

alemana. Por suerte llegó a Valencia, donde estudió el bachillerato y se encontró con la luz, la alegría y la tranquilidad del Mediterráneo. Se hizo español y valenciano con todas sus consecuencias, con una aplicación cotidiana que no abandonaría nunca. A los trece años se hizo novio de Peua («piel de armiño», «más apetitosa que un pastel», diría él, tan goloso). Ha de haber sido una adolescencia feliz en una linda ciudad, con amigos que le durarían toda la vida, y haciendo los viajes necesarios en el momento oportuno. Llevaba una vida burguesa que supo hacer interesante.

El segundo exilio, el más largo y doloroso, llegaría cuando tenía ya una vida organizada. Obra publicada, muchas y buenas relaciones con el mundo de la cultura, amigos interesantes con sus mismas inquietudes, tres hijas pequeñas, y un trabajo que les permitía vivir muy bien. Desgraciadamente sucedió aquella horrenda cosa que fue la guerra incivil española de 1936. Dicen algunos que en los dos lados se cometieron atrocidades. No se lo crean. Los traidores, los que se levantaron en armas contra el legítimo Gobierno español, fueron unos y no los otros. Cuando se provoca una guerra civil, la peor de todas, se tiene bien pensado con qué aliados cuentas. La República se defendió como mejor pudo. Las reseñas que dejó Max de la guerra, los diálogos y las discusiones contradictorias de sus personajes, tan explicativos, creo que tratan de decirnos, de aclararse a sí mismos, la razón de la sinrazón. Demostrar a sus lectores que un fanático armado es el mal absoluto, que una idea diferente no es suficiente razón para una bala, que debemos entendernos en esta vida mientras no se demuestre que tenemos otras esperando. Hace 28 años que Max nos dejó y estas

ideas, estas reflexiones, siguen vigentes, de trágica actualidad, frente al nacionalismo intransigente y dogmático, ciego y sordo, amenaza de presente y de futuro. Una de las grandes virtudes de mi querido Max fue la de querer entender, comprender, darle la oportunidad de explicarse a quien no pensaba como él, razonar en lo posible, en el marco del respeto y la dignidad.

Max fue inequívocamente rojo y crítico con las injusticias, como lo exigía su concepción del mundo. En algún lugar dice que quisiera ver un mundo con una economía socialista, enmarcada por las libertades de expresión y cultos. ¡Ahí es nada! Leyendo esta frase de D. H. Lawrence, me acordé de él: «uno tiene que ser humano y tener corazón y pene si quiere escapar de ser un dios o un bolchevique… porque es lo mismo: ambas cosas son demasiado buenas para ser ciertas.»

Creo que Max no dejó en ningún momento de ser español, a pesar de los treinta años de su vida en México, a pesar de su adaptación y cariño por México, a pesar de su nacionalidad mexicana. Está bien la doble nacionalidad. Se puede ser una cosa sin desdoro de la otra. Querer con igual intensidad y por diferentes motivos. En México es donde Max vive el período más largo de su vida, tratando de aportar o al menos de retribuir de alguna manera, de hacer patente, el agradecimiento a México por su generosa acogida y hospitalidad. Poco a poco se va atreviendo a escribir como mexicano, con esa ironía inteligente que tan bien le cuadra. Por algo Jusep Torres Campalans, catalán y *trabucaire*, aparece en México como su refugio último y elegido por un artista europeo al que le ha tocado vivir casi todo.

«No hay solución para el perdedor» dice Rosa Regás, en España. Max, profundamente español, murió mexicano. La España que vio en 1969 y en 1972 estaba muy lejos de la que él soñó y creyó que iba a encontrar. Nadie le explicó con claridad las mareas de libertad que iban levantándose poco a poco. Nadie pudo llevarle, en esos viajes, a alguna reunión clandestina, vigilado como estaba por la policía. *La gallina ciega* es el testimonio áspero y violento de su reencuentro con España, de su chasco y amargura.

Pienso que mi querido Max hubiese sido muy feliz tres años después. Se enterró al enano traidor bajo una losa de desacuerdos.

Dice Max: «Deshácense los refugiados españoles con el tiempo –¿quién no?–, como la sal en el agua dejando cierto sabor, pero más dejó en ellos México y el propio exilio».

Mi querido Max podría estar bien contento hoy, porque 28 años después, estamos aquí recordándole con cariño, con muchos de sus amigos y conocidos y jóvenes que apenas van a conocerle. También en Segorbe, provincia de Castellón, en Valencia, tiene una dinámica fundación que lleva su nombre. Y Antonio Muñoz Molina, el joven académico, le tomó como símbolo en su discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua y ha colaborado con los Rojo en un hermoso libro, y nos escucha siempre que le pedimos algo. Y Günter Grass, que le recordó en su discurso de recepción del premio Nobel. Y tantos otros que nos apoyan. Dicen en Segorbe, en la fundación, los muchos jóvenes que desinteresadamente trabajan, cuando llegan las celebraciones y los actos, que lo que ocurre es que somos «adictos» a Max. ¿Qué más se puede pedir?

Hoy, mi querido Max estaría contento. Muy contento. Contentísimo. Fue un hombre bueno que todos quisimos, buen padre, buen abuelo, excelente amigo. Todos los

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida su venta
Diputación de Castellón

días le recuerdo, le consulto, le pido fuerzas y consuelo, le doy las buenas noches. Porque yo tengo mis santos laicos particulares: mi abuela María, y mis queridos padres.

RECUERDOS DEL PAPI

Federico David Álvarez Aub

Mi primer recuerdo del Papi[1] era su lengua, que hacía aparecer, desaparecer y moverse con movimientos de los dedos pellizcándose los carrillos, la nariz o la nuez. Era magia.

Vivíamos en la calle Mariano Escobedo, esquina con Euclides, pared con pared con la casa de mis abuelos, y pasábamos, mi hermana y yo, saltando por la azotea todas las tardes a merendar y estar con ellos.

Mi abuelo desayunaba toronja o papaya con limón, huevos tibios poco hechos, tostadas con mantequilla y té. Luego se tumbaba a leer los periódicos hasta que llegaba Emma, por las tardes venía Alicia. Eso si no tenía que ir a la UNAM o a alguna imprenta.

Recuerdo mi primera visita con él a una imprenta, entre un ruido ensordecedor y un fuerte olor a tinta, fuimos a ver las pruebas de un *Correo de Euclides*.

Yo me entretenía debajo de su mesa, mientras él le dictaba a Alicia, viendo la enciclopedia de Buffon, el diccionario Larousse de demonios y animales mitológicos, los libros sobre pintura y fotografía de los surrealistas, el pequeño libro con ilustraciones de Guillermo Tell y un par de tomos con litografías coloreadas a mano sobre la naturaleza.

Le encantaban el filete tártaro, la mostaza fuerte de Dijon, la paella y la salsa bearnesa que preparaba espectacularmente la Mami[2].

Le gustaba comer, pero le impusieron los doctores una severa dieta, así que él y la Mami disfrutaban viéndonos comer a Terete y a mí.

Después de comer solía dormir la siesta, y en ocasiones nos acostábamos la Negra (una perra labrador) a su izquierda y yo a la derecha. Después de la muerte de la Negra, la dormíamos con Terete, ya mayor, hasta la llegada de la televisión.

Le pregunté una vez sobre lo que escribía en sus libros, me contestó que los leyera, y nunca me contó ninguno, pero inventaba cuentos para nosotros. De la guerra no hablaba.

Sobre la muerte me dijo que el cuerpo se convertía en polvo, pero todo lo que habíamos pensado en la vida se mantenía viajando por el cosmos.

Cuando leía en voz alta o nos contaba un cuento, siempre lo representaba, creo que fue, sin saberlo, mi primer contacto con el teatro.

Le gustaba mucho la música y tenía una gran colección de discos variados: música clásica, himnos, folclórica, étnica, *jazz*… (me regaló el *Abraxas* de Santana cuando salió, y un disco de Gábor Szabó).

Nunca le dio importancia al dinero ni a las posesiones terrenas. Tenía muy buen humor y disfrutaba de la vida. Era un tanto exagerado en sus gestos y chupaba los cigarros con delectación.

---

[1] Así llamábamos a mi abuelo.

[2] Así llamábamos a mi abuela.

Archivo Histórico de la Filosofía en Iberoamérica y Filipinas

Fig. 3. Canción 37, *Canciones y baladas del Paraná*, Buenos Aires, 1962. Dedicado por Rafael Alberti a Max Aub. Cortesía de la familia Aub.

Los fines de semana montaba unas timbas de pula (juego de cartas) en Euclides, la Mami cocinaba, y mi hermana y yo nos paseábamos alrededor «dando suerte». Venía mucha gente interesante, recuerdo particularmente el consejo contrario a los tatuajes que me dio León Felipe en el comedor, con el sol rojizo a sus espaldas, con su larguísima barba, y su cuerpo recortado contra la cortina. Siempre pensé que era el personaje de un cuadro que tenía en su despacho, que, me dijo, era el santo de los escritores.

En Navidades nos ponía a embuchar los ejemplares del *Correo de Euclides*, otras veces a colorear portadas o pegar direcciones en sobres. Había Navidades en que estábamos varios nietos encerrados en el despacho trabajando.

Recuerdo también el misterio que encerró el despacho cuando le dio por la pintura…, y apareció Torres Campalans. Conservo uno que pintamos juntos y que en un momento él dijo que ya estaba, y le dio unas últimas pinceladas, le pregunté que qué era eso, y me contestó que la firma, yo quise hacer lo mismo, y, a pesar de su oposición, me salí con la mía, por eso todavía lo tengo, lo eché a perder…, según todos me mimaba demasiado.

Sabía estar en cualquier sitio, en Lhardy's o en un pueblito perdido en Morelia, en casa de Rafael, su chófer, bebiendo pulque recién hecho y comiendo unos tacos. Tenía clase y buen gusto.

Cuando estuvimos en Cuba recorrimos la isla y vivimos prácticamente en el hotel con ellos, eran épocas de escasez y diseñamos una clave criptográfica para que pudiera pedirle lo que quisiera. Vio a Bola de Nieve, a mí no me dejaron. Un día desapareció, y al anochecer volvió con una ofrenda orisha, que por lo visto le costó bastante encontrar.

Ya en España le acompañé a lugares en los que había estado antes, estaba realmente emocionado y más de una vez me asusté, pues su salud era frágil y ya le había visto en más de una ocasión ir al hospital a urgencias.

Un día, paseando por Juan Bravo, él con melenita y camisa de colores, yo con el pelo afro, extendió los brazos y, al tiempo que giraba sobre sí mismo, empezó a gritar mirando al cielo: «¡¿Dónde está Dios?!». En aquellas fechas esa era zona «nacional», le dije que nos iban a dar una paliza, no me hizo ni caso…, no había nadie.

Echaba de menos una juventud más combativa, más preparada culturalmente, le indignaban las lagunas que teníamos sobre la guerra, sobre él y los demás exiliados o muertos.

En Valencia, en una plaza, me enseñó la calle por la que entraron los «nacionales» y la esquina desde donde les había tiroteado con una pistola.

Por supuesto era contrario a cualquier guerra, era tolerante y abierto a nuevas ideas, contrario a rigideces, a dogmas y a las verdades únicas. Le daba mucha importancia a la gente con la que te relacionases. Era respetuoso y consecuente consigo mismo.

La última vez que nos vimos fue en Barcelona, en el aeropuerto; se iban a Inglaterra, los dos sentimos que era la última vez que nos veíamos, nos dimos un beso y nos despedimos sin lágrimas. Así fue. Cuando mi padre me dio la noticia de su muerte, no me sorprendió. Lloré mucho después, vuelto a México, en casa de mi tía Carmen, al verlo en un vídeo, y luego, al oír su «ere».

Era un buen abuelo y nos queríamos mucho. Desgraciadamente no pude estar con él todo el tiempo que hubiésemos querido.

Max Aub en el laberinto del siglo XX, catálogo, Generalitat Valenciana, 2003

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

ÉXODO DE LA FAMILIA GIRAL BARNÉS

Ángela Giral Barnés

[B]ut how many people get to visit the past without hurting anything?
Jameson Fitzpatrick, «Morning scene»

«Mi niña, mi niña, que no la dejan cumplir ni el año».

Esa era la cantinela de mi madre, Petra Barnés de Giral, en los primeros días de la guerra, cuando la familia veraneaba en San Rafael[1]. Cantinela que me repitió tanta gente en los años del exilio en México, ante cualquier acontecimiento de mi vida, o cuando me conocían en alguna reunión:

«¡Ah! Tú eras la que no iba a cumplir el año».

Por lo tanto, los acontecimientos que relato en los renglones siguientes no son mis memorias, sino memorias de memorias, memorias de las historias que he oído una y otra vez de unos y otros a través de los años. Yo no era más que una «boca inútil», como diría Simone de Beauvoir (1948).

Fig. 1. José Giral con su nieta primogénita, Ángela Giral Barnés. San Rafael, junio de 1936. Cortesía de la autora.

Sin embargo, tengo sorprendentes recuerdos aislados de esos primeros cuatro años de mi vida, que, según iban surgiendo, pude cotejar con mi madre. Memorias de gran precisión espacial, lo que ayudaba a mi madre a situarlas en el tiempo…, y, por lo tanto, en el espacio geográfico, ya que en esos primeros años de mi vida cambié dos veces de continente.

Mi abuelo paterno, José Giral Pereira, y su concuño, Urbano González de la Calle, (habían contraído matrimonio con dos hermanas de Navalmoral de la Mata, María Luisa y Angelita) alquilaban todos los veranos dos chalets en la carretera de San Rafael a El Espinar, en la provincia de Segovia, desde que eran compañeros en la Universidad de Salamanca. Era un grupo de tres chalets, cuyos dueños ocupaban el de abajo, más cercano a la carretera, y alquilaban los dos más altos a la familia. Mi abuela María Luisa siempre odió el campo, pero al comenzar la guerra mi abuelo la conven-

[1] Ángela Giral Barnés es hija de Francisco Giral González y de Petra Barnés González. La esposa de José Giral Pereira, María Luisa González de la Calle, y la esposa de Francisco Barnés Salinas, Dorotea González de la Calle, eran primas hermanas por parte de padre y de madre.

ció de que estaría más segura que en Madrid y la mandó a San Rafael, con su chófer y policía de escolta, en su coche oficial, mientras él se mudaba al Ministerio de la Guerra, desde donde, como ministro de Marina, podía seguir personalmente en contacto con los buques de la armada, y conseguir así que siguieran leales al Gobierno.

Mi padre, Francisco Giral, se había criado en esos montes segovianos y los conocía bien. Salía todos los días a explorar la situación y hablaba por teléfono con el suyo haciendo uso de una línea directa que habían instalado al hacerle ministro. Aunque el 19 o 20 de julio habían cortado la línea general, la del Ministerio no la cortaron hasta el 23. También ese mismo día requisaron el coche oficial y dejaron a un guardia en la puerta que daba a la carretera.

En vista de eso, la noche del 23 se reunió toda la familia en el chalet de arriba, el más próximo al monte, y decidieron escapar al día siguiente. Mi padre habló con las mucamas y las niñeras comunicándoles el plan de salir, a medianoche, andando, hacia El Escorial, y asegurándoles que no podía ofrecerles nada más que compartir nuestro destino. Parece que también pasó largo rato intentando convencer a Julián y Estefanía, los guardas del lugar, de que se unieran al grupo, pero ellos insistieron en que nunca se habían metido en política y que no querían abandonar su huerto y sus gallinas. Julián lo pagó con su vida, pues después de marcharnos nosotros, el mismo 25, vino un grupo a buscarnos y por no decir por dónde nos habíamos ido le pusieron contra la tapia y le fusilaron allí mismo.

El verano de 2015 decidí celebrar mis 80 años llevando a mis hijos y nietos a conocer la España de donde había salido; el actual dueño del chalet más cercano a la carretera nos recibió amablemente y nos mostró el único garaje, donde había estado guardado el coche oficial, las huellas de las balas en el muro contra el que fusilaron a Julián, y los casquillos que tenía recogidos en su casa.

A medianoche del 24 al 25 de julio, mi padre organizó una columna de 19 personas, incluyendo a su madre y sus tíos, sus hermanas María Luisa, de 18 años, Conchita, de 10, y dos niñas de brazos –además de yo misma estaba también mi prima Pili, cinco meses mayor que yo, a quien mi madre se había ofrecido a cuidar mientras su hermana mayor, Dorotea, tomaba un cursillo de laboratorio en la Residencia de Estudiantes–, a las que rodeó con personas que pudieran turnarse llevándonos en brazos y armadas con un biberón para taparnos la boca si llegábamos a abrirla en medio de la travesía. Según cuenta mi tía María Luisa, en unas memorias que escribió para sus hijos, las instrucciones que les dio mi padre eran que ninguno llevara nada más que un par de zapatos de recambio. Mi padre contaba que su tío, Urbano González de la Calle, profesor de latín y sánscrito en la Universidad de Salamanca, quiso llevar con él un maletín con una tesis doctoral que estaba leyendo; no era propiedad suya y se sentía con la obligación de devolvérsela a su dueño. «Si puedes llevar algo llevas un jamón», dijo mi padre tajantemente, y el tío nunca se lo perdonó, como yo le oí decir más de una vez cuando el tema surgía en la conversación.

Salieron (salimos) monte arriba a la media noche y anduvieron toda la noche. Al amanecer descansaron en un claro y se acercaron a un riachuelo para refrescarse un poco. De repente, se vieron rodeados por unos hombres armados. Mi tía abuela Angelita, una mujer pequeña pero decidida, empujó a las hermanas de mi padre diciendo: «No disparen, mujeres y niños». El tío Urbano, con su gabardina y sombrero sobre la barba que le hacía parecer escapado de un retrato de El Greco, levantó los brazos

gritando: «No disparen, gente de paz». Los policías que habían traído a mi abuela se dispusieron a disparar con las pistolas que habían logrado esconder de mi ingenuo padre, que les había hecho prometer no llevar armas.

En ese momento mi madre me tenía en brazos y se acercó al pastor más próximo, al mismo tiempo que le preguntaba «¿Con quién estáis?». «Frente popular», contestó él. «Menudo susto me has dado, tenme a la niña para que pueda saltar la barda», dijo, mientras le hacía bajar el rifle para cogerme en brazos. Los policías guardaron sus armas y corrieron a exhibir el salvoconducto que les autorizaba a acompañar a la familia del ya para entonces presidente del Gobierno, José Giral. El documento les impresionó, aunque lo leyeron cabeza abajo porque, aunque a ellos les había tocado un fusil en el reparto, nadie les había enseñado a leer. Explicaron que el pueblo que se vislumbraba se llamaba Peguerinos y que allí «había tropas». Al cerciorarse de que se trataba de soldados leales al Gobierno, subieron y se presentaron a un tal capitán Sabio, que nos llevó en un camión del ejército hasta El Escorial.

Volviendo al relato de mi tía María Luisa, allí se encontraron con varios amigos que veraneaban en ese pueblo y pudieron desayunar opíparamente mientras Paco (mi padre) y su madre (mi abuela) iban a la alcaldía a telefonear a Madrid.

Años después, ya en México, al oír a mi padre contar estos sucesos, el general Menéndez le informó de que en aquella ocasión él estaba solo con José Giral en la cabina telefónica y que al colgar el teléfono el ministro, que tenía fama de frío, se había desmayado. Al volver en sí pidió excusas por su debilidad diciendo que llevaba tres días sin saber de la familia y no sabía si estaban vivos o muertos, cosa que no le había confiado a nadie hasta aquel momento. Mi abuelo Pepe era de los que siempre «llevaba la procesión por dentro», como demostró en muchas ocasiones posteriores. Pidió que el mismo camión nos llevara a Madrid y que le volvieran a llamar al llegar.

En las notas biográficas que él escribe en México a petición de Ramón López Barrantes, y que hoy se encuentran en el Archivo Histórico Nacional, José Giral quita importancia a ese desmayo y, sin embargo, anota que esa segunda llamada la recibió en compañía de André Malraux, que había volado el 25 de julio de París a Madrid para ofrecer al Gobierno la formación de un equipo de aviadores voluntarios[2].

*****

Francisco Barnés Salinas, mi abuelo materno, era ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y, en los días en que se decidía nuestro destino en San Rafael, él se preocupó por proteger el tesoro artístico del país, pidiendo ayuda a la Sociedad de Naciones y creando, el 23 de julio de 1936, la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico Nacional (Jorge, 2016: 678).

También él creyó que la familia estaría a salvo fuera de Madrid y mandó a su mujer, Dorotea, con su madre, Adela, y su hija menor, Ángela, acompañadas por el marido de esta, Francisco Bozzano, al apartamento que la familia conservaba en Ávila, donde había sido catedrático de instituto y donde por entonces residía su hijo mayor, Francisco Barnés González, ejerciendo como médico. Mi tía Ángela me contó cómo,

[2] François Trécourt (1996): «Chronologie», en André Malraux, *Oeuvres complètes,* París, Gallimard, vol. 2, p. L. «[...] ce serait Malraux lui même qui aurait eu l'idée de tout –et d'abord de recruter les mercenaires– et aurait soumis son projet directement a Azaña et Giral lors de son séjour a Madrid».

a los pocos días de llegar ellos, Ávila cayó en manos de los rebeldes y enseguida vinieron a arrestar a su hermano mayor, hijo del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. Al ver que no podía hacer nada por evitar esa detención, y enterarse de que su mujer estaba embarazada, Paco Bozzano la convenció de que debían irse a Sanlúcar de Barrameda, donde su familia estaba en posición de ayudarles.

Bozzano hizo gestiones para obtener salvoconductos y no los consiguió más que para la joven pareja. A la madre y la esposa del ministro les fueron negados. Acudió para ello al obispo, y lo único que este pudo conseguirle fue que las señoras entraran como huéspedes de pago en el convento de las Gordillas, que era de clausura, en el que permanecieron presas hasta que se consiguió un canje de prisioneros en marzo de 1938. La familia Bozzano pagó religiosamente, por así decirlo, las cuotas requeridas por el convento. De niña, ya en México, recuerdo a la abuela contar historias chuscas de las monjas con su suegra, que la pobre ya empezaba a sufrir de demencia senil: «¿Por qué he de llamarla madre?, ¿dónde están sus hijos?», o bien «Anoche vino a cenar con nosotras un capitán más guapo, con una capa roja…», y al día siguiente venía un policía a preguntar a mi abuela quién había cenado con ella.

Cuando prevalece la política llamada de «no intervención», propugnada por el Gobierno inglés, el Gobierno francés se niega a entregar unos aviones que ya estaban pagados, a pesar de la amistad personal del ministro Giral con el presidente francés Léon Blum. El Gobierno Giral renuncia en pleno para abrir camino al primer Gobierno socialista, ya que la única ayuda que podía esperarse tendría que venir de la Unión Soviética.

*****

Francisco Barnés, sin puesto, solo en Madrid con su hijo menor, Juan, de menos de 20 años, accede a la insistencia de su hija mayor, Dorotea, y sale a Francia con ella, su marido, Vicente Delgado, y su hija pequeña, la que había salido de San Rafael con nosotros en brazos de su niñera. No sé con qué documentos salieron, pero entre los documentos que encontré en México hay un carnet de identidad y un pasaporte expedidos ambos por el Consulado de España en París, a nombre de Francisco Barnés Salinas. Una anécdota familiar que revela el temperamento sereno de mi abuelo Paco es que a los pocos días de llegar a París hubo una alarma de fuego en el hotel en que se alojaban. Todos los ocupantes salieron a la calle, muchos aún en pijama…Todos, menos uno. Al rato apareció Francisco Barnés vestido por completo, con su sombrero puesto y el maletín en la mano. Ante el grito alarmado de su hija: «Pero papá, ¿qué hacías, no sabes que en estas ocasiones lo importante es salvar el pellejo?», el contesta: «Y ¿qué hago yo con el pellejo en París?».

El matrimonio Delgado se instala en Carcasonne, afiliados a la École Normale Supérieure, y allí Francisco Barnés recibe carta de su hijo Juan desde París anunciándole que ha decidido volver a España.

Cuando trabajaba en casa de mis padres, en México, en al archivo de José Giral, que la familia depositó en 2009 en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, rebuscando por armarios, cajones y libreros por donde estaban desperdigados los papeles de mi abuelo, me encontré un fajo que decía «Argel», en letra de mi abuelo Paco (Francisco Barnés). Entre otros papeles había un sobre marcado como «Cartas de la familia»; al abrirlo, me encontré con varias postales del frente en las que se menciona-

ba siempre a «la Tati», mi apodo familiar…, y el resto de las cartas de Juan, entre las que se encontraba esta que reproduzco aquí en su totalidad, mandada desde París el 28 de diciembre de 1936, y dirigida a Carcasonne:

> Querido Padre:
>
> Salgo enseguida para España y no quiero hacerlo sin despedirme de ti. Puedes pensar acaso que he aprovechado tu ausencia de París para marcharme allá, y, en efecto, algo de verdad hay en ello. No he querido darte el disgusto de verme marchar, ni tampoco que, en el supuesto de que me hubieras dejado, te sintieras siempre responsable de lo que voy a hacer ahora sin tu consentimiento.
>
> Créeme que nunca ha habido por mi parte esa falta de cariño hacia ti de que me acusabas. Te quiero ahora igual que te he querido siempre, y la medida en que lo hacía no es necesario decirla entre un padre y un hijo.
>
> Si me voy ahora a España es porque, como siempre he creído, mi deber es ese, y además también mi deseo. Me siento ligado a ti por todo lo que ahora está ocurriendo en España, y no puedo sustraerme al deseo ferviente de estar allí y de trabajar por una causa que considero mía; no encuentro la tranquilidad suficiente para dedicarme aquí, en el extranjero, a una actividad ajena a esos fines. No creas que soy un loco y que voy a hacer locuras; he hablado con Barcelona y con gente de París; me he informado y sé que hay funciones de interés a realizar en España que no sean las de un miliciano cualquiera; a ellas pienso dedicarme.
>
> Créeme que no he olvidado nunca a los de Ávila y que voy a España pensando en contribuir en la medida que sea a su liberación. Sabes que es esta una preocupación antigua y que he desconfiado siempre de las gestiones en su favor que no consistieran en la victoria nuestra.
>
> En fin, creo que no me equivoco en el camino que elijo, y que en el fondo de tu disgusto tú lo reconoces así.
>
> Hasta que nos veamos todos juntos otra vez en España, recibe un abrazo de tu hijo que si no es mimoso te ha seguido queriendo siempre,
>
> Juan José

Con él regresa su primo y mejor amigo, Antonio Giral. Los dos se apuntan en la Escuela Popular de Guerra, en Paterna, y son destinados al frente de la Casa de Campo, donde pocos meses después le toca a Antonio, como médico, recibir el cuerpo de Juan atravesado por una bala perdida.

*****

En el libro llamado *Año y medio de gestiones de canje*, que escribe José Giral, publicado sin nombre de editor ni fecha, pero seguramente de 1938, hay un inciso que dice así:

> Dorotea González de Barnés, junto con Teresa Marcos Sánchez, que residían en Ávila, fueron canjeadas contra Rosa Aranda Mata y Luisa Mata Robles, detenidas en la prisión de Alacuas, en el mes de marzo de 1938. Este canje fue aprobado por el gobierno de la República el 19 de febrero de 1938.

Teresa Marcos Sánchez no era de la familia, pero Adela Salinas de Barnés, la madre del ministro, había muerto de una pulmonía y los policías que iban a buscarlas

Fig. 2. Juan Barnés González (primero a la derecha) y Antonio Giral González (segundo de la izquierda) en el frente de la Casa de Campo. Cortesía de la autora.

simplemente se llevaron a una pobre señora que no tenía que ver con la guerra para poder entregar a dos mujeres, como indicaban los documentos de canje. Mi madre, Petra, salió de Barcelona y se reunió con su hermana Adela en Hendaya para recoger a su madre. Al darse cuenta de lo sucedido, le dieron dinero a Teresa Marcos para que volviera a Ávila con su familia[3].

Desde el hotel piden llamada de larga distancia a Argel, donde está Francisco Barnés de cónsul. Al contestar pregunta por su madre (no sabe que ha muerto) mientras Dorotea le pregunta si tiene noticias de Juan (no sabe que ha muerto en el frente). Mi madre les cuelga diciendo que esas llamadas cuestan mucho dinero y ya tendrán tiempo de hablar. Cuando mi abuela se repone del desmayo que le causa recibir la noticia de la muerte de su hijo menor, emprenden el viaje hacia Marsella para coger el barco para Argel.

Mi padre me lleva de Barcelona, donde mi madre me había dejado al cuidado de su cuñada María Luisa, mi tía Chicha, a Marsella, y de allí salimos las tres. He visto muchas fotos de Argel, con mis abuelos, del jardín, de la playa…, pero de nada de eso me acuerdo. Sin embargo, una de esas memorias absurdas, que no tienen que ver con nada de lo que oigo contar, me aparece un día y se la cuento a mi madre.

Una tarde bochornosa, la casa a oscuras porque están todas las persianas echadas. Yo, refunfuñando al despertarme de una siesta, me tiro al suelo de baldosas, que está

[3] En la página 81 del mismo documento propone un canje que incluye a Francisco Barnés González, detenido en la cárcel de Ávila, con una nota que dice: «Sistemáticamente han rechazado los rebeldes todas cuantas propuestas se han hecho para rescatar a Francisco Barnés, tanto individuales como en grupo, y se cuentan cerca de una decena. –El señor Barnés es un detenido gubernamental». No sé cómo ni cuándo sale mi tío Paco, pero sé que salió, porque vino con nosotros en el Flandre, y vivió en México hasta su muerte en 1954. Archivo Histórico Nacional (AHN), Archivo de José Giral, caja 19, n.º 5.

fresquito. Una señora alta y delgada, vestida de negro, me está hablando (la abuela, dice mi madre…, no, si la abuela era pequeñita…, no, eso era después, en México). De repente, una voz infantil me reclama desde el pie de la escalera; al volverme, veo una figura infantil encuadrada por una luz brillante de sol intenso que entra por la puerta abierta. La señora alta vestida de negro, mi abuela, me aclara, «anda, no quieres bajar a jugar con él», pero yo no entiendo lo que dice el chico. Mi madre explica: «¡Claro! Era el hijo del secretario del consulado, que vivían abajo y te tomó mucho cariño, le has visto en las fotos, y te hablaba en francés». Solo años después se me ocurre: mi madre ya no estaba conmigo.

*****

Al morir mi tía Chicha (María Luisa, hermana de mi padre), que me había cuidado en Alicante y Valencia cuando mi abuelo nos lleva allí con mi abuela María Luisa y mi tía Conchita, que tenía solo 10 años, mientras que mi madre se queda en Madrid «a cuidar de los hombres», su hija Maribel le trajo a mi padre un par de cartas que mi madre le había escrito a la suya. Una de ellas, escrita el 26 de abril de 1938, en membrete del Consulado de Argel, me la quedé con la excusa de que iba también firmada por mí. Mi nombre aparece en lápiz, en mayúsculas pintarrajeadas por una mano infantil, cruzando la página final de la carta. En ella dice a su cuñada y prima:

> […] Paco siempre animoso e insiste en que me vaya con él. Su carta última fecha 14, dice «Para el día 2 si vienes tú sola y si vienes con la niña el 22 lo más tarde. Dile a tu padre que no admito trampas». Siempre me insiste que está muy solo y que querría que estuviese allí. ¿Por qué no he de irme?

Mi madre volvió sin mí a Alicante, embarazada de mi hermano, un día del mes de mayo cuya fecha precisa desconozco. Volvió en avión, seguramente por insistencia de su padre, y contaba que, al llegar, el piloto anunció que tendrían que dar una vuelta antes de aterrizar para esperar que los aviones italianos acabaran de bombardear el puerto[4].

*****

Cuando descubrí que mi padre tenía el archivo del suyo disperso por toda la casa en México, me puse a trabajar en él[5]. Había muerto mi madre, y decidí empezar el trabajo en fines de semana largos en que iba a ver a mi padre con frecuencia. Él estaba entonces escribiendo el libro/memoria que dejó inconcluso al morir y se publicó en México en el año 2004 (Giral González, 2004). Tuvimos entonces muchas conversaciones sobre papeles que yo iba encontrando, recuerdos de unas y otras personas o acontecimientos. Más de una vez pensé que debía grabarlas, pero nunca lo hice. Tomé, sin embargo, muchas notas, que he estado repasando para componer esta narración.

---

[4] Carlos Salinas (ed.) (2017). Este pequeño e interesante libro luce en la portada una fotografía aérea, lo que debió de ver mi madre desde la ventanilla del avión; y en la página 15 publica una espeluznante foto de las «Poblaciones y lugares que fueron bombardeados más de una vez durante el año 1938». Del Ufficio Storico dell'Aeronautica Militare en Roma.

[5] Los papeles de José Giral Pereira, catalogados y conservados por mí, fueron entregados al Archivo Histórico Nacional, en Madrid, en abril de 2009.

Francisco Giral vuelve de un posgrado en Ciencias Químicas en Alemania en el verano de 1935. Hace oposiciones y gana una cátedra en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Santiago de Compostela. No llegó a ejercerla más que unos meses antes de que empezara la guerra y se convirtiera en el profesor más joven que Franco expulsa de la universidad por decreto del 20 de noviembre de 1936.

Al volver a Madrid desde San Rafael, según me contó, el presidente Azaña le mandó llamar directamente, a través del general Saravia, entonces ministro de Guerra, que era hombre de toda su confianza. «Casi puedo reproducir la conversación», dijo mi padre:

> Mire usted, le he mandado llamar porque esto se está poniendo muy feo. Han aparecido moros en la Sierra de Guadarrama (a lo que él le daba un valor enorme)[6]. Imagine usted la que se armaría si descubriesen a un agente tratando de comprar gases tóxicos –porque él temía que los fascistas iban a utilizar gases[7]–, la única solución es que nosotros nos preparemos… Quiero que me diga si usted sería capaz de fabricar gases utilizando mano de obra y material exclusivamente español. Yo dije que por ahora no, pero si usted quiere puedo intentarlo… ¿Qué necesita usted?… Que me dé facilidades para obtener material y personal calificado…

Y le contó que tenía noticias de que Hitler iba a proveer a Franco de gas mostaza (iperita) y que sería capaz de usarlo, como ya lo había hecho en Marruecos por orden del general Primo de Rivera. En vista de eso, le hicieron director del Centro de Estudios y Laboratorios de La Marañosa el 31 de julio de 1936. Pero, me dijo con cierta amargura: «Cuando después quise informarle de cómo iba eso, en Valencia, o en Pedralbes…, ya no le interesaba».

Por supuesto, como es bien sabido, tanto los alemanes como los italianos, sin respetar el pacto de «no intervención» que habían firmado, se habían decidido por otros métodos como el bombardeo intensivo de las poblaciones civiles, lo que demuestra, por un lado, el bombardeo de la ciudad sagrada de los vascos, Guernica, que Picasso hizo famosa con su cuadro del mismo nombre, y, por el otro, el de la costa oriental, como puede verse en el mapa publicado en *Alicante en guerra.* Otro asunto era cómo se difundiría la noticia:

> Yo había llenado la fábrica de estudiantes… sabía que entre los obreros no todos eran fieles a la república… dejé que se fugaran algunos, ¿te acuerdas cuando Queipo de Llano anunció que habían pescado al Giralito y vinieron los ministros a dar el pésame al abuelo?

Mi madre contaba eso de los pésames, porque era a ella a quien le tocaba abrirles la puerta en Barcelona a esos visitantes sombríos y cabizbajos, que la miraban con lástima. Cuando se marcharon todos y salió el abuelo del despacho, mirándola también

[6] A pesar de que José Giral había logrado mantener la flota con la ayuda de Benjamín Balboa, Franco no tuvo problemas en transportar tropas de moros a la Península gracias a la aviación alemana.

[7] María Rosa de Madariaga (2005) publica una foto documentando el uso de gases tóxicos por el ejército español contra los moros en la guerra del Rif.

con lástima y preocupación, sonó el teléfono…, «y fue una de las pocas ocasiones que no era para malas noticias», decía ella. Era mi padre. A los pocos días vino a vernos a Barcelona. Llegó de noche, yo ya estaba en mi cuna y no le dejé entrar al cuarto. Había recuperado a mi madre después de unas semanas (¿meses?) de separación porque me había mandado a Alicante con mi abuela y mis tías, al cuidado de la mayor de ellas, María Luisa. Mi tía Chicha (o mi tía Illa, como yo la llamaba) cuenta en las memorias que escribió para sus hijos lo que le costaba cenar sola bajo las miradas de tanto hombre libidinoso, y pedir permiso para entrar en las grandes cocinas del hotel a preparar la «fosfatina» de la niña. Mi abuela nunca perdió la oportunidad de avergonzarme en público contando lo caprichosa y malcriada que era yo entonces, que no me dormía a menos que mi tía Chicha me cantara los «Barcos Enramados». Había recuperado a mi madre, sí, pero desconocí a mi padre. «Que se vaya ese señor», decía, cada vez que intentaba sigilosamente entrar al cuarto. «Que se vaya ese señor»: cuántas veces me lo recordó después en México, con un aire divertido y la sonrisa en la boca, sin el menor rasgo de rencor.

Fue entonces, creo, cuando se tomó la decisión de mudar la fábrica a la zona sureste. En un viaje de reconocimiento, encontraron en Cocentaina una fábrica de jabón que tenía problemas para sacar jabones blancos, sin impurezas; sería buena cubierta para la llegada de «técnicos de Madrid». El 17 de enero de 1937 se traslada ese centro a Cocentaina, provincia de Alicante, transformándose en la Fábrica de Pólvoras, 3.ª Sección, cuyo nombre cambió una vez más al de Fábrica 19 de la Subsecretaría de Armamentos del Ministerio de Defensa Nacional.

En 1983, cuando mi hermano y yo fuimos a escuchar el discurso de apertura que hizo mi padre en la Universidad de Salamanca, hicimos también un viaje a Alicante y fuimos a ver la fábrica, el pueblo de Cocentaina, con la casa donde habíamos vivido, y el balneario de Cofrentes, donde nació mi hermano. Se había instalado un hospital de guerra en el balneario, y Pedro Barreda, un médico amigo, que venía todas las semanas a Cocentaina a revisar a los obreros de la fábrica, insistió en llevarse a mi madre con él, pensando que, aunque él no fuera ginecólogo, tendría acceso a atención médica si algo no fuera bien –pero todo fue bien, y, según ella decía, mi hermano Pepe fue el hijo más sano y rollizo de los cuatro que tuvo–.

Llegamos a Cofrentes una tarde nublada de octubre. El balneario estaba cerrado, y nos salió al paso un joven alto con un perro enorme, que nos anunció que estaba todo cerrado por ser fuera de temporada. Creo que fui yo misma la que dijo: «Es que venimos a ver donde nació mi hermano». «¿Aquí?». «Sí, en octubre de 1938, ¿no era esto un hospital de guerra?». «Sí, claro, mis padres llevaban la cantina, yo tenía 8 años». Mi madre, que venía medrosa y alicaída de nuestra anterior visita a la casa donde habíamos vivido, se anima entonces y le pregunta: «¿Se acuerda usted de los quemados?» (eran unos hombres que se habían salvado de un barco hundido por un bombardeo nadando entre combustible ardiendo, a los que mantenían, desnudos, cubiertos por una especie de tiendas de gasa). «¡Huy ya lo creo!». «¿Conoció usted al doctor Barreda?». «Sí, claro, ¿quieren ver su cabina?». Ante nuestra entusiasta aprobación, salió a buscar la llave y nos dirigió a ella. Al abrir la puerta vimos una gran cama de hierro con el colchón levantado y mi madre se puso muy nerviosa y, como era su costumbre en esas ocasiones, le pegó un gran pellizco a mi hermano diciendo: «Creo que es la mismísima cama en que te parí».

EXILIO REPUBLICANO Propiedad Privada

Visitamos entonces la fábrica, ahora llamada Aitana y productora de papel. «Yo dejé una carta en mi despacho explicando cómo quedaba todo», me había dicho mi padre. La fábrica parecía desierta, no recuerdo si era domingo o vacaciones, yo metí el coche hasta donde pude y salió por allí un señor con aire de sorpresa y la consabida pregunta: «¿Desean?». Yo expliqué mal que bien que teníamos curiosidad por saber qué había sido esta fábrica en tiempos de guerra. La sorpresa fue nuestra cuando contestó decidido: «Pues fue una fábrica de gases dirigida por don Francisco Giral».

Ante eso mi padre se identificó enseguida y resultó que este mismo señor había recibido la fábrica de la misma persona a quien mi padre se la había dejado encargada. Se dedicaron ambos a recorrer los diversos espacios explicando dónde estaba esto o aquello. Yo tomé varias fotos, que se me han extraviado, con la excepción de una que muestra una altísima chimenea que había mandado construir mi padre como «tubo de escape» para proteger al pueblo vecino de cualquier contaminación.

Mi padre siguió al frente de la fábrica a las órdenes del Ministerio de Defensa, hasta que a principios de 1939 recibió órdenes del general Vicente Rojo de que se entregara media tonelada de iperita[8] al Estado Mayor francés, en el puerto de Vallcarca. En sus palabras:

> Cuando ya teníamos todos los bidones a bordo, me dice el capitán: «Vengan a mi despacho tal día a tal hora que voy a reunir todos los involucrados en este asunto» –en riguroso secreto– allí lee las instrucciones: «En el barco va fulano, mengano…, usted, ¿quiere ir? Y yo digo sí… Este camarada socialista (cuyo nombre no recuerdo) lleva como única misión hundir el barco si hay amenaza de que sea capturado… El Estado Mayor francés me quiso llevar a montar una fábrica semejante en Rumanía…, pero a mí eso no me interesaba.

Sin embargo, más de una vez le oí contar con orgullo que el traslado se había hecho sin ninguna avería, escape o contaminación.

El doctor Barreda, que iba todas las semanas a Cocentaina a examinar a los obreros de posibles contaminaciones, tenía un fichero, según mi padre, con más de cincuenta casos de curaciones siguiendo un método desarrollado por un médico marroquí. «Cuando yo le dije a Azaña que habíamos logrado todo esto, ya no le importó nada –tanto que le preocupaba un par de años antes–», dijo mi padre. Como es bien sabido, los tan temidos gases que aparecieron al final de la Primera Guerra Mundial, no se usaron en la Segunda, y solo volvieron a usarse ya en el siglo que corre. En aquel momento era la aviación la que privaba, como cuenta Claude Bowers, el embajador norteamericano[9]. La aviación fue la que transportó las tropas de moros a través del estrecho de Gibraltar, haciendo caso omiso de la lealtad de la flota de que tanto se preciaba mi abuelo; y la aviación se ensañó con la población civil a fuerza de bombardeos.

Antonio Pérez Torreblanca, cuñado de su amigo José Guardiola, tenía un alto puesto administrativo en el puerto de Alicante. Mi padre se había presentado a él a poco de

[8] El gas mostaza se conoce también como iperita por haberse usado por primera vez en la ciudad belga de Yprès a finales de la Primera Guerra Mundial.

[9] Como cuenta Claude G. Bowers (1954): «When the Condor Legion was welcomed home by Göring, he said one of the reasons the Nazis were in Spain was that "our air fleet wanted to show what they could do"».

instalarse en Cocentaina[10]. Desde ese puerto organizó que «de una manera pacífica y ordenada[…] salieran del país unos veinte mil refugiados». En cierto momento le comunicó a mi padre: «Esto se acaba, haga salir a todo el que quiera, familia y/o colaboradores; yo le garantizo a usted salida en el último barco, pero solo a usted». Al parecer, la estrategia que seguía Pérez Torreblanca era entretener los papeles de todo barco que llegara al puerto y no dejarle salir hasta que otro hubiera llegado, para tener siempre un barco a mano cuando él juzgara que había llegado el último momento.

Esto lo confirma un colaborador de Francisco Giral, José Vázquez, quien en carta a José Giral desde Orléansville, Argel, fechada el 16 de marzo de 1939, le comenta que su hijo

> […] quedó en Cocentaina, en perfecto estado de salud, y aunque pudo haber salido con nosotros prefirió, con gran alteza de mira, evacuar primero a los amigos… Sin embargo convendría que le acuciaran algo, pues sin estar nosotros temo que vuelva a su confianza suicida...

El plan de Pérez Torreblanca se lleva a efecto cuando el que estaba en el puerto era un barco inglés que había ido a llevar lentejas, el Maritime. A diferencia del capitán del Stanbrook, que había traído carbón y llena su barco con unos 3.000 refugiados, este capitán se resiste a hacer algo parecido y al fin accede solamente a condición de que sean no más de unos 30 pasajeros y con lista.

Pérez Torreblanca tenía la lista de aquellos a quienes había prometido salida en el último barco, como a mi padre, y los llama. Parece ser que alguna de las llamadas telefónicas la contesta un franquista que dice algo así como: «¿Qué hacéis ahí todavía? «si estamos en el pueblo X vecino y vamos a por vosotros». El puerto estaba lleno de gente con anhelo de salir, pero Pérez Torreblanca se vio conminado a ir leyendo los nombres y fueron abordando uno a uno. En eso reconoce a un amigo del rabillo del ojo y, sin dar señal de sorpresa ni cambiar el tono de voz, lee su nombre en voz alta, aunque no estaba en la lista, sospechando con razón que el capitán no se daría cuenta. El así llamado, cuyo nombre desgraciadamente no recuerdo, se sorprende, pero, siguiendo el ejemplo de los que ha visto subir al barco, al ser llamado lo aborda también, y así se salva.

Según la carta de Antonio Pérez Torreblanca a José Giral desde el campo de Argelès-sur-Mer, a donde fueron a parar los que salieron en este barco, el barco zarpó en la madrugada del 29 de marzo[11]. Una vez en alta mar acontecen varias peripecias que forman parte del relato que hacía mi padre. La más importante es que el capitán llama a unos cuantos y dice que él quiere que le paguen este viaje. Al decirle que los hombres que ha acogido han salido de España vencidos y con lo puesto, contesta que

[10] Véase la carta del 14 de mayo de 1938 de Antonio Pérez Torreblanca a José Giral, en el archivo de este. AHN, Archivo de José Giral.

[11] Estas cartas se encuentran en los papeles de José Giral en el Archivo Histórico Nacional. Aunque ahora no tengo acceso a ellos, conservo copias de las cartas citadas. Estaban en un archivador de cartón piedra marcado «1939» con una colección de desgarradoras misivas desde campos de concentración franceses o del norte de Africa, pidiendo noticia de hijos o parientes, o bien ayuda para salir del campo y emigrar «a algún país de América»; a muchas de ellas contestaba que ya no tenía autoridad ni medios para dar ayuda alguna.

él sabe que «los españoles tienen oro». Se dirigen al salón donde estaban todos los demás, les explican la petición del capitán y deciden poner un pañuelo en el medio del suelo y apagar la luz, pidiendo que cada uno deposite en el pañuelo lo que quiera y pueda: relojes, cadenas, monedas, gafas… Recogen el pañuelo por las cuatro puntas, y sin revisarlo se dirigen a la oficina del capitán, soltándole el pañuelo atado en la mesa al tiempo que relatan cómo ha sido recolectada su «paga». Mi padre decía entonces con orgullo: «Me di el gusto de ver al Imperio británico humillado en la ruborizada cara de aquel capitán».

Todavía con el puerto a la vista, Guardiola contaba que mi padre tiró al mar con desprecio la pistola con cachas de nácar que había sido obligado a llevar consigo como director de la fábrica. Este le dijo: «Hombre, debías habértela quedado, a lo mejor con eso podías comer un día o dos, si no sabemos lo que nos espera». «Prefiero no comer», contestó mi padre.

La tercera anécdota que recuerdo es aún más triste, pues parece que se encontraron a uno de los pasajeros temblando y mordiéndose las uñas, y cuando por fin consiguieron calmarle y cerciorarse de que no estaba exactamente enfermo, este les contó lloriqueando que se habían quedado en tierra ciertas personalidades que él conocía, pero que se lo había callado temiendo poner en peligro su propia salida. Ahora le remordía la conciencia y le provocaba esos temblores. Este nombre no es que se me haya olvidado –mi padre nunca quiso revelarlo–.

Como bien decía mi tío abuelo, Urbano González de la Calle, al conducir a sus pocos alumnos de latín al refugio, durante los bombardeos de Barcelona: «El miedo es libre, y no paga contribución».

*****

José Giral sale por última vez de España en la madrugada del 4 de febrero de 1939[12], acompañando al presidente, don Manuel Azaña, su mujer y su cuñada, por decisión tomada en la reunión de las Cortes celebrada el 1 de febrero de 1939 en Figueras. Solo seis días antes había sacado a su mujer y a su hija María Luisa, por el puerto de Port Bou, donde se encontraron a Antonio Machado con su hermano y su anciana madre, cuyo equipaje estaba extraviado; Giral le dio su abrigo al gran poeta, viejo y enfermo, que morirá poco después en Colliure; llevó a mi abuela y tía hasta Carcasonne y las dejó allí con la familia mientras volvía a Figueras, para asistir allí a la última reunión del Gobierno y Cortes republicanos. Una vez cruzada la frontera a pie, como quiso hacerlo el presidente Azaña, Giral sigue a París a preparar el alojamiento para el presidente en la embajada. En París están su suegra (mi bisabuela Ángela, por quien llevo el nombre) y su cuñada Concha, en un pequeño apartamento cerca de la Porte d'Orléans. También estaban, en el Colegio de España en la Ciudad Universitaria, su cuñado Urbano González de la Calle con su mujer, Ángela, y la joven Conchita, de solo 13 años, a quien habían decidido sacar de Valencia cuando una bomba mató a las amiguitas con quienes había estado jugando, mandándola interna

[12] En la caja n.º 8 de los papeles de José Giral en el AHN hay una serie de cuartillas dactilografiadas en las que el propio José Giral narra sus datos biográficos a petición de su amigo Ramón López Barrantes, que en 1947 se proponía escribir una biografía de mi abuelo.

a un colegio en Saint-Germain-en-Laye, cerca de París, en el que la inscribieron con el nombre de Concepción González para no significarla.

*****

Francisco Barnés volvió a España poco después de alistarse su hijo Juan, y pidió reincorporarse como profesor de instituto. El 20 de mayo de 1937 recibió orden, firmada por Wenceslao Roces como subsecretario de Instrucción Pública, de incorporarse al Instituto-Escuela Pi i Margall de Barcelona. Sin embargo, el 2 de septiembre del mismo año fue nombrado cónsul en Argel, nombramiento del cual toma posesión el día 13 del mismo mes. A principios de julio ha muerto Juan.

En marzo de 1938 recibe en Argel a su mujer, Dorotea, recién salida de la cárcel/convento, con su hija Petra y su nieta, yo. Allí están también su hijo Urbano, con su mujer, María Luisa Castro, y su hija Dorotea (mi prima Toti), nacida en Oujda (Marruecos) en diciembre de 1936.

No sé cómo, ni cuándo, salimos de Argel…, y ya no queda nadie a quien pueda preguntárselo. Acudo a una curiosa colección de documentos encontrados en el fajo marcado «Argel». Allí aparece un impresionante pergamino, firmado por George VI de Inglaterra, reconociéndole como cónsul de España en Gibraltar (¿en vez de, o además de Argel?), un recibo por el envío de 6 bultos (¿maletas?) de Gibraltar a Marsella por la Oriental Steam Navigation el 18 de enero de 1939 y varios recibos de cobro a través del Barclays Bank de Gibraltar. Eso puede documentar los movimientos de mi abuelo Francisco Barnés, pero ¿y nosotras, las mujeres y niñas, las «bocas inútiles»? ¿Cómo y cuándo fuimos mi abuela Dorotea, mi tía María Luisa Castro, mi prima Toti y yo?

Sé que cuando mi madre llega con mi hermano recién nacido, en enero de 1939, ya estábamos en Carcasonne, porque ella contaba que las tres primas observaron con gran interés el cambio de pañales del recién llegado y al día siguiente todas le habíamos colocado un lápiz entre las piernas a nuestras muñecas.

Mi abuelo alquiló en Carcasonne una enorme casa a dos hermanas que eran sombrereras y se retiraron a dormir a su taller de sombreros en una buhardilla del piso superior mientras nos dejaban el resto de la casa a los demás. Tengo un recuerdo vago de la cocina con una enorme estufa de carbón. Allí fueron llegando muchos miembros de la familia y sus adláteres. Mi abuelo Paco se hizo amigo del jefe de policía y gra-

Fig. 3. Argel, marzo de 1938. De pie, María Luisa Castro de Barnés, Petra Barnés de Giral y Urbano Barnés. Sentados: Francisco Barnés Salinas con su nieta Ángela (Tati) en las rodillas y Dorotea González de Barnés con su nieta Dorotea (Toti) en las rodillas. Cortesía de la autora.

ARCHIVO HISTÓRICO Red Provincial de Buenos Aires

cias a eso iba todos los días al campo de concentración de Argelès-sur-Mer y sacaba a todo el que reconocía, entre ellos a mi padre.

Yo no recuerdo ni lo de los lápices ni la llegada de mi padre o de mi madre, pero sí otras cosas, tal vez absurdas, como la de un «tío vestido de militar» que traía de regalo para las tres niñas unas cocinillas de juguete, de hierro fundido, con unos botoncitos rojos a los que se podía dar la vuelta con los dedos…, fascinante, podría dibujarlas con exactitud ahora. Nadie se acuerda de ellas, ni mis primas, ni mi madre. Yo pensaba que había sido mi tío Antonio Giral, pero hace poco me enteré de que él salió con unas ambulancias, acompañando heridos, y no pasó por Carcasonne. Según mi madre tuvo que haber sido su hermano, mi tío Urbano Barnés, el que había estado en Oujda y se presentó a filas cuando llamaron a los de su quinta en 1938. Hace poco me contó su hijo que él se había librado del campo de concentración porque los franceses, a quienes cruzaban la frontera a pie, como él hizo, después de quitarles las armas, les dejaban libres si llevaban algo de dinero, y una familia que iba delante le había dado unos francos. Tal vez suficientes no solo para llegar a Carcasonne, sino para comprar ese pequeño regalo para las niñas. Eramos tres primas cuyas edades iban de tres a cuatro años.

A mediados de los años sesenta pasé un año sabático viviendo, con mi familia inmediata, en Río de Janeiro. Un buen día, después de almorzar con mi amiga Ana, la acompañé a los aseos en su oficina para lavarse los dientes. De repente un intenso olor invadió el cuartito donde estábamos y pregunté: «¿Qué es eso?»… «Un líquido rojo que es un dentífrico francés». «No», contesto yo, «no es rojo sino rosa y no es líquido sino una pastilla de unos tres centímetros de diámetro». La imagen que me viene entonces a la mente es la de una señora mayor entrando en la sala de Carcasonne con tres estuches iguales que contenían un cepillo de dientes y una pastilla rosa de jabón dentífrico como la que me compró luego la misma Ana en Río. Nadie se acuerda de eso más que yo, ni siquiera mi madre, que sin embargo sugirió que eso lo debía de haber traído Madame Tisseyre, la directora de la École Normale Supérieure donde se habían instalado mi tía Doro con su marido, Vicente, y su hija Pili. Esta señora tuvo muchas amabilidades con nosotros, como la de sacar de la buhardilla la preciosa cuna-moisés con volantes de encaje que había sido de su hija Yvonne y tenerla limpia y planchada para recibir a mi hermano de pocos meses cuando mi madre llegó con él.

*****

José Giral organiza la estancia del presidente Azaña en la Embajada de París; y reúne en esa ciudad a su familia inmediata. Entre todos deciden emigrar a México, juntos. José y Francisco Giral tienen ofertas de empleo en la Casa de España en México, organizada por el presidente Lázaro Cárdenas en 1937 para recibir a intelectuales españoles desplazados por la guerra. A su frente se encuentra Alfonso Reyes, el escritor que ha vuelto para ello de su exilio argentino. La familia reúne los dineros que cada uno había logrado sacar y compran billetes en el Flandre.

El 15 de mayo de 1939 sale de Saint-Nazaire el buque Flandre, de la Compagnie Trasatlantique Française, con 279 refugiados españoles, entre los que se encontraban diez miembros de la familia Giral Barnés. Íbamos en dos camarotes, uno de hombres, en el que estaban José Giral con sus hijos Paco y Antonio y Francisco Barnés, el hermano mayor de mi madre, y uno de mujeres, en el que estábamos mi abuela María

Luisa, mis tías María Luisa y Conchita, mi madre, mi hermano y yo. Mi hermano dormía en una pequeña hamaca de hilo, que recuerdo ver en México, colgada de los barrotes de la cama de mi madre.

Mis abuelos Barnés se quedan en Carcasonne hasta que los alemanes invaden Francia. En 1942 mis padres habían reunido bastantes ahorros para pagarles el viaje a México, donde vivieron con nosotros hasta sus respectivas muertes.

La travesía del Flandre fue tranquila y llegamos al puerto de Veracruz el 3 de junio de 1939; pero eso ya empieza otra historia.

*****

En septiembre de 2005 hice un viaje a Japón. Aunque mi compañero de viaje tiene fobia a los grandes centros comerciales, le convencí de ir a Roppongy Hills, en Tokio, porque exhibían el manuscrito de Leonardo adquirido por Bill Gates con las pantallas de Microsoft volviendo al derecho la escritura enrevesada de Leonardo y algunos modelos de las maquinarias dibujadas por él. Al salir de la exhibición nos encontramos con otra exposición, de las fotografías de Hiroshi Sugimoto. Yo había leído una reseña sobre la interesante forma en que este había fotografiado los interiores *art deco* de los cines norteamericanos. Pero al entrar lo primero que vi fue un gran cuarto con enormes fotografías de horizontes marinos que mi compañero pasó de largo con un bufido despectivo. Sin embargo, una me dejó clavada en el suelo mientras una chispa disparaba mi memoria de manera casi cinematográfica. Un grupo de gente alborotada gritaba «¡Tierra! ¡Tierra!» mientras yo les miraba atónita; yo no veía tierra por ningún lado, solo el mar que nos había rodeado durante los días anteriores, y, por encima del mar, el cielo. Un chico adolescente, cuyo nombre no recuerdo, incluso me levantó en brazos apoyándome en el barandal para que viera mejor hacia dónde apuntaba su brazo: «Ahí, mira, ¿no ves la tierra?», y yo no veía ninguna tierra. Me sorprendió que fuera una imagen en especial, entre las diez o doce, al parecer iguales, que colgaban en esa sala, la que me hubiese disparado la memoria, hasta que un amigo que hacía surf me explicó al poco tiempo que todos los que practican ese deporte pasan muchas horas mirando al horizonte en espera de la ola perfecta, y ellos saben que todos los horizontes son distintos.

Fig. 4. Flandre, mayo de 1939. Conchita Giral González con su sobrino Pepe en brazos y su sobrina Tati al lado. Cortesía de la autora.

Esa tierra, que los demás veían y yo no, no era todavía México, porque el primer puerto al que llegó el Flandre fue

el de La Habana, donde mi madre había situado una de mis memorias fugaces e inconsecuentes. Al contemplar a un estibador que sudaba bajando bultos del barco, le comenté a mi abuela María Luisa que ese señor estaba trabajando muy duramente, porque estaba sudando tinta. No entendí por qué mi abuela me tiró de la mano y me mandó callar con enojo… Era la primera vez que yo veía a un hombre negro.

Hoy llevo varias décadas en Nueva York, donde convivo con negros y gente de todos los colores, y me consuelo con las palabras que Gertrude Stein dijo en una entrevista que le hicieron en la revista *The Atlantic Monthly*, precisamente en el mes y año de mi nacimiento:

> Nuestras raíces pueden sobrevivir en cualquier parte, porque si lo piensas bien las llevamos puestas. Yo siempre lo supe un poco y ahora lo sé por completo… Lo esencial es saber que existen, que están en algún lado. Se cuidan solas, y te cuidan, aunque no te des cuenta…[13].

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Beauvoir, Simone de (1948): *Les bouches inutiles: pièce en deux actes et huit tableaux*, París, Gallimard.

Bowers, Claude G. (1954): *My mission to Spain, watching the rehearsal for World War II,* Nueva York, Simon and Schuster.

Giral González, Francisco (2004): *Vida y obra de José Giral Pereira,* México, UNAM.

Jorge, David (2016): *Inseguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, la guerra de España y el fin de la paz mundial*, Valencia, Tirant Humanidades.

Madariaga, María Rosa de (2005): *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos,* Madrid, Alianza Editorial.

Preston, John Hyde (agosto 1935): «A conversation», *The Atlantic Monthly*, pp. 187-194.

Salinas, Carlos (ed.) (2017): *Alicante en guerra. La vida en la retaguardia: 1936-1939,* Alicante, Publicacions de la Universidad d'Alacant.

Trécourt, François (1996): «Chronologie», en André Malraux, *Oeuvres complètes*, París, Gallimard, vol. 2.

[13] John Hyde Preston: «A conversation», *The Atlantic Monthly,* agosto de 1935, pp. 187-194.

EL DÍA MÁS AMARGO EN LA VIDA DE LÍSTER

ENRIQUE LÍSTER LÓPEZ

El 7 de noviembre de 1977, a las 18:32 horas, salíamos, mi padre, mi hermana Carmen y yo del aeropuerto de París Charles de Gaulle, dirección: Barajas. Personalmente, yo no volvía al país, sino que iba a descubrirlo, pisar por primera vez tierra española. Contrariamente a mi hermana, nacida en Sitges, durante la batalla del Ebro. Además, en 1960, Carmina viajó a Galicia, tras recibir el pasaporte español en Viena (gracias a las gestiones de Ricardo Estarriol[1], corresponsal de la *Vanguardia de Barcelona* en la capital austriaca y –curiosas cosas la vida– amigo de mi padre). Nos acompañaban media docena de compatriotas, algunos de los cuales, excombatientes del Ejército Popular de la República.

Aproximadamente media hora después del despegue del 747 de Iberia, se acercó a nuestros asientos uno de los azafatos (o, tal vez, piloto, o simple acompañante del servicio de orden), un cuarentón, aparentemente muy amable, con un bigotito a lo Clark Gable y una hipócrita sonrisa de jesuita. Le deseó a mi padre la bienvenida a bordo y, sin pausa ni preámbulos, le preguntó si volvía a España con buenas intenciones. Unos y otros nos miramos patidifusos ante tal estupidez. Hasta que uno de los amigos que nos acompañaba rompió el silencio:

> ¡Por supuesto que Líster vuelve al país con muy malas intenciones, con un par de pistolas, acompañado de sus seguidores, armados hasta los dientes, con las maletas llenas de *kalashnikov*!

Ante una reacción así, desapareció el «Clark Gable» en una fracción de segundo. Como se dice, se desmaterializó literalmente, dejándonos a todos estupefactos y sin saber cómo reaccionar ante una conducta que podía interpretarse como una clara provocación o, simplemente, el producto de la estupidez humana.

Mi padre no le dio gran importancia a ese incidente. Nada ni nadie podían perturbar su serenidad y el inmenso sentimiento de satisfacción que le provocaba la idea de poder pisar, en una hora, el suelo madrileño. El Madrid de su juventud y de nuestra guerra, la ciudad preferida de Líster. Siempre me extrañó esa verdadera veneración que profesaba Líster por Madrid, dado que vivió largos períodos de su exilio en media docena de capitales. Nació a dos pasos de Santiago de Compostela, majestuosa ciudad universitaria, cargada de historia religiosa y de bellísima arquitectura. Luego creció en La Habana entre los 11 y los 21 años. Vivió tres años en Moscú, entre 1933 y 1935, donde estudió en la Escuela del Comintern. De 1935 hasta el estallido de la Guerra Civil, vivió clandestinamente en Madrid, dedicado al trabajo antimilitarista. Después estalló la sublevación franquista, seguida del asalto del Cuartel de la Montaña, la defensa de Madrid, Guadalajara, los casi tres años de Guerra Civil. Durante la contienda, hasta el corte del territorio republicano en dos, cada vez que podía, Líster

[1] Notable miembro del Opus Dei, representante, desde 1957, de Josemaría Escrivá en Viena.

visitaba Madrid. Se fue forjando en él una verdadera veneración por esta ciudad, un cariño que nunca sintió por otras ciudades y capitales donde le tocó vivir: La Habana, Moscú, Praga, París, Bruselas, Varsovia, etc.

Le recordé a mi padre, durante ese memorable vuelo del retorno del 7 de noviembre de 1977[2], que fue por los aires como salió de España en 1939, y por los aires volvía entonces, 38 años después, a su añorado Madrid. Me señaló mi padre que, efectivamente, la segunda salida de España, en marzo de 1939, la efectuó en avión, del aeródromo de Monóvar, pero la primera salida, en febrero de ese mismo año, la hizo a pie, por los Pirineos, al frente de sus tropas, tras la larga y sangrienta batalla de Cataluña. Nos pasamos la hora de vuelo que quedaba hasta llegar a Madrid recordando y comentando esos lejanos y –para Líster– amargos momentos de su vida.

Principios de febrero de 1939, Enrique Líster escribe en sus *Memorias:*

> El día 6 el enemigo tomó Ripoll y el 7, Olot; el 8 ocupó Figueras. El 9 por la tarde pasaron la frontera el jefe del Ejército del Ebro y su Estado Mayor. En la noche del 9 al 10 la pasé yo con las últimas fuerzas del V° Cuerpo de Ejército.[3]

Quedaban atrás tres años de lucha, decenas de batallas, grandes y pequeñas, ganadas y perdidas. Quedaban, reposando en tierra española, los restos de miles de compañeros de armas caídos en Madrid, en Guadalajara, en Teruel, en Belchite, en

Fig. 1. *Passage de la frontière par une partie de l'Armée Républicaine espagnole*. Autor desconocido. El Pertús, 7 de febrero de 1939. Fondo particular de Eric Forcada (Perpignan, Pirineos Orientales, Occitania).

[2] Para Líster, el hecho de volver a Madrid precisamente el 7 de noviembre resultaba doblemente simbólico: el 70.º aniversario de la Revolución de octubre en Rusia y el 31, aniversario de la defensa de Madrid.

[3] Esta cita, como las que siguen, están tomadas de la última edición de las memorias de Líster *Nuestra guerra. Memorias de un luchador*, Ed. Silente, Guadalajara, 2007.

Brunete, en el Ebro, en la larga y dura batalla de Cataluña. Tres años de lucha, de esperanzas, de fe en la victoria, se saldaban ahora con la cruel y amarga sentencia de la derrota: cruzar la frontera…

> Después de haber cruzado la frontera hasta el último hombre, me puse a la cabeza de la columna y marchamos hacia el pueblo francés, que estaba retirado a cosa de un kilómetro y medio. Al oficial francés que nos recibió le pedí la presencia del jefe de mayor graduación y, entonces, acudió un teniente coronel. Le dije quiénes éramos; él me respondió que me saludaba a mí y a todas mis fuerzas, cuyo heroísmo era bien conocido, y que, de soldado a soldado y con pena, me trasmitía las órdenes que tenía: desarmar a toda fuerza que pasase la frontera y conducirla al campo de concentración más cercano, el de Argelès.

¿Qué podía hacer el –según Machado– *español indomable, puño fuerte*? Líster y sus hombres pensaban que el repliegue en territorio francés era una dolorosa, pero indispensable, maniobra táctica, destinada a reagrupar los restos del Ejército del Ebro, curar las heridas, reorganizar las fuerzas, con vista a trasladarlas –de la manera que fuese y lo más pronto posible– a la zona Centro-Sur. Relata Líster:

> Los combatientes que pasaron a Francia eran los restos de las unidades que se habían batido heroicamente en los principales frentes de la guerra. Y la inmensa mayoría de esos combatientes entraban en Francia con un solo pensamiento: marchar a la zona Centro-Sur para continuar la lucha. En los tres días que estuve en Perpignan y Toulouse […] fueron muchos los oficiales y simples soldados, que, habiéndose fugado de los campos de concentración, se dirigieron a mí para que les arreglara el traslado para aquella zona. Esa era la moral de la gran mayoría de nuestros mandos y soldados.

No podían Líster y sus hombres imaginar un solo instante que las autoridades francesas iban a continuar practicando hasta el final su política de *no-intervención*, la misma política que obstaculizó, durante casi tres años, el tránsito por esa maldita frontera de armas para defender la República. Y ahora, esos mismos *no-intervencionistas* pretendían desarmar a los combatientes del Ejército Popular y, tratándolos como a vulgares malhechores, amachambrarlos, a culetazos y patadas, en campos de concentración.

¿Qué podía hacer Líster ante el ultimátum del teniente coronel del Ejército francés, ese mismo ejército cuyos oficiales, unos meses más tarde, correrán como liebres, perseguidos por las fuerzas blindadas de Guderian, capitulando vergonzosamente a fin de cuentas?

> Le di las gracias por sus palabras de salutación e hice constar mi protesta por ser desarmados y llevados a campos de concentración. Acto seguido, saqué mi pistola y la tiré al suelo, al mismo tiempo que daba la orden a todos los demás de que hicieran lo mismo.

Desoladora escena, donde un Líster tira al suelo su pistola, aquella, cantada por Machado: *Si mi pluma valiera tu pistola de capitán*…

Se impone, no obstante, una pequeña precisión: Líster nunca se paseó por los campos de batalla con una sola pistola. Llevaba dos: una, de manera más o menos visible, y otra –la inseparable *compañera de fatigas*–, cuidadosamente camuflada en algún rincón de su vestimenta. Tiró la primera de un gesto teatral, a modo de orden a sus hombres:

> Comenzó el desfile ante mí, y cada uno, antes de tirar su fusil, su ametralladora, sus bombas de mano, su pistola, me miraba a mí y yo leía en sus ojos el dolor y la vacilación entre hacerlo o no.

Fig. 2. *Dès qu'ils se présentent à la frontière, les miliciens sont desarmés et évacués vers des camps de concentration.* Autor desconocido. Agencia fotogràfica Keystone. El Pertús, 7 de febrero de 1939. Fondo particular de Xavier Andreu (Orriols, Báscara, El Alto Empordán, Gerona).

Cuando un jefe sella su rendición arrojando su arma personal a los pies del adversario, la humillación y el desasosiego lo aplastan como un manto de plomo. Eso fue lo que experimentó el jefe del V.º Cuerpo de Ejército Republicano español frente al teniente coronel del Ejército francés. Mas el sentir y soportar las miradas desconcertadas de sus hombres –aquellos que no dudaron hacer frente a la muerte centenares de veces– fue para Líster un sufrimiento mil veces más insoportable que la humillación personal de un capitán vencido… Lo confesará en sus *Memorias:* «¡Ese fue para mí el momento más amargo de mi vida!»

Los tres años de lucha, vividos día a día, los combates de noche –tan temidos por el enemigo–, pertenecían ya al pasado, eran historia, azañas transformadas en leyendas, inmortalizadas en poemas de Miguel Hernández, de Petere, de Machado, de Arturo Plaja:

Escribo Enrique Líster
y doy nombre a la guerra
su nombre y apellido exactamente […]
Conozco tu mirada de azules lejanías
y el pálido, sereno sonido con que ordenas
la muerte por descargas y a secas la derrota […]
Sé lo que significa por ti movilizadas
las ametralladoras furiosas y calientes:
que te he visto plantado y al plomo indiferente
más allá, por delante de las líneas de fuego[4].

[4] Arturo Serrano Plaja, «Líster», *Nova Galicia*, 15 de junio de 1937.

Y ahora, los soldados de Líster, en una lenta e interminable fila, desfilaban por última vez ante su jefe, arrojando a los pies de los oficiales franceses sus armas y su amargura:

> Era terriblemente doloroso e injusto que combatientes curtidos en tres años de continuo pelear tuvieran que entregar sus armas, para ser conducidos a campos de concentración.

Y, por si era poco:

> Ese dolor lo aumentaba aún la falta de dignidad de algunos oficiales franceses que, sin esperar siquiera nuestra marcha para repartirse el botín, se lanzaban sobre las pistolas según iban cayendo a tierra, arrancándoselas literalmente de las manos los unos a los otros.

Las humillaciones, debidas a la conducta de los oficiales franceses, no se limitaron a ese vergonzoso episodio:

> El siguiente hecho da una idea de la falta de dignidad de muchos de los oficiales franceses encargados de «recibirnos».
>
> Días antes de comenzar las operaciones de Teruel, recibí de manos del embajador de México en España, coronel Tejada, unos magníficos prismáticos, regalo del presidente de su país, el general Lázaro Cárdenas. Conmigo hicieron el resto de la guerra hasta que el Babyuls, un oficial francés se empeñó en que los prismáticos eran también material de guerra. De nada valió que mi ayudante –que había sido separado de mí y que era quien tenía los prismáticos– le mostrara la placa que había en la funda con el escudo mejicano y la dedicatoria del presidente; todo lo que pudo conseguir fue ¡que le dejaran la funda!

Líster, junto con algunos miembros de su Estado Mayor, consiguió escurrirse de las autoridades militares francesas:

> Al final nos salvamos del campo, pues a media mañana se presentaron varios camaradas con unos coches y, aprovechándonos de la confusión, montamos en ellos y nos fuimos al Consulado de España en Perpignan.

Por esas fechas, tambien cruzó la frontera francesa Carmen López, la esposa de Líster, con su hija Carmina, de seis meses, en los brazos, nacida durante la batalla del Ebro. Acompañaban a mi madre sus padres y hermanos. Los gendarmes los registraron sin contemplaciones y los destinaron a un campo de concentración para civiles: Le Boulou. Afortunadamente, la madre de Carmen hablaba perfectamente el francés, cosa que le permitió entrar en contacto con el jefe de la estación del ferrocarril, el cual le explicó cómo podía llegar hasta Perpiñan, qué trenes podían convenirle mejor. Aprovechando el desorden y confusión reinantes en Le Boulou y sus alrededores, la familia López logró abandonar el campo, montar en el primer tren y llegar a Perpiñan unas horas más tarde. Por cierto, al salir de la estación, un policía les preguntó a dónde iban. La madre de Carmen respondió que al hotel. Se sonrió el policía, diciéndoles: «No pasarán, pero ustedes pueden pasar».

ARCHIVO HISTÓRICO Diputación de Cuenca

El día 11, Líster se reunía con su mujer y su hija[5]. El 12, salía para Toulouse, donde entró en contacto con los mandos militares republicanos refugiados en Francia.

Mientras tanto, el presidente del Consejo, Juan Negrín, considerando que había que seguir resistiendo, se trasladó desde Francia a la zona Centro-Sur. No se trataba de continuar la guerra a toda costa, sino de intentar, mediante una eficaz resistencia, obligar a las llamadas «potencias democráticas» europeas a que interviniesen en pro de un armisticio equitativo. La famosa consigna del Ebro *¡Resistir es vencer!* fue reemplazada por un patético: *Resistir es evitar que el fin de la guerra sea sinónimo de orgía sangrienta de los vencedores…*

Volver a la zona Centro-Sur significaba para Líster no solamente reemprender la lucha interrumpida tras el cruce de la frontera, sino tambien intentar –lanzándose de nuevo al combate– expulsar de su mente la terrible pesadilla que le perseguía desde esa mañana del 10 de febrero, ¡el momento más amargo de su vida!

Un puñado de altos mandos militares comunistas fueron los únicos en seguir el ejemplo de Negrín:

> En el avión en el que salimos de Toulouse para la zona Centro-Sur, la noche del 13 al 14 de febrero –es decir, tres días después de haber salido yo de Cataluña–, ibamos trece pasajeros, a pesar de que el avión tenía treinta y tres plazas […]. Más de la mitad del avión iba vacío, pues las plazas destinadas a otras organizaciones y también parte de las concedidas a nuestro partido no fueron ocupadas. ¡Y pensar que mientras tanto miles de hombres andaban a la búsqueda de un medio de transporte para trasladarse a la zona Centro-Sur!

Tras aterrizar cerca de Albacete, Líster se trasladó a Madrid y entró inmediatamente en contacto con el presidente del Consejo, con la intención de ponerse a las órdenes del hombre que actuaba de manera consecuente con su propia consigna: *¡Resistir es vencer!*

El gesto de Negrín no era el producto de la desesperación o del fatalismo, sino la materialización de una conducta digna, a pesar de que sabía de sobras el presidente del Consejo que se estaba jugando la vida, como le confesó a Líster el 15 de febrero en Madrid:

> Me recibió Negrín en su cuarto de baño, donde estaba afeitándose, y, después de darme la mano, se me quedó mirando y me dijo:
>
> –¿Por qué ha venido usted?
>
> A lo que le respondí:
>
> –Pues por lo mismo que usted, a cumplir con mi deber.
>
> Repitió que no era lo mismo, que su venida era obligatoria y la mía no; pero que se alegraba que hubiese venido, aunque, lo más seguro, era que ni él ni yo,

[5] Líster escribía en sus memorias que en Toulouse él, su mujer y su hija fueron «alojados en casa de un camarada francés». Cierto, pero se le olvidó de precisar que, tras su salida para la zona Centro-Sur, su mujer y su hija fueron acogidas cariñosamente por el matrimonio Henri y Cécille Tanguy. Henri, excomisario político de la XIV Brigada Internacional, herido durante la batalla del Ebro, fue uno de los principales jefes de la Resistencia francesa, uno de los organizadores y dirigentes de la sublevación de París en el verano de 1944.

> ni otros saliésemos de España y terminaríamos siendo fusilados. Le respondí que antes que tal cosa pudiese suceder, aún podíamos y debíamos dar mucha guerra.

Negrín, según Líster, le pintó un cuadro de lo más pesimista: toda una serie de mandos militares y dirigentes políticos preparaban la capitulación ante el enemigo, conspiraban, sembraban la desconfianza, el derrotismo. Manifestó el presidente del Consejo su indignación respecto a la carta de dimisión enviada por el general Rojo, donde este amenazaba con acusar públicamente a Negrín y sus seguidores de prolongar una guerra prácticamente perdida.

Las palabras, el tono, la moral de Negrín le dieron ánimos a Líster, revigorizaron al jefe del V.° Cuerpo de Ejército. Pero, al mismo tiempo, el cuadro presentado por Negrín vino a completar la opinión que ya se había hecho Líster, andando por las calles de Madrid: el ambiente en la capital había cambiado, el público en las calles y en los cafés era distinto, daba la sensación de que los *quintocolumnistas* se movían por Madrid como peces en el agua.

Fig. 3. Líster con un grupo de combatientes: «Después de la batalla de Brunete. Líster con los soldados de la XI División». Cortesía de la familia Líster.

Durante varios días, cumpliendo las indicaciones de Negrín, Líster recorrió los diferentes frentes, visitó y aconsejó a varios jefes militares, presenció la encarnizada lucha por impedir la sublevación de Cartagena. El 6 de marzo se presentó en Elda, donde estaban reunidos los dirigentes políticos y militares fieles a la República. Fue ahí donde se vieron por última vez en España[6] Líster y Negrín, en Elda, unas horas antes de salir el presidente del Consejo en avión, en dirección a Francia.

[6] Se encontrarán de nuevo casi veinte años más tarde, en 1956, en Yugoslavia, durante los actos conmemorativos del 20.° aniversario del inicio de la Guerra Civil Española. Fueron invitadas, personal-

Archivo Histórico Provincial de Buenos Aires

Mientras tanto, determinados mandos militares refugiados en Francia, considerando que con la pérdida de Cataluña se había esfumado toda posibilidad de resistencia, dimitieron inmediatamente. También algunos hombres políticos –que habían depositado toda su confianza, desde el 18 de julio de 1936, en la diplomacia inglesa– esperaron al 27 de febrero, día en que Francia e Inglaterra establecieron relaciones diplomáticas con el Gobierno franquista, para presentar su dimisión.

A partir de esas fechas, se aceleraron en el campo republicano las intrigas de ciertos mandos militares, las bajas maniobras de determinados políticos, destinadas a mendigar a toda costa una paz salvadora (para ellos), desembocando esa avalancha de claudicaciones, cobardías y traiciones en el golpe del coronel Casado.

Con el reconocimiento por parte de Inglaterra y Francia del Gobierno franquista y la sublevación casadista, sumados a la rápida salida hacia Francia del presidente del Consejo, la resistencia ya no tenía sentido, por lo cual, precipitadamente, salvándose por los pelos, lograron los militares Modesto, Líster, Soliva y otros, así como Dolores Ibárruri, Rafael Alberti, Togliati, Jesús Hernández, despegar el 7 de marzo del aeródromo de Monóvar y volar hacia Francia y África del Norte. Comenzaba para todos esos hombres la larga ruta del exilio… Sin retorno, para muchos de ellos…

En el avión que lo llevaba a Francia, Líster de nuevo sintió la insoportable sensación de impotencia, aquel malestar, que difícilmente soportó un mes atrás, al cruzar por los Pirineos la frontera francesa. Sintió de nuevo el peso de ese manto de plomo que se abate sobre los hombros de un capitán vencido… Aunque esta vez, el sabor de la derrota le pareció menos amargo que aquel otro, el que le revolvió las tripas cuando vio desfilar por última vez a sus soldados –desarmados y abatidos– ese 10 de febrero de 1939.

Ese fue el tema de la conversación durante el viaje del retorno París-Madrid del 7 de noviembre de 1977. Líster sabía que lo esperaban en Barajas sus viejos amigos, los veteranos de la guerra, los militantes y simpatizantes de su partido, los familiares llegados de Galicia. Y así fue: una muchedumbre entusiasta, compuesta por personas venidas de toda España, saludó, de forma clamorosa, su regreso al país, la llegada a su añorado Madrid, donde se instalará definitivamente, tras haber recorrido medio mundo y haber vivido en media docena de países. Pero, curiosamente, a pesar de todo, a pesar de los años y las vicisitudes afrontadas, entre los muchos momentos difíciles y dramáticos que le tocó vivir y soportar, el que más le marcó –me lo confesó muchas veces– fue ese cruce de la frontera el 10 de febrero de 1939, el día más amargo de su vida…

---

mente, por Tito, varias personalidades republicanas: F. Gordón Ordás, N. Fuentes, José del Barrio, Álvarez del Vayo, Juan Negrín, Juan Modesto y Enrique Líster. Fue un cordial y último encuentro entre Negrín y Líster, dado que el expresidente del Consejo fallecerá de una crisis cardiaca unos meses más tarde, el 12 de noviembre de ese mismo año, en París.

RECUERDOS DE INFANCIA DE LA GUERRA Y EL EXILIO[1]

Pura de Madariaga Álvarez-Prida

Mi madre me decía: «Tienes que escribir sobre la guerra», y ahora, antes de que mis recuerdos palidezcan demasiado, no quiero morirme sin hacerlo. Aunque estos recuerdos, siempre vivos, que me acompañan día a día, y que han marcado mi existencia, se mezclan con canciones que reviven mi niñez, y el ánimo y la cabeza se me llenan de sonidos, palabras y colores que se confunden con aquellos seres arrojados y hermosos que amo, trataré de cumplir el deseo de mi madre y el mío.

Contaré los recuerdos de lo vivido, tal como los guardo en la memoria. Siendo niña, no podrán expresar seguramente todo lo sentido, ni el horror y magnitud de los sucesos.

> Rosío, ¡Ay mi Rosío!
> capullito floresío
> de pensar en tus quereres
> voy a perder el sentío
> porque te quiero mi vía
> como naide te ha querío
> […].

Esta es la primera canción que recuerdo, desde que tengo recuerdos, y viene envuelta en una luz dorada de sol que se mezcla de azul en el cielo a través de árboles y arbustos de un jardín pequeño en los años treinta.

La segunda canción es:

> Ahora que vamos despacio
> ahora que vamos despacio
> vamos a contar mentiras tralalá
> vamos a contar mentiras tralalá
> vamos a contar mentiras.
> Por el mar corren las liebres
> por el monte las sardinas tralalá
> […].

Pero en estas palabras y melodía no se filtra el dorado del sol, ni el cielo azul, aunque sí los árboles en una calle ancha que bordea el pequeño jardín, al atardecer, cuando empiezan las sombras suaves a mitigar la luz, y el aire se vuelve ligero y vacío.

[1] Este texto es un extracto de un relato inédito escrito por la autora en el año 2004 sobre sus recuerdos de infancia de la guerra, el exilio en Francia y en Suiza y la posguerra en España. La edición, las notas a pie de página y la nota final son de Elena Sánchez de Madariaga.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

Voy con otros niños cogidos de la mano, ocupando la anchura de la calle, y andando al ritmo de la canción.

Y por entonces, latente, muy adentro, y como difuminada en el corazón, la canción, de la que no recuerdo su comienzo, que cantaba Piedad en la cocina:

> [...] a García y a Galán
> que el día 30 de mayo
> los iban a fusilar.

Más tarde:

> Mamá, yo quiero ser guardia de asalto,
> guardia de asalto.
> No quiero trabajar porque me canso,
> porque me canso.
> Ochenta duros dan y una pistola,
> y una pistola.
> Y un tolete de goma que estira y toma,
> que estira y toma
> [...] un entierro vi pasar
> y era un guardia de asalto
> que lo fusilaron por no trabajar.

Oía decir: «Han matado a Calvo Sotelo». No sabía quién era Calvo Sotelo. Era muy niña. Solo tenía cinco años. Pero el aire se impregnó de muerte cuando vi con mis propios ojos la sangre del lechero, de 16 años, en un descampado cercano. Fue la primera muerte que vi de cerca y permaneció para mí en una nebulosa misteriosa.

Vivíamos mis padres, Ricardo de Madariaga y Elena Álvarez-Prida, y mis hermanas Asita, Helena, y yo, en lo que entonces se llamaba colonia Iturbe, que ahora pertenece a El Viso, en Madrid. Asita, tres años mayor que yo, iba al Instituto-Escuela, el actual Ramiro de Maeztu. Su profesora, la Srta. Ángeles Gasset, también lo fue mía, aunque poco tiempo. Por amenaza de bomba solo pude asistir a la escuela unos días. Estando los niños en el recreo, supimos de la amenaza. Recuerdo bien ese día y la alarma que produjo en la profesora que nos acompañaba y en unos obreros que trabajaban en las inmediaciones. Creo que se cerró el centro, ya que nosotros no volvimos más a la escuela. De mi estancia allí recuerdo la simpatía, saber hacer y enseñar de la Srta. Ángeles y otras profesoras, el ambiente acogedor, alegre, eficaz en el aprendizaje; mi primer día de clase, en el que me parece que salí voluntaria al encerado para hacer una división entre dos (esto me lo había enseñado mi padre) y a la profesora le gustó; representaciones teatrales o de danza que se solían hacer e iba a ver con Asita y mis padres. Helena, un año y medio menor que yo, no estaba en edad escolar, y María Rosa no había nacido. Era el año 1936.

Empezó la guerra. A mi padre le propusieron ir a Uruguay, en donde le habían ofrecido una cátedra (era catedrático de Paleontología de la Escuela de Ingenieros de Minas de Madrid), que él rehusó por considerar que habiendo guerra debía permanecer en España con los demás. La guerra le afectaba mucho.

Mi padre, partidario de la República, estaba muy interesado en la *res publica*, pero no participaba de forma activa en política. No tenía cargos públicos como sus hermanos César y Salvador de Madariaga, pero era de Izquierda Republicana. A él le absorbía la paleontología (hizo la carrera de Ciencias Naturales después de casado), buscar fósiles…, y en cuanto terminaba sus clases en la Escuela de Minas volvía a casa a toda prisa a coger su microscopio, y allí pasaba horas. Solía decir que gustoso hubiese sido monje, pero de dos en celda.

Había estudiado en el Colegio Alemán, con sus hermanos César, Roberto y Pilar. Mi abuelo, José de Madariaga, les llevó a este colegio a falta de poder enviarlos a Francia, a donde habían ido sus cuatro hijos mayores, Pepe, Emilio el escultor, Salvador y Asita, esta a un colegio de monjas. A mi padre le entusiasmaba la ciencia. Hizo la carrera de ingeniero de minas, que, a finales del siglo XIX, entre los liberales, se consideró de actualidad frente a la tradicional abogacía, así como sus hermanos Salvador y César, inducidos por el abuelo, el militar liberal que nada más llegar a casa se quitaba el uniforme.

Su primer puesto de trabajo como ingeniero fue en las minas del concejo de Quirós, en Asturias, que linda con el concejo de Teverga, en donde la familia paterna de mi madre tiene, en el pueblo de Fresnedo, su casa matriz. Conoció a mi madre en Oviedo, donde vivían en invierno. Se casaron en 1926 y vivieron sus dos primeros años de casados en Quirós, en una finca llamada El Quintanal. En 1938 mi padre murió a consecuencia de un bombardeo en Barcelona. Cuando volvimos de Francia, a fines de 1939, mi madre y yo nos acercamos como en peregrinación hasta allí. Fuimos desde Fresnedo andando siete kilómetros hasta San Martín, capital de Teverga. Allí tomamos un autobús que llamaban «auto de línea» hasta el pueblo de Caranga, y en Caranga seguimos andando hasta El Quintanal, dieciocho kilómetros. Mi madre no tenía dinero para pagar el autobús. Íbamos andando entre peñas enormes anhelando llegar a El Quintanal. Me preguntaba de vez en cuando si no me cansaba, me cogía muy fuerte la mano, y seguíamos andando, hasta que, sobre una colina, en un prado con árboles, divisamos El Quintanal, apacible y solitario, iluminado por un sol tenue. La emoción de mi madre debió de ser grande. Recorrimos el prado que rodea la casa y permanecimos en silencio.

Como me parece que ya dije, mi padre estudió e hizo la carrera de Ciencias Naturales después de casado. Tenía un gran entusiasmo por la naturaleza, de la que le maravillaba su inmensa variedad. Otro de mis recuerdos anteriores a la guerra es verle en Fresnedo con su martillo de geólogo –acompañado de mi madre, que me llevaba de la mano, vestida de azul marino, y que se me representaba lo más bello– buscar fósiles en los Xucos, las laderas del camino que baja hasta el pueblo, donde habitaba la *curuxa* (la lechuza), que solo sale después del atardecer, y Asita, mi hermana, llamaba haciendo con las manos sobre la boca un ruido especial contestado por ella. Ahora la *curuxa* ya no habita allí. Descendió a orillas del río, bajo la peña, donde sigue contestando a aquellos que la llaman. Tengo otro recuerdo anterior a la guerra, en Madrid. Mi padre nos lleva a Asita y a mí a ver el diplodocus al Museo de Ciencias Naturales, a donde íbamos con frecuencia. Me produjo una impresión tremenda y guardé una especial simpatía por los dragones, los grifos, las quimeras y demás animales fantásticos. Ese mismo día, mi madre quiso llevarnos tan guapas a Asita y a mí, con vestidos de verano que ella misma había hecho, que cogí un resfriado. A los dos días estaba cu-

rada, y mientras iba curándome, aquella noche, pasando calor, me creía vivir dentro del diplodocus, el mundo entero dentro del diplodocus, que no era un lugar oscuro y cerrado, sino con resquicios de luz.

Con la guerra la vida diaria empezó a trastornarse. Mis padres, mis hermanas y yo nos trasladamos junto con las dos hermanas de mi padre, Asita y Pilar, y mi tía abuela paterna, Aurora, a otra casa más grande. Esta, en El Viso propiamente dicho, propiedad del hermano de mi padre Salvador, que, habiendo sido embajador y ministro de la República, ya no residía allí. Y allí pasamos los primeros meses de la guerra, creo que hasta mediados del año 37. Nosotros, los niños, seguíamos yendo a la colonia Iturbe, a nuestros lugares de juego, y me parecía que lo que se veía ya no era lo mismo. Algunos niños empezaron a llevar ladrillos o azulejos, o lo que encontraban, de un lado para otro, con lo que algunos dueños se sentían robados.

Un día vimos aparecer una multitud de gente que se paró delante de casa, y una niña ya mayor, con desparpajo, poniendo los brazos en jarras, mirando de frente, dijo: «Somos evacuás». No se me olvidó su porte, pero ahora no recuerdo de dónde procedían, y ya no podré saberlo, como tampoco podré saber quién mató y por qué mataron al lechero de 16 años. A los que podría preguntar ya no están aquí.

Entonces nació mi hermana pequeña, y recuerdo como si fuese hoy cuando fuimos a verla al sanatorio en donde había nacido. Cosa no habitual en esa época en la que los niños solían nacer en casa, más bien en casa de la abuela materna, y que conmocionó a mi madre. Nos llevó a verla, a mis hermanas y a mí, la hermana más joven de mi padre, Pilar, y nos puso muy guapas para el acontecimiento, con jerséis nuevos de colores. El mío era color naranja, como la aurora «de peplo color azafrán» de mis libros infantiles y un botón de nácar que me hizo muy feliz. Nuestra nueva hermanita, María Rosa, era un bebé precioso, rubia como mi madre, el abuelo Emilio y casi todos los miembros de la familia Prida; último fruto nacido del amor que se tuvieron mis padres. Amor que marcó también mi existencia.

Vivíamos en la casa de mi tío ausente, a la que habíamos ido a refugiarnos casi toda la familia residente en Madrid. Creo que la hermana de mi madre, Juana, profesora de ciencias, que había venido con nosotros a vivir a Madrid, estaba entonces en Ciudad Real. Iba y venía a Madrid. Mi abuela materna, Pura, y las otras dos hermanas de mi madre, Dolores y Ángeles, vivían en Oviedo. Los veranos los pasaban en el pueblo, en Fresnedo, donde les sorprendió la guerra y permanecieron incomunicadas.

Veíamos con frecuencia al hermano mayor de mi padre, Pepe, a su mujer, Amalia, y al hijo de ambos, el primo Emilio, Emilito. A mi tío César, hermano de mi padre, con tres penas de muerte al final de la guerra (había tenido, entre otros cargos, el de director de las Minas de Almadén durante la República)[2], le veíamos poco. De su mujer, Mara, y de sus tres hijos, Asita (nombre también de mi abuela paterna, de mi tía y de mi hermana mayor, Ascensión), a la que llamábamos La Nena, José Luis (Pepete) y César (Cesarín), no sabíamos nada, debido a la incomunicación causada por la guerra. Se habían quedado encerrados en la zona franquista. Les recordaba en su casa de la calle Jaén antes de la guerra, en un jardín con esculturas.

[2] Durante la guerra fue jefe de aprovisionamiento en la Subsecretaría de Aprovisionamiento del Ministerio de Marina, director de la fábrica de explosivos de Murcia e inspector de industrias químicas de guerra.

Empezaron el hambre y las colas para conseguir alimentos. El Gobierno de la República se trasladó a Valencia. Durante la guerra mi padre sí tuvo varios cargos, entre ellos el de jefe de la Sección de Inspección Minera[3]. Salimos para Valencia a finales de 1937 con Juana, mis hermanas y yo en coche, con un señor llamado Dupuy, en donde nos acogieron familiares de tío César (después exiliados en México), hasta que llegaron mis padres con María Rosa y mi tía abuela paterna Aurora. Mis tías Asita y Pilar, que antes de comenzar la guerra vivían con ella, no pudiendo hacerse cargo, la dejaron con mis padres, y siguieron otro rumbo.

Aurora, hermana de mi abuela Asita, hijas de militar, había nacido en Cuba, de donde volvió al perderse esta. Cantaba muy bien. Cantaba habaneras, guajiras, canciones de la guerra de Cuba..., que aprendimos con ella.

> El que diga que Cuba se pierde
> mientras Covadonga se venere aquí
> es un pillo, granuja, tunante, canalla
> insurrecto, cara de bambí […].

En Valencia nos instalamos en Godella, en una casa abandonada de dos pisos, de los que ocupamos el segundo, estando el primero y el entresuelo prácticamente deshechos, y también llenos de desechos. Mi hermana Asita se escapaba con frecuencia al entresuelo, y yo la seguía en la semioscuridad, descubriendo objetos rotos y desperdigados, buscando un misterio escondido.

No teníamos cocina. Mi madre y Piedad cocinaban entre dos piedras grandes, en las que encendían el fuego. Estas piedras entre el fuego me producían un efecto extraño, desconcertante y a la vez luminoso que me reconfortaba. Me acercaba a ver aquel lugar improvisado, en el que mi madre y Piedad condimentaban lo poco que podían encontrar; pero en uno de los pisos, en un rincón, se acumulaban grandes cantidades de naranjas, que mientras estuvimos en Valencia no faltaron.

Enfrente teníamos la Casa o Asilo de Huérfanos de Correos, con un jardín que se me antojaba laberíntico y hermosísimo. A una distancia que entonces me parecía grande, pero que, cuando estuve en Godella, en el año 1987, vi que no lo es, hay una ermita. A ella corríamos las noches al sonido de las sirenas anunciando el bombardeo. Mi hermana de meses, María Rosa, devolvía cuanto acababa de mamar. Al llegar a la ermita nos tumbábamos, bien pegados a la tierra, o a las hierbas, para lo que se llevaban mantas, y así permanecíamos hasta que concluía el bombardeo. Sin embargo, no recuerdo tener sensación de pánico. Los bombardeos, creo, se dirigían más hacia el centro de Valencia, quedando Godella relativamente resguardada.

Durante el día nos llevaban a los alrededores de la ermita –no sé si cerca del jardín de Huérfanos de Correos que fascinó mi imaginación de niña–, en donde había campos y árboles grandes. Una vez alguien nos llevó más lejos, a un lugar a donde

[3] Fue vocal del Comité Ejecutivo de Combustibles, representante del Ministerio de Industria y Comercio para el consumo general en centros oficiales y subvencionados y comisario-director de la Escuela Especial de Minas de Madrid. También realizaba trabajos para el Instituto Minero y Geológico de España.

solo fuimos una vez, pero que permanece resplandeciente en mi memoria, porque por primera vez vi la inmensidad del cielo y sentí la brisa.

Para nosotros, los niños, era una fiesta cuando llegaba mi tío Gerardo, el hermano más joven de mi madre, aviador voluntario de la República, de 27 años, que participó, entre otras batallas, en la de Brunete. Nos adelantábamos a su llegada, salíamos a su encuentro cuando creíamos que vendría; el verle aparecer nos producía un gran regocijo; con su gorra de aviador, y su uniforme, nos parecía muy gallardo y guapo. Además, fue a él al que se le ocurrió regalarme un libro en el día de mi santo. Ya me habían regalado alguno que otro, en Madrid, pero este fue especial. Mi padre fue el encargado de elegirlo, puesto que Gerardo estaba en el frente. Eligió *Narraciones mitológicas para niños*, escrito por Paula Fumagelli. Estas narraciones me produjeron una gran impresión y con sus viñetas empecé a vislumbrar lo que más tarde entendería por belleza.

En Barcelona vivíamos en Tiana, a las afueras de la ciudad. Mi padre iba y venía todos los días a su trabajo. Desde Tiana se veían con toda claridad los bombardeos en la noche. A Tiana no llegaban las bombas. El primer día que me desperté en Tiana, la luz que me dio en los ojos me produjo una alegría incontenida. Me levanté corriendo como si hubiésemos llegado a una tierra prometida. Enseguida hicimos amistades con nuestros vecinos de las casas de al lado y de las de enfrente, algunos que, como nosotros, habían llegado de otros lugares. Nos llevaron a sus casas, con otros niños. Al entrar en el pequeño jardín de la casa de enfrente me deslumbró el sol de tal manera, como si fuese la primera vez que me alumbrase. Sentada en el suelo de aquel jardín me veía a mí misma dibujada en él. Desde entonces, guardo estima y afecto por el pueblo catalán, que nos acogió y ayudó cuando más tarde, en junio de 1938, mi padre murió víctima de un bombardeo.

Los alimentos escaseaban. Había que hacer colas interminables desde el amanecer. No recuerdo haber pasado hambre, pero mis padres creo que sí la pasaron, porque a mi madre tuvieron que conseguirle botes de leche condensada a través de la Campsa por medio de su director, Federico Luchsinger –compañero de carrera de mi padre y muy querido amigo suyo–, para que no se debilitase demasiado y poder seguir amamantando a María Rosa. Gracias a los cuáqueros se consiguió también leche en polvo para María Rosa.

La imagen de mi madre en Tiana aparece ante mí efervescente, alrededor de nosotras (con Fredes, la niñera amable), sin poder separarse ni un minuto de nosotras, de «mis niñinas». A nuestro lado, envolviéndonos con su cariño. Ella tenía devoción a la Virgen. Rezaba con frecuencia la oración denominada «Salve», que comienza: «Dios te salve reina y madre de misericordia, vida y dulzura […]», y por las noches, antes de dormirnos nos hacía rezar a cada una, mientras nos abrazaba: «Virgina mía querida, que yo sea siempre muy buenina y muy sanina, y Asitina, y Helenina, y María Rosina también», y «Angelín de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día porque si me desamparas me perdería», esperando la llegada de mi padre de Barcelona. Y cuando estaba con él, los veía juntos, como algo aparte, muy precioso. Mi padre jugaba con nosotras. Me enseñó a hacer mi primer dibujo del natural. Era un jarrón, que colocó frente a mí y me hizo ver su forma. Él dibujaba muy bien, plantas, fósiles... Conservo un armario de madera con incrustaciones de dibujos hechos por él de fósiles trilobites.

En Tiana empecé a oír hablar de Ulises. En las *Narraciones mitológicas* no figuraba la Odisea, pero tengo un vago recuerdo de un libro de tapas azules que conta-

ba sus proezas y leía con avidez; y una vez, la primera de las dos veces que mi padre nos llevó a la playa de Barcelona, mi padre, mirando al mar, extendió la mano señalando una barca que venía y me dijo: «Purina, mira la barca de Ulises, mira por dónde viene la barca de Ulises». Vi la arena dorada, el mar, el cielo, y la barca de Ulises que se acercaba. En el año 2003 estuve en Barcelona para ver el monumento que se hizo en conmemoración a los muertos en los bombardeos de los años 1936 a 1939 en Barcelona, que también conmemora a los muertos en todos los demás lugares; y volví a ver el mar por el que un día vi llegar la barca de Ulises.

La segunda vez que fuimos a la playa de Barcelona, andábamos entre arena oscura y casuchas, cuando nos encontramos con dos mujeres jóvenes, una casi adolescente, que reñían furiosamente. Una de ellas agredía preponderante; gritando, insultándose, se pegaban hasta arrancarse los harapos. Esta imagen desgarrada se me quedó grabada con un mundo de miseria que existía, que me había sido desconocido, y con el que me identificaba. Corrí hacia ellas llorando, pero alguien me detuvo.

Cada vez veíamos las bombas con más frecuencia y claridad desde Tiana. Mi padre ya no llegaba todos los días a casa. Mi madre, angustiada, a veces tampoco estaba con nosotras. Mi padre no volvió y mi madre, como una sombra, empezó a vagar fuera de sí, sin saber a dónde dirigirse. Llegó Juana. No nos dijeron que mi padre había muerto el 21 de junio de 1938, a consecuencia de los bombardeos efectuados por los Junkers alemanes[4]. En ese bombardeo perecieron instantáneamente todos los

Fig. 1. Ricardo de Madariaga Rojo, 1938. Cortesía de la familia Madariaga Álvarez-Prida.

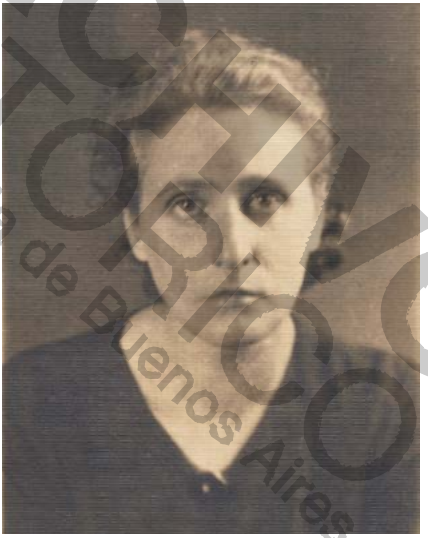


Fig. 2. Elena Álvarez-Prida Vega, julio de 1938. Cortesía de la familia Madariaga Álvarez-Prida.

[4] En la memoria familiar se transmitió siempre que el bombardeo fue de la Legión Cóndor, pero es probable que se tratase de la aviación italiana.

habitantes del edificio, excepto una señora mayor y él. Fue trasladado de Barcelona a Puigcerdá. Intentaron operarle. Pero durante la operación se quedaron sin luz a causa de los bombardeos, tuvo una hemorragia interna, le hicieron una transfusión de sangre de un grupo sanguíneo que no era el suyo, y murió a los pocos días. Tenía 38 años.

El general Senders y otros miembros de esta familia atendieron a mi madre. Pasados unos días, se acordó la salida para Francia, y Federico Luchsinger nos condujo en coche a mi madre, a mis hermanas y a mí, con María Rosa todavía bebé en sus brazos, hasta Biarritz, donde estaban su mujer, sus hijos y su madre desde el comienzo de la guerra.

Mis tíos maternos Juana y Gerardo atravesaron la frontera en el año 39, con los demás exiliados, que, a pie o en camiones, llegaron hasta Francia. Gerardo fue internado en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer, en el que fue finalmente encontrado gracias a las gestiones de Ángeles Laredo. Su hermana Juana fue a buscarlo y consiguió sacarlo. Francia, que se representaba para mí como todo lo sonriente y luminoso, frente a lo oscuro, obtuso y mezquino que dejaba, y que con el tiempo llegué a mitificar.

En Biarritz nos esperaba mi tía Dolores, la hermana mayor de mi madre, que, como pudo (ella podía mucho), había llegado hasta allí desde Asturias. Ella había recorrido en España los territorios a su alcance, buscando a mi tío Pepe, José Álvarez-Prida, hermano de mi madre y suyo, casado en León, y que había desaparecido en 1936. Después de torturado en la prisión de San Marcos, le habían sacado de la cárcel de León y no habían encontrado su cadáver, como tampoco el de muchos otros. Había sido denunciado y encarcelado por tener libros de autores rusos[5]. Había sido lector de español para sefardíes en la Universidad de Sofía, en Bulgaria, durante los años de la República, y sabía un poco de búlgaro y ruso. Era muy aficionado a la literatura, él mismo era poeta, y amigo de algunos poetas de la generación del 27.

En el año 2004, cuando escribo estas líneas, la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica y otras organizaciones tratan de recuperar estos muertos, ignorados desde 1939, enterrados en fosas comunes, o no se sabe cómo enterrados, o no enterrados. Dolores lo buscó por toda España durante la guerra y después de terminada la guerra. Ella no creía en su muerte.

Con Dolores fuimos a Anglet, donde las monjas francesas de la orden del colegio en el que había estudiado con sus hermanas en Pola de Lena tenían un convento magnífico. Entre estas monjas, una, la hermana Gabrieli, hermana del padre Barandiarán, el conocido antropólogo exiliado en Francia, era especialmente querida por mi tía. En el convento nos atendieron con todo cariño durante varios días y volvimos a Biarritz, donde nos esperaba tía Asita, la hermana mayor de mi padre, que de niña había estado unos años en un colegio en Francia y conservó siempre estima y admiración por su cultura. Dolores volvió a Asturias con mis hermanas Helena y María Rosa. Mi

[5] La Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica encontró su expediente en la Comandancia Militar de El Ferrol. En el expediente figura que los denunciantes eran conocidos suyos, miembros de la tertulia que frecuentaba, que le acusaron de relacionarse con «elementos extremistas» y de viajar mucho al extranjero, lo que les hacía suponer que podía ser «agente del Socorro Rojo». María Rosa de Madariaga escribió sobre él, cuyo cuerpo sigue sin ser encontrado, el artículo titulado «¿Dónde están nuestros muertos?», *El País*, 26 de julio de 2010, https://elpais.com/diario/2010/07/26/opinion/1280095205_850215.html.

madre, mi hermana Asita y yo nos quedamos en Biarritz con tía Asita. El dolor de mi madre era tan grande que tía Asita tenía que ocuparse de ella, de mi hermana Asita y de mí como una madre. Nosotras seguíamos sin saber de la muerte de mi padre. Mi madre no olvidaría nunca el cariño y las atenciones de tía Asita en aquellos meses dolorosos que pasamos con ella.

Asita y yo fuimos a un colegio público, sugerido por mi tío Salvador –que consideraba muy buena la enseñanza pública francesa–, durante dos meses, de los que me queda en la memoria una sensación de armonía entre números cardinales y ordinales.

Nos sentíamos amparadas por la familia Luchsinger, con la que nos reuníamos casi todos los días. Federico, llevado por su enorme vitalidad y espíritu generoso, había vuelto a Barcelona. Su madre, Julia Centeno, su mujer, Carmen Topete, y sus tres hijos, Samuel, Juan y Carmen (Mamen), permanecieron en Biarritz hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. La abuela Lala tocaba muy bien el piano. Hacía vibrar a los que la escuchaban. Tenía especial afecto por mi madre, la atendía con especial cuidado, cómplices las dos de su gusto por la música. Ante una sonata de Lala, mi madre tenía que agradecerle con otra. Esta, tocada por ella misma. A la familia Caleya, cuyo padre había sido antecesor del mío en las minas de Asturias, la veíamos en casa de Luchsinger, y recuerdo sobre todo a la madre, Amada. Los Luchsinger y los Caleya se exiliaron al empezar la guerra mundial en Venezuela, de donde no han vuelto. La familia de tío Luis Laredo, primo de mi madre, compartía vivienda en un chalet con la familia de Valentín Álvarez. Biarritz estaba lleno de españoles exiliados. La playa rebosaba de nacionalistas vascos y de monjas en el *trottoir*.

Mi tío Salvador, entonces en Suiza, propuso llevarnos a Asita y a mí a un colegio internas, en el cantón de Vaux, en el campo, cerca del lago de Ginebra. Tía Asita fue la encargada de llevarnos hasta Ginebra. Mi madre regresó a Barcelona con su hermana Juana, que permanecía allí. No podía dejar los lugares en donde había muerto mi padre. Consiguió un trabajo en la Campsa, que ejerció durante unos meses. Le habían ofrecido un dinero que le daban por haber sido nombrado mi padre, pocos meses antes de su muerte, director de la Escuela de Minas de Madrid, pero ella no aceptó este dinero, porque consideró que no había llegado a ejercer este cargo[6]. Era el año 1938 y la guerra seguía. Mi madre tenía 32 años.

Antes de reunirnos con tío Salvador, y ya en Suiza, pasamos a ver a Maruja, hermana de Mara, la mujer de tío César, casada con un suizo, autora de las esculturas del jardín de la calle de Jaén en Madrid. En Ginebra nos recogió tía Pilar, y nos reunimos con Salvador y su mujer, Constanza, de la que me había quedado una imagen vaga anterior a la guerra, y a quien mi madre quería y admiraba. Pilar nos condujo hasta el colegio L'École Nouvelle La Pelouse. Cuando llegamos fuimos recibidas con grandes muestras de consideración y cordialidad. En el colegio había veinticuatro alumnas y doce profesoras, dirigidas por Mlle. Hemmerlin, suizo-alemana. Había profesoras suizo-francesas y suizo-alemanas. La niña más pequeña a nuestra llegada era yo, de 7 años. Las mayores creo que no pasaban de 18 años. No se admitían niños mayores de 8 años. Había sólo uno, Sammy, de 8 años, niño judío, con algún problema psico-

[6] En el año 2010, la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Minas de Madrid reconoció en un acto oficial el nombramiento de Ricardo de Madariaga Rojo como director de la Escuela Especial de Ingenieros de Minas el 14 de septiembre de 1937.

lógico, muy bondadoso. Más tarde llegó otro niño, de 5 años, Ragnar, este, holandés, listísimo.

Fue entonces cuando, con sumo cuidado, Mlle. Hemmerllin y otras profesoras nos hicieron saber de la muerte de nuestro padre.

Mlle. Hemmerllin, que tendría alrededor de 60 años, era una mujer encantadora y muy inteligente, conocedora de la nueva pedagogía que desde hacía algunos años empezaba a practicarse. Nos enseñaban hablando con nosotros. De esto hace ya muchos años y no puedo recordarlo todo. Lo que sí sé es que no nos «tomaban la lección», y de algún otro modo nos hacían retener en la memoria lo aprendido, supongo que por asimilado. A veces nos hacían escribir sobre algo ocurrido, o sobre lo aprendido, o sobre otras cosas. Hacíamos redacciones. Los domingos por la tarde se dedicaban a escribir cartas a la familia. En Matemáticas hacíamos muchas cuentas. En Ciencias Naturales hicimos un herbolario de plantas y flores, que nosotras mismas cogíamos en los campos, y conservo conmigo. Cada niña tenía un pequeño trozo de huerta en el huerto común, en el que cultivábamos y recogíamos sus frutos, dirigidos por Mme. la Potagère, encargada del *potager*, con su hijo Klaus, ya adolescente, único varón mayor de 8 años habitante en el recinto. Hacíamos gimnasia todos los días y un poco de ballet, y cantábamos a coro a diferentes voces. En las clases de Piano empezábamos tocando las pequeñas piezas que Bach compuso para su segunda esposa, Ana Magadalena; en Solfeo, la profesora, para mostrar la diferencia en el tiempo de corcheas, semicorcheas y blancas, me hacía decir: «Puri» para corchea, «Puri, Puri», semicorchea, a diferentes ritmos, y «Jeanne» para la blanca, alargando el sonido.

Fig. 3. Pura y Asita de Madariaga Álvarez-Prida con su tío Salvador de Madariaga Rojo en Suiza, 1939. Cortesía de la familia Madariaga Álvarez-Prida.

Cuando llegó el invierno salimos a la nieve, cosa fácil estando rodeado el colegio de montañas. Nosotras, españolas, no estábamos familiarizadas con tanta nieve. A mí me entusiasmaba. La primera vez que me monté en *luge* (un pequeño trineo) me lancé como loca pendiente abajo, acabé rebotando y dando vueltas en el aire, con la alarma de las profesoras que vinieron a recogerme. Pero no lo necesitaron, porque yo sola me levanté feliz sin perder tiempo en hacer otro descenso, esta vez menos arriesgado. Cuando empezamos a dominar los descensos en *luge*, nos calzamos los esquíes.

Cuando llegó el verano, terminado el curso, Pilar vino a recogernos para pasar unos días con ella, Salvador y su hija Lolita (Isabel), antes de regresar a Biarritz. Con ellos pasamos unos días en la montaña, en los que Salvador daba cursos a jóvenes, que le seguían muy atentamente, y recibía visitas. Me quedó grabada la de Castillejo (Petit Château, le llamaban Pilar y Salvador), porque este señor, cuando le ofrecí unas pastas, me dijo sonriendo: «¡Muy bien! Tú te las comes y a mí me dejas los agujeros». Le había ofrecido unas pastas de las que algunas tenían agujeros. Esta observación me chocó y me hizo reír, al pensar que los agujeros no podían comerse. Durante esos días nos bañamos en lagos, a los que me quedé aficionada, nos paseamos en campos verdes, con vacas y bueyes; en uno de estos paseos, Asita, mirando a uno, le encontró parecido con un juez y así lo dijo: «Ese buey tiene cara de juez». Salvador, Pilar y Lolita celebraron esta ocurrencia, que encontraron acertada. Por las tardes a veces jugábamos a las cartas y, siempre conversando, nos divertíamos mucho. Nos manifestaban su cariño –como a niñas que éramos– con alegría, evitando sacar a la luz los horrores de la guerra.

Al cabo de unos días, Pilar volvió a llevarnos a la frontera suiza, antes de exiliarse en Estados Unidos; desde esta hasta Biarritz nos llevó tío César, que estaba en Francia, antes de exiliarse en Colombia. Al llegar a Biarritz, mi madre y Juana nos esperaban con impaciencia. Vivían en lo que antes había sido un escaparate, ahora habilitado, sostenidas estos meses –al tener noticia de la situación– por los parientes de Filipinas, los Manzano, descendientes de Narciso Manzano, el primo de mi abuelo materno Emilio, que, desde Berrueño, pueblo de Teverga, había emigrado a Filipinas en el siglo XIX. Era el año 1939. La Guerra Civil en España había terminado con la victoria franquista.

La desolación de los exiliados españoles era muy grande, y su desamparo también. Muchos de ellos, como es sabido, al empezar la Segunda Guerra Mundial lucharon heroicamente contra Hitler, siendo esto más reconocido en Francia –en la que se levantaron monumentos en su honor y reconocimiento–, que en España, en la que hasta hace muy poco no fueron ni mencionados.

Juana volvió a España, a Fresnedo. La casa de Oviedo había sido ocupada por las tropas, saqueada, y casi derruida, inhabitable. La desaparición de Pepe, a quien Dolores buscaba, gravitaba como una sombra, y mis tías ocultaban a mi abuela Pura su falta, pues ellas mismas no confirmaban en su más profundo interior que hubiese muerto. Juana permanecía en Fresnedo con su madre y su hermana Ángeles, mientras Dolores, periódicamente, recorría España buscando. Contaba cómo en las ciudades que recorría veía a una «mujeruca vieja», que se le aparecía burlona, siempre en la esquina de la calle que torcía a otra, y desaparecía para volver a aparecer en la esquina de la siguiente calle, y volver a desaparecer haciéndole muecas. Esta «mujeruca», que no existía, por lo menos en nuestro mundo más o menos visible, Dolores la vio durante algunos años. Solo cuando buscaba a Pepe. Querer explicarse por qué tuvo esta visión, y no otra, le parecía demasiado arduo y fuera de su alcance.

Mi madre no quería volver a España. Nos quedamos con ella en Biarritz mi hermana Asita y yo. No podía contener su desesperación. Nada contaba para ella, salvo la falta de mi padre. Creo que le veía en nosotras y se refugiaba en nosotras. En mí llevo dentro sus huidas a las rocas que bordean la costa de Biarritz, perderse en ellas y correr Asita y yo a buscarla. Pasado el tiempo, nos contó la visión que tuvo en aquellos

años, que no era como la de Dolores, burlesca y cruel. Ella veía mujeres que avanzaban con un niño en brazos, en el aire, ocupando el espacio.

> […] Siento una sensación horrible en el corazón. Unas veces me lo coge una mano grande y dura; me lo aprieta mucho, hasta que queda encogido. Otras, esa mano grande quiere cogerlo, pero está duro, brillante y escurridizo, y me lo coge y se escapa. Otras, me hace la sensación de que está como esos palos secos que encuentras por los caminos en el verano, que tienen la corteza desgajada, y me veo yo en el Castañedón camino de Fresnedo por el camino viejo coger ese palo y partirlo, y siento yo que lo tengo cómo queda partido ese palo seco, y me produce un malestar físico horrible.
>
> Y veo unas mujeres todas iguales que van como en el aire sin andar avanzando a una velocidad vertiginosa. Son morenas y muy altas, como gigantes, el pelo largo y suelto, y el aire se lo lleva hacia atrás. Van con unos niños abrazados muy fuertes y con las caras mirando para atrás, horrorizadas, como si huyeran de algo. Ver esto me pone nerviosa y mientras más quiero quitármelo de la imaginación, más claro lo veo todo. Sufro mucho y estoy metida en un círculo vicioso por el que no acabo de encontrar salida. Las torturas me hacen daño al cuerpo, que está débil, y esto me hace tener las torturas, así que no acabo nunca. […][7]

Era verano y mañana y tarde íbamos a la playa. Tenía especial predilección por el mar, y por el mar de Biarritz. Mamen Luchsinger y yo nos metíamos inconscientemente mar adentro, sorteando las olas, hasta que nos sacaban a la fuerza. En el año 2002, he vuelto a ver este mar, pasados ya sesenta y dos años. Juan Luchsinger y su mujer, Marta, vinieron desde su exilio de Venezuela, a España, y Juan no quiso regresar a Venezuela sin pasar antes por Biarritz. Vimos el mar, los parajes que, cuando la guerra, nos acogieron, las calles que habíamos recorrido siendo niños. Villa Florecita, el chalet en el que habían pasado su niñez y al que íbamos nosotros a reunirnos con ellos, seguía en pie después de tantos años y para encontrarlo tuvimos que recorrer todo Biarritz. Pero Asita, mi hermana, Samuel y Mamen ya no estaban, siendo Juan el único superviviente de los hermanos.

Al volver de la playa, solíamos ir a casa de Luchsinger, o al chalet que compartían las familias de Valentín Álvarez y el tío Luis Laredo, primo de mi madre, ambos ausentes. Allí se reunían además otras familias, entre las que recuerdo a María Teresa Bermejo y Juan Capdevila, recién casados, jóvenes y guapos, que nos llamaban mucho la atención a los niños y coincidían con nosotros en la playa, acompañaban a mi madre, y hablando con ella intercambiaban y compartían opiniones, que la reconfortaban; a un señor dibujante y pintor, que me parece que se llamaba Oliart y hacía retratos que me gustaban mucho, y a la madre del general Miaja, una señora entrañable. Ángeles Cabal, la mujer de Valentín Álvarez, tenía mucho corazón, y era muy piadosa. En las tardes se rezaba el rosario, reunidos, a petición suya. En el transcurso del rosario, se oía a intervalos un quejido: «¡Eduardo, hijo mío!». Era doña Patro, que lloraba a su hijo.

[7] Fragmento de una carta de Elena Álvarez-Prida a Pilar de Madariaga. Biarritz, 18 de mayo de 1939. Archivo de Pilar de Madariaga. Esta carta no figuraba en el texto de 2004.

Después del rosario, la multitud de niños exiliados allí reunidos jugábamos en el patio; cuando surgía una riña o disputa, nuestros insultos preferidos eran «Franco», «Mussolini», «Hitler», como si nada pudiese existir de más ínfimo.

Así pasaron unos meses y nuestra estancia en Biarritz no pudo prolongarse. Mis tías Dolores y Juana vinieron a recogernos para llevarnos a Asturias. Al llegar a la frontera, mi madre lloraba, no quería entrar. Pasamos Asita y yo con Juana. Mi madre se resistía: «Yo no entro en ese pozo negro», sollozaba. El tiempo apremiaba y hubo que introducirla a la fuerza en España.

Entre los papeles de Pilar se conserva una carta escrita en Biarritz el 9 de noviembre de 1939, que dice así:

> Queridísima Pilar del alma: hoy es la última noche que paso en Francia. Mañana a las ocho y media salgo para Hendaya. Son las cuatro de la mañana y en vista de que no duermo me siento a escribirte. Me espera Dolores en Irún desde hace ocho días. Las nenas pasaron antes de ayer y ellas pasaron bien. En el consulado me dieron un volante y las llevé yo hasta el puesto y allí las recogió Dolores. Yo no pude pasar. Está la frontera cerrada para todos los que vivimos en Francia por nuestros propios medios. Solo entran los de los campos de concentración. Yo mañana me uniré a un grupo de refugiados y pasaré con ellos. Como Dolores está allí, me libertan inmediatamente. Pilar, si alguna vez ves el modo de que podamos hacer algo fuera de España, nos sacas. Tengo una tristeza que me muero. Bueno, solo quería decirte que me voy, despedirme de ti. Me parece que al entrar en España es como si cayera en un pozo desde donde nadie podrá oírme por mucho que grite. Adiós, estoy agotada del trajín que tuve todos estos días. Con el alma te abraza tu hermana Elena[8].

Ya dentro pudimos comprobar muy bien cuánta razón tenía.

En San Sebastián, mientras esperábamos la llegada del tren, Dolores, para tenernos entretenidas, nos llevó a ver el rompeolas de La Concha, y una ola muy grande nos bañó y temimos que se llevase a Asita, que se había quedado tan contenta y a la que se reprendió por ni siquiera llevarse un susto.

Llegado el tren, salimos para Oviedo. En el tren, entre los pasajeros, un chico joven hablaba de Gandhi y de la India, y de pronto, sin saber lo que decía –yo no sabía lo que era el colonialismo; puede que llevada por mi inclinación hacia la India–, me puse a hablar apasionadamente defendiendo la postura de Gandhi, su pacifismo, y lo que representaba frente al colonialismo, con gran asombro del chico que ni siquiera en la conversación se había dirigido a mí, y de sus interlocutores, y gran satisfacción de mi madre, que al mirarme parecía decirme: «Cuento contigo».

Llegamos a Oviedo. Desde allí tomamos el «auto de línea» hasta San Martín, capital del concejo de Teverga. Nos esperaban con mulas y burro –se habían quedado sin caballos– para transportar las maletas hasta Fresnedo, situado en un alto en la ladera de la montaña, al que se accedía por medio de una rampa o por caminos pendientes. Uno de estos caminos, casi en vertical, El Cortinal, que atraviesa las tierras de cultivo

[8] Carta de Elena Álvarez-Prida a Pilar de Madariaga. Archivo de Pilar de Madariaga. La carta no figuraba en el texto de 2004. La carta no tenía puntuación, que ha sido añadida para facilitar la lectura.

de los vecinos del pueblo, era el más utilizado. Reducía las distancias, pero era difícil subirlo a caballo o en burro, y más aún bajarlo.

Por la rampa bajaban a nuestro encuentro Ángeles con mis hermanas Helena y María Rosa, que apenas andaba (y de regreso subió la pendiente en brazos), y Celestina, Tina, que había sido niñera de mis tías y mi madre. Siguiéndolas, bajaba mi abuela Pura, «abuelita». La felicidad que tenían al tenernos con ellas era grande, y la nuestra también. Era el otoño de 1939. En Fresnedo pasamos el invierno.

En Teverga, terminada la guerra, la represión había sido y seguía siendo fuerte. Se había fusilado, ejecutado, o matado siguiendo otros métodos: a palos, a golpes, torturando..., a unas doscientas personas en el concejo. Al comienzo de la guerra, los ejecutados por los llamados «rojos» habían sido nueve. Algunas de estas víctimas eran de Fresnedo. Otros habían huido al monte.

A los pocos días de llegar de Francia vimos bajar por el camino pendiente, en el que mi padre había buscado y encontrado fósiles, a una mujer corriendo, seguida de perros y hombres, supongo que soldados, tirando tiros al aire. Era Veneranda, que, como otros vecinos del pueblo, había ido a llevar comida a los huidos, entre los que se encontraba su marido. Estos huidos, escondidos en una cueva estrecha, fueron tiroteados desde afuera por los soldados; uno cayó muerto, los otros permanecieron en silencio y los soldados consideraron terminada la redada por el momento y la cueva vacía. Veneranda fue capturada.

El horror se apoderó del pueblo. Los soldados buscaban a Luisa, hermana de Veneranda, y entraron a registrar las casas una por una. No la encontraron, porque esta, que estaba en una de ellas, se puso a servir la cena a la familia reunida alrededor de la

Fig. 4. María Rosa y Helena de Madariaga Álvarez-Prida en Fresnedo (Teverga, Asturias), noviembre de 1939. Cortesía de la familia Madariaga Álvarez-Prida.

cocina de leña, y los soldados no repararon en ella. Al partir los soldados, Luisa padeció un ataque de nervios. Cosa de poca importancia en el momento.

Las ejecuciones seguían produciéndose, y los muertos eran enterrados en fosas comunes. La fosa común con mayor número de víctimas se encuentra en el pozo de Villanueva[9].

Vivíamos en Fresnedo, como los demás habitantes del pueblo, de lo que produce la tierra. Algunos, además, trabajaban en la mina, eran mineros, aunque no recuerdo bien si en aquellos años funcionaban las minas. Dolores, desde los 22 años, edad que tenía a la muerte de su padre, el abuelo Emilio, se había hecho cargo de la casa y las fincas que su madre, la abuela Pura, dejó en sus manos. Era entusiasta de lo que ella llamaba «adelantos». En su imaginación tenía toda clase de proyectos de lo más variados. Además de llevar toda esta carga, escribía cuentos para sus sobrinos, pintaba iconos y tejía en un telar grande tradicional.

En este año de 1940, Juana, la profesora de Física y Química que había hecho los cursillos para profesores del 36 legislados por la República, quiso buscar trabajo. Lo encontró en el Instituto de Enseñanza Media de Ponferrada. Allí se fue con Asita, que ya estaba en edad de cursar bachiller. Se alojaron en casa de los parientes por parte de la abuela. Permanecieron un año.

Juana había logrado con su afición al estudio, además de su propia satisfacción, ser en aquel tiempo el soporte de toda la familia. En Gijón fue donde empezó a ejercer ininterrumpidamente su profesión como medio de vida; su entrega a los alumnos; su adicción a las clases particulares: a enseñar y a intentar hacer aprender a los otros lo que ella sabía. Tenía a mi madre en alerta en todo momento, empujando del carro al ocuparse de los quehaceres diarios que le hubiesen impedido llevar a cabo su trabajo[10].

Durante nuestra niñez, adolescencia y primera juventud no nos vestimos de nada que no fuese confeccionado por mi madre, que permanecía en ocasiones hasta altas horas de la noche cosiendo. Y también encontró ayuda, como viuda de ingeniero de minas, a través de ingenieros de minas residentes en Gijón, obteniendo comisiones del carbón que transportaban los barcos. Fue el comienzo de nuestra nueva vida. Con los ingresos de Juana, los suyos ahorrando como modista, lo que producía la casa del pueblo y lo que obtenía entonces del carbón, pudo mantenernos.

En el año 1941 llegó la electricidad al pueblo. Dolores se apresuró a conseguir una radio que encendía todos los días con fruición para escuchar en la BBC las noticias sobre la Segunda Guerra Mundial. Se reunían alrededor de la radio, además de la familia, gentes de Fresnedo y de otros pueblos de Teverga. Se decía: «El año 41 no comemos pan ninguno, el año 42 ni pa Franco ni pa nos, y el año 43 todo será pa el inglés». Se cantaba: «Popeye cuando era Franco nos daba mucho pan blanco, y ahora como es el caudillo, nos da poco y amarillo». Este no era el caso de los habitantes de Teverga, a quienes no faltó nunca el pan de escanda, aunque sí el aceite, el azúcar y el arroz, como se decía en otra canción:

[9] El pozo Tárano de Villanueva se utilizó en la posguerra para fusilar y arrojar a personas traídas de toda Asturias. Un monolito recuerda en la actualidad a las víctimas. En Teverga se tiene constancia de 24 fosas.

[10] En 1992 Juana Álvarez-Prida recibió la Medalla de Plata de Mérito al Trabajo y el mismo año la hicieron Hija Predilecta de Teverga.

Tres cosas hay que escasean:
aceite, azúcar y arroz.
Y el que quiera estas tres cosas
que vaya al regulador.

Nota de la editora

El relato de mi madre, Pura de Madariaga, continúa con la posguerra en Asturias y, desde 1946, en Madrid, con su abuela, madre, tías y hermanas, solo mujeres. La mayor parte de la familia extensa se exilió. José de Madariaga se exilió con su mujer, Amalia Cortés, y su hijo en Francia. Tuvieron que volver a España en los años cuarenta, donde Pepe fue encarcelado y procesado por el Tribunal de Responsabilidades Políticas. Su hijo Emilio se exilió en Argentina y Uruguay. Salvador se exilió con su mujer, Constanza Archibald, y sus dos hijas, Nieves e Isabel, en Inglaterra y Suiza. Fue procesado por el Tribunal de Responsabilidades Políticas y sus bienes, incautados. Sus descendientes viven en Inglaterra, Italia, Estados Unidos y España. Asita se exilió en Francia. Tras fracasar varias tentativas de exilio en América en 1943 y 1948, se quedó en España. César, que sufrió varios procesos, se exilió en Francia, Colombia, Argentina, Chile y Venezuela. Su mujer, Mara del Olmo, murió de tuberculosis en 1942, contraída durante la guerra. Sus tres hijos se exiliaron en Argentina, Colombia y Venezuela. Sus descendientes viven en Argentina, Colombia, España, Estados Unidos y Mozambique. Roberto y su mujer, Mary Summers, realizaron un recorrido inverso. De Filipinas, donde vivían y pasaron la Segunda Guerra Mundial, tuvieron que venir a España. Pilar se exilió en Estados Unidos y volvió a España en 1968. Gerardo Álvarez-Prida, el aviador, tras sobrevivir al campo de concentración de Argelès-sur-Mer y a la disentería, logró exiliarse en Filipinas, donde colaboró con sus parientes filipinos en la resistencia contra la ocupación japonesa durante la Segunda Guerra Mundial. Se exilió acabada la guerra mundial en México, donde se casó con Adela García Lorenzana, también exiliada española. Regresaron a España en 1965.

¿EXILIO? ¿CUÁL EXILIO?

Carmen Negrín

Somos lo que recordamos y también lo que olvidamos.
Manuel Rivas

Parafraseando a Sartre, el exilio es como el infierno, son los demás. Cómo nos ven los demás, cómo nos dejamos ver por ellos y, por último, cómo nos vemos nosotros mismos en relación con ellos.

Intentar hablar del exilio de mi familia, cuando para nosotros el exilio es la normalidad, cuando es indisociable de nuestras vivencias y, a la vez, solo lo conozco por persona interpuesta, es como querer pintar sin saber pintar, como inventarse unas raíces sin saber lo que son, y, en el fondo, sin realmente querer tenerlas por temor a que me quiten mi libertad y mi pluralidad.

Tras este breve exordio, trataré de contar nuestro multifacético exilio familiar. Digo nuestro, pese a que técnicamente no soy exiliada, ya que pertenezco a la generación del *baby-boom*, de la posguerra, del post exilio. Viví en los Estados Unidos de América, en los Estados Unidos Mexicanos, en Francia, en Gran Bretaña, nunca en el Reino de España. Nací en 1947, en un país, el primero de la lista, donde generaciones de mi familia materna, los Fetter-Skillman, vivieron y siguen viviendo. Mi padre, Rómulo Negrín Fidelman, nació en Madrid de madre rusa originaria de Polonia, María Fidelman, y de padre canario, Juan Negrín López, él mismo proveniente de una familia instalada durante casi seis siglos en la isla de Gran Canaria. Por múltiples razones, mi sincretismo se inclinó más hacia el linaje español que hacia los demás, al de los llamados exiliados, los que partieron de su tierra para no volver, los que se fueron de donde lógicamente hubieran debido quedarse; o, más precisamente: tuvieron que irse a donde no hubieran debido estar.

Así, el primer exilio significativo de la familia empieza con la familia materna originaria de los Estados Unidos, un país compuesto de un 98% de inmigrantes. Se autoexiliaron por motivos religiosos desde Canterbury, en Inglaterra, a Leiden, en los Países Bajos. Allí residieron durante unos años, trabajaron, se casaron, tuvieron hijos, una de los cuales partió en 1620, con su madre y su padre, James Chilton, hacia Plymouth, de donde embarcaron en el Mayflower hacia el Nuevo Mundo. James Chilton murió al poco de llegar, no sin haber firmado el Mayflower Compact, Pacto del Mayflower, considerado como el fundamento de la Constitución de los Estados Unidos de América. Otros miembros de la familia llegaron posteriormente de los Países Bajos. Sus descendientes, como tantos otros descendientes de los colonos pioneros, parecen haber olvidado que los Países Bajos estaban todavía en esos momentos bajo el Imperio español y que, por lo tanto, tal vez, corre un poco de sangre española por sus venas. No obstante, el desconocimiento o el odio al ocupante de la época, que previamente los había acogido en los Países Bajos, les ha llevado a ser de lo más «antihispanos».

Estos antepasados se dispersaron por varios lugares, situados entre Massachussetts y Virginia, pasando por Nueva Ámsterdam, donde uno de ellos, Wilhelmus Beekman,

tuvo, entre otras funciones, la de gobernador de la colonia de los *Swedes* (Delaware actual) y la de alcalde de Nueva Ámsterdam, hoy en día Nueva York. Hizo construir un muro fortificado con Peter Stuyvesant de gobernador, con el fin de separar o proteger, según como se vea, a los colonos de los nativos. Ese muro se trasformó más tarde en una calle llamada Wall Street, la calle del muro. Es de notar que la historia americana a veces se repite, intentando construir muros nefastos e inútiles.

En torno a 1700, la rama directa de mi familia se instaló en Hopewell, un pueblecito cercano a Princeton (Nueva Jersey), que ha conservado relativamente bien sus características de la época, con su calle principal, su fila de casas con porche, un jardín chico delante y otro más amplio atrás, sin separación entre las casas; el riachuelo necesario para el molino, la iglesia, una escuela en miniatura; en otras palabras, un pueblo tan tranquilo que, tras haber crecido en los últimos veinte años, no llega a las 2.000 almas. Mis antepasados ofrecieron la campana de la iglesia presbiteriana, situada frente a su casa. Participaron en la guerra de Independencia. Lucharon en la guerra de Secesión, curiosamente del lado «bueno». Algunos construyeron sus casas con terrenos, de diferentes tamaños, en otros municipios adyacentes. Uno de ellos se instaló en una donde había dormido La Fayette y otro construyó una casa en cuya bóveda de madera han inscrito, y, creo, siguen inscribiendo, los nombres de todos los descendientes. Varios pueblos de la región llevan los apellidos de muchos de estos antepasados, como Skillman y Van Vugt (Voigt). Aparte de ser pintoresco, la notoriedad de Hopewell se debe a que fue el lugar de nacimiento y de enterramiento de John Hart, firmante de la Declaración de Independencia, y a que fue el lugar donde secuestraron y presuntamente mataron al hijo de Charles Lindbergh, partidario de los nazis. Habiendo nacido en este peculiar lugar y perteneciendo en parte a una familia no menos peculiar, se podría pensar que esas serían mis raíces más profundas e indelebles. No fue así. Allí me decían *the foreigner*, la extranjera.

Me bautizaron luterana y con el nombre de Carmen María de los Dolores; sin embargo, la familia americana decidió apodarme Suzy: sonaba desde luego más local que Carmen María de los Dolores. «Dolores», en memoria de una tía fallecida en España y de la bisabuela fallecida en 1942 en el exilio en Lourdes; «María» por otra tía fallecida en España y por mi abuela rusa, y, en primer lugar, «Carmen», en recuerdo de la esposa del mejor amigo de mi padre, que no había logrado salir de España. Tengo que decir que durante muchos años pensé que «Carmen» me venía de la canción «Ay, Carmela». Me gustaba esa idea, pero la realidad era menos lírica.

Lo de Suzy no duró mucho. En efecto, a los pocos meses de nacer, mi madre, Jeanne-Francis Fetter, me llevó a México D. F. donde nos esperaba impacientemente mi padre, Rómulo. Mi hermano mayor, Juan, nos acompañaba; él había nacido dos años antes, en 1945, en el Hospital Español, fundado un siglo antes por Francisco Preto y Neto, primer cónsul general de España en México, para «socorrer a los españoles verdaderamente necesitados». El hospital estaba situado en la avenida Ejército Nacional, cerca de la avenida Masaryk, donde mis padres se habían instalado.

Retrocediendo en el tiempo, mis padres se conocieron en el verano de 1943 en una playa de Nueva Jersey. Mi madre estudiaba Historia y Literatura Inglesas y mi padre, Ingeniería Agrónoma en la New York University. Para mantener el anonimato, usaba el nombre de Román Navarro Mijailov, y es posible que hasta tuviese un pasaporte

mexicano correspondiente a ese nombre, ya que México otorgó ese privilegio a un puñado de exiliados.

Previamente, su madre, mi abuela rusa, María Fidelman Mijailova[1], había llegado a los EE.UU. con su hijo menor, Miguel. Al cruzar el Atlántico, y sin duda por haber padecido, aunque no en carne propia, los pogromos durante su infancia, y más tarde el creciente antisemitismo europeo, en particular el de Alemania, donde había estudiado y conocido a mi abuelo, decidió abandonar su apellido Fidelman, convirtiéndose en María Negrín Mijailova. Así, a pesar de haberse separado legalmente de su esposo durante la República, nunca dejó de utilizar su apellido.

Mi tío Miguel tenía 14 años cuando estalló la guerra de España, y, prácticamente al inicio de la guerra, mi abuelo decidió alejarlo del conflicto, al igual que hizo con los luego llamados «niños de la guerra». Lo mandó a un colegio en Suiza, sacándolo del Instituto Escuela de Madrid, donde los tres hermanos habían cursado estudios y donde sus compañeros les decían cariñosamente «los rusos» por lo rubios que eran.

No sé en qué momento llegaron a Estados Unidos, pero desde luego fue antes del 39. Tampoco sé cómo se efectuó el viaje de Suiza a Nueva York, y menos aún cómo fue la llegada, ni por qué eligieron EE.UU. Lo que si sé es que, hasta su muerte, mi abuelo contribuyó a sus gastos. Mi abuela no tardó en adaptarse a la vida neoyorquina, encontró amigas españolas, también exiliadas, y, sobre todo, encontró amigas rusas que, como la mayor parte de su propia familia, habían huido de la Revolución rusa. Hasta una edad muy avanzada siguió juntándose con ellas en el mítico Russian Tea Room de Manhattan, y, como antes de la guerra, pasaba horas tocando el piano, como si su mundo tranquilo y lujoso de antes de la Revolución rusa y de antes de la guerra de España siguiese intacto. Sin embargo, la realidad era otra. Vivía cerca de las salas de cine y de teatro que frecuentaba asiduamente, pero vivía en un minúsculo dos piezas. Sus múltiples actividades sociales la ayudarían a distraerse de sus dificultades conyugales y, sobre todo, a sobrellevar la tragedia de su propia familia rusa, tal vez logrando dejar de pensar por unos breves instantes en su hermana y su cuñado, antiguo alto mando del Ejército zarista, repentinamente convertido en comunista, hasta el punto de llegar a ser ministro en la URSS, donde habían elegido quedarse. Se supo, unos años después, que habían desaparecido en algún gulag, lo que me recordaba la exquisita película rusa de Nikita Mijalkov de 1994, *Quemado por el sol*, una visión muy chejoviana de lo que pudo ser el momento en que se los llevaron para no volver nunca[2].

La vida mundana de mi abuela en Nueva York también pudo haberla ayudado a no pensar en sus padres. En efecto, tras la caída del zar, se habían exiliado, o tal vez sería más adecuado usar la palabra «refugiado», en La Haya[3], con su hermana menor, Raya, y su único hermano. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, alguien les avisó

[1] Mijailova es un sobrenombre tradicional que simplemente significa «hija de Miguel», costumbre rusa que tal vez proviene de la necesidad de diferenciar un Fidelman de otro; su madre se llamaba Brodoska. Esta cantidad de apellidos ha dado pie a confusiones, pero se debe sencillamente a sus orígenes rusos.

[2] Después de la guerra y pese a estar separado, mi abuelo, vía Julio Álvarez del Vayo, que trabajaba en las Naciones Unidas, intentó hacer liberar a los familiares rusos de la URSS, así como también hizo buscar a su suegro y a su cuñado.

[3] Según algunos fueron a Bruselas.

de que la policía nazi venía a detenerlos. Su madre y su hermana lograron escapar, pero nunca se supo lo que sucedió con el padre y el hermano. ¿Murieron tiroteados intentando escapar o murieron en un campo de concentración? Siendo a la par rusos y judíos, las probabilidades de sobrevivir a la redada eran mínimas. Esta herida fue tan profunda que mi abuela jamás evocó sus orígenes judíos, ni la tragedia familiar. Una sola vez aludió a lo que parecía haber sido una infancia feliz en Rusia: evocó la rica leche fresca de la casa de campo en Ucrania donde la familia tenía sus fábricas, la elegancia de San Petersburgo donde vivían, la nieve, los *borscht* y los *pirozhki*, los desplazamientos en trineo. Sus recuerdos parecían salidos de una escena del *Doctor Zhivago* antes de la Revolución. Tuve que esperar a los veinte años para que evocara por primera vez su juventud. Aproveché sus ganas de hablar del pasado para preguntarle por qué había dejado de usar su apellido Fidelman. Interrumpió bruscamente la conversación y, casi enfadada, me preguntó de dónde había sacado tal invento. Le contesté que en su casa no había ningún icono ruso. Al final todo acabó con risas y abrazos, pero nunca más se volvió a tocar el tema.

De su vida en Madrid, más he sabido por amigos comunes que por ella. Así, una hermana del doctor Luis Calandre, Julia, me contó que cuando anunciaron por la radio el golpe de Estado de julio del 36, los Calandre y otros amigos estaban reunidos en la casa de campo de la familia situada en las cercanías de Madrid. Mi abuela se sentó espontáneamente al piano a tocar «La Internacional» y todos cantaron solemnemente con ella, presintiendo la gravedad del instante. Su gesto me pareció bonito y solidario, y merece ser recordado, ya que no era precisamente una persona de izquierdas, ni tampoco alguien involucrada en política, pese a que su vida, desde el primer día, no dejó de estar afectada por ella: el antisemitismo era una política de Estado en Rusia y los pocos privilegiados, como su familia, que no se veían afectados por ella, formaban parte de esa misma política, ya que, aun siendo la excepción, servían para mejorar la imagen del Estado. Su vida y la de su familia fue un sinfín de exilios. De Polonia a Ucrania y a San Petersburgo, a Alemania, a España, a los Países Bajos y, por último, para los pocos sobrevivientes, a Bruselas o Nueva York.

Por su parte, en los últimos días de la guerra, mi tío Juan, el mayor de los tres hijos Negrín[4], cruzó la frontera catalana, recién casado con la actriz Rosita Díaz Gimeno. Embarcaron desde Francia para Nueva York. En efecto, mi abuelo Juan Negrín lo había nombrado encargado de Cultura en el Consulado de esa ciudad. En realidad, era una manera de obligarlo a salir de España[5]. A punto de desembarcar en Nueva York, mi tío recibió un telegrama informándole de que la guerra acababa de terminar. Ya no representaría a la República ni podría regresar a España. Tuvo que improvisar: el Gobierno de EE.UU. no aceptaba refugiados, solo inmigrantes con permiso de trabajo. Era médico y, durante la guerra, había tenido la trágica oportunidad de practicar la neurocirugía, con gran talento, según su padre. Esto se pudo comprobar muy rápidamente, pero antes, para poder ejercer en los EE.UU., tuvo que revalidar sus diplomas españoles. Por suerte, Rosita era muy conocida en el mundo del cine y, con el

[4] Mis abuelos paternos tuvieron en total tres hijos y dos hijas, de las cuales una murió recién nacida y la otra, un poco mayor que mi padre, murió muy joven de la llamada gripe española.

[5] Mi abuelo había actuado de la misma forma con muchos intelectuales, haciendo que los invitasen a dar seminarios o buscándoles becas en el extranjero, con el fin de sacarlos del país en guerra.

apoyo de simpatizantes en Hollywood, pudo conseguir trabajo para mantener a la familia hasta que mi tío consiguiera los indispensables diplomas. Rosita había dejado a su hijo de un primer matrimonio, Francisco, con sus padres en Juan-les-Pins, y dadas las circunstancias, no lo pudo recuperar hasta terminada la Segunda Guerra Mundial. Años después, mi tío, en contra de la opinión de su padre, decidió adoptarlo. Rara vez había visto a mi abuelo ser tan categórico: consideraba que tenía a su propio padre y que había que respetarlo.

Fig. 1. Jeanne Francis Fetter y Rómulo Negrín (¡el amor venció!), en México D. F. en 1945 o un poco más tarde. Cortesía de la autora.

Mientras parte de la familia se instalaba de forma definitiva en Nueva York, mi padre se encontraba retenido en la URSS. Era piloto y, cuando terminó la guerra de España, estaba siguiendo un curso de pilotaje y de bombardeo de noche en Kirovabad. Pese a la intervención insistente de mi abuelo, Stalin no lo dejó salir durante un tiempo. Era prisionero sin saberlo, un prisionero privilegiado, pero un prisionero, al igual que lo fueron los demás pilotos republicanos tras el Acuerdo de No Agresión entre Alemania y la Unión Soviética (Pacto Hitler-Stalin). Por la razón que fuera, prácticamente al año, tal vez por haber dejado de ser un rehén interesante, lo dejaron salir. Muchos de sus compañeros con menos suerte, posiblemente por envidia, se lo reprocharon a lo largo de su vida. El caso es que logró juntarse con su madre y sus hermanos, inscribirse en la New York University y conocer a mi madre, como mencioné más arriba.

Como ya dije, se hacía llamar Román Navarro y cuando la familia americana se enteró de su verdadera identidad, decidió hacerle la vida imposible. Empezaron por hacer todo lo posible para impedir su matrimonio y después por separarlos. ¡Una familia americana WASP (White Anglo-Saxon Protestant)[6] era incompatible con un «extranjero», «rojo», amén de «ateo»! El amor venció, pero el matrimonio siguió sin poder llevar una vida normal. Debido probablemente a haber ido como piloto republicano a la URSS, aunque solo fuera para seguir cursos de formación, le denegaron, al contrario que a sus hermanos, la indispensable *Green Card*[7] que le hubiera permitido trabajar y quedarse en ese país con gran parte de su familia. Más tarde, en plena época de la llamada caza de brujas, la familia americana lo denunció como comunista y fue

[6] Las iniciales WASP significan Blanco Anglo-Sajón Protestante, pero también se leen «avispa».

[7] La *Green Card* corresponde a un permiso de residencia y sobre todo permite trabajar en EE.UU. Conseguirla es el anhelo de cualquier inmigrante. Normalmente, con una esposa americana, mi padre debería haberla conseguido automáticamente, pero no fue el caso.

encarcelado, por unos días, pese a tener un pasaporte diplomático[8]. Tras tanto acoso, dejó de intentar regresar a EE.UU. y se instaló definitivamente en México, país mucho más acogedor para los exiliados españoles.

Así empezó la etapa mexicana y, con ella, la expatriación de mi madre, que, sin querer y sin tener nada que ver con la España desgarrada, sufrió también una forma de exilio. Tuvo que aprender el idioma, buscar trabajo y descubrir otras costumbres muy diferentes de las suyas. Pese a esas dificultades, se integró relativamente bien en la «colonia española», como se decía. Dio clases en el Luis Vives[9], instituto abierto por el Dr. José Puche Álvarez, gracias a los fondos del SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles), en otras palabras, una escuela «negrinista», contrariamente al Colegio Madrid, que fue creado poco después por Indalecio Prieto con lo incautado del Vita e invertido en un recién creado JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles). Mi madre pintaba con cierto talento e iba a la Escuela de Bellas Artes. Allí conoció a Frida Kahlo y a Diego Rivera. De esos tiempos me queda un retrato que hizo de Frida.

La etapa mexicana fue relativamente feliz, rodeada de amigos, sol interior y exterior. Pero no duró mucho. Mi madre enfermó y la familia decidió que, ante la imposibilidad física de poder seguir criándonos, mi hermano y yo fuéramos a vivir con mi abuelo, Juan Negrín, en París.

El punto de encuentro fue Nueva York, pero, en el momento de salir, la familia americana se opuso rotunda y enérgicamente y nos secuestró. La idea de ser educados por un «rojo» que además vivía «en el pecado» con su compañera de muchos años, Feliciana López de Dom Pablo, les era intolerable. Ni siquiera informaron a mi madre del complot. Mi abuelo lanzó la policía norteamericana en nuestra búsqueda, al FBI, a la Interpol. Los recuerdos del secuestro del hijo de Lindberg resurgieron. Mi abuelo sospechó que nuestra desaparición podía estar motivada por causas políticas. Pasaron unas semanas de angustia hasta descubrir que estábamos en una cabaña en medio de un bosque en Virginia, pasándolo estupendamente con la hermana de nuestra abuela norteamericana.

Tras esa aventura, logramos partir hacia Francia en el magnífico barco Île de France. En algunas fotos tomadas durante ese viaje, mi hermano y yo parecemos huérfanos, pero el tiempo, marcando su huella, me dejó un magnífico recuerdo. Fue un viaje mágico: ¡había un carrusel en la guardería! Mi hermano, por el contrario, y sin duda por ser mayor, sufrió más por la separación de nuestra madre.

Al llegar a París, cumplí los cuatro años con María Casares como única invitada. En efecto, nuestras amistades eran esencialmente las de mi abuelo, por lo general franceses, y sus hijos o nietos, como era el caso de los Moch. Al poco tiempo, nos integramos en la escuela francesa teniendo que enfrentarnos al aprendizaje de un tercer idioma. Según mi hermano Juan, como no lográbamos comunicarnos, las primeras semanas fueron un tanto caóticas, nos peleábamos con todo el mundo y hasta llegamos a armar trincheras con las sillas y las mesas de la clase. Rápidamente las cosas cambiaron, pasando a jugar entre nosotros en francés. La guerra mundial había

[8] Probablemente mexicano.

[9] Hace unos años, conocí en una conferencia a una de sus antiguas alumnas, que me comentó que mi madre le había enseñado en Primaria la tradición americana de pintar huevos para la Semana Santa.

terminado cinco años antes, todavía se usaban tarjetas de racionamiento y, aunque no nos diéramos cuenta, la guerra estaba obviamente e inevitablemente presente hasta en los juegos. Mi hermano, en concreto, tenía cañones y soldados de plomo, unos ingleses y otros franceses; si la bala del cañón tocaba la cabeza del soldado, esta saltaba, y, por supuesto, era motivo de regocijo; yo dejaba corriendo mis muñecas e iba con mi disfraz de enfermera a curar al soldadito. Este juego, un tanto cruel, podía durar horas, siempre con música de fondo del ejército republicano español. Afortunadamente fue evolucionando para mejor y pasamos del concepto de ejército agresivo al de ejército defensivo: al principio eran los soldados ingleses los que iban a prender a Juana de Arco, o, a la inversa, Juana de Arco la que se defendía de los ingleses; después, fueron soldados que iban a la conquista del mundo, acompañados por la enfermera, y, más adelante, influenciados por los libros de geografía de mi abuelo, la enfermera acompañaba al ejercito liderado por el explorador, mi hermano, que iba a ayudar a los «pobres indígenas». Años después, mi hermano se volvió efectivamente etnólogo y, por mi parte, intenté «salvar el mundo» trabajando para un organismo internacional. Quizás, también tenían algo que ver en este cambio de actitud las letras de los cantos republicanos.

Mi abuelo seguía nuestra educación muy de cerca y al mismo tiempo nos dejaba mucha libertad. Por ejemplo, nos compró un minilaboratorio para niños y no se enfadaba cuando lográbamos despertarlo de su siesta con nuestras mixturas malolientes a base de azufre.

Se instauró enseguida el ritual de mandar cartas semanales a nuestros padres. En raras ocasiones, como cumpleaños o Navidades, llamábamos a México; para eso había que pedir la llamada con horas de antelación y luego esperar y seguir esperando

Fig. 2. Juan y Carmen Negrín, con los soldados de plomo en Gran Bretaña (1954). Cortesía de la autora.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

hasta que nos llamaran de vuelta. Lo peor era cuando la llamada no entraba. En una ocasión, como la llamada tardaba, mi abuelo recordó riéndose cómo a finales de la guerra de España había sugerido a Neruda llamar a su presidente, Pedro Aguirre Cerda, para conseguir la autorización de salida del Winnipeg[10]. En efecto, los telegramas de Neruda quedaban sin respuesta y a nadie, excepto a mi abuelo, se le había ocurrido el simple gesto de tomar un teléfono, algo todavía bastante inusual, sobre todo cuando se trataba de hacer llamadas internacionales.

Nuestra vida en Francia siguió lo más normalmente posible, prácticamente como cualquier niño francés, pero hablando español en casa, yendo cada semana a ver dibujos animados y películas en inglés para no olvidar el idioma, tomando además clases de alemán, ya que mi abuelo quería poder compartir con nosotros la cultura alemana y en particular su literatura, que tanto había admirado antes de la guerra. Había escogido para nosotros una escuela laica y mixta, bastante vanguardista para la época, e insistía mucho en que tuviéramos buenas notas «para ser autónomos», decía. A ello, su compañera Feli[11] agregaba que, en mi caso en particular, eso «me evitaría tener que ocuparme de la limpieza y la cocina, que sería lo peor que me podía pasar». En esa época, el sistema competitivo estaba en su apogeo. Daban medallas por cualquier motivo, lo que no era particularmente del agrado de mi abuelo: un día, llegando a casa con el pecho condecorado, se burló gentilmente de mí, al compararme a Göring –no sin antes haberme felicitado por mi éxito escolar–. Eso, claro, dio lugar a una lección adicional sobre quién era Hermann Göring y la irrelevancia de las medallas, comentando entre otras cosas cómo los soviéticos durante la guerra le habían sugerido entregar medallas a los soldados ante la imposibilidad de subirles el sueldo. Las medallas nunca fueron distribuidas, regresaron de España con su archivo y siguen en el sótano. En otra ocasión, recitando los diferentes departamentos franceses y sus capitales, mencioné Argel. Me felicitó por lo bien que me había aprendido la lección, pero agregó: «Está bien, tendrás una buena nota, pero acuérdate de que, dentro de poco, no te servirá de nada saber eso». Se refería, claro, al hecho de que tarde o temprano habría una guerra de liberación en Argelia y, tras la lección, siguió un debate sobre lo que significaban la colonización y la independencia. Por lo general, lo fundamental del mensaje educativo era que, tanto mi hermano como yo, por igual, solo podríamos contar con nuestro propio esfuerzo y, sobre todo, teníamos que aprender a reflexionar y cuestionar todo o, como dirían años después en la UNESCO, «aprender a aprender». Creo que este mensaje hubiera sido el mismo si hubiera crecido en una España donde no hubiera habido un golpe de Estado, pero era sin duda exactamente lo opuesto a lo que se enseñaba en esos años negros bajo el «nacionalcatolicismo».

Pese a estar relativamente integrados, seguíamos siendo un poco exóticos para algunos; mi hermano era el único «mexicano» de la escuela y yo, la única «americana», pero como éramos rubios de ojos azules pasábamos prácticamente desapercibidos. Me hice amiga de una de las hermanas Vilallonga, que, como yo, eran de padres españoles exiliados…, por motivos opuestos. Entre nosotras hablábamos, como los demás niños,

[10] Años después, conocí en Chile a alguien que había presenciado esa histórica llamada. La calidad de la comunicación era tan mala que se hizo a gritos.

[11] Feliciana López de Dom Pablo, llamada Feli, fue la compañera de mi abuelo durante más de treinta años.

Fig. 3. Juan Negrín (nieto y abuelo) y Carmen Negrín en México D. F., 1954. Cortesía de la autora.

en francés. Una vez coincidimos en Biarritz y me llamó la atención que antes de cada clavado en la piscina se persignase, algo que me era totalmente ajeno. En otra ocasión, me invitó a que la acompañase a confesar; le expliqué que no tenía ni idea de lo que había que decir al cura y menos de qué había que rezar si me lo pedía. Me dio un breve curso de catolicismo: uno, dos o tres avemarías, según la gravedad del «pecado». Fuera del arte católico del Louvre o de la National Gallery, o de la historia de las religiones que habíamos tenido que estudiar durante un año en la escuela primaria, mi conocimiento sobre el tema se limitaba al «Padre Nuestro que estás en los cielos», en tres idiomas, eso sí, porque mi madre así lo había pedido. Al final, acabé diciendo a mi amiga que la esperaría en un banquillo, pero que no me confesaría. Fuera de esa escuela, nuestros caminos no se volvieron a cruzar, simbolizando dos Españas que podían entenderse bien, pero dentro de ciertos límites. Otro encuentro con España en esa misma escuela tuvo lugar un par de meses antes de regresar a México, nuevo desplazamiento decidido tras el fallecimiento de mi abuelo en noviembre del 56. Una chiquilla con aspecto muy español, morena, con trenzas, acababa de llegar de Madrid, y todos la miraban como si fuera salida de otro mundo. No entendí lo que le encontraban de diferente. Me sentía cercana a ella por el idioma y, sin embargo, a mí no me discriminaban; en realidad, fue la primera vez que me confrontaba con el racismo.

Todos los veranos pasábamos un tiempo en Gran Bretaña y luego en México, haciendo previamente una escala en Biarritz, con parada en el Béarn para ver al hermano de mi abuelo, Heriberto, y a su hermana, Lolita. Heriberto era cura y su hermana había hecho votos de castidad. Vivieron en Pau y en Lourdes. Habían llegado al principio de la

guerra de España, que les había pillado veraneando en Madrid. Estaban acompañados por su madre y una tía. Todos murieron sin regresar a su tierra y sin volver a ver a mi bisabuelo, que había sido encarcelado al inicio de la guerra en Las Palmas, tomado como rehén, a pesar de ser monárquico y de derechas, por el solo hecho «de ser el padre de su hijo»[12]. Sobre la tumba de mi bisabuela, en Lourdes, se podían leer su nombre y apellido, su fecha de nacimiento y de defunción y las palabras: *De nationalité espagnole*. En 1942, en plena Guerra Mundial, esas tres palabras significaban un acto de resistencia, ya que el Gobierno de Francia había reconocido el decreto de Franco de retirar la nacionalidad española a todos los españoles exiliados. Tras haber tenido una vida acomodada en Las Palmas, vivieron en un estado de privación ejemplar. Les llevábamos chocolates y al año siguiente los chocolates seguían intactos. Eran gente acogedora y alegre, por lo menos esa era mi impresión de niña. Al mismo tiempo que mi tío abuelo comprobaba nuestro nivel de latín y de griego, nos comentaba cómo los idiomas iban evolucionando y cómo, por ejemplo, a pesar de ser un idioma llamado muerto, la Iglesia seguía inventando palabras en latín, como la palabra *cafeus* para decir *café*. El aislamiento y el alejamiento de la tierra natal, las noticias de Canarias que lograban recibir, les afectaban, pero no la austeridad que les rodeaba: el fervor religioso les llenaba literalmente de alegría. Su fervor no era compartido por mi abuelo, pero cada uno respetaba sus diferencias, y su apertura de pensamiento era tal que nunca reprocharon a mi abuelo el no haberme hecho hacer la primera comunión.

En efecto, cuando llegó la edad de la primera comunión (algo que no me concernía realmente, ya que era protestante), casi todos mis compañeros de clase vinieron a la escuela a regalarnos imágenes religiosas. Las niñas, en particular, venían con vestidos blancos muy elaborados con encaje y velo; me parecían bellísimas y, claro, llegué a casa diciendo que yo también quería comulgar. Mi abuelo fue a buscarme un libro – recomendado por mi tío abuelo– de unas 500 páginas en papel biblia sobre la vida de Jesús, me dijo que me lo leyera antes y que el vestido (del cual yo no le había hablado) tendría que ser de felpa gris. En esas condiciones, ¡la ceremonia perdía todo interés! Viendo mi reacción, agregó que podría hacerla a cualquier edad, si un día cambiaba de opinión. Así terminaron mis cursos de religión y tuve mi primer curso de ética.

Durante esos años formativos nos sentíamos libres, libres de hablar, cuestionar, descubrir. Como niños, no medía lo trágico de la situación de la separación de nuestros padres, formaba parte de nuestra «normalidad», una normalidad que mi abuelo se esforzaba muy exitosamente en crear. En efecto, gran parte de nuestros numerosos viajes por Francia, Suiza, Bélgica, México, Nueva York, Londres, etc., se debían a que mi abuelo, al mismo tiempo que nos abría las puertas del mundo, reforzaba nuestros vínculos familiares tan frágiles, reconstruyendo una vida hogareña y social quebrantada tanto por la guerra como por la salud de mi madre. En Francia, como ya comenté, se trataba de compartir ratos importantes con los tíos abuelos y con amigos, como los Ansó, que se habían refugiado en Biarritz. En Suiza, nos encontrábamos con los Del Vayo y acompañábamos a mi abuelo a las Naciones Unidas, donde seguía teniendo

[12] Cuando lo detuvieron, cuentan que preguntó por qué lo encarcelaban y la respuesta fue: «Por ser padre de su hijo», a lo cual el contestó: «¿Cual de los dos?». Ya terminada la guerra, estando muy enfermo y a petición del obispo de Las Palmas, lo pasaron de la cárcel a un hospital-presidio, ahora convertido en museo. Allí murió en el 42.

muchos amigos, y reuniones. En Bélgica, veíamos a los dos únicos familiares que quedaban por parte de la familia rusa. En Nueva York también íbamos a las Naciones Unidas, donde también tenía reuniones, pero sobre todo pasábamos tiempo con nuestros tíos y primos, con la abuela rusa y la familia americana –siempre acompañados en este último caso–.

En México, por supuesto, nos quedábamos a veranear con nuestros padres, acompañados por mi abuelo y, claro, Feli, la inseparable Feli, mi segunda madre. Allí, era la ocasión de reunirse con los pocos negrinistas que quedaban, como los Puche, los Vidarte, León Felipe, Rafael Méndez, Mantecón, Del Rosal, Bugeda, Concha Méndez y muchos otros de la Residencia de Estudiantes o de la Ciudad Universitaria, también con mexicanos, como Eduardo Villaseñor, Torres Bodet, Cárdenas padre, que tanto habían ayudado a los republicanos. Por poco numerosos que fueran los «negrinistas», a mí me parecía que había un *va et vient* infinito de visitas. Feli también aprovechaba para encontrarse con sus amigas. Por lo general, se daban cita en Cuernavaca. Casi todas eran antiguas militantes del Partido Socialista o habían colaborado con ella en el funcionamiento de las residencias para niños creadas por la Presidencia del Consejo de Ministros. Hablaban de «sus» niños y se animaban cuando llegaban noticias de alguno de ellos, sobre todo de los que no habían podido salir de España. Esas noticias llegaban con cuentagotas, esencialmente por intermedio de los cuáqueros. Con el paso de los años, la conversación giró más en torno a la adaptación de los unos y de los otros a sus nuevas vidas en México, ya que o habían abandonado la idea de tener más noticias o suponían que «sus niños» ya habían sido bien acogidos y llevaban vidas decentes dentro de lo que cabía, dadas las penurias en España. Al fin y al cabo, no podían imaginar que alguien pudiera dañar intencionadamente a un niño y dudo que supieran hasta qué punto esas pobres vidas tuvieron que «normalizarse» en la miseria y el sufrimiento. En una ocasión, regresando de Londres a París y mientras esperábamos a mi abuelo, que siempre iba a comprar periódicos en el andén justo cuando el tren estaba a punto de partir, Feli lo llamó, y cuál fue su sorpresa cuando justamente uno de esos niños vino corriendo hacía ella para abrazarla: la había reconocido de espaldas por la voz. No entendí bien la intensidad del momento, pero quedó grabado en mi memoria. Ya mayor, conocí a otro de estos «niños» que nunca regresaron. Este me contó que había conocido a mi abuelo durante la Segunda Guerra Mundial, en su residencia de Sloane Square, en Londres. Jovencito, iba a recoger regularmente un sobre que le entregaba mi abuelo, con dinero reunido precisamente para los niños refugiados en Gran Bretaña. Se quedaba un rato a charlar y se iba después de haber comido algo.

El destino de estos niños siempre obsesionó a Feli; nunca pudo tener hijos propios y en cierta forma los adoptó, al igual que, más tarde, nos adoptó a mi hermano y a mí. Había sido huérfana de padre y madre a los 9 años. Sus tíos criaron a su hermana menor y a la mayor, por ser frágil de salud, pero a ella, fuerte y espabilada, la mandaron a trabajar a un gran hotel de su pueblo, El Escorial. Formaba parte de los que llamaban los «gorriones», los pobres del pueblo. Por suerte, se encontró siete años más tarde con mi abuelo, haciendo limpieza en su laboratorio de Madrid. Él la tomó bajo su protección, le regalaba libros, le enseñó a vestirse correctamente, a cocinar a la perfección, inglés, francés; en fin, su vida dio un giro. A él le gustaba enseñar y ella tenía sed de aprender, la vida acabó uniéndolos. A punto de terminar la guerra

de España, Feli salió sola, con una modesta maleta, que era lo máximo con lo que los aduaneros franceses dejaban pasar la frontera.

Mi abuelo y Feli no se reunieron hasta varios días después en París, cuando mi abuelo fue a dejar al presidente Azaña en la embajada. O tal vez el reencuentro fue más tarde. En efecto, después del episodio de la embajada, mi abuelo regresó a la Posición Yuste[13]; de allí partió hacia Madrid con la intención de reunirse con Casado, Besteiro y compañía, ya que sospechaba que preparaban un golpe. Durante ese breve viaje, Casado intentó hacerlo asesinar. Viendo que no había posibilidad de diálogo, mi abuelo decidió regresar a la Posición Yuste, pero antes se escapó un par de horas, según me contó su escolta muchos años después en Valencia, y, completando la información con datos recabados por Feli, supe que había pasado esas horas en la Ciudad Universitaria que había puesto tanto empeño en construir. Frente a las ruinas, dudó en si suicidarse o no, si ese gesto serviría para terminar o no con esta trágica guerra, o si sería más útil seguir luchando desde fuera. Decidió que su suicidio no cambiaría nada y regresó a la Posición Yuste, donde tomó el avión para Toulouse, con los fieles entre los fieles.

Fig. 4. Primer viaje de Feli López de Dom Pablo a Madrid después de la guerra, a finales de los sesenta. Cortesía de la autora.

En Francia, la lucha efectivamente siguió, pero ya no contra los rebeldes, ni sus aliados. El primer acto fue el de imponer –democráticamente– a los suyos la necesidad de un Gobierno de la República en el exilio. El primer objetivo era mejorar las condiciones de vida de los más de 520.000 exiliados que el Gobierno de la Tercera República francesa había metido, en su gran mayoría *manu militari*, en campos de concentración miserables, y de sacar de Francia, en particular con la ayuda de Gilberto Bosques, cónsul de México, a los que corrían más riesgo por las funciones que habían asumido en España. Hay que subrayar que esta República en el exilio nunca dejó de ser reconocida por México y por Yugoslavia y duró hasta la muerte de Franco. Mi abuelo siguió luchando oficialmente por el reconocimiento de la República hasta dejar su cargo de presidente del Consejo de Ministros, es decir, aunque no lo diga Wikipedia, hasta 1945. Más tarde seguiría luchando por conseguir el Plan Marshall para los españoles, ya que consideraba, con toda la razón, que la guerra de España no era sino la primera etapa de la Segunda Guerra Mundial, «una batalla perdida de una

[13] Se llamó Posición Yuste a la última residencia de la Presidencia en España. Estaba situada en El Poblet, cerca de Alicante.

guerra ganada». Siguió luchando por sus dos pasiones: los principios democráticos, con la Fabian Society, en Londres, y, a través de las Naciones Unidas, también asesoró a políticos de todo el mundo y siguió participando en el avance del conocimiento científico, investigando en su laboratorio personal en Surrey y manteniendo intercambios con científicos. Como bien decía: «Mientras que se lucha, no se está vencido», y yo agregaría: «Y tampoco se es exiliado». Su lucha terminó con el reconocimiento de la España de Franco por las Naciones Unidas en 1955. Falleció al año siguiente.

Cada uno de nosotros reaccionó de forma diferente al exilio. Mi padre se mudó al menos diecisiete veces de casa, cambió infinidad de veces de trabajo, símbolo de una insatisfacción perpetua. Mi abuelo le ofreció instalarse en la casa de campo de Inglaterra, pero, después de pasar un invierno allí, decidió regresar a México, que tenía más parecido con España y sobre todo con Canarias. Después le ofreció quedarse en París, pero tampoco le convenció, regresó una vez más a México. Ya muerto el dictador, mi padre regresó a España: un colega le había ofrecido trabajo en Barcelona. Lo tomó al pie de la letra y partió, pero, al llegar, lamentablemente, el colega había fallecido y su hijo le hizo saber que, si bien su padre no era franquista, él sí lo era. Regresó desmoralizado a México, aceptando cerrar para siempre el capítulo del retorno. Al morir mi madre, se volvió a casar con una mexicana, aislándose por completo de la colonia española, con una excepción: cada mañana se reunía en un café de Guadalajara (Jalisco) con un grupo de antiguos pilotos republicanos, hablaban de sus proezas de juventud, sus aterrizajes forzados sobre campos de patatas, el avión italiano o alemán que habían derribado, los accidentes, pero las ilusiones o incluso las ganas de volver a ver esos campos de patatas ya se habían desvanecido.

Mis tíos abuelos murieron en el exilio sin haber podido poner flores sobre la tumba de su padre. Mi abuelo les ofreció venir a París, pero prefirieron quedarse en el sur de Francia, viviendo con una máxima espiritualidad —y sin Feli—, ya que, como buenos católicos, nunca reconocieron la separación de mis abuelos.

Durante años, Feli veía a sus hermanas de lejos, del otro lado del Bidasoa. Ellas habían conocido el exilio interior, cada una con un esposo en la cárcel, uno de ellos condenado a muerte y liberado al cabo de trece años. ¿Qué crímenes habían cometido? Uno había sido trompetista en el Ejército republicano y el otro, camionero. La hermana mayor, Estefanía, vivió durante un tiempo vendiendo hilo por metros y botones por unidad. No sé cómo sobrevivieron. Por suerte, una vez libre, el esposo de la hermana menor, Eulalia, encontró un buen trabajo, y hasta lograron comprar un piso con un poco de ayuda de Feli. Ella les mandaba paquetes y nosotros recibíamos polvorones y turrón por Navidades; un año, excepcionalmente, me llegó una Mariquita Pérez. Fue todo un acontecimiento, pues significaba que las cosas iban mucho mejor para ellas. El primer reencuentro tuvo lugar en París. En cuanto pudo, a finales de los sesenta, tras la primera amnistía, Feli partió, movida únicamente por sus ansias. Viendo que no hubo ningún incidente, aparte de las indecibles emociones, mi hermano y yo fuimos con ella al poco tiempo. Tuve la sensación de regresar a un lugar ya conocido, pero con extranjeros que vivían una realidad muy ajena a la mía; tener que andar con cuidado para hablar de política o tener que ir a lugares medio escondidos para encontrar libros censurados formaban parte de un mundo que desconocía. La falta de libertad era flagrante y sofocadora. Feli aguantaba un mes o dos, luego solo deseaba regresar a París, y, al poco tiempo, echaba de menos a sus hermanas. Los años pasaron, entre

idas y venidas, hasta que ya no pudo viajar. Murió en su tierra, pero la enterramos en Francia, con mi abuelo. Jamás dejó de ser una exiliada.

Después del fallecimiento de mi abuelo, mi hermano y yo regresamos con Feli a México. Ingresamos en el Liceo franco-mexicano, donde enseñaban varios profesores exiliados, entre ellos, el eminente filósofo Ramón Xirau. Los domingos solíamos ir a casa del Dr. Puche y de doña Carmen. En cada piso había una tertulia adaptada a cada generación. Allí pude conocer a personalidades como Luis Buñuel y su esposa, Jeanne, Santiago Genovés, Hughes Thomas, Monserrat Caballé. A través del SERE, el Dr. Puche había ayudado a muchísimos españoles a instalarse en México en el 39 y conocía a medio mundo. Él y su familia eran de una generosidad sin límites y, cualquiera que fuera el momento, acogían al nuevo llegado con una sonrisa y los brazos abiertos. Esa España, nuestra España, poco tenía que ver con la del Madrid de esos mismos años. No éramos del todo mexicanos, ni tampoco españoles, y menos aun estadounidenses[14], pero éramos un poco de todo a la vez. Los mayores ya no hablaban de «regresar», pese a estar pendientes de cualquier noticia que viniera del otro lado del Atlántico, y la única noticia que realmente esperábamos nunca llegó.

Terminado el bachillerato, mi hermano fue a Yale y yo, a Berkeley. Estábamos en plena guerra de Vietnam y la actividad política estaba a tope. Todos los días había protestas y debates políticos, pero eso no nos impedía seguir yendo a clases, entre otras, las que impartía con un entusiasmo contagioso el profesor Montesinos, otro profesor exiliado. ¡Por primera vez me sentía como pez en el agua en EE.UU.! Regresé a París después de los sucesos de mayo del 68; me pareció que, a pesar de haber sido tal vez más violento, dejó menos huella que el *Free Speech Movement*, el *Women's lib*, el *Love and Peace* de los *hippies* o incluso los Black Panthers. Luego vino la caída de Allende y tuve el sentimiento de volver a vivir algo que en realidad nunca había vivido, es decir, la guerra de España: otra injusticia se repetía. Cuando empecé a trabajar, únicamente me sentí a gusto en un entorno internacional. Las puertas que mi abuelo me había abierto tenían que quedar abiertas y su lucha por la democracia, una palabra no tan sin sentido como algunos quieren hacernos creer hoy en día, esa lucha, tenía que seguir. Vivir con la memoria de otros, asumir una causa por la cual todavía hay que luchar, y no solo en España, eso sigue siendo mi vida de exiliada –no tan exiliada.

[14] Mi abuela materna acabó haciendo una tregua con mi padre. Al final de su larga vida, y pese a su tremendo orgullo, pidió perdón a Feli por su apreciación errónea de la familia Negrín.

II. VOCES INSTITUCIONALES

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

FRONTERAS, ACOGIDA E INTERNAMIENTO. MEMORIAS DEL ÉXODO REPUBLICANO DE FEBRERO DE 1939 Y DE LA LLEGADA A FRANCIA

Jordi Font Agulló
Miquel Serrano Jiménez
Museu Memorial de l'Exili-MUME (La Junquera)

1. INTRODUCCIÓN. RECONSTRUIR Y RECUPERAR LA EXPERIENCIA DEL EXILIO

La recuperación –y el análisis crítico– del recuerdo de las vivencias de la Guerra Civil y del exilio republicano es una de las formas que se tienen, después de 80 años del final del conflicto armado, para acercarse a la experiencia de decenas de miles de personas en torno al desarraigo y a la imposibilidad de regresar a sus hogares, pueblos y ciudades. Esta memoria del exilio ha quedado registrada, en parte, en los principales estudios académicos que han ido situando en un lugar cada vez de mayor relevancia al exilio republicano en el marco de la historiografía del siglo XX[1]. Sin embargo, hay también –y siguen saliendo a la luz– centenares de relatos biográficos y autobiográficos poco conocidos, algunos de ellos publicados y muchos otros aún inéditos o que bien solo existen como ediciones particulares o familiares. Su importancia radica en el hecho de que proporcionan una visión más coral de aquel episodio histórico tan excepcional.

En un momento en que los protagonistas directos del exilio han casi desaparecido en su mayoría, su memoria pervive transmitida en las segundas y terceras generaciones, representadas a nivel familiar o bien en asociaciones memorialistas de distinta índole y también, no tanto como debería, en las instituciones públicas que promueven mediante actividades conmemorativas, exposiciones y publicaciones, el mantenimiento de esa memoria diversa del exilio. Una preservación que debe acompañarse con la investigación histórica y su necesaria difusión a las nuevas generaciones. Se trata, sin duda, de un trabajo en proceso donde queda mucho por hacer. Tal y como ha señalado Balibrea (2017: 508-513), a finales de los años setenta, en el contexto de la transición a la democracia, se dio un fenómeno de recuperación y reconocimiento de la trayectoria y memoria de los vencidos en la Guerra Civil, en el que se puso especial atención en el exilio. No obstante, aquel rescate se limitó al terreno cultural. Era necesario buscar referentes de modernidad en el pasado después de la larga dictadura. En cambio, lo que había supuesto la República políticamente era inaceptable en el marco de la nueva monarquía parlamentaria. Esta tendencia hacia el olvido del pe-

[1] Dentro de la multitud de estudios y obras sobre el exilio apuntamos algunos pocos, tanto por su papel pionero en la temática como por su ambición más generalista, en el apartado de referencias bibliográficas, al final del capítulo.

ríodo republicano se convirtió en casi una política oficiosa a partir de 1982 cuando los Gobiernos socialistas optaron por una modernización que pasaba por mirar hacia el futuro. Habría que añadir que el golpe de Estado frustrado del 23 de febrero de 1981 también jugó su papel influyente en la opción de pasar página del pasado. El miedo al retorno de un conflicto civil armado estaba muy presente. En definitiva, aquella coyuntura supuso que el recuerdo del exilio tuviera poca presencia pública en los años ochenta y noventa. No era considerado, institucionalmente, un hecho memorable. A inicios del siglo actual se han producido algunos avances, los cuales han estado, sin duda, muy relacionados con el vigor del asociacionismo en pos de lo que se ha venido denominando como «recuperación de la memoria histórica», así como también con la consolidación de líneas de investigación que han conllevado un mayor conocimiento objetivo de aquel período histórico. Asimismo, la aprobación, tanto a nivel estatal como autonómico, de un marco legislativo memorialista –aunque tímido en muchos casos– que se ha traducido en la existencia de diversas leyes, ha permitido algunos avances en el reconocimiento y legitimidad de toda esta memoria (o memorias) vinculada al exilio republicano. Sin embargo, se está aún lejos de una completa normalización, puesto que el peso de la memoria del franquismo y su interpretación histórica de la Guerra Civil no ha sido ni es baladí y sigue aún condicionando enormemente a una parte de la sociedad española. Hasta el punto de que las controversias en torno al pasado reciente se han convertido en un arma (política) arrojadiza.

Un ejemplo del resultado de un cierto grado de consolidación de políticas públicas de memoria, como ha sido en el caso de Cataluña, es el Museu Memorial de l'Exili de La Junquera (MUME). Una infraestructura museística, situada en el paso fronterizo principal de los exiliados de febrero de 1939, en la que su exposición permanente deja un espacio relevante a los protagonistas de aquel gran acontecimiento y, especialmente, a aquellos que formarían parte del grueso de lo que podríamos llamar como gente corriente. La vocación pedagógica del equipamiento tiene como objetivo dar a conocer a la sociedad actual todo lo que comportó, sobre todo para los cerca de 180.000 exiliados de larga duración, rehacer la vida en Francia o en otros países, en muchas ocasiones continuando la lucha en el contexto de la Segunda Guerra Mundial con la esperanza de un próximo y cercano retorno a una posible República restaurada. Estos exiliados vivieron desde la distancia los acontecimientos históricos que afectaban a España y, de un modo u otro, se hicieron oír a través de múltiples vías. En este sentido, tuvieron interés en dejar constancia de su experiencia, plagada de injusticias vividas, con ánimo de que, de algún modo, fueran resarcidas, aunque fuera solo moralmente, en una futura España que recuperara los valores de la República vencida.

En este texto, nuestra intención es mostrar, a través de algunos testimonios que han llegado al MUME y que permanencen depositados en sus fondos, unos cuantos ejemplos sobre cómo afectaron a esas personas la derrota republicana, el paso de la frontera y los primeros meses en Francia, sabiendo que sería muy difícil volver a la tierra que dejaban atrás. Se trata de un momento crucial repleto de sentimientos contradictorios. A grandes rasgos, por una parte, se pone en valor la salvación que permite el acceso a otro país, pero, por otra, surgen la incertidumbre, la pena, la inseguridad, en definitiva, la herida profunda del desarraigo.

La línea fronteriza es para unos, los partidarios del *Nuevo Estado* y del *Glorioso Movimiento Nacional,* el final culminante de una gesta heroica, pero, para otros, los republica-

nos, atravesar esa línea es el comienzo de una etapa desconocida, sin ningún horizonte claro. Así pues, dentro del conjunto de episodios vinculados a la experiencia del exilio, el paso de la divisoria francesa es uno de los grandes temas de interés, ya que se considera, también por los mismos testigos, un punto y aparte, el fin de una etapa y el inicio de otra, incierta. Es un momento en que todo parece precipitarse y, aunque la guerra no termina formalmente hasta abril de 1939, la caída del frente de Cataluña anuncia ya, sin duda, el fin de la Segunda República.

Este tránsito obligatorio hacia la frontera franco-española, entre Puigcerdá y Portbou, vivido por tantas decenas de miles de personas en tan solo dos semanas, generará también miles de testimonios autobiográficos de diversa tipología[2] que tratarán de plasmar la experiencia de la derrota republicana y del exilio desde una perspectiva íntima y personal. Estos testimonios particulares, a menudo, también intentan transmitir la expulsión de la patria (o patrias) de ciertos valores morales, políticos, culturales y sociales vinculados al republicanismo y a la democracia. Asimismo, en ellos se puede detectar fácilmente un afán por dejar constancia de las circunstancias de la excepcionalidad del momento vivido. O sea, narrar la huida masiva ante la represión anunciada y conocida de las fuerzas de ocupación franquistas y registrar las dificultades y complejidades de la acogida en Francia. Miedo, pena, inseguridad ante un mundo desconocido, pero del que, quizá ingenuamente, esperaban una cierta solidaridad. Así parecía exigirlo el mito de la Francia republicana, patria de los derechos humanos. Nada será como imaginaban puesto que la Francia gubernamental de finales de 1938 había entrado en un proceso de derechización que la alejaba de la simpatía con la causa republicana española. Por eso, para muchos de los refugiados será también importante resaltar la dignidad que para ellos suponía la causa republicana en contraste con la indignidad y humillaciones sufridas.

2. SALIDA OBLIGADA. LAS PUERTAS HACIA EL EXILIO

Después de diversas y distintas fases, desde el inicio de la guerra, en 1936, en que diferentes oleadas de refugiados cruzaron la frontera con Francia, no será hasta enero y febrero de 1939 cuando se produzca el mayor y casi definitivo de los éxodos del conflicto y, sin duda, el más significativo, tanto cuantativamente como cualitativamente, de la época contemporánea en España.

Como es sabido, los acontecimientos transcurrieron a gran velocidad en esos momentos terminales. En este sentido, la campaña militar franquista que tenía como propósito dominar toda Cataluña empezó el 23 de diciembre de 1938 y no se dio por finalizada hasta el 13 de febrero de 1939, fecha en que las tropas *nacionalistas* ocuparon toda la franja fronteriza gerundense que limita con Francia. Durante ese mes y medio acabaron de despejarse todas las dudas sobre la imposible resistencia de las fuerzas políticas y militares republicanas para hacer frente a la ya más que evidente victoria de

[2] Como se verá en el transcurso del capítulo, los testimonios utilizados pueden proceder de diarios o dietarios escritos *in situ*, memorias autobiográficas elaboradas *a posteriori* de los hechos, textos epistolares, entrevistas realizadas a testigos décadas después de los acontecimientos, relatos ficcionados basados en la experiencia vivida, etc.

Fig. 1. *Le Boulou. Une longue queue de réfugiés, femmes et enfants, attend à la gare du Boulou-Perthus, d'être embarqués pour l'intérieur du Pays (de notre envoyé spécial J.A.C.)*, 4 de febrero de 1939. Service des Agences Françaises d'Actualités de Reportage Associées (SAFARA, París). Fondo particular de Xavier Andreu, Orriols (Báscara, El Alto Ampurdán, Gerona).

un mejor pertrechado ejército del general Franco, el cual había adoptado las tácticas de la guerra relámpago inspirada por el apoyo de la Alemania nazi.

La situación devino crítica cuando el Gobierno central republicano fue evacuado dos días antes de la ocupación de Barcelona, el 24 de enero de 1939. También le siguieron la Generalitat y el gobierno vasco residente en Cataluña. Finalmente, después de deambular por el nordeste de Cataluña, las autoridades republicanas cruzaron la frontera el día 5 de febrero, fecha en que el Ejército Popular empezó también a entrar en Francia. Los intentos de frenar el avance militar franquista no sirvieron más que para contener y permitir la evacuación de la población civil y la retirada más o menos eficaz de las tropas republicanas hacia el país vecino. Previamente, el 15 de enero la caída de Tarragona en manos franquistas había anunciado todo el proceso que se avecinaba: caída de Barcelona el 26 de enero, llegada a Gerona el 4 de febrero y conquista rápida del territorio más septrentional en pocos días. El 8 de febrero, después de intensos bombardeos, era tomada Figueras, y entre el 9 y el 10 en los pasos fronterizos de La Junquera-El Pertús, Puigcerdá, Portbou y el Collado de Ares ondeaba la bandera rojigualda. Una pequeña bolsa de resistencia quedaba en una zona reducida del Valle de Camprodón. El 13 de febrero de 1939 el control franquista de la frontera era absoluto.

La retirada republicana en Cataluña se produjo, pues, entre un orden relativo y el caos, con multitud de acciones que fueron fruto de la improvisación, con un colapso circulatorio de difícil gestión debido a los cientos de miles de personas –algunas de

ellas ya refugiadas en la retaguardia republicana desde hacía meses– que caminaban hacia Francia, al cierre fronterizo de la Administración francesa y a los frecuentes bombardeos de la aviación italiana, alemana y franquista, especialmente sobre la ciudad de Figueras y distintas carreteras de la zona de Gerona y de la comarca del Ampurdán. No fue hasta el 28 de enero que Francia accedió a abrir la frontera, pero solo para civiles y heridos. Como ya se ha señalado, a partir del 5 de febrero el grueso del contigente militar republicano pudo cruzar la frontera. Pese a todas las dificultades comentadas sucintamente, los planes de repliegue y retirada del Ejército Popular se fueron desarrollando gradualmente. Una vez la mayor parte de los refugiados civiles atravesaron los límites pirenaicos, empezó la evacuación militar definitiva, no sin antes ejecutar múltiples acciones de tierra quemada, destruyendo infraestructuras, para dificultar el avance franquista, y volando arsenales militares, para dejar los mínimos bienes aprovechables al autoproclamado Ejército de Ocupación.

En medio de aquella compleja y multitudinaria operación tuvo lugar también la evacuación del patrimonio artístico, gestionada por la Junta Central del Tesoro Artístico y dirigida por Timoteo Pérez Rubio, aunque no se tuvo tiempo de completar totalmente. Simultáneamente, emprendían la salida el personal de las Administraciones, los representantes políticos y las autoridades republicanas que estaban en proceso de repliegue hasta su paso defintivo a Francia. Como imagen sintética y simbólica de aquel momento basta recordar la última sesión de las Cortes republicanas que se hizo en España, la noche del día 1 de febrero de 1939, en las frías caballerizas del Castillo de San Fernando de Figueras, uno de los depósitos de obras de arte y bienes de la República, pero también de armamento y municiones, con solo 62 de los 473 diputados.

El derrumbe del frente de guerra en las tierras del nordeste catalán propiciado por la ofensiva del ejército sublevado conllevó un alud humano de dimensiones gigantescas. Los caminos del exilio más importantes coinciden con las vías de comunicación principales por vía terrestre. Sobre todo, nos referimos a la carretera Nacional II, que unía Madrid y Francia a través de Zaragoza y Barcelona. Esta fue la vía primordial de huida hacia Francia de los civiles, siguiendo las principales carreteras entre Tarragona, Barcelona, Gerona y la frontera, cruzando, generalmente y mayoritariamente a pie, por La Junquera y El Pertús, por donde habrían franqueado la frontera alrededor de 200.000 personas. Este acontecimiento memorable justificó, en parte, la inauguración en 2008 del Museu Memorial de l'Exili en La Junquera. Le sigue en importancia, en cuanto al tráfico de personas se refiere, el puesto fronterizo de Portbou, enlace internacional por ferrocarril y punto final de la carretera de la costa que tenía en la época un papel más secundario entre Figueras y Francia. Después, correlativamente en número de refugiados, encontramos los pasos por Puigcerdá en dirección hacia la Cerdaña francesa, y el Valle de Camprodón (Collado de Ares) hacia Prats de Molló y el Vallespir, el valle del río Tech.

En estos cuatro pasos principales, las autoridades francesas establecieron, mayoritariamente, los controles fronterizos para redirigir a los civiles refugiados hacia distintas ubicaciones en los departamentos franceses y a los militares en retirada, previo desarme, hacia los campos de concentración, primero provisionales y después permanentes, establecidos en diferentes puntos del Departamento de los Pirineos Orientales, sobre todo en las playas entre Argelès y Le Barcarès. Además de estos pasos fronterizos, los refugiados también accedieron a Francia, de manera más secundaria y marginal, por

lugares más inaccesibles, más montañosos, en la zona del Ripollés (Setcasas-Ribas de Freser), La Garrocha (Beget-La Manera), Les Salines (de Massanet de Cabrenys, La Vajol y Agullana hasta Coustouges, Céret y Maureillas-las-Illas) y la Albera (Espolla, Rabós y Cantallops). A estas vías hay que sumar las marítimas, desde pueblos de la costa de la comarca del Ampurdán hacia pueblos de la costa del Rossellón. Y también habría que añadir las aéreas, desde los campos de aviación republicanos de Figueras y Garriguella hasta Marsella, utilizadas por un número mucho menor de refugiados dentro del porcentaje global.

En definitiva, en menos de dos semanas, las fuerzas ocupantes habían atravesado todas las localidades gerundenses. Mientras unos avanzaban, los otros retrocedían e intentaban reconducir y gestionar el desbarajuste que afectaba al poco territorio que quedaba en manos republicanas. La situación de desbandada era más que evidente tal y como dejó anotado el dramaturgo Orriols (2008) en su diario de la evacuación:

> […] de toda Cataluña llegan las caravanas de fugitivos que escapan, jadeantes, de los horrores de la guerra. Todo atropella, se rebasa por llegar cuanto antes a Port-bou, al Pertús, a la Tour de Carol […]. En toda esta parte de la alta Cataluña no existen carretera ni sendero por los que no se arrastre un hormiguero humano. ¡Es todo un pueblo que se va![…]

3. ANDANDO EL EXILIO, SIGUIENDO LA SENDA DE LA MEMORIA

Después de este breve planteamiento sobre cómo se desarrolló la evacuación republicana en el proceso de ocupación franquista de todo el norte de Cataluña, a continuación, se propone una aproximación más íntima y personal a la experiencia del exilio, poniendo especial énfasis en los inicios del periplo exílico, sobre todo teniendo en cuenta el choque emocional que suponía el paso de la frontera y el recibimiento, normalmente poco acogedor, por parte de la Administración francesa. La selección de fragmentos de testimonios responde a voces recuperadas de personas exiliadas, que dejaron nota de sus vicisitudes mediante diversas maneras, como ya se ha apuntado: desde la entrevista a diversos relatos autobiográficos, a menudo inéditos, otras veces publicados, pero con escasa difusión. Sin duda, el acceso a la lectura y escucha de algunos de los testimonios depositados en el MUME, con independencia de que pertenezcan a voces más o menos anónimas, resulta uno de los recursos más potentes para fomentar la creación de una firme consciencia ciudadana sobre la dimensión trágica asociada a los desplazamientos forzosos de población. Como es sabido, un verdadero fenómeno ontológico de nuestra contemporaneidad al que dedican esfuerzos y recursos instituciones como el Museu Memorial de l'Exili con el objetivo de concederle visibilidad pública. En definitiva, una infraestructura que tiene la misión de participar en el esfuerzo colectivo de continuar reintegrando, de acuerdo con su debida y merecida importancia, el episodio histórico del exilio republicano en la memoria colectiva.

El cruce de la frontera francesa significa, a efectos prácticos, como ya se ha indicado, el casi final de la guerra y el inicio de un periplo inseguro, en el marco de la derrota y el desánimo de la política y la cultura republicanas. Por este motivo, el paso de la raya, que es en muchos casos tal y como se refieren los refugiados a la frontera, es uno

Fig. 2. Imagen de la llegada de un camión con niños refugiados al campo de acogida provisional de la Moresque, a pocos kilómetros de la frontera, en Port-Vendres (Francia). Autor desconocido, Agencia Keystone, aparecida en *The Illustrated London News*, Londres, el 11-2-1939.

de los temas que se detallan en los relatos testimoniales, junto con otras referencias y lugares comunes en torno a distintos aspectos como la recepción del entramado estatal francés y la sociedad francesa al grueso del exilio, la vida en los centros de acogida y los campos de concentración, el retorno a la España franquista, los tránsitos a terceros países o la participación directa o indirecta en la Segunda Guerra Mundial.

El exilio fue vivido como un presente en suspenso, originado por una catástrofe, de futuro incierto. Una vida llena de contradicciones, recuerdo del pasado, esperanzas de libertad, el doble traumatismo –la victoria de Franco y su mantenimiento después de la Segunda Guerra Mundial–, el desarraigo y la mayor o menor desconexión con el devenir de España y la dispersión forzosa de miles de experiencias que han generado identidades complejas, distintos imaginarios colectivos. Un exilio que también se llevó consigo conflictos, desuniones y discordias ya existentes durante la Guerra Civil.

Imágenes y descripciones de la huida, el abandono de bienes, las separaciones familiares, cunetas llenas de enfermedad y muerte, tragedias familiares, esperanzas perdidas, climatología adversa, ambientes de desánimo, sufrimiento, fracaso político y derrota militar –que contrastan con la fortaleza, la dignidad, el honor y el prestigio moral, cultural y ético de la lucha por los valores democráticos y de justicia social republicanos–, cansancio y agotamiento, después de meses y años de combates y de andar durante días, desorganización y deserción, carencias de alimento, alojamiento y abrigo, registros fronterizos, caminos de no retorno, reflexiones sobre el futuro y la situación europea previa al conflicto militar, el maltrato de las fuerzas de orden fran-

cesas en las playas del Rosellón y las múltiples y diversas supervivencias azarosas en el exilio son el contexto en que se expresan estas voces del éxodo republicano.

Además de dar testimonio de lo vivido, estas voces también tenían la intención de transmitir a las siguientes generaciones la experiencia histórica y cultural y la lucha por un país mejor –y contra la propaganda franquista existente durante décadas (y que aún hoy pervive, con modificaciones en el revisionismo histórico neofranquista)– a través de vivencias personales en una suerte de lección de historia.

Los fragmentos de los textos testimoniales han sido transcritos sin cambiar sustancialmente los originales y no se cita la fuente, al dar por entendido que todo lo mostrado y utilizado forma parte de los fondos del MUME. En algún caso se aporta también su traducción al castellano del original en catalán o el francés.

3.1. Llegar a la frontera. La salvación entre el desconcierto y la desorientación

Frimari Burgués[3], antes de la Guerra Civil, desempeñaba el oficio de carpintero. Su destreza con la madera le llevó a trabajar durante el conflicto en el aeródromo de Sabadell (SAF 3-16) y, en el año 1938, en el campo de aviación de Celrá (Gerona). En 1996, ya muy mayor y desde México, escribió un texto, *Per això vam perdre… (Por eso perdimos…),* que recordaba las penalidades y el sufrimiento que les supusieron el cruce de la frontera a él y su familia. El fragmento reproducido que sigue da cuenta de aquella situación[4]:

> Cuando llegaron cerca de la frontera, después de más de cuatro horas, ya era de noche, lloviendo, de aquella manera que lo hace en invierno, sin parar, el coche ya había emprendido la vuelta, para llevar a los que quedaban en el campo. Buscando la manera de encontrar cobijo, algo bastante difícil, por no decir imposible, perdieron el contacto con los demás compañeros, que habían viajado juntos con el coche, después de mucho buscarlos, decidieron, pasando por los campos, con los paquetes y bicicletas embarrados hasta el cuello. Hacia la madrugada llegaron a la entrada de La Junquera, con un frío que pelaba, sin comida y lloviendo continuamente, pero con la manía de llegar a Francia, donde les parecía que acabarían las angustias y penalidades. En La Junquera estuvieron tres o cuatro días, lloviendo siempre, sin dormir ni comer con el frío. Allí vinieron unos camiones franceses, que repartieron un trozo de pan y chocolate, que, con el hambre que había, pronto se acabaron. Con la humedad y el frío, intentaron varias veces hacer fuego, cosa inútil, ya que la leña mojada solo hacía humo, haciendo llorar los ojos de escozor, sin calentar. En Francia no dejaban entrar a nadie, solo de vez en cuando, algún coche que llevaba los papeles arreglados, y los demás, aguantando el frío y la lluvia, la gente estaba desesperada, no veían

[3] Frimari Burgués Cañomeras (Sabadell, 1902 - Sant Cugat del Vallès, 1996), al final de la guerra, se exilió a Francia junto con su mujer y su hija, pero en La Junquera se tuvieron que separar porque la frontera estaba cerrada y Frimari pasó por la montaña, y madre e hija esperaron dos días para poder pasar a Francia. Frimari estuvo más de tres meses en los campos de concentración de Argelès y Saint-Cyprien y su familia, en un refugio para civiles en la Bretaña francesa. El mes de mayo de 1939 lograron reunirse y conseguir pasaje hacia México en el vapor Sinaia.

[4] Texto traducido del original en catalán.

> ninguna solución, ya habían perdido la noción del tiempo, no sabían si era ayer o hoy, que se habían marchado, estaban como embrutecidos.

Se trata de un testimonio que mediante el uso de la tercera persona del plural parece buscar un cierto distancimiento respecto de lo que cuenta. Caos, lluvía y frío en La Junquera, con el añadido de la angustia que causaba el hecho de que las autoridades francesas no dejaban franquear la frontera. Este testigo ejemplifica lo dicho tantas veces sobre la incertidumbre vital que produce una experiencia de huida sin tener seguro cuál será el destino final. Ni tan solo se daba como posible el poder comer al día siguiente bajo la precariedad agudizada por una climatología invernal. Algunos testimonios, escritos casi en el mismo momento en que estaban ocurriendo los hechos, insisten en las dificultades ocasionadas por las aglomeraciones de vehículos y personas en los accesos fronterizos. Esa fue la impresión que tuvo el teniente de intendencia, Ramon Boix[5], al llegar a Molló, una de las últimas poblaciones antes de alcanzar territorio francés en la zona montañosa del Valle de Camprodón. Una carretera llena de vehículos de todo tipo que sus ocupantes incendiaban y despeñaban por los barrancos. El 23 de febrero de 1939, cuando ya habían transcurrido doce días de su exilio en Francia, rememoró en su diario el dolor de un cruce fronterizo manteniendo la dignidad[6]:

> La despedida en España fue sencilla pero muy emocionante y dramática: formé las fuerzas en fondos de a dos y el comisario Aracil les dirigió unas palabras que fueron escuchadas con mucha emoción. Al final se vitoreó a España, al Ejército Popular y a Francia acogedora. Yo, verdaderamente descentrado por la emoción, evolucioné sencillamente el Grupo y emprendió la marcha, no sin antes haber encajado, ellos, personalmente, las manos de algunos amigos y jefes. Yo, motivado por la emoción aludida, no recordaba de despedirme de nadie y el buen amigo y jefe de Sanidad, Vilar, me lo hizo notar. Entonces, nos abrazamos fuertemente y nos comunicamos nuestro deseo de luchar por el Antifascismo allí donde fuera. Seguidamente abracé a otros y, empujado por las lágrimas y el dolor, toda atragantada la garganta, dirigí por última vez la mirada a Cataluña y emprendí mi camino de emigrante.

Sin duda, las aglomeraciones de personas y vehículos quedaron grabadas en las retinas y la memoria de los protagonistas de la retirada republicana aquel mes de febrero de 1939. Además, se convirtieron en una dificultad añadida a misiones de

[5] Ramon Boix Marsellès (Torres de Segre, Lérida, 1916 - Perpiñán, Francia, 2009) era profesor de catalán en la Academia Hispano-Francesa de Barcelona y periodista. Como periodista escribió en el órgano del PSUC, *Treball*, durante la Guerra Civil (1937). Con el estallido de la Guerra Civil fue incorporado al ejército republicano bajo el grado de teniente de intendencia en diferentes hospitales en Solsona, Barcelona, El Miracle (Riner), Manresa y Prats de Llusanés. Durante la retirada, en 1939, se exilió a Francia pasando por Prats de Molló (Departamento de los Pirineos Orientales). A través de sus extensos dietarios escritos entre 1936 y 1950 se pueden seguir sus impresiones y reflexiones durante la guerra y el exilio, los campos de concentración y la resistencia en Francia durante la Segunda Guerra Mundial. En 1945 se estableció en Montpellier. Al cabo de once años, en 1956 fue a vivir a Béziers y finalmente en 1967 se trasladó a Perpiñán.

[6] Texto traducido del original en catalán.

emergencia que, en aquel contexto, eran imposibles de cumplir. Algo así le ocurrió al teniente de carabineros, Alexandre Blasi Boher[7], al haber sido designado como uno de los responsables de la evacuación de los depósitos del Banco de España y del tesoro artístico, tanto del que estaba bajo custodia del Gobierno central como el que había sido desplazado hasta la frontera por la Generalitat. En uno de sus dietarios explica cómo el convoy de camiones que comandaba el 7 de febrero de 1939 «[…] Des del Perthus a Darnius tardarem 5 hores degut al trànsit interminable que hi havia […]». Es decir, a causa del tráfico interminable, invirtieron cinco horas para recorrer, en dirección contraria al flujo de los refugiados, poco más de quince kilómetros desde la frontera francesa hasta llegar a uno de los depósitos donde se guardaba el patrimonio artístico.

Del recuerdo casi contemporáneo a los sucesos de los tenientes Ramon Boix y Alexandre Blasi se desprende un relato muy preciso, repleto tanto de una emoción muy vivida como de una situación estresante. En cambio, para el dibujante e ilustrador, Josep Narro[8], en unas memorias escritas, ya en México, unas decenas de años después de 1939, el recuerdo del paso de la frontera se presenta de manera imprecisa, casi como una evocación nebulosa, imaginada como una película de serie *noir*. En este sentido, escribió:

> […] Franquee Le Perthus, desfiladero célebre, para internarme en Francia, y conmigo fueron millares. Me imagino un desfiladero como un paso angosto entre montañas: no vi nada encajonado como un callejón, una quebrada áspera y hostil. En cuanto al poblado, no sería otra cosa que una amplia plaza, unas grandes mesas, una mediocre iluminación y gendarmes franceses, «guardias móviles» como los llaman.

De alguna manera, su testimonio es significativo porque plantea la desubicación en medio de una gran multitud. Como el soldado que, a causa del caos en el campo de batalla, pierde la noción del espacio y la orientación, Josep Narro se deja llevar por la inercia del movimiento del grupo de refugiados. Sin embargo, en sus recuerdos atiende a una cuestión relevante como es la primera acogida de la población civil francesa. Del «*allez, allez*» de los guardias móviles y gendarmes también rememora cómo en

[7] Alexandre Blasi Boher (Alentorn, Artesa de Segre, 1910 - Barcelona, 1989) fue teniente de carabineros destinado en La Vajol y encargado del último desalojo de los depósitos del Banco de España y del patrimonio artístico existentes en la Mina Canta (La Vajol), Mas Perxés (Agullana) y de Can Descals (Darnius) entre el 1 y el 9 de febrero de 1939. La documentación conservada por la familia Blasi, depositada en el MUME, da testimonio de la vivencia de la guerra y el exilio en Francia de Alexandre Blasi Boher.

[8] Josep Narro Celorrio (Barcelona, 1902 - Guadalajara, México, 1994) fue un importante ilustrador de libros que, durante su exilio entre 1939 y 1941, permaneció internado en los campos de concentración de Argelès, los Haras (Perpiñán) Le el Barcarès y Agde. Durante su estancia en los campos, y especialmente en el campo de Argelès, donde trabajó en la enfermería, retrató con gran elegancia y sensibilidad la vida precaria de los refugiados, el tedio diario, las condiciones pésimas de las infraestructuras, las enfermedades y la muerte de los más débiles. En 1941 volvió a Barcelona, donde reinició su trabajo de ilustrador para varias editoriales. Al cabo de diez años, en 1951, emigró a México, donde continuó trabajando como ilustrador en el mundo editorial y también en revistas catalanas en el exilio. Su familia conserva unas memorias, escritas en México, tituladas *Las cuatro estaciones. Memorias de José Narro Celorrio*, transcritas por Jesús Camarillo Corte y edición de Clementina Gutiérrez Zúñiga.

los pequeños pueblos del Rosellón «[…] las viviendas encienden las luces interiores –pocas y débiles– y abren sus puertas, y los vecinos que acuden a los inesperados forasteros: gesticulan los hombres y gimen y hasta lloran las mujeres, ofrecen y dan tabaco, cosas que comer, bebida, consuelo y [afecto] para aquellos desconocidos». Un afecto que se desvanecerá al llegar a destino, en los arenales marginales de la playa de Argelès-sur-Mer, donde, en plena intemperie, la Administración francesa decidió ubicar uno de los primeros campos de concentración para internar al grueso del Ejército Popular de la República. La descripción retrospectiva del testigo no deja dudas sobre la precariedad a la que estuvieron expuestos en el duro invierno de 1939:

> Al llegar al Campo, éste ofreció el más lamentable y miserable de los aspectos. No existían las barracas sino un conjunto de chozas de toda suerte, clase, tamaño y material: de caña, ramaje, lonas, arpilleras, hules, diseminadas a capricho o juntas por conveniencia: un par de palos unidos por unas mantas puede hacerse habitable; aquí y allá, algún automóvil hundiéndose en la arena, ya despojado de sus llantas y colgándole las portezuelas. Entremedio pululaba una abigarrada multitud de individuos, adecuados al paisaje y al tiempo; soldados desmilitarizados, paisanaje con el uniforme del derrotado.

El Ejército Republicano del Este estaba en descomposición, como detallan los testigos a los que nos hemos referido. Lo más urgente era alcanzar la frontera y ponerse a salvo. A veces se pasaba al país vecino de manera más o menos ordenada, en otras casi se llegada de manera fortuita en la densidad de la noche. Asimismo, también se utilizaban otras vías de acceso, como podía ser la marítima. La frontera, pues, aparece en muchos de estos testimonios como esa «línea ideal» que, en determinados momentos, puede condicionar el destino de las personas. Para unos alcanzar la frontera era el signo de la materialización de una victoria anhelada que comportaba, como es sabido, la represión y la expulsión de los que se habían puesto al lado de la defensa del orden constitucional republicano. Para otros, los testigos procedentes del fondo del MUME mostrados a lo largo del texto, el objetivo no era alcanzar la frontera y plantar la bandera rojigualda en el puesto de control, sino poderla franquear y escapar precisamente de esa persecución implacable ejercida por los sublevados del 18 de julio de 1936. El cruce de la línea fronteriza podía tomar diversas formas: desde el ascenso a un collado pirenaico al trasvase de un límite imaginario en el mar, pasando por algo tan fútil como el cambio de acera en una calle, como sucede en el importante paso de El Pertús. Precisamente, en esa tesitura se encontró el maestro, Josep Vilalta[9], al llegar a El Pertús. En su dietario del 9 de febrero dejó anotada una escena casi cómica, si no fuera por las consecuencias trágicas que llevaba consigo. A poco menos de cien metros vio la llegada de los franquistas pisando los talones a los últimos refugiados republicanos.

[9] Josep Vilalta Pons (Olujas, Lérida, 1904 - Narbona, 1987) fue un maestro leridano que marchó al exilio y rehizo su vida después de la Segunda Guerra Mundial en Narbona, dando clases de castellano como ayudante en un instituto y colaborando con el mantenimiento de la cultura catalana en el exilio a través del Casal Catalán de Narbona y con la lucha antifranquista en Francia. En sus dietarios recuerda el paso de la frontera, entre el 7 y el 9 de febrero de 1939, y en las cartas a su esposa, la también maestra María Florensa, relata la vida en los campos de concentración de Saint-Cyprien y Gurs.

Él, ante el peligro, decidió cambiar de acera y buscar la seguridad en el lado francés de la calle. Así de elocuentemente lo describe[10]:

> 9 de febrero de 1939. Cuando decido partir, la gente del lado de España sube corriendo y resulta que ha sido perseguida por las primeras fuerzas franquistas llegadas a la frontera. Desde cien metros más allá, asisto al cambio de bandas y en la primera manifestación de entusiasmo de los fascistas. Cuando me decido, ahora ya como medida de seguridad, a pasar a la acera francesa, nos encontramos con Ton de Vilanova y entramos definitivamente en Francia y, acompañados por los «alé, alé» de los soldados y guardias franceses, nos vamos carretera allá. Pernoctamos bajo unos árboles a unos cinco kilómetros del pueblo del Boulou. Los refugiados esparcidos aquí y allí dan, con los fuegos encendidos, un espectáculo único.

Estos pasajes y caminos fronterizos reflejan las inquietudes de estos testigos ante los avatares de la historia que, se podría decir, les pasaban por encima. Líneas imaginarias, incluso banales, se habían convertido en murallas solo franqueables siempre y cuando las autoridades francesas lo considerasen oportuno.

3.2. Los primeros pasos en Francia. Entre la nostalgia y el miedo al retorno

Con el paso de la frontera se había evitado caer en las garras del ejército autodenominado nacional, pero también empezaba un periplo nada agradable por los vericuetos de la política de internamiento de la III República francesa. Procesos de identificación, registros, separaciones familiares, castigos disciplinarios, repatriaciones más o menos inducidas, malas condiciones de vida y enfermedades, dispersiones y movimientos geográficos inesperados, trato inhumano, aprovechamiento y explotación como mano de obra barata…, constituyen algunas de las lacras que padecieron los refugiados en sus primeros meses en el país vecino, víctimas como fueron de una política de control y exclusión (Tuban, 2018). Ante aquellas circunstancias, los exiliados se moverán en terrenos ambivalentes apoderados del sentimiento de la nostalgia y de la resignación a continuar sufriendo unas condiciones más que precarias, puesto que el retorno tampoco auguraba nada bueno.

La añoranza, y el aburrimiento están presentes en la mente del refugiado que ya hace casi un año que se encuentra en territorio galo. Los recuerdos familiares afloran por doquier del mismo modo que sus pensamientos están invadidos también por la incertidumbre. Es decir, no saber qué va a suceder más allá de un horizonte muy cercano. Esta inseguridad sobre lo que puede sobrevenir es una constante en la vida de los refugiados. Incluso, después de una relativa estabilidad, de repente las circunstancias geopolítcas podían conllevar un cambio brusco de destino. Una situación de este tipo la vivió Rosa Laviña[11], joven anarquista que, junto con su madre y una hermana,

[10] Texto traducido del original en catalán.

[11] Rosa Laviña Carreras (Palafrugell, Gerona, 1918 – Toulouse, Francia, 2011), militante anarquista y modista, ya de muy joven fue militante en las Juventudes Libertarias de Palafrugell. La mayor parte de

fue enviada al Departamento del Sarthe, en el noroeste del Héxagono, pocos días después de haber traspasado la frontera. Durante nueve meses, como lo harían casi 150.000 personas no combatientes (mujeres, menores y hombres mayores), residió en una zona muy alejada de la divisoria pirenaica. En el lejano interior francés tenía una vida más o menos soportable. No obstante, un día de octubre de 1939, en plena movilización general a causa del estado de guerra contra la Alemania nazi, acompañada de otras mujeres, Rosa Laviña tuvo que subir a un tren sin saber a dónde se dirigía. Los rumores de una repatriación forzosa empezaron a proliferar durante el trayecto. En sus memorias, escritas en 2007, dejó explicado que, temiendo que su viaje acabase en Irún, hubo un motín en el tren que comportó su parada forzada en un túnel[12]. Después de unas negociaciones:

> Todas volvieron al tren y, cuando despuntó el día, estábamos en la estación de Perpiñán; los miedos que teníamos no eran en vano y si no hubiéramos reaccionado nos habríamos encontrado en España. Los gendarmes pasaron por todos los vagones para decirnos que las que no quisieran volver a España irían a un campo de concentración […].

En efecto, el final de aquel trayecto fue Perpiñán, estando unos días en el Campo de concentración de los Haras para ser trasladadas al recinto del campo vecino de Argelès, reabierto en septiembre de 1939, a consecuencia del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Al llegar al campo de la playa, un chico que la ayudó con la maleta le dijo: «–Ánimo, compañera, dentro de tres meses estaremos en casa». Los meses pasaron y la estancia en el campo se alargó un año.–»

La localidad rosellonesa del Boulou, a ocho kilómetros de la frontera, se convirtió en el eje de la distribución de los refugiados hacia el interior de Francia. Lo que le había sucedido a Rosa Laviña antes de recalar de nuevo en el sur internada en los barracones de Argelès también lo cuenta otra exiliada, Fraternitat Cirera López[13]. Efectivamente, a través del centro de comunicaciones ferroviarias del Boulou, fue enviada, junto con su madre, a un centro de acogida cerca de la ciudad de Chalon-sur-Saône (Departamento de Saona y Loira). Mientras tanto, su padre y hermanos fueron a parar a los campos de concentración de Argelès y Bram (Departamentos de los Pirineos Orientales y Aude, respectivamente). Este periplo lo contó en una entrevista oral que le realizamos en 2007[14]:

---

su vida militó en la Solidaridad Internacional Antifascista (SIA) y la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). Al final de la Guerra Civil Española su familia marchó al exilio, en Le Mans y Brûlon (Departamento de Sarthe), pero se tuvieron que separar del padre, que murió a los pocos meses. Laviña fue internada en el campo de concentración de Argelès y trabajó como ayudante de enfermería. Finalmente se instalaron en Le Boulou (Departamento de los Pirineos Orientales) y después en Toulouse, donde entró en contacto con el núcleo de la CNT.

[12] Texto traducido de los originales en francés y catalán.

[13] Fraternitat Cirera López (Vilasar de Dalt, 1920 - Perpiñán, 2010) era la hija de Sebastián Cirera Manent, también llamado el «Manquet del Tint de Baix» (Vilasar de Dalt, 1888 - Pia, Departamento de los Pirineos Orientales, Francia, 1982), el último alcalde de Vilasar de Dalt antes de la dictadura franquista, vinculado a la CNT. Se fueron al exilio a principios de febrero de 1939 pasando por Darnius y el Coll de Lli (La Vajol), cuando ella tenía 18 años.

[14] Texto traducido del original en catalán.

> Nos fuimos de Vilassar con un camión, con la familia y algunos refugiados que estaban con nosotros. Era finales de enero de 1939 […] Darnius estaba lleno de gente […] Pasamos la noche allí, con colchones por el suelo, y luego al día siguiente por la mañana fuimos con el camión y anduvimos un trozo de carretera hasta un camino de tierra. Entonces tuvimos que dejar la mitad de los paquetes y solo llevar lo que podíamos llevar encima y subimos por la montaña y fuimos a salir al otro lado, a Las Illas, y también estaba lleno de gente, pero tuvimos la suerte de poder dormir en una casa que nos dejaron entrar y dormir todos en una habitación, éramos diez u once. Y de allí a Las Illas nos vinieron a buscar unos camiones y nos llevaron hacia el Boulou, donde todos los campos que había por allí ya estaban llenos de refugiados […] Al cabo de dos o tres días vinieron los gendarmes […] y a las mujeres y los niños nos subieron en un tren de mercancías viejo hasta Châlons-sur-Sâone, el centro de Francia, para hacer cuatrocientos kilómetros estuvimos tres días, iba muy lento. Y allí nos distribuyeron en grupos de treinta personas en pueblos de alrededor y fuimos a parar a Mavilly-Mandelot, en una antigua sala de baile que había sido una cuadra de vacas. Éramos una treintena de refugiados y los primeros días estuvimos en cuarentena porque el alcalde, que era un fascista y de la piel de Barrabás, decía que llevábamos microbios y nos hacía la vida imposible tanto como podía. En cambio, el médico que vino, que era masón, nos ayudó mucho. Pocos días después del inicio de la Guerra Mundial nos subieron a otro tren y nos llevaron a Perpiñán, pero no sabíamos muy bien, dónde nos llevaban y mucha gente tenía miedo de que nos volvieran a España. Antes de llegar a Argelès estuvimos unas tres semanas en Perpiñán en unas antiguas cuadras de caballos (campo de los Haras) sin inodoros.

La separación familiar y todo el dolor que conllevaba fue algo habitual en el internamiento administrativo francés. El itinerario de mujeres y niños que habían cruzado la frontera a principios de febrero de 1939 es casi siempre el mismo en muchos casos. Después de aclimatarse a la precariedad en un país extraño, sometidos a menudo al libre albedrío de las autoridades locales, llegó, con la Segunda Guerra Mundial, el reagrupamiento de los extranjeros para extremar el control sobre ellos. En muchas ocasiones, para mujeres, niños y hombres no válidos para el trabajo y la movilización militar, la nueva situación supuso, como muestran los testimonios, un empeoramiento de su situación en Francia al producirse un nuevo aislamiento en los campos de concentración situados en el sur. Fraternitat Cirera y su madre fueron enviadas a Perpiñán, donde, después de unos días en el campo de los Haras, fueron internadas en el campo de concentración de Argelès durante nueve meses.

En unas circunstancias similares se encontró otra refugiada, Lluïsa Miralles Forcadell[15], que había pasado a Francia con su madre cuando solo tenía 10 años. Ambas, después de cruzar por Portbou los confines de la frontera, aprovecharon que tenían

[15] Lluïsa Miralles Forcadell (Ulldecona, 1928) es la hija de Vicente Miralles Viscarra (1904-1975), el último teniente de alcalde de Ulldecona antes de la dictadura franquista, y se fue del pueblo cuando fue ocupado en abril de 1938, dejando una parte de la familia en el pueblo, el hermano pequeño, enfermo, y los abuelos paternos y maternos. Mientras el padre estaba en el frente, Lluïsa y su madre se refugiaron en Martorell y después en Portbou, donde estuvieron unos meses. Finalmente, con su madre, a finales de enero de 1939, llegó a Francia durante la Retirada, aunque por separado, ya que el padre iba con el ejército y fue directamente al campo de Argelès.

unos conocidos en la localidad rosellonesa La Tour-bas-Elne. Este contacto las libró del viaje al interior de Francia. El padre de Lluïsa, como miembro del Ejército Popular, había sido recluido en el campo de Argelès. Incluso los domingos podían visitarle como cuenta la informante en una entrevista que se le hizo. Sin embargo, esta vida, más o menos llevable, cambió con el estallido de la conflagración mundial. Como otros de los testigos, madre e hija fueron conducidas al campo de Argelès en septiembre de 1939 y no salieron hasta abril de 1940, cuando su padre consiguió un trabajo en la Bretaña. De esta testigo es realmente doloroso su periplo durante la Guerra Civil y constatar cómo el exilio desmembró a la familia. Así lo contó en una entrevista que realizamos en 2006[16]:

> Mi hermano se quedó con los abuelos, porque era pequeño y estaba enfermo, y mi madre y yo nos fuimos a Barcelona el 5 de abril de 1938. Creíamos que serían cuatro días, o unas semanas o unos meses, como mucho, y al final estuvimos más de diez años sin volver a ver a mi hermano y a los abuelos.
>
> [...] Cuando los fascistas llegaron al pueblo, en Ulldecona, mi padre, mi madre y yo ya no estábamos, y fueron a coger mi abuelo, el padre de mi madre. Lo llevaron a la cárcel a Tortosa, después a Zaragoza y después a la prisión franquista de la isla de San Simón, en Galicia, donde estuvo unos tres años prisionero, acusado por tener un yerno rojo.

Su testimonio, aunque aquí no podemos extendernos, revela las dificultades implícitas en la cotidianidad de esos campos de concentración reabiertos en septiembre de 1939 que, en principio, debían reunir unas mejores condiciones de vida que los primeros recintos de febrero y marzo del mismo año. Pese al tiempo transcurrido y a la menor población internada, perduraban el hambre, los malos tratos y las separaciones familiares. Solo la obtención de trabajo por el entonces llamado cabeza de familia permítia salir del campo. Como ya se ha comentado, en abril de 1940 dejaron atrás la experiencia del internamiento para empezar otro peregrinaje aún más dificultoso debido a la invasión alemana:

> Mi padre, poco después, salió del campo para trabajar haciendo correas para la caballería del Ejército francés en Rennes, en la Bretaña. Mi padre hizo gestiones para sacarnos del campo y pudimos reencontrarnos en Rennes en abril de 1940. En Rennes estuvimos hasta que los alemanes entraron y nosotros, delante huyendo, y ellos, detrás hasta que llegamos en camión hasta Tulle y Bourges, pero los alemanes ya habían llegado. El tiempo de la guerra era un desespero, siempre buscando, buscando, y las pulgas, las chinches, los piojos y toda la miseria, eso no os lo podéis imaginar, en estos centros que nos ponían. Estuvimos en la zona ocupada por los alemanes, donde mi padre pudo trabajar de zapatero, en un campo de aviación controlado por los alemanes, hasta que denunciaron a mi padre por actividades de la resistencia, en 1943, y lo encarcelaron hasta que terminó la guerra.

[16] Texto traducido del original en catalán.

Fig. 3. y 4. Dolors (Lola) Cos (1931) y su *laissez passer* (Montauban, Francia, 1939). Fondo Dolors Cos Roget / MUME, La Junquera.

A lo largo del presente texto, en general, no hemos ido más allá de la derrota francesa por la Alemania nazi, ya que nos hemos restringido a mostrar algunos testimonios sobre el choque conmovedor que conllevó el cruce de la frontera, así como los primeros meses de estancia en una Francia poco predipuesta a dar un trato digno a esa gran masa de refugiados.

En general, en la mayoría de los testigos de ese exilio de primera hora es perceptible una lógica preocupación por la subsistencia, por las necesidades más inmediatas. En los relatos procedentes de dietarios escritos en el momento o de material epistolar esta constatación es muy evidente, puesto que desconocen lo que les va suceder al día siguiente por decirlo simple y llanamente. En cambio, en las elaboraciones memorialistas posteriores escritas o activadas a través de entrevistas, los testigos muestran una capacidad más valorativa –posiblemente influidos por el saber histórico promovido por la investigación y los medios de comunicación– de lo que les sucedió y apelan a emociones y sentimientos derivados de la sacudida a que fueron sometidas sus vidas. Las separaciones familiares, el abatimiento de la soledad, el recuerdo de la miseria y los malos tratos componen un cuadro de los males del exilio, al que habría que añadir la nostalgia por el hogar y la cotidiniadad pérdida. Como explicó muy delicadamente Dolors Cos Roget[17], en 1946, en una recreación ficcionada de su autobiografía como exiliada, el dolor más intenso no aparece mientras se lucha por la supervivencia, sino

[17] Dolors Cos Roget (Figueras, 1904 - París, 1992) fue escritora y profesora de lenguas vinculada al Grupo Femenino de Izquierdas, de Esquerra Republicana de Cataluña en Figueras. Se exilió en Montau-

en un parentesis de respiro. Eso es lo que le ocurrió a su madre, que se había exiliado con más de setenta años. Concretamente, en la narración corta «Hors-Cours», publicada en *Espagne Républicaine* de Toulouse, se refería, precisamente, a que fue a partir del momento de disponer de unas ciertas mejores condiciones de vida –al alquilar un apartamento en Toulouse– cuando su madre sucumbió a una intensa melancolía. Todo lo que tenía alrededor le recordaba lo que había dejado atrás[18]:

> Era un lugar tan tranquilo, tan bonito, que, por momentos, la memoria de los años oscuros y la inquietud sobre el futuro desaparecían como un mal decorado detrás de aquellos árboles llenos de promesas. No del todo, ¡ay! porque fue precisamente en este lugar tan tranquilo que la semiinconsciencia, que había envuelto hasta ahora como un velo de protección a la mujer mayor, se rasgó. No era una pesadilla, ya que era verdad que ¡lo habían perdido todo! La ropa de cama y los utensilios domésticos incluidos en el alquiler del apartamento le hacían pensar, a cada instante, en el recuerdo punzante de todas las cosas que la habían rodeado, a lo largo de su pacífica existencia. Ya no se despertaba por la mañana, en su antigua cama donde habían nacido sus hijos, donde ella siempre había creído que haría su último sueño, rodeada de todos a quienes amaba. Veía, en su imaginación, los armarios y los cajones de su casa registrados y saqueados. Los viejos pañuelos de Manila y de Cachemira, la rica mantilla de su boda, los encajes amarillentos que eran de su bisabuela […].

La vida anterior perdida, irrecuperable, simboliza de manera evidente la herida incurable del exilio. En este sentido, las experiencias de los testigos que se han mostrado de manera fragmentaria a lo largo del texto ponen de manifiesto que el paso de la frontera, así como el recibimiento poco afable de la Administración francesa, y todas las penalidades padecidas dejaron una huella imborrable en la memoria personal y colectiva. Esos relatos demuestran que detrás de una línea fronteriza no hay cifras abstractas, sino personas con su nombre, su rostro y sus historias particulares que son también únicas y singulares.

4. A MODO CONCLUSIVO. LA RELEVANCIA DE HACER AFLORAR LAS VOCES BAJAS DEL PASADO[19]

Seguramente el lector podrá pensar que cada uno de estos hombres y mujeres merecerían más espacio donde poder contar todo su itinerario exílico. Y tendría razón, ya que justamente la intención de este texto es únicamente ofrecer un muestreo de las posibilidades que puede brindar el trabajo con las historias de vida. Hablar de medio millón de exiliados en febrero de 1939 es, sin duda, una cifra impresionante que da noticia de la dimensión bíblica de lo sucedido. Sin embargo, referirse a hombres y

ban (Departamento de Tarn y Garona) con sus padres, ya ancianos, y, después de la muerte de sus padres, residió en París.

[18] Texto traducido del original en francés.

[19] La expresión «voces bajas de la historia» hace referencia a una formulación del historiador bengalí Ranahit Guha que aboga por integrar el máximo de voces en la narración histórica, contraviniendo la versión dominante, la de los grandes hombres y estatistas. Citado por Fontana (2000: 341-355).

mujeres concretos, dar detalle de su experiencia vivida, comporta algo más. Es decir, se trata de trabajar acorde a una aproximación más cualitativa. Significa humanizar (y también feminizar) las estadísticas y facilitar la entrada en los grandes acontecimientos de la historia a esas voces bajas que, a menudo, permanecen invisibles y hundidas en el ostracismo. Al dirigir la atención a esa gente corriente de quien normalmente se desconocen sus opiniones, sus vicisitudes, sus miedos, sus inquietudes, puede observarse, a través de sus testimonios, que no son un bulto más en el cómputo total númerico. Es más, tienen sus intereses, establecen sus relaciones, protagonizan acciones, al fin y al cabo, junto con los más célebres –políticos profesionales, artistas e intelectuales–, tejen la historia. El estudio detallado de las aportaciones de este tipo de informantes complejiza el relato histórico y lo enriquece.

A lo largo de más de diez años, el MUME ha tenido en cuenta la relevancia de ateresorar esta tipología de archivos. Un museo de memoria se debe en buena medida a los portadores de esa memoria que se quiere visibilizar y poner en valor para ubicarla en el centro del debate contemporáneo. Razón por la cual recabar esos testimonios conlleva privilegiar una interpretación polifónica del pasado reciente, en que los antaño vencidos rompen no solo la pretendida linealidad histórica de los vencedores, sino que también cuestionan aquellas narrativas en que solamente toman la palabra los «dirigentes», sean del bando que sean. Esta historia a ras de suelo de los primeros momentos del gran éxodo republicano es útil, no exclusivamente para seguir las peripecias que afrontaron esos hombres, mujeres y niños, sino también para captar la diversidad de los apoyos a la causa republicana y las esperanzas de mejora y progreso que había depositadas en ella. Unas esperanzas que perdurarán en el combate antifascista durante la Segunda Guerra Mundial y la oposición antifranquista en el curso de la dictadura.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alted, Alicia (2005): *La voz de los vencidos*: *el exilio republicano de 1939*, Madrid, Editorial Aguilar.

Balibrea, Mari Paz (2017) «El exilio en la España postfranquista», en Mari Paz Balibrea (coord.), *Líneas de fuga. Hacia otra historiografía cultural del exilio republicano español*, Madrid, Editorial Siglo XXI.

Barba, Serge (2009): *De la frontière aux Barbelés*. *Les chemins de la Retirada 1939,* Canet, Éditions Trabucaire.

Bachoud, Andrée y Sicot, Bernad (coords.) (2009): *Sables d'exil. Les républicains espagnols dans les camps d'internament au Maghreb (1939-1945)*, Perpiñán, Éditions Mare Nostrum.

Civil Desveus, Oriol (2012): «Frimari Burguès i Cañomeras, Per això varem perdre...», *Arraona: revista d'història*, Ajuntament de Sabadell, n.º 33, 4.ª época, pp.118-142.

Colorado, Arturo (2008): *Éxodo y exilio del arte. La odisea del Museo del Prado durante la Guerra Civil*, Madrid, Editorial Cátedra.

—— (ed.) (2018): *Patrimonio, guerra civil y posguerra*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones.

Cos, Dolors (1946): «Hors-cours. Nouvelle inédite par Lola Cos», en *L'Espagne Républicaine. Hebdomadaire politique et littérarie*, n.º 42, sábado, 13 de abril de 1946. Toulouse (Francia), p. 3.

Díaz-Esculies, Daniel (1993): *Entre filferrades. Un aspecte de l'emigració republicana dels Països Catalans (1939-1945)*, Barcelona, Editorial La Magrana.

Dreyfus-Armand, Geneviève (2000): *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*, Barcelona, Editorial Crítica.

Fontana, Josep (2000): *La historia dels homes*, Barcelona, Editorial Crítica.

Guixé, Jordi (2012): *La República perseguida. Exilio y represión en la Francia de Franco (1937-1951)*, Valencia, PUV.

Grando, René, Queralt, Jacques y Febrés, Xavier (1991): *Camps du mépris. Des chemins de l'exil à ceux de la résistance 1939-1945*, Canet, Éditions Trabucaire.

Gracia, Francisco y Munilla, Glòria (2011): *Salvem l'art! La protecció del patrimoni cultural català durant la Guerra Civil*, Barcelona, Editorial La Magrana.

Martín Casas, Julio y Carvajal Urquijo, Pedro (2002): *El exilio español (1936-1978)*, Barcelona, Editorial Planeta.

Orriols, Álvaro de (2008): *Las hogueras del Pertús. Diario de la evacuación de Cataluña*, Biblioteca del Exilio, Edicios do Castro.

Pujol, Enric (coord.) (2003): *L'exili català del 1936-1939. Un balanç*, Gerona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials.

—— (2006): *L'exili català del 1936-1939. Noves aportacions*, Gerona, Cercle d'Estudis Històrics i Socials.

Rubio, Javier (1977): *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, Madrid, Editorial San Martín.

Tuban, Grégory (2018): *Camps d'étrangers. Le contrôle des refugiés venus d'Espagne (1939-1944)*, París, Nouveau Monde Éditions.

Vilanova, Francesc (2006): *Exiliats, proscrits, deportats*, Barcelona, Editorial Empúries.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

MIGUEL HERNÁNDEZ: EL EXILIO FRUSTRADO

FRANCISCO JOSÉ ESCUDERO GALANTE
Centro de Estudios Miguel Hernández,
Ayuntamiento de Elche

ARCHIVO HISTÓRICO
de la Provincia de Buenos Aires

La España de los primeros meses de 1939 era, desde luego, un campo de desesperanza y desolación para millones de españoles, pero sobre todo lo era de miedo…, miedo a todo lo que se movía, incluso al aire que se respiraba, porque era un aire viciado de rencor. Los meses previos y posteriores a la finalización de la guerra se convirtieron en terreno de mala hierba, donde prendió lo peor del ser humano: el ansia desquiciada de venganza y de odio. Lo definió muy bien Miguel Hernández en su poema «Canción primera»[1]:

> Se ha retirado el campo
> al ver abalanzarse
> crispadamente al hombre […]
>
> Garras que revestía
> de suavidad y flores,
> pero que, al fin, desnuda
> en toda su crueldad […]
>
> He regresado al tigre
> aparta, o te destrozo.
> Hoy el amor es muerte,
> y el hombre acecha al hombre.

En este aire fétido, procedente de las cloacas del hombre convertido en fiera, tuvieron que lidiar miles y miles de republicanos españoles inundados de un solo anhelo: sobrevivir. Muchos lo consiguieron y pudieron empezar una vida nueva lejos de sus hogares, eso sí, con un profundo y amargo sentimiento de añoranza por su tierra. Otros, sin embargo, no tuvieron esa suerte y sus esperanzas se vieron truncadas por una mano de hierro y un corazón de piedra, símbolos de una represión de envergadura histórica. Los datos aportados por el hispanista británico Paul Preston[2] son reveladores de este drama.

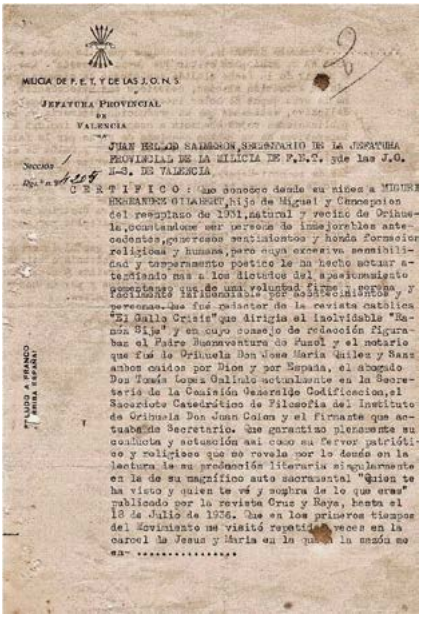
---

[1] Poema «Canción primera», perteneciente al libro *El hombre acecha* (1938).

[2] Paul Preston (2011): *El Holocausto español*, Barcelona, Debate. Preston hace referencia a las grandes dificultades para recabar estadísticas fidedignas de la represión debidas a la destrucción de pruebas y ocultación de crímenes por parte de las autoridades franquistas. «No fue posible realizar una investigación en toda regla hasta después de la muerte de Franco. Al acometer la tarea, los estudiosos no solo hubieron de hacer frente a la destrucción deliberada de abundante material de archivo por parte de las autoridades franquistas, sino también al hecho de que muchas muertes se correspondieran con registros falsos o directamente no quedara constancia de ellas. A la ocultación de crímenes durante la dictadura se sumaba el temor que prevalecía en los posibles testigos y la obstrucción a las investigaciones, especialmente en las provincias castellanas. Con frecuencia la documentación desaparecía misteriosamente y los funcionarios locales negaban la posibilidad de consultar el registro civil […]».

Según Preston, «hoy por hoy, la cifra más fidedigna, aunque provisional, de muertes a manos de los militares rebeldes y sus partidarios es de 130.199. Sin embargo, es poco probable que las víctimas ascendieran a menos de 150.000, y bien pudieron ser más […]».

En el caso concreto de Miguel Hernández, confluyen una serie de condicionantes y de actitudes un tanto contradictorias que lo convierten en peculiar, y que revelan la psicología de un hombre que, en su inocencia, no albergaba excesivo temor por lo que personalmente le pudiera ocurrir, y sí por lo que pudiera acontecer a su esposa e hijo. Por esa razón, su primer impulso no fue buscar el exilio, sino volver a su pueblo para cumplir con lo que consideraba una obligación de hombre recto y responsable, es decir, cuidar de su mujer y de su hijo en momentos difíciles. No terminaba de ver el peligro sobre sí mismo, consideraba que su inocencia estaba más que probada por ser consciente de no haber hecho mal a nadie, tan solo escribir contra la injusticia y utilizar la literatura como arma para la formación y culturización de los humildes. Esa conciencia inocente y generosa en el poeta era incluso reconocida y «certificada» por importantes dirigentes del nuevo régimen. Es el caso del falangista Juan Bellod Salmerón[3], secretario provincial en Valencia de la Falange Española y de las JONS, quien, meses después de acabar la guerra y estando el poeta preso, remitió certificado de buena conducta sobre Miguel Hernández en los siguientes términos:


MILICIA DE F. E. T. Y DE LAS J. O. N. S.

JEFATURA PROVINCIAL
DE
VALENCIA

JUAN BELLOD SALMERON, SECRETARIO DE LA JEFATURA PROVINCIAL DE LA MILICIA DE F.E.T. y de las J.O.N-S. DE VALENCIA

C E R T I F I C O : Que conozco desde su niñez a MIGUEL HERNANDEZ GILABERT, hijo de Miguel y Concepcion del reemplazo de 1931, natural y vecino de Orihuela, constandome ser persona de inmejorables antecedentes, generosos sentimientos y honda formacion religiosa y humana, pero cuya excesiva sensibilidad y temperamento poetico le ha hecho actuar atendiendo mas a los dictados del apasionamiento momentaneo que a una voluntad firme y serena y facilmente influenciable por acontecimientos y personas. Que fue redactor de la revista catolica "El Gallo Crisis" que dirigia el inolvidable "Ramon Sijé" y en cuyo consejo de redacción figuraban el Padre Buenaventura de Punol y el notario que fue de Orihuela Don Jose Maria Chilet y Sanz ambos caidos por Dios y por España, el abogado Don Tomás Lopez Gallado actualmente en la Secretaría de la Comisión General de Codificacion, el Sacerdote Catedrático de Filosofía del Instituto de Orihuela Don Juan Coiza y el firmante que actuaba de Secretario. Que garantiza plenamente su conducta y actuación así como su fervor patriótico y religioso que se revela por lo demás en la lectura de su producción literaria singularmente en la de su magnífico auto sacramental "Quien te ha visto y quien te vé y sombra de lo que eres" publicado por la revista Cruz y Raya, hasta el 18 de Julio de 1936. Que en los primeros tiempos del Movimiento se visitó repetidas veces en la carcel de Jesus y María en la que la mujer de

¡¡VIVA A FRANCO
ARRIBA ESPAÑA!!

Fig. 1. Certificado de Juan Bellod Salmerón.

> Certifico que conozco desde su niñez a Miguel Hernández Gilabert, hijo de Miguel y Concepción del remplazo de 1931, natural y vecino de Orihuela, constándome ser persona de inmejorables antecedentes, generosos sentimientos, y honda formación religiosa y humana, pero cuya excesiva sensibilidad y temperamento poético le ha hecho actuar atendiendo más a los dictados del apasionamiento momentáneo que a una voluntad firme y serena y fácilmente influenciable por acontecimientos y personas […].

[3] Certificado del secretario provincial de Valencia de la Falange Española y de las JONS, Juan Bellod Salmerón, incluido en el expediente sumarísimo de urgencia 4.487 abierto por el juzgado de Orihuela (Alicante) en septiembre de 1939. Este expediente fue estudiado por el escritor Enrique Cerdán Tato y publicado por el Ayuntamiento de Elche en 2010 con motivo de la conmemoración del centenario del nacimiento de Miguel Hernández. En la actualidad, una copia facsímil de dicho certificado se exhibe en el Museo Miguel Hernández/Josefina Manresa de Quesada (Jaén), en la cuarta sala temática, dedicada al *Cancionero y romancero de ausencias* y a la etapa carcelaria del poeta.

> Conocidos sus antecedentes, no le creo capaz de haber intervenido en hecho alguno delictivo […].

Es por ello que, inicialmente, no hubo en Miguel Hernández una ansiedad vital por escapar al exilio, sino más bien una necesidad de volver a la normalidad de una vida en familia, con la responsabilidad de padre y esposo por encima de cualquier otra circunstancia. No tenía delitos de sangre, no había empuñado un arma, tan solo el lápiz, y con ese inocente argumento se convenció de que su deber estaba en Orihuela con su familia. Y, precisamente, eso mismo es lo que el poeta hizo marchando desde Madrid en dirección a Alicante. Era el 9 de marzo de 1939 y la desbandada en la España republicana era ya una tremenda realidad. El empresario editorial José M.ª de Cossío, para quien Miguel Hernández había trabajado en 1935 en la elaboración de la enciclopedia *Los Toros* con Espasa-Calpe, le acompañó andando hasta las afueras de la capital. Allí se despidieron y Miguel puso rumbo a Orihuela y a Cox, donde residían su esposa, Josefina, y su hijo, Manolillo. El poeta llegó a Cox el 14 de abril para celebrar un emotivo encuentro como padre y esposo, pero la alegría duró un suspiro. La situación durante los últimos días de marzo fue de auténtica desesperación para miles y miles de personas que llegaban a Alicante como último bastión de la República desde donde escapar en algún barco de la esperanza. El 28 de marzo de 1939 ha pasado a la historia de este país como fecha clave del exilio español. En ese momento, el puerto de Alicante es un hervidero humano, donde el drama y la desesperación inundan las mentes y los corazones de miles de republicanos españoles que sueñan con escapar de la represión de los vencedores. Al ver la llegada de las tropas, algunos gritan con la angustia de saber que sus días y los de sus familias pueden haber llegado a su fin. Son los soldados italianos del general Gambara los que entran por la zona norte de Alicante cantando «Giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza, del Fascismo è la salvezza della nostra libertà per Benito Mussolini […]»[4], con el castillo de Santa Bárbara al fondo. Están llenos de júbilo y cantan su victoria. No tienen ni tiempo ni lugar para la piedad, y en cuestión de minutos plantan una línea de artillería que bombardea la salida de los barcos ante la angustia de miles de desdichados que claman por su vida en medio de la ratonera en la que se ha converti-

Fig. 2. Retrato del poeta.

[4] «Canto a la juventud», himno de las juventudes italianas en su versión fascista.

do el puerto. Al final, y gracias al valor y a la dignidad del capitán del buque británico Stanbrook, Archivald Dickson, cerca de 3.000 refugiados republicanos parten rumbo a Orán en busca de una esperanza convertida en necesidad vital.

Según el testimonio de Ramón Pérez Álvarez, compañero de cárcel del poeta, recogido por el escritor Enrique Cerdán Tato[5], Miguel Hernández se desplazó ese mismo 28 de marzo a Alicante cuando la situación del puerto era desesperada. Es del todo improbable que el poeta acudiera al puerto con la intención de escapar en algún barco teniendo a su familia en Cox. No hay ninguna evidencia ni indicio que apunte a que el poeta intentara embarcar, todo lo contrario. Volvió por donde había llegado para reunirse de nuevo con su familia. Sin embargo, la tensión, el miedo y el rencor acumulados durante años de contienda hicieron que el ambiente esos días fuera irrespirable, y la seguridad de Miguel Hernández estaba en la cuerda floja. Ni Orihuela ni Cox eran en ese momento lugares recomendables para empezar de nuevo, y, por ello, Miguel toma la decisión de buscar un lugar alternativo que le proporcione estabilidad para él y para su familia y un trabajo que les permita salir adelante. Marcha a Sevilla en busca de su amigo el poeta Jorge Guillén para pedirle ayuda, tal y como relata en una carta dirigida a José M.ª de Cossío fechada el 19 de abril:

> Querido Cossío,
> Estamos todos bien por ahora. Yo salgo para Sevilla seguramente y pronto. Allí espero ver a Guillén y a otros amigos y espero hallar una buena acogida entre ellos. Mi mujer y nuestro niño quedan en Cox por ahora y si usted puede atenderles económicamente le agradeceré siempre que lo haga cuanto antes. Creo que tiene usted la dirección […].

Con la intención de ir a Sevilla, el 20 de abril el poeta viaja primero en tren a Madrid, donde se entrevista con el escritor falangista Eduardo Llosent, quien precisamente le recomienda ir a Sevilla y le proporciona el contacto del poeta Joaquín Romero Murube en la capital hispalense. Sin embargo es un viaje de frustrante resultado, y el poeta comienza a ser consciente de su soledad y situación adversa. Piensa en acudir a Cádiz para intentar recabar el apoyo de otro amigo, Pedro Pérez Clotet, director de la revista literaria *Isla* con quien Miguel colaboró en su juventud, pero el resultado vuelve a ser decepcionante al conocer que Clotet no se halla en Cádiz. Al poeta cabrero se le agotan las opciones y la angustia comienza a apoderarse de su ánimo. Solamente le queda la alternativa de marchar a Portugal con la idea de llegar a Lisboa, posiblemente con intención de esperar allí la llegada de su mujer y su hijo y tomar un barco rumbo al exilio. Escribe a Josefina con fecha 29 de abril[6], y en su carta hace referencia a Lisboa e insta a su esposa a que prepare su viaje.

> Querida Josefina: Seguramente no vuelvo a Sevilla por ahora. Te llamaré desde donde me encuentre, que será donde halle mejor puesto. Ponte fuerte y

[5] Enrique Cerdán Tato (2010): *El otro sumarísimo contra Miguel Hernández*, edita el Ayuntamiento de Elche, centenario del nacimiento del poeta.

[6] Carta de Miguel a Josefina, del 29 de abril, desde Huelva. Legado documental de Miguel Hernández, signatura 167, bloque Correspondencia. Instituto de Estudios Giennenses-Diputación de Jaén.

valiente para el viaje, que lo puedas resistir. Me acuerdo mucho de mi Manolillo. He escrito a Lisboa, y allí recibirá noticias tuyas nuestro amigo Cuqui.

Besos y abrazos para todos. Para Manolillo y tú.

Miguel.

La desesperación del poeta no se intuye en sus cartas. Miguel esconde su crítica situación para no alarmar a los suyos, y por ello presenta una actitud positiva no acorde con su estado de ánimo real. Este hecho es una constante en el poeta, una actitud positiva que mantiene incluso para esconder situaciones dramáticas en prisión y que actúa como tapadera de una tremenda realidad. Es el caso, por ejemplo, de la carta que envió a Josefina para comunicarle su sentencia tras el juicio[7]. Le han condenado a muerte, pena conmutada posteriormente por treinta años de prisión, pero el poeta dice en tono alegre a su esposa que simplemente le han sentenciado a doce años, y que con buen comportamiento saldrá pronto de la cárcel:

Mi querida esposa,

Alégrate Josefina. Me han juzgado y he firmado doce años y un día de prisión menor. No te miento. El fiscal pedía 30 y al final me han rebajado 18. No es mucha edad 12 años, y casi todos los condenados a esa pena los suelen poner pronto en libertad. Es posible que me trasladen a un campo de trabajo o a un penal donde me darán un pico y en unos cuantos meses nos veremos juntos. Ha sido una verdadera suerte salir tan bien, y debes alegrarte. Yo estoy contento a pesar de todo. Ya te comentaré detalles del juicio […]. Me da mucho orgullo tenerte por mujer y si te haces más fuerte, aún me dará más. A vivir y a dormir sin preocupaciones hija. Todo tiene remedio y compostura en esta vida. No digas que tenemos mala suerte que he visto a muchos que la tienen peor. Ánimo Josefina. Te dejo por necesidad. Adiós.

Hasta la vista, Manolillo. Hasta pronto Josefina. Os quiere.

Miguel

Otro ejemplo similar de esta actitud «tapadera» la muestra Miguel en la última carta que escribió a su madre desde la cárcel de Alicante al comienzo del año 1942. El poeta está consumiéndose por la tuberculosis y su estado físico es lamentable, prácticamente desahuciado, de hecho, falleció casi tres meses después. Sin embargo, en esa carta traslada a su madre la impresión de que se está recuperando y que pronto podrá verla, incluso podría ir él mismo por su propio pie[8]:

Reformatorio de Adultos de Alicante.

5 de enero de 1942.

Mi querida madre: me encuentro francamente mejor, un poco débil como adivinarás en la letra, pero dispuesto a ponerme bueno pronto y además fuerte

[7] Carta de Miguel a Josefina desde la prisión en Madrid con fecha de 23 de julio de 1940, en la que el poeta miente sobre su sentencia para no alarmar a su esposa. Legado documental de Miguel Hernández, signatura 142, bloque Correspondencia. Instituto de Estudios Giennenses-Diputación de Jaén.

[8] Carta de Miguel Hernández a su madre desde la cárcel de Alicante, 5 de enero de 1942. Legado documental de Miguel Hernández, signatura 252, bloque Correspondencia. Instituto de Estudios Giennenses-Diputación de Jaén.

> […] No quiero que se te ocurra venir hasta que llegue el buen tiempo, a pesar de la ganas tan grandes que tengo de verte. Esta primavera vendrás, si no se me ocurre a mí ir antes. Madre, me acuerdo mucho de ti. No sufras, come, cuídate y ya vendrán tiempos mejores…

Fig. 3. Antiguo cuartel de Rosal de la Frontera, actual Casa de Cultura. Depósito carcelario de Rosal de la Frontera donde estuvo el poeta.

Pero, poco a poco, la cruda realidad de los primeros días tras la finalización de la guerra se iba imponiendo en la mente del poeta. Solo y con sensación de abandono, Miguel decide cruzar la frontera portuguesa con la intención de llegar a Lisboa e intentar que su familia se reúna allí con él para salir de España.

A finales del mes de abril de 1939 se encuentra en la provincia de Huelva a cuatro kilómetros del pueblo de Aroche. Atravesando a pie campos y sierras, el poeta cruza la frontera para llegar a un pequeño pueblo portugués: Santo Aleixo. De allí pasa a otro pueblo próximo, Moura, donde, para poder comer, intenta vender el reloj de oro regalo de boda de su amigo el poeta Vicente Aleixandre. Las sospechas caen sobre él como una losa…., un español huido de aspecto lamentable y hambriento, que cruza la frontera, sin documentación y con un reloj de oro, son motivos suficientes para la denuncia. Inmediatamente es detenido por la policía portuguesa y conducido en camión y esposado al cuartel de Sobral da Adiça[9], perteneciente al municipio de Moura. Miguel es trasladado inmediatamente por los gendarmes portugueses hasta la frontera y entregado a la policía del pueblo onubense de Rosal de la Frontera, primera etapa de su periplo penitenciario por las cárceles franquistas españolas. Es el 3 de mayo, y en el depósito carcelario de este pequeño pueblo de la provincia de Huelva el poeta es sometido a un durísimo interrogatorio con palizas incluidas que le hacen orinar sangre[10].

El anhelo de libertad ha terminado para el poeta y en su mente ya no circula el interrogante sobre cómo salir hacia el exilio, sino el de cómo salir vivo de la situación límite en la que se encuentra en ese momento. Estando preso en Rosal de la Frontera, Miguel escribe a su esposa para decirle que se encuentra detenido y pide que lo comunique también a sus padres. El poeta intenta restar importancia a su situación pero es evidente su tensión. Pide a Josefina que busque el apoyo de personalidades de Orihuela, como el canónigo de la catedral, Luis Almarcha, o el falangista Juan Bellod, entre otros, con la intención de que intercedan para conseguir el traslado a su pueblo[11].

> Ve a mi casa y di a mi padre y a mis hermanos que estoy detenido, que un día de estos me llevan a Huelva desde este pueblo y que es preciso que me reclamen a Orihuela. Que hablen con don Luis Almarcha, Joaquín Andreu, Antonio Macando, Juan Bellod, Martínez Arenas, Baldomero Jiménez y quien sea preciso para la consecución de mi traslado a nuestro pueblo. La detención ha obedecido a que pasaba a Portugal sin la documentación necesaria. No es nada de importancia, pero haz lo que te digo para estar junto a nuestro hijo y a ti lo más pronto posible.

[9] Según la investigación realizada por el escritor onubense Augusto Thasio en su obra *Miguel Hernández: su perdición encontrada*, el cuartel de Sobral da Adiça es el primer encarcelamiento de Miguel Hernández, donde es sometido a interrogatorio. Es el 30 de abril de 1939, y al día siguiente, primer día de mayo, es trasladado a la localidad de Vilaverde de Ficalho, muy cerca de la frontera española, y a continuación es entregado en el primer puesto de la policía española: Rosal de la Frontera.

[10] En la actualidad, Rosal de la Frontera es un pueblo de profunda vocación hernandiana. La entrada al pueblo por la frontera portuguesa está presidida por un gran monumento a la memoria de Miguel Hernández inaugurado en 2010, en el marco del centenario del nacimiento del poeta, y el antiguo cuartel donde fue interrogado y encarcelado es hoy la Casa de Cultura Miguel Hernández. Se conserva incluso el habitáculo carcelario donde estuvo preso el escritor.

[11] Carta de Miguel a su esposa desde la prisión de Rosal de la Frontera fechada el 6 de mayo de 1939. Legado documental del poeta, signatura n.º 172, bloque de Correspondencia. Instituto de Estudios Giennenses-Diputación de Jaén.

El itinerario de ese sueño frustrado de libertad queda reflejado en el propio informe elaborado por los agentes de la Jefatura del Servicio Nacional de Seguridad del puesto de Rosal de la Frontera[12]:

> Interrogado detenidamente la forma en que se valió para pasar la frontera, manifiesta: que llegó al pueblo de Aroche (Huelva) –dirección Sevilla, Huelva, Valverde del Camino y Aroche– en camión hasta cuatro kilómetros antes de este pueblo. Llegando al atardecer; merendó, se compró unas alpargatas y, ya por la noche, sobre las veintiuna horas, sin conocer el terreno, él solo traspasó la frontera, llegando al pueblo portugués de Santo Aleixo a las diez y seis horas del día siguiente. Internándose en Moura y siendo allí detenido por la policía portuguesa […].

No obstante, en su declaración ante la policía y en la ratificación de su testimonio efectuada ante el Tribunal Militar de Prensa de Madrid, el poeta afirma que no intenta cruzar la frontera para huir de la justicia, sino que su intención es puramente económica[13]. El poeta no cree que en la nueva España conformada tras la contienda pueda tener un hueco laboral como escritor para ganarse la vida.

Posiblemente sea una declaración de autoprotección motivada por el miedo y la necesidad de supervivencia, con la que pretende evitar aparecer como proscrito ante las autoridades, esquivar las torturas y una previsible condena:

> Preguntado el móvil por el cual huyó de España, dice era económico, ya que en España, dada su labor durante la guerra, no podría encontrar trabajo en prensa ni en revista alguna actualmente, pero niega fuera por huir de la acción de la justicia, ya que el dicente estuvo en su pueblo de Orihuela hasta el 22 de abril de este año… ni ha asesinado ni denunciado a persona alguna […].

Aunque sí reconoce haber recibido consejos para escapar a Chile por parte del diplomático de la embajada chilena Carlos Morla Lynch:

> Afirma que Morla le aconsejó con el fin de que no cayera en manos de la justicia, que se marchara el dicente a Chile donde iba a publicar su labor de escritor […].

Al margen de las intenciones del poeta en sus diferentes declaraciones en cuarteles y juzgados, lo cierto es que las nuevas autoridades consideraron que el detenido «ha cruzado clandestinamente la frontera por lugares no autorizados para hacerlo […]» y estimaron que «puede hallarse comprendido en responsabilidades delictivas por su actuación en esa capital que pretendía evadir al internarse en Portugal […]»[14].

[12] Documento n.º 5 del expediente sumarísimo 21.001 abierto contra el poeta por el Tribunal Militar de Prensa de Madrid.

[13] Declaración indagatoria recogida por el juez del Tribunal Militar de Prensa de Madrid, Martínez Gargallo con fecha de 6 de julio de 1939. Expediente sumarísimo n.º 21.001 contra el poeta.

[14] Telegrama postal del general jefe del Gobierno Militar de Madrid, de fecha 28 de mayo de 1939, dirigido al auditor de Guerra del Ejército de Ocupación. Expediente n.º 21.001 contra el poeta.

Todo parecía confabularse en contra del poeta, y ni su declaración ante la policía ni los apoyos verbales y escritos recibidos sirvieron para que la nueva España tuviera piedad.

Miguel Hernández fue trasladado desde Rosal de la Frontera a la prisión provincial de Huelva con fecha de 9 de mayo e iniciándose un proceso judicial sumarísimo de urgencia con el número 21.001 a cargo del Tribunal Militar de Prensa de Madrid. Después de pasar una semana en la cárcel de Huelva, el poeta fue trasladado el 15 de mayo a la prisión madrileña de Torrijos, donde pasó cuatro meses. Allí escribió el poeta sus famosas *Nanas de la cebolla*, dedicadas a su hijo Manolillo, y de ello queda constancia en la actualidad en una placa ubicada en plena calle, en la fachada del antiguo edificio de la cárcel, que recuerda este hecho.

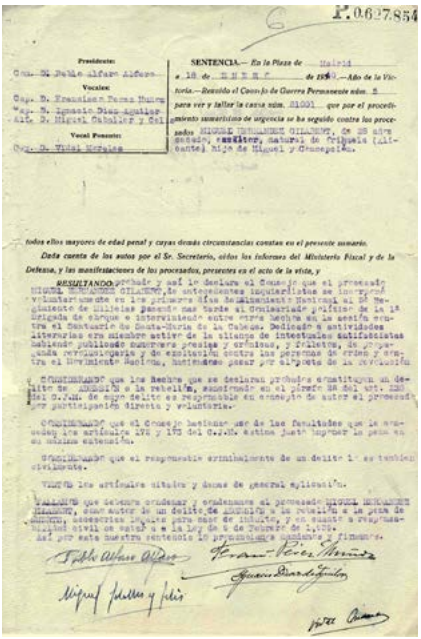
Miguel pasó todo el verano en Torrijos, y el juez militar decretó el procesamiento de Miguel Hernández con fecha de 18 de septiembre de 1939 con la siguiente argumentación[15]:

> […] ratifica el procesamiento de Miguel Hernández Gilabert con todas sus consecuencias legales por estimar plenamente acreditado que dicho individuo, de tendencias notoriamente contrarias al Movimiento Nacional, desarrolló apenas iniciado éste una activísima labor literaria en contra de los ideales que lo encarnaban, injuriando tanto a sus ideales como a sus figuras más prestigiosas, apareciendo como firmante de varios manifiestos destinados a sembrar en España y en el Extranjero la idea de que tan Glorioso Movimiento no era sino una vulgar invasión plagada de crímenes y alentar al mismo tiempo a la resistencia armada contra las fuerzas nacionales […].

Paradójicamente, cuando el juez decreta este procesamiento, las autoridades se percatan de que el poeta había sido puesto en libertad de manera inexplicable tres días antes. Imaginamos que solamente cabe pensar en el caos administrativo de un país que acababa de concluir una guerra como posible explicación a semejante hecho. Ciertamente, el poeta estaba acusado de delitos menores (cruzar la frontera por un lugar no autorizado, no llevar la documentación correspondiente, no poder justificar la propiedad de un reloj de oro que la policía podía sospechar que fuera robado…), pero también de algo mucho más grave para el nuevo régimen fascista, como era el delito de adhesión a la rebelión. Cabe pensar que, tras un período en prisión, el poeta fuera puesto en libertad a tenor de sus delitos menores y que pasara desapercibido el resto en un contexto de caos administrativo y descoordinación burocrática propio de la España del momento. No lo sabemos a ciencia cierta, pero la realidad fue que Miguel Hernández fue puesto en libertad el 15 de septiembre de 1939, y, en este momento, tuvo su segunda oportunidad para salir de España y gestionar desde el exilio el reencuentro con su mujer e hijo. Tan solo tenía unos pocos días para tomar esa decisión y escapar, dado que el juez, al percatarse de la situación, emitió con carácter de urgencia una orden de busca y captura del poeta. Miguel no aprovechó la ocasión, no comprendió ese momento de vida que abrió una ventana de luz en su destino. Vol-

[15] Auto resumen del juez militar Martínez Gargallo de fecha 18 de septiembre de 1939 remitido al presidente del Consejo de Guerra Permanente. Expediente sumarísimo 21.001 contra el poeta. Pág. 39.

vió a caer en su inocencia y bondad de criterio, consciente de que no había hecho mal a nadie y de que su obligación era regresar a su pueblo con su familia. Esa decisión fue su calvario y su libertad duró únicamente catorce días. Marchó a Orihuela para ver a sus padres y para visitar a los padres de Ramón Sijé en su domicilio de la oriolana calle Mayor. Al término de esta visita, el poeta recorrió la calle Mayor en dirección a la catedral, y allí mismo, frente a la casa de Eusebio Escolano, volvió a ser detenido. Había sido visto por la calle y denunciado por un vecino del pueblo, José M.ª Martínez Pacheco, *El Patagorda*. Con esta nueva detención, se había acabado cualquier atisbo de esperanza para el poeta. Continuaría el vía crucis carcelario iniciado en Rosal de la Frontera, y que concluiría el 28 de marzo de 1942 con la muerte del escritor en el Reformatorio de Adultos de Alicante. Miguel estuvo preso en once cárceles franquistas, y este recorrido penitenciario queda perfectamente reflejado en un mural ubicado en la cuarta sala temática del Museo Miguel Hernández/Josefina Manresa de Quesada (Jaén).



P. 0.627.854

Presidente:
Vocales:
Vocal Ponente:

SENTENCIA.— En la Plaza de Madrid
a 18 de ENERO de 1940 — Año de la Victoria.—Reunido el Consejo de Guerra Permanente núm. 5
para ver y fallar la causa núm. 21001 que por el procedimiento sumarísimo de urgencia se ha seguido contra los procesados MIGUEL HERNANDEZ GILABERT, de 28 años de edad, soltero, natural de Orihuela (Alicante) hijo de Miguel y Concepción.

todos ellos mayores de edad penal y cuyas demás circunstancias constan en el presente sumario.

Dada cuenta de los autos por el Sr. Secretario, oídos los informes del Ministerio Fiscal y de la Defensa, y las manifestaciones de los procesados, presentes en el acto de la vista, y

RESULTANDO probado y así lo declara el Consejo que el procesado MIGUEL HERNANDEZ GILABERT, de antecedentes izquierdistas se incorporó voluntariamente en los primeros días del Alzamiento Nacional al 5º Regimiento de Milicias pasando mas tarde al Comisariado político de la 1ª Brigada de Carga e interviniendo activamente en la acción contra el Santuario de Santa María de la Cabeza. Dedicado a actividades literarias era miembro activo de la titulada de intelectuales antifascistas cubriendo cometidos propios y orgánicos, y dirigía, de propaganda revolucionaria y de excitación contra los personas de orden y contra el Movimiento Nacional, haciéndose pasar por el poeta de la revolución.

CONSIDERANDO que los hechos que se declaran probados constituyen un delito de REBELDIA A LA PATRIA, sancionado en el párrafo 1º del art. 238 del C.J.M. de cuyo delito es responsable en concepto de autor el procesado por participación directa y voluntaria.

CONSIDERANDO que el Consejo hallándose uso de las facultades que le concede los artículos 171 y 173 del C.J.M. estima justo imponer la pena en su mínimo extensión.

CONSIDERANDO que el responsable criminalmente de un delito lo es también civilmente.

VISTOS los artículos citados y demás de general aplicación.

FALLAMOS que debemos condenar y condenamos al procesado MIGUEL HERNANDEZ GILABERT, como autor de un delito de REBELDIA A LA PATRIA [illegible] sin circunstancias [illegible] a la pena de MUERTE, accesorias legales para ser de inhabilitación absoluta perpetua y con abono a responsabilidad civil en virtud de la Ley de 9 de Febrero de 1939.

Así por esta nuestra sentencia lo pronunciamos mandamos y firmamos.

Fig. 4. Sentencia de muerte del poeta.

Miguel Hernández ha quedado para la historia y para el recuerdo de millones de personas como un símbolo del exilio frustrado y como víctima de la crueldad del hombre deshumanizado. Miguel fue juzgado y condenado a muerte por escribir, por su faceta como escritor. Así de sencillo y así de tremendo. La acusación de aquella pantomima de juicio presentó como pruebas condenatorias el original de *Teatro en la guerra*, y publicaciones en la prensa del frente como el poema «Viento del pueblo» editado por el periódico *El Mono Azul*. Ese fue el delito del poeta: escribir. De hecho, en el auto de procesamiento del poeta decretado por el juez militar Martínez Gargallo se hace especial referencia a la «activísima labor literaria». Efectivamente, ese fue su delito y la causa de su condena. Su sentencia a muerte[16] fue decretada por un indecente tribunal formado por D. Pablo Alfaro como presidente, los señores D. Francisco Pérez, D. Ignacio Díaz y D. Miguel Caballer como vocales, y D. Vidal Morales como vocal ponente, quienes destacaron en su fallo que:

> […] el procesado Miguel Hernández Gilabert, de antecedentes izquierdistas, se incorporó voluntariamente en los primeros días del Alzamiento Nacional al 5º Regimiento de Milicias […] Dedicado a actividades literarias, era miembro

[16] Sentencia de muerte contra Miguel Hernández decretada por el Tribunal Militar de Prensa de Madrid, 18 de enero de 1940. Expediente sumarísimo n.º 21.001.

> activo de la alianza de intelectuales antifascistas, habiendo publicado numerosas poesías y crónicas y folletos de propaganda revolucionaria y de exaltación contra las personas de orden y contra el Movimiento Nacional, haciéndose pasar por "el poeta de la revolución". CONSIDERANDO que los hechos probados constituyen un delito de adhesión a la rebelión […].
>
> FALLAMOS que debemos condenar y condenamos al procesado MIGUEL HERNÁNDEZ GILABERT como autor de un delito de adhesión a la rebelión, a la pena de muerte […].

Paradójicamente es la misma faceta que le ha valido para que el tiempo, la literatura y la historia le hayan convertido en poeta universal e icono de la lucha por la libertad y los derechos de la gente. El poeta representa hoy en día exactamente lo contrario que aquel tribunal de la infamia y aquel régimen de rencor. Sin embargo, a pesar de que fue víctima del odio, de su obra siempre se desprende un anhelo de esperanza, como la que destila en «Eterna sombra»[17] cuando el poeta escribe: «Yo que creí que la luz era mí, precipitado en la sombra me veo […], pero hay un rayo de sol en la lucha que siempre deja la sombra vencida». O también en su poema «Canción última»[18]:

> Florecerán los besos sobre las almohadas.
> Y en torno de los cuerpos elevará la sábana
> su intensa enredadera nocturna, perfumada.
> El odio se amortigua detrás de la ventana.
> Será la garra suave.
> Dejadme la esperanza.

La justicia histórica y la justicia literaria han devuelto al poeta la dignidad que aquel tribunal de la indecencia le usurpó. Falta todavía que lo haga la justicia legal y administrativa, cuyo aparato sigue, en pleno siglo XXI, manteniendo en vigor aquel disparate jurídico.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

[17] Poema «Eterna sombra», perteneciente al libro *Cancionero y romancero de ausencias*. Es uno de los últimos poemas escritos por Miguel Hernández en la cárcel de Alicante. Legado documental del poeta, archivo del Instituto de Estudios Giennenses-Diputación de Jaén.

[18] «Canción última», perteneciente poemario *El hombre acecha*. Legado documental del poeta, archivo del Instituto de Estudios Giennenses-Diputación de Jaén.

LA ODISEA DE FRANCISCO LARGO CABALLERO EN EL EXILIO: LA VERDADERA FAZ DEL ENEMIGO

Manuela Aroca Mohedano
Fundación Francisco Largo Caballero
Universidad Carlos III de Madrid

La biografía de Francisco Largo Caballero ha sido tratada en innumerables ocasiones. El histórico socialista ocupó importantes responsabilidades tanto en la dirección del socialismo sindical y político como en el Gobierno español. La historiografía ha reconocido, sin duda, su protagonismo. Su figura ha sido objeto de análisis por parte de numerosos historiadores y foco de interés para politólogos, periodistas y para el público en general.

Entre las numerosas facetas que jalonan su trayectoria vital, por motivos obvios, el período del exilio no ha sido el más estudiado. Es el momento de su vida en el que abandonó toda responsabilidad y, lejos de encontrarse en la cúspide de la toma de decisiones de Estado o de partido, las circunstancias le zarandearon hasta llevarle a perder el control sobre su propia existencia. Es un período vital en el que la dimensión humana cobra mayor protagonismo que la ideológica o política. Aunque sus reflexiones y sus análisis habían constituido una referencia para millones de trabajadores españoles, el nuevo escenario se puebla con nuevos protagonistas: la soledad, la indefensión, la inutilidad de la voluntad y de la razón.

El fallecido profesor Julio Aróstegui, autor de la biografía más completa y actualizada sobre el líder obrero[1], dedicó hace ya varias décadas un estudio a su período del exilio[2]. Pero como el autor señaló en sus «precisiones previas», con ese texto pretendía adentrarse en el análisis de los «presupuestos políticos y teóricos de la praxis caballerista» de esa última época de la vida del veterano dirigente[3]. Es decir, interesaban de manera prioritaria al autor de esa investigación las transformaciones que sufrió el expresidente del Gobierno en su interpretación del socialismo y en su visión política, como consecuencia de las situaciones que hubo de atravesar durante el exilio.

La conflagración mundial provocó la destrucción de muchos de los presupuestos que habían sido el *Leifmotiv* de su acción sindical y política. Aróstegui centró entonces su análisis en las formulaciones estratégicas del último Caballero y en el acercamiento de los postulados de Prieto y Largo Caballero en la «política de Transición y plebiscito», en la que ambos coincidieron, tras el final de la Segunda Guerra Mundial.

En el momento en el que se escribió el texto, a comienzos de la década de los noventa del pasado siglo, era preceptiva la reconstrucción de los hechos y de las líneas políticas del socialismo español disperso por el mundo, su interpretación y

[1] Julio Aróstegui (2013): *Largo Caballero: el tesón y la quimera*, Barcelona, Debate.

[2] Julio Aróstegui (1990): *Francisco Largo Caballero en el exilio. La última etapa de un líder obrero*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero.

[3] Julio Aróstegui (1990): *Francisco Largo Caballero en el exilio. La última etapa de un líder obrero*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero, p. 17.

valoración. Era necesario evaluar lo que habían supuesto para el partido y el sindicato más importantes –en número de afiliados y en influencia política en España–, la UGT y el PSOE, las heridas del fracaso en la Guerra Civil Española y la travesía del desierto que iba a significar el exilio durante la Segunda Guerra Mundial. Casi tres décadas más tarde, numerosos estudios sobre el socialismo español y sobre sus líderes han desbrozado estas líneas de investigación, que constituyen los ejes fundamentales para la comprensión del exilio español de posguerra y de la propia historia de España.

En este capítulo, queremos enfocar la mirada sobre otro aspecto de la vida de Largo Caballero en el exilio: el impacto humano que el dirigente socialista sufrió como consecuencia de la tragedia colectiva motivada por la coincidencia del fin de la Guerra Civil Española con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. O dicho de otro modo, las transformaciones que se operaron en su modo de entender la vida y la política a raíz del contacto con la deshumanización y la barbarie que produjeron la guerra y la extensión del fascismo por Europa.

Para afrontar este objetivo, a pesar de todas las controversias que suscitó su publicación, la única fuente posible es la serie de cartas que Francisco Largo Caballero envió a su correligionario Enrique de Francisco, en las que escalonadamente fue construyendo su autobiografía. Comenzó a escribirlas el 14 de mayo de 1945, en el cuartel general del Ejército ruso de ocupación, en Berlín, tras su liberación del campo de concentración nazi de Oranienburg. Acabó su redacción en marzo de 1946, el mismo mes de su fallecimiento. Las cartas fueron publicadas por primera vez en México en 1954, bajo el título *Mis recuerdos: Cartas a un amigo*[4], y reconstruyen la compleja trayectoria política del dirigente socialista, a través del tamiz de la mirada de la derrota, pero también, en sus últimas páginas, de la chispa de la esperanza que imprimió la victoria aliada para los españoles errantes en el exilio.

La mayor parte de las cartas tienen un fuerte contenido ideológico y político. Justifican las posiciones que Largo Caballero adoptó en cada uno de los momentos de su vida, ahondan en sus planteamientos internacionalistas, muestran a un líder obrero en permanente combate. Y el libro acaba como empezó: con cartas que proponen soluciones políticas, alientan visiones del socialismo español e internacional, buscan coincidencias con otros colegas y correligionarios. Sin embargo, hay un páramo en el texto donde desaparece todo planteamiento político e ideológico: es el momento en el que el exilio sumerge a Largo Caballero en la más absoluta impotencia.

En sus primeras cartas sobre ese período aún subsisten algunas preocupaciones por la deriva del socialismo español, por las consecuencias del final de la guerra, por las heridas que la división entre negrinistas y antinegrinistas estaban causando en la izquierda española. Pero a partir de la narración de la derrota de Francia en la primavera de 1940 y de la firma del armisticio, la supervivencia personal y de su familia pasan a ser el tema central de su escritura.

En las primeras páginas dedicadas al exilio, aún tiene ánimo y tiempo de analizar las circunstancias en que se constituyeron el SERE (Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles) y la JARE (Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles) y

[4] Francisco Largo Caballero (1954): *Mis recuerdos: Cartas a un amigo,* prólogo y notas de Enrique de Francisco, México, Alianza.

de valorar las posiciones de las diferentes fracciones del socialismo español ante la debacle. Pero a mediados de junio de 1940, con la firma del armisticio entre Francia y la Alemania de Hitler, el líder obrero, que ya había comenzado su camino errante en enero de 1939, se despojaba de cualquier otro interés. «No soy un Ulises, pero iba también a vivir mi Odisea»[5].

Es necesario analizar una a una sus palabras, como en un comentario de texto literario e histórico, para buscar las causas de esa transformación brutal de la vida de un dirigente que se convierte, trágicamente, solo en un hombre perseguido, un hombre acorralado. El exilio y la guerra mundial despojan a todos y cada una de sus víctimas de la identidad y la voluntad. El líder se convierte en un superviviente. Estaba a punto de conocer la verdadera faz del enemigo contra el que llevaba luchando desde finales de los años veinte: el fascismo.

ANTES DEL ARMISTICIO: ROMPIENDO EL SUEÑO YA QUEBRADO DEL INTERNACIONALISMO

Como tantos otros compatriotas, Largo Caballero salió de España a finales de enero de 1939. Le acompañaba su núcleo familiar más cercano y las familias de los socialistas Aranquistáin, De Francisco, Luis Menéndez y Llopis.

El primer asunto que hubo de enfrentar fue el conocimiento de la verdadera realidad del internacionalismo obrero, que había sido uno de los principales motores ideológicos de su acción política. Largo Caballero había creído sinceramente en los principios de la unidad internacional de la clase obrera, había dedicado numerosos esfuerzos a integrar la Unión General de Trabajadores y el Partido Socialista Obrero Español en todos aquellos escenarios internacionales que trabajaban para construir la unidad proletaria en el mundo. Era el líder español más reconocido, con gran diferencia, en todos los organismos obreros supranacionales.

La Primera Guerra Mundial había destruido, de manera transitoria, la idea del internacionalismo proletario que las organizaciones obreras europeas y norteamericanas habían desarrollado antes del conflicto. Con el fin de la conflagración, la aparición de una revolución soviética triunfante y el primer Gobierno proletario del mundo en Rusia, el internacionalismo obrero hubo de reajustar sus presupuestos.

La conferencia de refundación de la Federación Sindical Internacional (FSI), en febrero de 1919 en Berna, fue origen también de la creación de la Organización Internacional del Trabajo, en el seno de la futura Sociedad de Naciones. Largo Caballero fue elegido representante en ese encuentro, junto con Julián Besteiro, del socialismo sindical y político español. A partir de ese momento, su acción internacional fue uno de los puntales fundamentales de su labor dirigente.

No solo en los organismos supranacionales, sino también en las relaciones bilaterales con sus homólogos sindicales y políticos europeos, desarrolló una acción excepcional que partía de la creencia de que los sindicatos y los partidos socialistas nacionales estaban incapacitados para luchar por separado contra la gran fuerza del capitalismo internacional. Desde la Conferencia de Berna, hasta la Guerra Civil Española, nunca

[5] Obras completas de Francisco Largo Caballero. *Mis recuerdos* p. 4859, tomo 12.

Fig. 1. Francisco Largo Caballero posando junto a su familia. Madrid , 193? Donación de Manuel Montero. Fundación F. Largo Caballero. MG/088/17.

dejó de creer en la necesidad de la unión de las fuerzas obreras ni desaprovechó la posibilidad de desarrollarla en la práctica[6].

El destierro no iba a ser la primera ocasión en que Largo Caballero comprobaría el deficiente funcionamiento práctico de la acción del socialismo internacional: la revolución de 1934 y la Guerra Civil habían supuesto un duro varapalo en la confianza que el líder socialista había depositado en el internacionalismo obrero. El exilio se iba a convertir en una nueva ocasión para la decepción.

Sin embargo, la primera ayuda efectiva y la primera visita que recibió en el exilio procedieron del secretario general de la Federación Sindical Internacional (FSI), Walter Schevenels. En París, la FSI concedió un pequeño subsidio para el dirigente exiliado que, en octubre de ese mismo año, cumplía setenta años. Incapacitado para trabajar, con sus dos hijos encarcelados en prisiones franquistas, a cargo de dos de sus hijas y de su cuñada a las que la carta de identidad francesa de refugiadas impedía trabajar, Caballero no obtuvo ayudas del SERE ni de la JARE, pero contó con una pequeña cantidad para la supervivencia de su familia,

[6] Manuela Aroca Mohedano (2016): «Spain's Union General de Trabajadores in the international context (1888-1936)», *Ventunesimo Secolo*, n.º 38, pp. 9-33; Manuela Aroca Mohedano (2018): «Internacionalistas entre la revolución y el fascismo: la Unión General de Trabajadores en el mundo (1919-1936)», *Hispania*, vol. 78, n.º 259, pp. 323-352.

procedente de la Internacional Sindical. La Internacional política socialista, la IOS, solo aportó una única cantidad de mil francos a lo largo de toda su estancia en el destierro.

La decepción llegaría como consecuencia de la ausencia del apoyo moral y político de sus correligionarios franceses, con los que había desarrollado una trayectoria más cercana. Leon Jouhaux y la Confederación Française du Travail (CGT), el sindicato socialista francés y su secretario general, con el que había mantenido una cercanía especial a lo largo de su trayectoria militante, ni siquiera aparecen en ninguno de sus escritos. El propio Leon Jouhaux estaba a punto de sufrir también las consecuencias del avance del fascismo, siendo detenido en diciembre de 1941, por sus actividades en la Resistencia, y deportado al campo nazi de Buchenwald en abril de 1943. A pesar de todo, durante el año que transcurre desde la llegada de Largo Caballero a Francia hasta el inicio de la tragedia que acarrea la firma del armisticio con los alemanes, el líder español debió de sentir la desolación y la lejanía de sus más cercanos colaboradores sindicales internacionales.

Pero, sin duda, la herida más profunda la recibió de los dirigentes del partido socialista francés, la Section Française de l'Internationale Ouvrière (SFIO), que hacía ostentación, en su propio nombre, de su carácter internacionalista y era el único partido europeo que, a la altura de 1939, se consideraba, por encima de todo, un componente de la Internacional Obrera y Socialista. Aunque desde los primeros momentos se sintió acompañado por los militantes de base y por los dirigentes departamentales, especialmente de Toulouse –la que ya se perfilaba como la capital del exilio español–, la humillación y el desprecio que le infligieron los dirigentes nacionales de los socialistas franceses, capitaneados por Paul Faure, fueron motivo de amarga decepción:

> Un correligionario español tenía que visitar al Secretario del Partido Socialista Paul Faure, y le di una carta de presentación rogándole que le recibiera. Ni le recibió, ni me contestó. Ya no me cabía duda: la campaña de calumnias y mentira había pasado la frontera, y los socialistas franceses estaban al lado de los calumniadores[7].
>
> Esa conducta de los directores del partido Socialista Francés daba lugar a muchas reflexiones bien dolorosas.
>
> ¿Qué concepto tenían esos socialistas de la hospitalidad y de la solidaridad entre correligionarios? ¿Es que era yo un aventurero político? ¿Es que había cometido alguna traición? ¿Es que no me conocían hacía muchos años? Soy el más modesto de todos los miembros de la Internacional Socialista; sin embargo, no podían desdeñar a quien tenía prestados servicios de importancia al socialismo español, a la República española y a las Internacionales Socialista y sindical. En cuanto a conducta, ninguno de ellos podía disputarme el primer puesto en lealtad, cariño y sacrificio por las ideas[8].

[7] Caballero se refiere con este adjetivo a los partidarios de la corriente negrinista y anticaballerista del PSOE.

[8] *Mis recuerdos*, p. 4847.

De los socialistas belgas y de su sindicato hermano, la FGTB[9], apenas podía esperar nada, dada la posición que estos habían desarrollado durante la Guerra Civil Española, en el seno de la internacional sindical, capitaneada por su secretario general, Corneille Mertens. Ferviente partidario de la política de no intervención, que había terminado por ahogar las opciones de la República en la guerra, Mertens se convirtió ahora en el encargado de asestar un nuevo golpe en el ánimo de Largo Caballero. Por su intercesión, otro de los organismos a los que había prestado un interés especial, la OIT, le daba también la espalda. Mertens presionó en el seno del grupo obrero de la OIT para que esta pidiera a Caballero que no acudiera a la reunión trimestral del Consejo de Administración de la OIT, del que era vocal por elección de todos los países representados. El director de la OIT, Jonh G. Winant, envió personalmente un emisario para entrevistarse con Caballero y pedirle que se abstuviera de asistir a la reunión trimestral. Con su gesto esperaban no incomodar a los falangistas del Sindicato Vertical, que iban a asumir la representación obrera del país, evitando así la retirada de España de la organización.

Desde la Conferencia de Washington de 1919, la OIT había sido uno de los objetivos prioritarios de su acción sindical y Caballero había confiado en la potencialidad del organismo para erigirse en un elemento corrector de las políticas laborales de los Gobiernos de todo el mundo. Una vez más, la realidad hacía naufragar sus esperanzas y el líder español renunció a acudir a la reunión.

Este primer período de la vida de Largo Caballero como exiliado está impregnado de la tristeza por el naufragio del internacionalismo, que era uno de los motores de su acción política. El líder internacionalista asiste a la desbandada del obrerismo mundial ante la amenaza del enfrentamiento bélico. Analiza en sus escritos las posibles causas que justifican esta posición de la izquierda europea: el miedo real a la guerra. Pero, por encima de todo, se siente defraudado por la inhumanidad de aquellos que representan a las organizaciones obreras nacionales e internacionales, con quienes ha compartido tantas y tantas sesiones de debate y negociación. En sus escritos, no hay un análisis político profundo. Solo el dolor del abandono. Mertens, Jouhaux, Blum, Paul Faure y tantos y tantos otros caminan ya al otro lado del sueño del internacionalismo.

ADIVINAR EL ROSTRO DEL FASCISMO: VICHY, INTERMEDIARIO DE FRANCO

Largo Caballero conocía la amenaza del fascismo. Había visto la destrucción de las organizaciones obreras en la Austria de Dolfuss, tenía en el recuerdo la diáspora de sus compañeros italianos por el mundo y sabía que los totalitarismos fascistas eran capaces de arrasar, en unos meses, el edificio que los obreros habían levantado en países como Italia, donde las organizaciones obreras aglutinaban a más de dos millones de trabajadores antes de su destrucción por el fascismo. Mucho antes de que los nazis llegaran al poder en Alemania, Largo Caballero ya se había sumado a la preocupación

[9] La FGTB, creada en 1937, sobre la base del movimiento sindical del Partido Obrero Belga, había dado sido una de las centrales sindicales más proclives a apoyar la política de no intervención en la Guerra Civil española y una de las más críticas con las posiciones del caballerismo y del negrinismo español, a los que catalogaba, críticamente, de revolucionarios.

de las internacionales socialistas, sindical y política, por el avance del fascismo, como elemento de destrucción y barbarie contra los trabajadores. En el final de la década de los años veinte y en los primeros años treinta, las denuncias del fascismo y la prioridad en combatirlo por todos los medios eran objetivos que los socialistas españoles, y a su cabeza, Largo Caballero, se habían propuesto como prioritarios.

La revolución de 1934 fue planteada por Largo Caballero en términos «preventivos». Él era un reformista convencido, que había colaborado desde los primeros momentos de su acción política en todos cuantos asuntos fueron requeridos por el partido y el sindicato para desarrollar medidas correctoras de la desigualdad o la injusticia en el mundo del trabajo. Pero las circunstancias internacionales le llevaron a protagonizar la «quimera»[10] de la revolución contra el fascismo.

En ese enfrentamiento «preventivo» con el Gobierno radical-cedista no tuvo, sin embargo, ocasión de observar la verdadera esencia del fascismo. Aunque fue detenido y vio cómo sus organizaciones eran desmanteladas temporalmente y desarticulada la capacidad de intervención de la clase obrera española, entendió esa lucha como un enfrentamiento entre iguales, en el que las fuerzas del capitalismo –ahora defendidas por la infantería del fascismo– se enfrentaban a una poderosa clase obrera, que tenía armas que emplear, tanto en el terreno nacional como en el internacional.

La Guerra Civil Española mostró hasta qué punto se extendía la fuerza del enemigo por el mundo conocido. La República mantuvo, en el ideario de Caballero, la fuerza combativa de sus trabajadores organizados y desafió a las fuerzas del fascismo, en un combate desigual, en el que el internacionalismo vaciló y retrocedió, abandonando a la República española.

Pero lo que sucedió a partir de junio de 1940 sorprendió al veterano combatiente antifascista. En su propia persona iba a sentir la fuerza arrasadora del fascismo, no solo en su calidad de exdirigente y líder de la clase obrera trabajadora, sino como ciudadano europeo, hijo de su tiempo.

Las primeras imágenes de la huida de París, tras la llegada de los alemanes, que describe Caballero en sus memorias, parecen sacadas del clásico de Nemirovsky *Suite francesa*. No hay interpretaciones políticas, sino una descripción del éxodo y la reducción de la existencia a la pura supervivencia. Empiezan para él y su familia los días erráticos por la geografía francesa: de París a Orleans, de Orleans a Tours y de allí a Anguleme, Toulouse y Albí, donde finalmente le espera la familia de Rodolfo Llopis para intentar acoger a los refugiados. A diferencia de lo que había sucedido en la huida de España, ahora Caballero no cuenta ni siquiera con el prestigio de ser un líder obrero reconocido, ni puede interponer la más mínima ayuda de ninguna organización o particular.

Pronto iban a llegar amenazas más graves. En Albí, las autoridades le obligan a abandonar el municipio y allí se da cuenta de que, a través del nuevo Gobierno colaboracionista francés, Franco puede llegar hasta su persona. La enfermedad empieza a hacer acto de presencia en su vida y a sus cada vez más frecuentes achaques se suma el resultado de un accidente en la villa de Trevas, del que resulta una fractura de clavícula y la inmovilización de su brazo derecho.

[10] Usando el término que propone Aróstegui.

En noviembre de 1940, la policía especial se convierte en su inseparable compañera. El calvario de prefectura, cárcel y clínicas vigiladas por los pueblos franceses de Albí, Toulouse, Gueret y Croq le impide reflexionar sobre qué había detrás de todas aquellas retenciones, de las prohibiciones de comunicarse con otras personas, de la falta de libertad de movimientos. Y por fin, en Croq, la aparición del mandato judicial para su detención y la amenaza de extradición.

La connivencia de la Gestapo, el Gobierno de Vichy, la policía italiana y el Gobierno de Franco se ciernen sobre el expresidente del Gobierno de la República de España: el Gobierno español pide la extradición de Largo Caballero y se celebra la pantomima de un juicio, en el que se resolvía también el procedimiento de extradición de la exministra Federica Montseny. Solo la Legación de México en Francia apoya al exministro y expresidente y se encarga de su defensa, tanto económica como jurídicamente.

A pesar de la sentencia que, apoyándose en la falta de base jurídica de la demanda, desestimó la solicitud de extradición, el tándem Vichy-Madrid, con el apoyo de la Gestapo, no permitió la puesta en libertad de Caballero, que continuó su periplo carcelario por la Francia ocupada.

Encarcelado, primero en Limoges y después en Vals, se prepara para un nuevo destierro, esta vez en la localidad de Nyons, donde la supervivencia va ocupando cada vez más espacio en su vida cotidiana, y donde pierde, una vez más, la compañía de una de sus hijas, Isabel, que tiene que emigrar a México con su flamante marido –acababan de casarse–, Luis Menéndez.

Los contactos políticos son cada vez menores, la desorientación cada vez mayor, pero Largo Caballero aún confía en obtener la libertad de movimientos para poder escapar al que se atisba como el dulce exilio mexicano, que desafortunadamente había rechazado en ocasiones pasadas. Ahora solo aspira a recuperar la oportunidad perdida y a ofrecer a su hija Carmen, que se convierte en su mayor apoyo físico y moral, una vida tranquila, lejos de las persecuciones y las detenciones. Las imágenes de Largo Caballero en Nyons son la fotografía del abatimiento y la tristeza. Pero lo peor estaba por llegar, esta vez en las manos del enemigo sin máscara: el régimen nazi.

CARA A CARA CON EL FASCISMO: DE LA DETENCIÓN DE LA GESTAPO A LOS CAMPOS NAZIS

Casi diez mil españoles terminaron en campos de concentración nazis. El trabajo de Benito Bermejo para recuperar, uno a uno, todos sus nombres y la exhaustividad de su labor nos introducen de lleno en el mundo del horror nazi y sus repercusiones en la comunidad de refugiados y exiliados españoles[11]. Francisco Largo Caballero fue uno de esos diez mil españoles que cayeron en las garras del fascismo.

El 19 de febrero de 1943, fue detenido por el jefe de la Policía italiana de Nyons y dos agentes de la Gestapo. Su temor y el de su familia era la deportación a España, que se traduciría en un fusilamiento inmediato, como había sucedido con Companys, Zugazagoitia y Cruz Salido, entre otros. Rápidamente, Caballero hizo algunas

[11] Benito Bermejo (2006): *Libro memorial: españoles deportados a los campos nazis (1940-1945)*, Madrid, Ministerio de Cultura, Subdirección General de Publicaciones, Información y Documentación.

reflexiones sobre por qué su camino se dirigirá a Alemania y no a España y llega a la conclusión de que su llegada a España hubiera sido un «mal negocio político para Franco». A pesar de que los falangistas presionaban para su detención, si esta se hubiera producido, al dictador no le hubiera quedado más remedio que ejecutar una sentencia de muerte contra el expresidente. Y esa acción podía desencadenar una serie de protestas internacionales que a Franco no le interesaba afrontar en ese momento. Recluido en un campo de concentración nazi, el ya veterano enemigo era menos peligroso de lo que hubiera sido en España. Permitía, por otra parte, reforzar los lazos de colaboración y apoyo entre los dos regímenes amigos.

La Gestapo mantuvo retenido a Largo Caballero en Lyon y Neuilly durante más de seis meses. Y parece demostrado por los escritos de Caballero que en ningún momento temió el destino que realmente le esperaba. Todas sus gestiones y las de su familia estaban destinadas a saber de su paradero. Y las de la Gestapo, a conocer hasta qué punto el exlíder español se encontraba en condiciones de reactivar una oposición al régimen de Franco en el destierro.

Solo cuando el 8 de julio de 1943 preparan al prisionero para el siguiente viaje y, ante sus demandas, le informan de que su nuevo destino es Berlín, se encienden todas las alarmas.

De su experiencia con la Gestapo, los interrogatorios, la construcción de expedientes falsos, el trato a un prisionero septuagenario, considerado un peligro para Francia y Alemania, da cuenta Largo Caballero en sus memorias, mucho menos sorprendido de lo que vendría después: el horror de conocer el interior de los campos.

El campo de concentración de Sachsenhausen, en Oranienburg, a treinta kilómetros de Berlín, no era un campo de exterminio. Anteriormente, había habido en esa misma ciudad un campo de concentración con el mismo nombre de la localidad en que se asentaba, Oranienburg. Creado en 1933, bajo el dominio de las SA, el recinto había sido destinado, por su cercanía a la capital alemana, para encerrar a los opositores políticos en una antigua fábrica de cerveza, principalmente comunistas y socialdemócratas destacados.

Tras la «Noche de los cuchillos largos» y la desactivación del inmenso poder de las SA, a comienzos de julio de 1934, el campo fue transferido a la administración de las SS y, poco a poco, entró en declive hasta su desaparición en 1935.

Fue en julio de 1938 cuando las autoridades nazis decidieron la creación del campo de Sachsenhausen, transfiriendo población reclusa del campo de Esterwegen. La finalidad era sustituir al antiguo campo de Oranienburg en la reclusión de presos políticos. Sin embargo, tras la «Noche de los cristales rotos», el 9 de noviembre de 1938, llegaron al campo unos 1.800 judíos y el campo dejó de ser exclusivamente el proyectado lugar de concentración de enemigos políticos, para albergar otros colectivos perseguidos por los nazis (judíos, gitanos, homosexuales...).

Fig. 2. Brazalete de Largo Caballero con el número de preso del campo de Sachsenhausen. Fundación F. Largo Caballero.

En septiembre de 1939, coincidiendo con la invasión alemana de Polonia y el comienzo de la guerra, unos cinco mil opositores políticos fueron neutralizados

al ser recluidos en el campo de Sachsenhausen. Muestra del interés en concentrar allí a importantes representantes de la izquierda europea es también la reclusión de un exministro belga y otro holandés, este último presidente del Partido Católico a los que Caballero cita en su relato sobre el campo.

A pesar de no constituir un campo de exterminio, sino de concentración, en 1940, se agregó el crematorio para deshacerse de los muertos que eran ejecutados en el campo. Y el 31 de enero de 1942, las SS ordenaron a los presos construir la «Estación Z», constituida por una sala de fusilamientos, con un paredón, una horca y un crematorio con cuatro hornos y un edificio para apilar los cadáveres. En 1943 se construyó dentro del edificio una pequeña cámara de gas, con aspecto de aseo o ducha. La introdujo el comandante del campo, Anton Kaindl. En las declaraciones del juicio al que fue sometido Kaindl por parte del Tribunal Militar Soviético que se encargó de juzgar los crímenes en Sachsenhausen, lo reconocía así:

> —Kaindl: Hasta mediados de 1943, los prisioneros fueron asesinados por disparos o colgados. Para los exterminios en masa, utilizamos una sala especial en la enfermería. Había un medidor de altura y una mesa con un visor. También había algunos médicos de las SS. Había un agujero en la parte posterior del medidor de altura. Mientras un SS medía la altura de un prisionero, otro colocaba su arma en el agujero y lo mataba disparándole en el cuello. Detrás del indicador de altura había otra sala donde tocábamos música para cubrir el ruido de los disparos.
>
> —Fiscalía: ¿Sabe si ya existía un procedimiento de exterminio en Sachsenhausen cuando se convirtió en comandante del campamento?
>
> —Kaindl: Sí, hubo varios procedimientos. Además de la sala especial en la enfermería, también había un lugar de ejecución donde los prisioneros fueron asesinados por disparos, una horca móvil y una horca mecánica que se usaba para colgar tres o cuatro prisioneros al mismo tiempo.
>
> —Fiscalía: ¿Cambió algo en estos procedimientos de exterminio?
>
> —Kaindl: En marzo de 1943, introduje cámaras de gas para los exterminios en masa.
>
> —Fiscalía: ¿Fue su propia decisión?
>
> —Kaindl: Parcialmente sí. Debido a que las instalaciones existentes eran demasiado pequeñas y no suficientes para el exterminio, decidí reunirme con algunos oficiales de las SS, incluido el Jefe de las SS, el Dr. Baumkotter. Durante esta reunión, me dijo que el envenenamiento de prisioneros con ácido prúsico en cámaras especiales causaría una muerte inmediata. Después de esta reunión, decidí instalar cámaras de gas en el campamento para el exterminio en masa porque era una forma más eficiente y más humana de exterminar a los prisioneros.
>
> —Fiscalía: ¿Quién fue el responsable del exterminio?
>
> —Kaindl: El comandante del campamento.
>
> —Fiscalía: Entonces, ¿fue usted?
>
> —Kaindl: Sí.
>
> —Fiscal: ¿Cuántos prisioneros fueron exterminados en Sachsenhausen mientras usted era comandante del campamento?
>
> —Kaindl: Más de 42.000 prisioneros fueron exterminados bajo mi mando, este número incluye 18.000 muertos en el propio campamento.

En 1942 llegó al campo de Sachsenhausen Yakov Iosifovich Dzhugasvili, hijo mayor de Stalin. Aunque los estudios no han podido aún aclarar si los nazis conocían ya la identidad de su rehén, parece probable que fuera así y que Sachsenhausen continuara siendo, en los planes de los nazis, un lugar para mantener bajo control reclusos que habían tenido protagonismo político o aún podían servir para fines políticos.

En el primer caso estaría Francisco Largo Caballero, cuya influencia política se encontraba en ese momento totalmente desactivada, pero podía constituir un buen elemento de negociación y cambio; en el segundo supuesto, se encontraba el hijo de Stalin. En este último caso, los alemanes intentaron un canje con los soviéticos –algunos autores hablan de la propuesta de intercambio con el general Von Paulus–. Pero Stalin despreciaba a su hijo mayor, con quien apenas había compartido algunos momentos de vida, y ni siquiera consideró esta posibilidad.

Cuando Largo Caballero fue conducido a Oranienburg, en el verano de 1943, las funciones del campo habían evolucionado. En sus memorias da muestras de un buen conocimiento del campo, aunque reconoce que la mayor parte del tiempo la pasó recluido en el «Hospital», que constituía un pequeño apartado dentro del campo para enfermos de todo tipo.

En las primeras páginas que Caballero destina a la descripción del campo habla de «la miseria moral, la brutalidad, el egoísmo, la inhumanidad, el salvajismo, la insensibilidad, la deslealtad, la delación y la traición». Las categorías políticas han sucumbido ante la abyección humana. El relato de la deshumanización y el desprecio por la vida llenan todas las páginas dedicadas a su estancia en Sachsenhausen. No hay análisis políticos, no reflexiona sobre la concreción de la amenaza que había visto planear sobre la clase trabajadora en forma de fascismo: solo el relato desolado de un lugar creado para la destrucción y la barbarie:

> Más del noventa por ciento de los hombres que entraban en el Campo, de cualquier profesión, edad o condición que fuesen, a las pocas semanas perdían toda noción de la personalidad humana. Se transformaban en algo salvaje, bestial; para ellos no había amigos ni compañeros; perdían el sentimiento de la dignidad; eran insensibles a todo el dolor ajeno; su inteligencia se oscurecía; no pensaban más que en el pan, la sopa, la margarina, las patatas, el paquete siempre esperado. Las personas no eran nada; las cosas lo eran todo.

Los muros del campo, las torres de vigilancia y la «zona de la muerte» –el espacio infranqueable en la cercanía de la alambrada– son descritos por Caballero como el límite de este espacio de la irrealidad.

Impresionado por las muertes que se producían por el intento de traspasar la alambrada y por la utilización de esta «zona de la muerte» por los reclusos que optaban por suicidarse, el dirigente español no consigna, seguramente por desconocimiento, que fue en ese espacio donde había muerto ametrallado, unos meses antes, en abril de 1943, el hijo mayor de Stalin. Las versiones sobre la muerte de Yakov Dzhugasvili en la alambrada del campo ratifican la impresión de Largo Caballero, quedando la duda

de si el fallecimiento se debió a su propósito de suicidio o simplemente al intento de escapar del campo[12].

De las impresiones de Caballero sobre otras cuestiones, como el funcionamiento del que él denominaba «Hospital» es posible extraer la conclusión de que tampoco conoció las actividades que se desarrollaban en la enfermería de Sachsenhausen, el lugar en el que pasó la totalidad de su estancia.

Aunque describe la división en barracas de cirugía y de enfermedades generales y todos los procedimientos rutinarios que se aplicaban a los reclusos, como tomarles el pulso y la temperatura, realizarles análisis de orina, sangre, esputos, etc., Caballero no llegó a conocer que en el quirófano de Sachsenhausen se celebraron decenas de experimentos científicos con prisioneros, para cubrir los programas de investigación que, en la mayoría de las ocasiones, financiaban los propios institutos privados de investigación alemanes.

Los doctores Ehrsam, Jung, Schmitz I, el Ortsmann, el Schmitz II y muchos otros experimentaron sobre aspectos como los límites de la resistencia humana ante la congelación, inoculación de bacterias y virus sobre los órganos humanos, para comprobar su efectividad, amputaron miembros sin necesidad, practicaron medidas eugenésicas y probaron munición sobre los prisioneros.

Los médicos de Sachsenhausen fueron pioneros en utilizar la medicina, contra todo juramento hipocrático, para reforzar el poder científico de la Alemania nazi y para el «plan superior» de mejorar la raza[13]. Pero el expresidente del Gobierno español solo advirtió la inhumanidad del trato de los carceleros con los enfermos. La perversión y la atrocidad detrás de los muros del quirófano y la morgue no fueron conocidas por el dirigente español.

Otra de las características distintivas del campo en Oranienburg era la pista de pruebas para calzado militar. Rodeando a la enorme plaza de la entrada, como relata Largo Caballero, había una pista de piedra, construida con diversos materiales, sobre la que, ante la escasez del cuero, se probaban los nuevos materiales que los fabricantes de calzado estaban empleando en la elaboración de botas militares. Los dirigentes del campo aglutinaban a los encargados de «probar las botas» en el llamado Batallón de patinadores.

Largo Caballero, ajeno al motivo económico y militar que movía a esta práctica, computa en sus memorias que constituía un castigo estéril para los prisioneros cargar con una mochila de piedras de diez a veinte kilos y «dar vueltas a la plaza durante todo el día. En total, unos cuarenta kilómetros diarios. Esfuerzo, además, absolutamente inútil».

Pero la inutilidad no era tal, porque durante años fueron los fabricantes de calzado y, más tarde, las Werhmacht, con la supervisión del Ministerio de Economía alemán,

[12] Brenda Haugen (2006): *Joseph Stalin: Dictator of the Soviet Union*, North Mankato, Compass Point Books, p. 11.

[13] En 2005 se inauguró, en el antiguo terreno de la Enfermería de Sachsenhausen, donde vivió Largo Caballero, la exposición «Medicina y crimen», comisariada por la historiadora Astrid Ley. Ernest Klee ha desarrollado también una investigación interesante sobre esta temática en su libro *La Médicine nazie et ses victimes, Actes Sud*, 1999. Y, más recientemente, Manuel Moros, *Los médicos de Hitler. El episodio más siniestro de la historia de la medicina: La complicidad de los médicos del Tercer Reich en los crímenes nazis*, Nowtilus, 2014.

los que buscaron materiales para sustituir al cuero, resistentes y apropiados para el Ejército alemán, aunque para implementar esas pruebas muchos de los reclusos murieran por el esfuerzo.

La organización de los jefes del campo y de barraca escogidos entre los criminales comunes, los habituales robos de los paquetes que llegaban al campo y los trabajos que realizaban los presos son objeto de atención por parte del líder español:

> Carpinteros, pintores, albañiles, bomberos, enfermeros, ayudantes de autopsias, conductores de cadáveres, enterradores, laboratoristas, bañeros, ¡hasta tres verdugos! Todos eran presos. Incluso las mujeres del burdel.

Sin embargo, Largo Caballero no escribe en sus memorias sobre otra de las grandes operaciones económicas que se desarrolló en el campo en el que se hallaba recluido: la operación Bernhard o Kruger.

Ideada por el mayor de las SS Bernhard Kruger, consistió en el diseño de un plan de falsificación masiva de dólares y libras esterlinas, con el doble objetivo de financiar las actividades de la Gestapo y de las SS en los países ocupados, y producir una inflación masiva en la economía aliada hasta conseguir su colapso. Los alemanes reclutaron unos 140 judíos especialistas en dibujo, imprenta, calígrafos, condenados por falsificar documentos… Recluidos en un barracón especial y con consideración de presos especialmente útiles, llegaron a producir billetes por valor de 135 millones de libras esterlinas, de una calidad tan cercana al original que apenas podían ser distinguidos por los expertos. La película *Los falsificadores* (2007) narra el desarrollo de la operación Kruger, que, como es lógico, pasó totalmente desapercibida al dirigente español.

No pasó desapercibida, sin embargo, la presencia española entre los muros del campo. Caballero consigna que al recinto llegaron unos 5.000 españoles, de los cuales no quedaban más que 500 cuando él fue internado. Aunque la cifra parece exagerada, él mismo habla de los «transportes», es decir, del traslado de presos a otros campos, algunos de los cuales cataloga como campos de la muerte.

La amenaza de la muerte es permanente en la narración de Largo Caballero: «Nos acostábamos con la preocupación de que pudiéramos amanecer en otro campo, o de ser liquidados».

Conocía también el uso que le daban a la cámara de gas, donde los presos recién llegados creían que iban a ser desinfectados, y su envío al crematorio. La ejecución de los asesinatos la llevaba a cabo un comando compuesto por veinticinco hombres. Caballero se lamentaba de que «era un oficio como otro cualquiera y las víctimas no eran objeto de preocupación». Otra vez más, la deshumanización era el caballo de batalla en sus escritos.

A medida que los ejércitos polaco y ruso se acercaban al campo, los traslados hacia otros campos de exterminio y los asesinatos se incrementaron en Oranienburg. Los primeros en salir fueron los reclusos que estaban en el hospital. El terror aparece, entonces, en el análisis del dirigente socialista, que, sin embargo, no conocía las órdenes de destrucción del campo que había recibido su comandante.

En el juicio al que fue sometido posteriormente, Kaindl narraba así los hechos:

Kaindl: El 1 de febrero de 1945, tuve una conversación con el jefe de la Gestapo, Muller. Me ordenó que destruyera el campamento con artillería, bombardeo aéreo o rociando gas. Pero debido a problemas técnicos, esta orden proveniente directamente de Himmler era imposible de cumplir.

—Fiscalía: Si no hubiera habido ningún problema técnico, ¿habría llevado a cabo esta orden?

—Kaindl: Por supuesto. Pero era imposible. El fuego de artillería o el bombardeo aéreo no se hubieran podido ocultar a la población local. Y rociar gas era demasiado peligroso para la población local y las SS.

—Fiscalía: ¿Qué hizo, entonces?

—Kaindl: Tuve una reunión con Hohn y algunos otros SS. Ordenamos exterminar a todos los presos enfermos, a los que no podían trabajar y, lo más importante, a todos los presos políticos.

—Fiscalía: ¿Se cumplió esta orden?

—Kaindl: Sí, parcialmente. Durante la noche del 2 de febrero, los primeros prisioneros fueron asesinados. Aproximadamente, 150 prisioneros. Hasta finales de marzo de 1945, logramos matar a más de 5.000 prisioneros.

—Fiscalía: ¿Quién estuvo a cargo de esta operación?

—Kaindl: El acusado Hohn estuvo a cargo de esta operación.

—Fiscalía: ¿Cuántos prisioneros estaban en el campamento en este momento?

—Kaindl: Aproximadamente 45.000. El 18 de abril me ordenaron embarcar a todos los prisioneros en barcazas y conducir la barcaza en el mar Báltico donde tenía que hundirla. Pero no tuvimos tiempo suficiente para encontrar barcazas para tantos prisioneros porque el Ejército Rojo avanzaba demasiado rápido[14].

Con evidentes riesgos que había ido sorteando hasta ese momento, el 21 de abril de 1945, Caballero recibió la noticia de que el campo había comenzado a ser evacuado y la oferta de ser acompañado por el personal que atendía la enfermería. Pero cuando inició la marcha, en lugar de lo prometido, encontró que el dolor volvía a su pie enfermo, impidiéndole caminar. La consecuencia consistió en el maltrato de un soldado de las SS, que le pateó y le echó del grupo a culatazos, derribándole como a un estorbo. A duras penas pudo regresar al campo, donde decidió esperar la llegada de los ejércitos aliados.

Mientras, los prisioneros habían sido evacuados primero en dirección a Wittstock, luego a Lubeck, con intención de ser hundidos en el mar, sin ninguna atención ni

[14] Un extracto del testimonio de Anton Kaindl puede ser consultado en estas y otras páginas web dedicadas al Holocausto: http://www.elholocausto.net/parte03/cam43.htm; https://www.scrapbookpages.com/Sachsenhausen/Trials.html; https://www.jewishgen.org/forgottencamps/camps/sachsenhauseneng.html. El documento completo puede consultarse en «Kaindl interrogations», KGB Collection y «Kaindl interrogation», en *Todeslager Sachsenhausen: Ein Dokimentarbericht vomm Sachsenhause-Prozess* (Berlin: SWA-Verlag, 1948).

El procedimiento contra el excomandante de Sachsenhausen y a otros quince miembros del campo de concentración corrió a cargo del Tribunal Militar de la Unión Soviética, en la sede del Ayuntamiento de Berlín-Pankow. Comenzó el 23 de octubre de 1947 y fue conocido como «el juicio de Berlín». Los soviéticos permitieron la entrada libre al juicio de prensa y público. Por este motivo, existen numerosas imágenes sobre este proceso. Anton Kaindl y doce de los acusados en este juicio fueron condenados a cadena perpetua, entre ellos Paul Sakowski, exrecluso del campo, capataz del crematorio y operador de la cámara de gas.

comida para afrontar el viaje. Los 7.000 prisioneros que acompañaron a las SS fallecieron en su práctica totalidad de inanición.

En el campo quedaban aproximadamente 3.000 reclusos y la más absoluta desolación. Los centinelas habían huido y los documentos que probaban las atrocidades del campo habían sido destruidos, relata Caballero.

Los rusos llegaron primero, con la 47.ª División del Ejército soviético, el día 22 de abril. Finalmente lo hicieron los polacos, con la 2.ª División de infantería polaca de Ludowe Wojsko Polskie. Caballero entabló una fluida relación con estos últimos. Se tomaron fotografías juntos para dejar constancia del momento de la liberación, en medio del campo arrasado y de la reactivación de la esperanza. El líder español era conocido por los soldados y el general en jefe dio la orden de su salida del campo inmediata hacia Waudlitz, donde le alojaron en una casa, con algunas pocas comodidades y un soldado que hablaba español, aprendido en su estancia en las Brigadas Internacionales.

Largo Caballero quería volver rápidamente a Francia, para reunirse con su hija Carmen, que había sido su apoyo durante la odisea del exilio anterior al campo de Sachsenhausen. Pero por motivos desconocidos, pasaron varios meses antes de que el expresidente español pudiera regresar a Francia. Meses custodiado por los ejércitos ruso y polaco, en los que constata el trato humano que le concedieron y también las inquietudes que le producían las noticias de que Laval se había refugiado en España. Esta circunstancia abría la posibilidad de que Franco solicitara un intercambio entre los dos expresidentes, francés y español, Laval y Largo Caballero.

LA EFÍMERA VUELTA A PARÍS, EPÍLOGO POLÍTICO Y MUERTE

Francisco Largo Caballero llegó a París, el 15 de septiembre de 1945, para reunirse con su hija Carmen. Se preparaba para afrontar sus últimos meses de vida, con la ilusión renacida de volver a emprender el proyecto de la reconstrucción de sus organizaciones, aquellas que podían evitar nuevas tragedias como la que él había vivido en primera persona.

Pero la experiencia de Sachsenhausen constituía un punto de no retorno en su existencia. Había conocido al hombre despojado de la humanidad. Todas las facultades superiores –la voluntad, la razón, la ideología, la solidaridad, la esencia social del hombre– erradicadas en la brutalidad de la supervivencia. En las páginas que escribió en sus memorias, una vez retornado a París, hacía una reflexión en la que consideraba al nacionalsocialismo un instrumento del capitalismo para su inmoral aspiración a destruir al enemigo a través de cualquier método.

La positiva valoración de sus libertadores, los soviéticos, a los que consideraba ejecutores de importantes avances sociales, y el somero análisis de los factores que habían llegado al apoyo final del capitalismo mundial a los ejércitos aliados, le llevan a pronosticar nuevas rupturas de posguerra, vaticinando la Guerra Fría.

La ilusión volvió a su vida «pensando en España»[15]. El análisis de la situación española le proporcionó momentos de intensa actividad política, en la que PSOE y UGT

[15] Título del último capítulo de sus memorias.

volvían a ser su primer objetivo. Reconstruir las organizaciones socialistas para que, en su calidad de formaciones más importantes de la izquierda española, pudieran canalizar las oportunidades que se presentaban en la posguerra mundial para la República española. Coincidente con su correligionario socialista Indalecio Prieto, en el proyecto de «transición y plebiscito», los últimos días de su existencia, en el exilio, fueron para Largo Caballero una vorágine de entrevistas, proyectos, escritos… Pero en el campo de Oranienburg, a treinta y cinco kilómetros de Berlín, había quedado maltrecha su salud, deteriorada ya por la edad y los sinsabores.

Fig. 3. Francisco Largo Caballero con su hija Carmen y Arsenio Jimeno, tras su liberación, París, 1945. París. Donación de Arsenio Jimeno. Fundación F. Largo Caballero. MG/011/11/4.

El 23 de marzo de 1946 moría en París el más destacado representante de una visión dominante en el socialismo español durante el primer tercio del siglo XX. Los últimos meses, dedicados a luchar contra la enfermedad renal que le aquejaba, no le impidieron seguir «pensando en España». O lo que, en su visión política, era lo mismo: el maltrecho socialismo español.

Los años del exilio habían culminado en el contacto con la deshumanización del ser humano y la barbarie. Pero en los últimos momentos de vida, la vuelta a los proyectos y a la reflexión, aun sin poder sortear la decepción, le permitieron volver a creer en una solución para España, para la masa de exiliados dispersa por el mundo, y para la clase obrera española.

A pesar de su experiencia en el campo nazi y de la odisea errante que protagonizó antes de recalar entre los muros de Sachsenhausen, Caballero catalogaba a los trabajadores que habían permanecido en España como «los que más han sufrido». Su propio sufrimiento era minimizado como consecuencia de su origen:

> Ese trato monstruoso me lo infligía el enemigo. Lo cual, aunque me dolía, no me producía sorpresa. Y en vez de enervarme, fortalecía mi voluntad para sobrevivir y vencer, como ha sucedido […]. Hitler, Laval y sus sicarios me encontraron bien entrenado moral y físicamente para soportar toda clase de injusticias. El trato del fascismo me resulta más llevadero por el recibido por mis correligionarios».

Los últimos momentos de su existencia, olvidando su propia tragedia personal, se aplicó al intento de restañar las heridas del final de la guerra y del exilio. Era necesario ofrecer a la clase obrera española la propuesta de una esperanza.

EL MUY LEAL Y DISCRETO DOMINGO MALAGÓN

Javier Ruiz Rico
Fundación Domingo Malagón

Fig. 1. Carné de estudiante de la Escuela Superior de Pintura, curso 1934-1935. Colección particular.

En su domicilio de la madrileña localidad de Parla, Domingo Malagón atendía a sus conocidos y amigos en un pequeño estudio de cuyas paredes colgaban originales o reproducciones de retratos realizados a diferentes miembros de su familia –entre todos destacaba, por su gran tamaño, el de su hijo Eduardo– y algún pequeño paisaje al óleo y en donde había una mesita de trabajo sobre la que mostraba frasco de tinta, plumillas e infinidad de instrumentos relacionados con la pintura. En su día, esos mismos, u otros similares, le sirvieron para elaborar las falsificaciones de documentos oficiales franquistas que permitieron el paso al interior del país, o moverse por la Europa de la guerra y la posguerra mundial y de la etapa conocida como Guerra Fría, no solo a militantes y dirigentes comunistas, pero sí fundamentalmente a ellos. Junto a la mesa se encontraban las estanterías donde estaban colocados los libros franceses y españoles sobre pintura clásica y contemporánea y los cuadernos sobre técnicas y estilos, con reproducciones de los grandes maestros gracias a las cuales se había autoformado durante su largo exilio en Francia.

El recorrido vital del Domingo Malagón de la República, lo que antecedió a su salida de España tras la guerra, gira alrededor de su experiencia en dos instituciones de diferente índole: el Asilo de la Paloma para huérfanos pobres, en la madrileña Dehesa de la Villa, y la Escuela de Pintura de la Academia de Bellas Artes de San Fernando. Ambas marcaron su personalidad durante aquel período, aunque será la segunda la que le permitió trabajar esas habilidades que tan fundamentales serían para su supervivencia lejos de su país durante casi cuarenta años.

La existencia de una exhaustiva biografía, en la que el propio Domingo trabajó con sus redactores definitivos (Mariano Asenjo y Victoria Ramos, 1999), favorece nuestro conocimiento sobre su figura y nos proporciona la cronología clave para la comprensión del proceso vital del exiliado que fue, sus opiniones y reflexiones posteriores en cuanto a los acontecimientos narrados en ella, así como los perfiles de aquellas personas que se cruzaron en su vida y que le describen como persona, como militante y como luchador antifranquista. Esperamos que su edición francesa, que verá la luz presumiblemente al calor del 80.º aniversario del final de la guerra y el inicio del exilio

EXPEDIENTE
Fundación Domingo Malagón
Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real

político español, reafirme esos valores democráticos por los que trabajó y contribuya al mantenimiento de la memoria sobre la derrota fascista en Europa.

Malagón se mantuvo activo hasta casi el final de su vida. Continuó con el proyecto de existencia que desarrolló cuando se encontró fuera del espacio familiar, social y cultural de su Madrid natal: la realización de retratos rápidos y a color basados en fotografías de particulares. Evidentemente, en la última etapa de su vida ya no lo hacía por dinero para poder ganarse la vida fuera del campo de refugiados españoles de Saint-Cyprien. Ahora los regalaba a compañeros, familiares, vecinos y amigos. Cientos haría en aquel tallercito familiar hasta que su vitalidad mermara definitivamente consumida por la edad. Pero vayamos por partes en esta fundamental cuestión de la supervivencia.

Fue a la señorita Emilia Docet a quien Domingo hizo varios dibujos a partir de fotos suyas, de los que se conservan dos en el archivo particular de su familia. Corría el año 1933 y una de las prácticas del primer curso en la Escuela de Pintura era precisamente copiar y colorear de un modelo. Y así, ante las fotos que de Emilia Docet aparecieron ese año en las revistas *Stampa*, *Ahora* o en el diario *La Vanguardia*, Domingo practicaba, en un registro que se revelaría indispensable para su futuro, copiando las lánguidas poses de la recién elegida Miss España, una joven viguesa de 18 años de edad. Sus dotes para el dibujo caligráfico, la copia del natural y el manejo del color le irían forjando en técnicas que le serán imprescindibles para sus falsificaciones posteriores. Su mentor y aval fue José Urea Gallardo, el maestro titular de pintura en el Asilo de la Paloma, quien le instruyó para aprobar los exámenes de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando ese mismo año, un hombre observador y cualificado que le introdujo en el dibujo artístico, la rotulación y la escritura artística, así como en los diversos estilos para reproducir las imágenes.

Al terminar las operaciones de Cataluña, tras la derrota republicana en el Ebro, Domingo Malagón cruzó la frontera por el Pirineo ampurdanés con sus compañeros de la 16 División, rota y mermada por el avance franquista. Era el 13 de febrero de 1939. Quedaba más de un mes para el final oficial de la guerra, pero ya se estaba organizando en Le Barcarès un nuevo campo de refugiados españoles (desbordados los de Argelès-sur-Mer y Saint-Cyprien), al que fue conducido nada más pisar tierra francesa. Al comienzo de la guerra, tras el fracasado golpe militar de los generales sediciosos, numerosos alumnos de La Paloma se alistaron en la 8.ª Compañía Acero del Quinto Regimiento, cuyo cuartel estaba en el cercano colegio de los Salesianos de Cuatro Caminos, incautado al efecto por las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) del Partido Comunista de España (PCE), una vez huidos del recinto los religiosos que lo administraban. La 8.ª Compañía, integrada en aquel momento por combatientes jóvenes, participó como grupo de las fuerzas de choque en la defensa de Madrid y en la detención del avance, por el norte, de las tropas de Mola en el puerto del León, Guadarrama (Madrid) y Peguerinos (Ávila). Entre esos jóvenes se encontraba Domingo Malagón.

Comenzó para Domingo el exilio, un corte biográfico brutal para quien lo padece. En Le Barcarès le colocaron en uno de los grupos de 25 barracones de madera en que se estructuraba el campo, sobre la misma arena de la playa, el identificado con la letra E, lugar donde debió asumir su condición de refugiado y comenzar a actuar en consecuencia. Su familia estaba en España; solo tenía a los compañeros de armas y a los camaradas del PCE, partido al que estaba afiliado desde noviembre de 1936. Todo,

absolutamente todo contrapeso emocional lo teje a partir del sentimiento de desorientación e inseguridad que producía una situación, la que supone ser exiliado político forzado, asimilada en ese primer momento como inexorable y sin capacidad para evitarla; fue por ello vital su agrupamiento en lo que reconoce como suyo (el Partido, el dibujo, *lo español*…) y apuntalar así la ansiada entereza ante el evidente desarraigo. Parece como que no se fuera nadie en el país de acogida, pero era necesario sobrevivir.

Domingo recuerda cómo todos los partidos políticos, sindicatos y organizaciones diversas republicanas españolas se organizaron y actuaron en el campo de Le Barcarès. Jaime Nieto, también refugiado y uno de los enlaces del PCE para con sus militantes internados en los diversos campos, lo confirma en un documento fechado y firmado en 1945[1]:

> Yo conocí a este camarada a últimos del 39 en el campo de Barcarès donde él trabajaba como S. de Agrit-Prop en un islote (creo que se trataba del islote E). En Barcarès trabajó bien sin destacarse particularmente. Dedicaba la mayor parte del tiempo a dibujar retratos y también en los periódicos murales.

Cuando Jaime Nieto conoció a Malagón en Le Barcarès, posiblemente en alguna de sus tomas de contacto con la militancia retenida en los campos, este llevaba más de nueve meses interno. En el campo existía ya una mínima infraestructura partidaria aglutinadora que le permitía, si nos hacemos eco de sus palabras, realizar trabajos de información para los periódicos murales y conseguir, además, un mínimo material para poder dibujar. Destaca un rasgo de su carácter personal que le ha marcado siempre: la discreción con la que trabajaba y se relacionaba con el resto. Durante aquellos meses, el ambiente en el campo se tensó, ya que fue puesto bajo una estricta autoridad militar. La guerra europea dio comienzo en el mes de septiembre y el campo sirvió para la instrucción de soldados voluntarios.

Estos contactos servían para mantener la ligazón con la organización de comunistas españoles que ya existía en Perpiñán, la ciudad más cercana a las grandes concentraciones de refugiados internados en campos, dependiente de la de Toulouse, que dirigía Carmen de Pedro. Cabe señalar, además, que el Acuerdo de No Agresión firmado entre Berlín y Moscú no beneficiaba en absoluto la relación de convivencia de los comunistas con los afiliados o simpatizantes de las demás fuerzas políticas.

Unos meses más tarde, en la primavera de 1940, todo el islote E de Le Barcarès fue trasladado al campo de Saint-Cyprien, en el que Domingo pasó poco tiempo ya que irrumpió en su vida el primer nombre propio que dará un giro radical a su existencia: José Martínez, otro refugiado que había salido de España con su mujer y con su madre, ambas a su vez recluidas en un campo de mujeres. Así lo rememora en su biografía:

> Fue en esas circunstancias cuando conocí a un teniente de intendencia que provenía de la 24 Brigada, un pícaro a más no poder. Este vivales genuino era, a la sazón, responsable, en Saint Cyprien, de una de las compañías de trabajo que tenía su obra en Perpignan, hasta donde se desplazaba a diario.

[1] Archivo Histórico del Partido Comunista de España (AHPCE), Jacq 68. Informes de camaradas.

Evidentemente, son estas compañías de trabajo a las que recurren los refugiados españoles a la hora de ir solventando su situación personal, y también doméstica, en el caso de haber podido pasar la frontera con la familia, o parte de ella, dado que participar en las compañías les garantizaba conseguir documentación francesa como trabajadores. No era la única opción. En una Europa en guerra, muchos varones optaron por su incorporación a los batallones de voluntarios extranjeros, eufemismo que permitió la incorporación de españoles al Ejército francés que, con el tiempo, resultarían fundamentales en la liberación de Francia de la ocupación nazi. La incorporación en la Legión Extranjera, otra posible salida para ellos, no tuvo demasiado éxito entre los exiliados republicanos, a pesar de sus ventajas económicas y la posibilidad de obtener la nacionalidad francesa. De una o de otra forma, en el marco de guerra anterior a la firma del armisticio y de la ocupación alemana, para las autoridades francesas los españoles no tenían más elección que servir a la economía del país de acogida, ya que, si no, se situaban ante la repatriación forzada y la consiguiente represión en la España franquista.

Pero había una última opción, la de formalizar con patronos contratos individuales para desarrollar labores agrícolas e industriales, de carácter temporal o supliendo la escasez de trabajadores autóctonos que pudiera haber en determinados sectores de producción. Esta última posibilidad es por la que van a inclinarse Martínez y Malagón.

Domingo Malagón había continuado en Saint-Cyprien con su actividad de retratar a compañeros. Martínez le emplazó a huir del campo y constituir una «asociación comercial» tácita mediante la cual realizarían retratos a personas particulares a partir de fotografías con el fin de lograr un mínimo peculio que les permitiera vivir en Perpiñán y poder reclamar a su familia.

Los socios se fugaron del campo, para no volver más, en un camión que trasladaba a los trabajadores internados en él hasta el correspondiente lugar de ocupación, camuflados como ellos, engaño que a Martínez no costó demasiado organizar, pero que necesitó de la complicidad de un apoyo exterior, la de Muç Miquel (Miguel Mucio). Domingo, que contaba entonces con 24 años de edad, describe ampliamente esta aventura en las memorias ya reseñadas.

A Muç Miquel le conoció el mismo día de su adiós a Saint-Cyprien en la carretera de Bompas, localidad cercana al río Têt, donde se situaba un establecimiento de bebidas que regentaba. Tipo bien parecido, cercano a la cuarentena y con aspecto atlético, estaba casado con Marie Gubert desde 1928. Este barcelonés, quince años atrás célebre ciclista profesional ganador de dos Voltas a Catalunya, era un personaje muy conocido en la zona, con muchos contactos, buenas relaciones con la jefatura de policía y en estrecha conexión con los republicanos españoles; aparecía como la llave perfecta para comenzar la aventura comercial de los huidos. Era, además, quien les proporcionaría los clientes y cierta seguridad de no ser interceptados y devueltos al campo[2]. Y así sería.

[2] Muç Miquel Serret (Miguel Mucio) nació el 3 de diciembre de 1902 en el barrio de Les Corts de Barcelona. Al inicio de la década de los veinte trabajó en Perpiñán como mecánico en un taller de bicicletas. En 1923 participço como corredor en la Volta a Catalunya y ganó las dos ediciones posteriores (en la de 1924, Miquel batió además el récord de la media de velocidad de la carrera, con 26,3

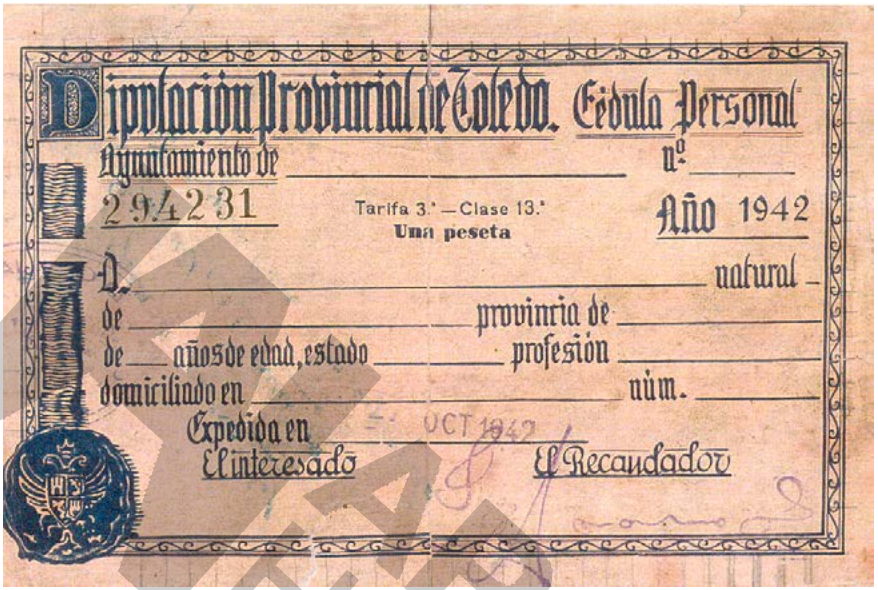


Fig. 2. Plantilla falsa de una cédula personal de la Diputación Provincial de Toledo. Tinta china sobre cartulina. 1942. Colección particular.

Muç Miquel es también quien le pone en relación con la estructura clandestina del PCE, que se mantenía a duras penas en la ciudad, perdido todo contacto con ella desde su salida de Le Barcarès meses atrás. Sería ya en el verano de 1940 cuando tiene su primera cita con «Paco», el responsable del partido, y el tercer nombre propio que le marcará definitivamente: Ángel Celada, el camarada que le llevaría a realizar sus primeras falsificaciones documentales.

Siendo por fin libres y asegurada la buena disposición de Muç Miquel para con ellos, ambos se instalan en una casita a orillas del río Têt. Allí Domingo realizaba los dibujos, mientras que Martínez se relacionaba con los clientes proporcionados por el catalán, sobre todo franceses, incluidos funcionarios y policías de diferentes categorías, además de particulares.

Aun con todo, persistía la preocupación por conseguir documentación, necesaria para desarrollar, con relativa quietud, tanto la actividad como una tranquila vecindad, pues resultaba evidente que tanto la policía como la gendarmería podrían devolverlos

km/h.) en una época en que la Volta, pionera en recorrido por etapas, tenía un gran prestigio como acontecimiento deportivo (la Vuelta a España inicia su historia como competición en 1935), hecho que le granjeó fama a ambos lados de la frontera, ya que, como el fútbol en la actualidad, el ciclismo y el boxeo eran entonces los reyes del deporte, hacia cuyos protagonistas había verdadera devoción popular. Su carrera terminó en 1928 cuando se adjudicó la Clásica de Ordizia. Durante estos años corrió en equipos como la Unión Deportiva Santos, la UE Sant Andreu y la sección ciclista del FC Barcelona. Ya con la llegada de la República a España, se instaló en Perpiñán y toma partido por causa republicana. Miembro de la resistencia, en 1941, en plena ocupación nazi, fue miembro de los Franc-tireurs et Partisans Français (FTPF), de filiación comunista.

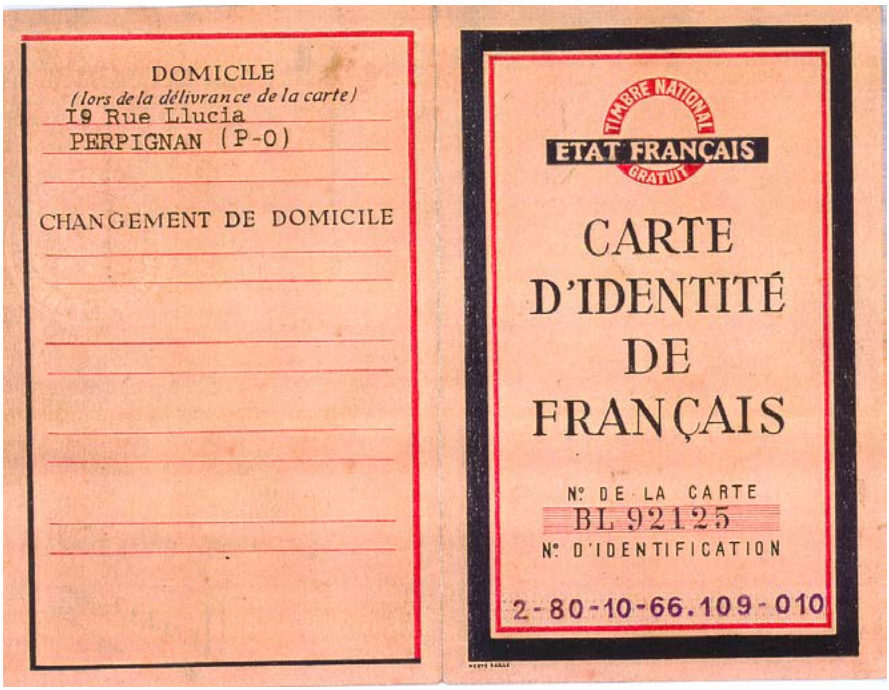


Fig. 3. Exterior de una *carte d'identité* falsa realizada en tinta china sobre cartulina. 1943. Colección particular.

al campo en el mismo momento en que les requirieran una identificación. Malagón lo recuerda así:

> Perpignan estaba lleno de indocumentados. La autoridad francesa, dado que le era difícil controlar la situación, tomó la decisión de regularizarlos a todos, bajo presentación voluntaria, entregando un *récepissé* de petición de *carte d'identité* válida para un mes renovable siempre que se tuviera un patrón con quien trabajar

Y así, se puso a trabajar de peón de albañil para una empresa que construía los barracones destinados a las tropas senegalesas en el campo de aviación de Rivesaltes, a poco más de diez kilómetros al norte de Perpiñán, al lado oeste de Le Barcarès. Este trabajo le facilitó, a los pocos meses, una *carte d'identité* industrial que le reconocía su alta en el Seguro Social, un salario regular para completar el precario que procedía de los retratos y, sobre todo ello, una situación legal.

Si fructífera había resultado la operación, no lo era en absoluto la relación personal entre Martínez y Malagón, ya que aquel, según este, le recriminaba el tiempo dedicado a su trabajo con el PCE en detrimento del dedicado a los retratos. La situación se agrava cuando reaparecen, primero, Jaime Nieto, procedente del campo de Argelès, y después, la familia de Martínez, y todos pasan por el domicilio que comparten. Podría parecer razonable que ambas mujeres, al abandonar el centro de internamiento,

convivieran con su hijo y marido, pero no tanto Nieto, que, además, en su calidad de dirigente político, era elemento de distorsión para los intereses de Martínez. Por su parte, Jaime Nieto lo recordaba así en el informe ya referido:

> […] cuando yo salí del campo de Argelès, como no tenía donde ir, el camarada Malagón me cogió en su cuarto y dormí y comí con él durante cerca de un mes. Él vivía con el célebre individuo Martínez que se hacía llamar cuñado de Checa y acabó cayendo en la provocación. Ya en aquella época yo advertí a Malagón que se separara de este elemento, aunque todavía no era nada más que un mangante. Más tarde se vio obligado a hacerlo.

Y a Domingo Malagón tampoco le satisfacía compartir dormitorio con la madre de su socio. Pero, anécdotas aparte, hubo una evidente distancia entre los intereses, las preocupaciones y las prioridades de cada uno para afrontar su renovada vida en la ciudad. La pretensión de Martínez era la dedicación plena de Domingo a la realización de la mayor cantidad posible de encargos que repercutiera en la buena marcha del «negocio», mientras que este iba dedicando cada vez más tiempo a su participación en la agrupación del PC, de la que fue durante un tiempo responsable. Así lo recogía Nieto en su informe, y así lo recordaría más tarde Malagón en sus memorias:

> Cuando comenzamos a reorganizar el P. en Perpignan, que estaba completamente desarticulado, utilizamos a Malagón en el plano local, donde cumplió con su deber de una manera discreta.

Como obrero de la construcción –pasó al menos por dos empresas como trabajador en aquel tiempo– y alejado de la presión de Martínez –al final abandonó la casa común y se refugió en sucesivas habitaciones hasta su instalación definitiva en el número 27 de la rue de Cuirassiers, piso en el que estará ininterrumpidamente hasta su traslado a Toulouse a finales de 1944, una vez liberada Francia de la ocupación–, fue ampliando su relación con los camaradas españoles de Perpiñán, trabajos partidarios aparte. Tanto con Nieto como con Celada, y sobre todo con este último, mantenía vínculos especiales que posiblemente llegaron a convertirse en verdadera amistad. Esta camaradería satisfecha sería la que le llevará a experimentar con sus primeras falsificaciones de documentos. La secuencia parece haber sido de la siguiente manera: con la excusa de aprovechar sus facultades artísticas, un día se presentó Celada ante Domingo portando una *carte d'identité* y proponiéndole el cambio de la foto del verdadero dueño del documento por la suya. Celada en esos tiempos se encontraba indocumentado –económicamente le mantenía el PCE– y corría el riesgo de ser detenido, encarcelado o deportado si no aportaba su correspondiente documentación. Nieto estaba en la misma situación. Si al bueno de Domingo le pareció difícil o no todo aquello, no lo sabremos nunca; pero efectuó el cambio con la consiguiente reproducción de la parte del sello que debería estar tamponado en la nueva foto para que el apaño funcionara correctamente. Y funcionó. Estamos ya en el año 1941.

Ante el éxito demostrado por su buena falsificación, Carmen de Pedro y Jesús Monzón Reparaz decidieron proponerle la realización de este trabajo como exclusiva tarea militante, separándole de cualquier otra actividad y bajo su directo control. Le sus-

Fig. 4. Pasaporte falso para el uso de Dolores Ibárruri. Años setenta. Archivo Histórico del Partido Comunista de España.

tituyó en la organización partidaria Antonio Núñez Balsera y él queda instalado en una doble clandestinidad, en contacto personal y exclusivo con Ángel Celada, para la seguridad del proceso reproductor de papeles falsos, como recuerda en su biografía. Comenzaba así la organización del trabajo de la sección de documentación del aparato de pasos clandestinos a la España franquista que duraría ininterrumpidamente hasta 1977, cuando se legalizan los partidos políticos en el período de transición a la democracia en España. La dedicación a este trabajo debería ser plena, por lo que el PC español le asignó una suerte de salario para hacer frente a sus necesidades más básicas.

Para Domingo aquello significaría una tarea militante paralela a la que ejercían otros muchos en su actividad antifranquista. En el período de la Segunda Guerra Mundial, en la participación junto con los aliados frente a Hitler y Mussolini, significó una suerte de continuación de lo que fue la guerra en España. Así lo dejó escrito, así lo relató cientos de veces y así lo reivindicó siempre que tuvo ocasión de hacerlo.

Los primeros documentos que salieron de sus manos fueron, además de las *cartes d'identité* para circular por Francia, salvoconductos de un mes para distintos lugares españoles cercanos a la frontera y para Barcelona, salvoconductos de tres meses para circular por la zona fronteriza, así como certificados de buena conducta avalados por Falange y por la Guardia Civil. Y para su realización, además de tiempo, firmeza y maestría artística, precisaba tinta china, pinceles y sellos realizados a base de incisiones de hojas de afeitar sobre el caucho o cuero para la reparación del calzado. En estas

condiciones, un salvoconducto para Barcelona podría realizarse en un solo día, pero al de fronteras había que dedicarle al menos una quincena de días para darlo por concluido. Hay que tener en cuenta que Domingo se movía en un país ocupado y en guerra, donde la escasez de todo tipo de materiales estaba a la orden del día y cualquier plantilla reproductora o sello había que fabricarlos *in situ* con lo que se tuviera a mano: caucho en vez de goma para los sellos, cuero, papel retintado tras su conveniente reciclaje, dibujando los trazos de las letras con plumillas. Y paciencia, mucha paciencia.

Como tapadera de este absoluto secretismo, su domicilio estaba organizado como un laboratorio de restauración de clichés fotográficos, retoques de positivos, ampliaciones, etc., para el vecindario, en general, y para un fotógrafo francés, monsieur Gil, en particular. Como poseedor de un documento legal de identificación como trabajador industrial y por ser refugiado español, era necesario justificar continuamente su situación de actividad laboral, que el acuerdo con el fotógrafo avalaba. Como comentaría posteriormente Domingo, era un trabajo con el que hubiera podido ganarse la vida de una manera holgada, si las falsificaciones no le hubieran exigido la dedicación de la mayor parte de su tiempo. En realidad, era la parte legal, la tapadera de cara al exterior, de su verdadera actividad, que era clandestina.

El final de la guerra le coge a Domingo en Toulouse, a donde la dirección del PCE decidió trasladarle para favorecer la constitución de un equipo que multiplicara la producción de documentos. Fue hacia finales de 1944. En Perpiñán quedó Ángel Celada, que, detenido por la policía en septiembre de 1942, pasó por el campo de exterminio de Buchenwald hasta su liberación, y su sustituto, Manuel Torres Monterrubio, pionero en el trabajo como guía de pasos hacia España.

La etapa en Toulouse viene a coincidir casi en su totalidad con un período de reajuste para la dirección del PCE en el exilio francés, un proceso de reajuste estratégico tras el fracaso de la política de Unión Nacional mantenida por Monzón y el ascenso de Santiago Carrillo como el cabecilla más influyente en esta nueva etapa que se abría. En lo que tiene que ver con la dedicación de Domingo, se insiste en la necesidad de su crecimiento y fructificación, ahora bajo el atento y directo control del aparato político. Carmen de Pedro y Manuel Azcárate, del período anterior, dejaron paso a Fernando Claudín, hasta que Carrillo decidió trasladar a París a todos los miembros del equipo, allá por el otoño de 1947.

Equipo, sí; a partir de ahora debemos hablar de equipo, ya que es en Toulouse donde se formalizaría la mejora de las técnicas de reproducción, donde al trabajo se suman fotógrafos, grabadores y dibujantes. Allí, como fachada y con la vista puesta en su profesionalización, comienzan a trabajar en la redacción de *La Voix du Sud* y, sobre todo, en la de *Le Patriote*, cuyos talleres se utilizan también para la reproducción de las falsificaciones elaboradas. Con ello, queda patente la implicación del Partido Comunista Francés (PCF) en las acciones contra el régimen del general Franco. La concepción ha variado, como han variado la situación política en el país galo y las posibilidades de trabajo antifranquista del propio PCE con la victoria de los aliados.

Y de todo ello Malagón pasa a ser el responsable técnico. Esta necesidad de mejora, cualificación y ampliación del equipo viene dada por la ingente variedad de documentación oficial que en esos momentos se precisaba para moverse por el interior de España: cédulas personales, salvoconductos, documentos acreditativos de buena conducta emitidos por la Guardia Civil o por los ayuntamientos, carnés de Falange –se debe tener presente

que el estado de guerra no se declara terminado en España hasta 1948–, tarjetas de abastecimiento, además de otros documentos complementarios a cada falsa identidad, como eran las tarjetas personales, acreditaciones comerciales, y un sinfín de variantes de las mismas. Hay que esperar a 1951 para que en España se unifiquen en uno, el documento nacional de identidad (DNI), todos los documentos identificatorios personales.

Tanto con Santiago Carrillo como con Fernando Claudín, procedentes ambos de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU), Domingo Malagón estableció una amistad que sobrevivió a todos los avatares partidarios por los que transitaran a lo largo de sus militancias políticas. Además, Claudín era muy aficionado a la pintura y practicaron juntos, alguna que otra vez, técnicas del natural; a él se debe una imagen al óleo de Domingo, que conserva la familia de este, realizada en Crimea en 1962.

Era enero de 1945 y Domingo sufre en su casa de Blagnac, localidad cercana a Toulouse, una parálisis facial. Es conducido de urgencia a un centro sanitario para su diagnóstico y tratamiento. La afección podía haber sido ocasionada por infinitas causas, entre ellas una íntima sensación de derrota por su condición de exiliado; quizá también por la angustia acumulada, una pobre alimentación o por descanso deficiente de demasiadas jornadas. Pudiera ser por el concurso de todas. Y es en el sanatorio en el que queda ingresado donde conoce a Escolástica Jiménez, una joven española con dos hijos pequeños a su cargo y enfermera del hospital de la calle de Varsovia, centro de salud de guerrilleros y exiliados españoles, preferentemente. La rondaría durante dos años en el convencimiento de que se unía a ella de manera absoluta y total. Desde entonces caminarían juntos; en Toulouse primero, luego en París, ciudad en la que nacería su hijo Eduardo en 1948, y tiempo después, donde se casarían oficialmente el 9 de abril de 1977, día de la legalización de PCE en España y el fin de su larga clandestinidad. Meses después, regresarían los dos a Madrid.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Agudo, Sixto (1991): *Memorias. La tenaz y dolorosa lucha por la libertad. 1939-1962*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.

Arasa, Daniel (1984): *Años 40: los maquis y el PCE*, Barcelona, Argos Vergara.

Asenjo, Mariano y Ramos, Victoria (1999): *Malagón. Autobiografía de un falsificador*, Barcelona, El Viejo Topo.

Carrillo, Santiago (2008): *Memorias*, Barcelona, Editorial Planeta.

Falcón, Irene (1996): *Asalto a los cielos*, Madrid, Temas de Hoy.

Fundación Domingo Malagón (2004): *Domingo Malagón. Obra pictórica*, Madrid.

Fernández Rodríguez, Carlos (2002): *Madrid clandestino. La reestructuración del PCE, 1939-1945*, Madrid, Fundación Domingo Malagón.

—— (2008): *La vida es tu lucha. Retrato de nueve mujeres combatientes republicanas*, Madrid, Fundación Domingo Malagón.

Hernández Sánchez, Fernando (2015): *Los años de plomo*, Barcelona, Crítica.

López Raimundo, Gregorio (1995): *Primera clandestinidad*, Barcelona, Antártida - Empúries.

Martín Ramos, José Luis (2002): *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*, Barcelona, EDHASA.

III. ESTUDIOS

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

«¿SE PUEDE HACER UNA PATRIA?». EL CAMINO HACIA EL EXILIO DE VICTORIA KENT[1]

Carmen de la Guardia Herrero
Universidad Autónoma de Madrid

«De un país extranjero, ¿se puede hacer una patria?»; con estas palabras de la Ifigenia de Goethe iniciaba Victoria Kent sus primeras reflexiones sobre el exilio en su obra autobiográfica *Cuatro años de mi vida. 1940-1944* (1978: 81). Esa pregunta, esa duda, será uno de los ejes vertebradores de su vida de exiliada.

Cuando hacemos una lectura minuciosa de la correspondencia y de las obras de Victoria Kent, una de las cosas que más llama la atención es la dificultad que tuvo de reconocerse y ser reconocida como exiliada. Sabía que hacerlo implicaba una reflexión y un cambio más que costoso. A esta española republicana y comprometida, el temor al desarraigo y la dificultad de mantener los nexos con su vida previa, tan vinculada a los proyectos progresistas de la Segunda República, le pesaron mucho.

Además, su salida de España fue diferente a la de muchos exiliados republicanos españoles. Victoria Kent se fue a París para desempeñar una labor apasionante y dura, la de ayudar a los niños refugiados españoles a tener una vida digna en Francia y en los otros lugares que les acogieron, el 19 de junio de 1937, cuando solo hacía un año del estallido de la Guerra Civil Española. Vivió esos primeros años parisinos como una mujer libre, con un pasaporte privilegiado, el pasaporte diplomático, y se negó a marcharse cuando era obvio que París sería ocupada por los nazis. Solo después, durante sus cuatro años de clandestinidad en Francia, comenzó el proceso de reconocerse a sí misma como exiliada. Fue un viaje largo y complejo, un tránsito para Victoria Kent muy difícil y rompedor.

En este capítulo queremos explorar esa transición dificultosa, ese camino hacia la condición de exiliada de Victoria Kent. Fue un tránsito por una frontera que separaba, como le ocurría a todos los exiliados, su condición previa de ciudadana libre, dotada de derechos civiles y políticos, y comprometida con su patria, de la de ciudadana nómada, en donde sus derechos y libertades fueron recortados, los nexos con España, difíciles, y en donde el dolor y la añoranza lo llenaban todo.

1. LOS OBJETOS DE LA MEMORIA

El archivo personal de Victoria Kent, que es de una riqueza asombrosa, es un archivo fragmentado. En los Victoria Kent Papers, depositados en la Beinecke Library, de la Yale University, se localiza el grueso de su archivo, pero no está todo. Muchos de

[1] Este texto forma parte de una investigación más extensa vinculada al proyecto de investigación «Intercambios culturales y creación de identidades a través de fuentes literarias, siglos XIX y XX». Ref.: HAR2016-76398-P.

MEMORIA HISTÓRICA de la Política de Buenos Aires

sus documentos personales, los más íntimos, estaban en manos de la académica, amiga y biógrafa de Victoria Kent, Zenaida Gutiérrez Vega, a quien Kent había pedido que le ayudase con la revisión, catalogación y expurgo de su archivo.

Una vez fallecida la profesora Zenaida Gutiérrez Vega, también esa sección de papeles de Victoria Kent, todavía más privada, fue a parar a la Beinecke Library, pero el archivo estadounidense optó, con buen criterio, por separarlo del resto organizado en tres cajas distintas. Allí, en esas cajas, están aquellos documentos más preciados e íntimos de Victoria Kent. Poemas, fotos, cartas privadas, el manuscrito de *Cuatro años de mi vida* y también las pocas cosas, muy pocas, que un exiliado tiene para probar fechas, estudios, y posibilidad de emisión de pasaportes y visados que les permitan viajar y trasladarse por el mundo.

Esta parte «secreta» del Archivo de Victoria Kent, depositada en los Zenaida Gutiérrez Vega Papers, así como la correspondencia entre Victoria Kent y Gabriela Mistral, localizada en la Biblioteca Nacional Digital de Chile, y el manuscrito de *Cuatro años en París*, ha sido imprescindible para reconstruir ese tránsito, ese viaje en la autopercepción de Victoria Kent, desde ser una ciudadana republicana española, residente en Francia, hasta transformarse en exiliada republicana, además en una exiliada muy activa entre la comunidad de españoles exiliados.

Victoria Kent, como sugiere la lectura de su partida de nacimiento celosamente guardada por ella, había nacido en Málaga, no en 1897, como consta en los documentos provisionales que durante su exilio fue consiguiendo, sino cinco años antes, en 1892. En París, ya desde sus primeros visados que le permitieron moverse por Europa, la fecha de su nacimiento había cambiado. Esta mujer, que tantas cosas había logrado en España –estudiar Derecho, ser directora general de Prisiones, dos veces diputada en Cortes, militar en un partido, tener un bufete de abogados propio y publicar–, lo había hecho todo con un esfuerzo enorme y le había llevado mucho tiempo. Le pesaba ser mayor que sus compañeros y compañeras y sacó partido a la provisionalidad de los documentos que caracterizaban a los exiliados y alteró su fecha de nacimiento. En los múltiples documentos que logró que se expidieran por las diferentes naciones de acogida –Francia, México y Estados Unidos–, esos cinco años que Victoria Kent se quitó estuvieron presentes. Fue un acto consciente, que implicaba no mostrar su partida de nacimiento ni sus expedientes académicos en donde sí constaba su verdadera edad. Ese cambio de edad acompañó toda su vida, pública y privada, a Victoria Kent, y aparece hasta en la lápida, en Redding, Connecticut, en donde yace. Allí, de manera sobria, solo se lee: «Victoria Kent, 1897-1987».

«A las dos y media de la tarde, del día ocho de marzo de mil ochocientos noventa y dos […] compareció don José Ken Román, natural de Málaga […] que dicha niña nació en su domicilio, el día seis del presente, a las ocho de la mañana», reza la partida de nacimiento de Victoria Kent, y continúa: «Que es hija legítima del declarante y de su mujer, Doña María Siano González, natural de esta ciudad, mayor de edad, dedicada a las labores de su sexo, domiciliada en el de su marido». Y todavía la partida manuscrita nos da mucha más información. «Que es nieta por línea paterna de Don José Ken Cantarero y de Doña Antonia Román del Pino, ambos de esta naturaleza, él difunto, y ella casada en segundas nupcias […] y por la materna de don Nicolás Siano Pup y de Doña María González Núñez, el primero natural de un punto de Italia cuyo nombre ignora, y la segunda de Churriana, en esta provincia». Y seguía la partida de

nacimiento de Victoria Kent. «Y que a esa niña se le ponga el nombre de María de la Victoria Adelaida Fermina de la Santísima Trinidad»[2].

También el viaje del propio nombre de Victoria y el de sus apellidos fue un viaje complicado. Igual que la edad que quería tener, el nombre, Victoria Kent, también fue una decisión que ella tomó en los treinta primeros años de su vida. En sus primeros documentos, su nombre era María Victoria, y su apellido, como el de su partida de nacimiento, era Ken. Un apellido de origen irlandés, O'Kean, y no inglés como ella siempre defendió, que por el uso y la propia grafía española fue transformándose en los papeles familiares en Ken[3]. Tanto en el recordatorio de su primera comunión como en las primeras huellas de sus estudios que conservamos, el resguardo de la matrícula de su segundo curso del grado de maestra cursado en la Escuela Normal de Málaga, en 1908, Victoria Kent era todavía María Victoria Ken Siano. También lo fue en el escrito de petición al Instituto General y Técnico de Málaga de su certificado académico, en el curso académico de 1919-1920, para hacer un traslado de matrícula al Instituto Cardenal Cisneros de Madrid y cursar las asignaturas que le quedaban para terminar el bachillerato. A finales del año 1924, cuando tenía 32 años, Victoria terminaba con éxito los estudios para obtener el título de Derecho en la Universidad Central de Madrid y pedía el título firmando todavía como María Victoria Ken Siano. El 5 de enero de 1925, pidió ser admitida en el Colegio de Abogados de Madrid, como lo muestra la documentación de su archivo «secreto», y allí, aunque seguía siendo María Victoria, su apellido era ya el de Kent[4]. A partir de entonces ya siempre firmó como Victoria Kent. Tenía 33 años.

En esos años de Madrid, Kent vivió primero en la Residencia de Señoritas, mientras acabó el bachillerato e inició la universidad, y, después, una vez profesionalizada como abogada, en la calle Marqués de Riscal, número 5.

Victoria Kent guardó, a lo largo de todo su exilio, celosamente, el acta de defunción de su queridísima madre, María Siano, y este documento está también en las cajas de Zenaida Gutiérrez Vega custodiadas en la Beinecke Library. La decisión de dejar su Málaga natal, en el año 1916, en donde había aprendido las primeras letras con su madre y había cursado estudios en la Escuela Normal y también en el Instituto Técnico, y dirigirse a Madrid, fue una decisión tardía de Victoria Kent y una decisión muy importante. Se estableció en Madrid con 24 años.

Era raro que las mujeres solteras viajasen solas y más extraño todavía que se instalasen para formarse en otra ciudad que no fuera la suya porque implicaba separarse de sus padres, y en este caso, el de Victoria Kent, sobre todo de su querida madre, María Siano. Las mujeres solteras, en esas primeras décadas del siglo xx, permanecían casi siempre en el domicilio paterno bajo la tutela de padres y hermanos. Privadas de derechos civiles y políticos, al igual que las mujeres casadas, al ser representadas en los discursos hegemónicos como seres de naturaleza, pasionales, imprevisibles e impulsivos, precisaban, según el derecho vigente, de tutela. Pero Victoria Kent, como otras mujeres de su generación, soñaba con seguir estudiando, con formarse, con con-

[2] «Partida de nacimiento de Victoria Kent», Zenaida Gutiérrez-Vega Collection of Victoria Kent, 1936-2006. General Collection, Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University (BRBML).

[3] Victoria Kent, entrevista realizada por Joaquín Soler Solano, programa *A fondo*. TVE, 1979.

[4] Zenaida Gutiérrez-Vega, Collection of Victoria Kent, 1936-2006 (BRBML).

vertirse en un ser libre. Recibió todo el apoyo de su madre en ese arduo proceso de convencer a su padre, José O'Kean. Sin embargo, de alguna manera, esa separación fue muy costosa para Victoria Kent. La muerte inesperada de su madre, que falleció con 59 años, de pulmonía, el día 9 de abril de 1917, fue, según sus propias palabras, uno de los acontecimientos más tristes y duros de su vida.

Los otros documentos y papeles que creemos que Victoria Kent mandó apartar del grueso de su archivo, y que tenía en su despacho del neoyorquino Hunter College, hasta su fallecimiento, Zenaida Gutiérrez Vega, fueron sus poemas, algunos de amor, escritos en francés, el manuscrito de su obra *Cuatro años en París* y, también, un sinfín de tarjetas de residencia, visados y pasaportes que nos hablan de una dificultad añadida al dolor del propio exilio: la de haberse transformado en ciudadana nómada con derechos y libertades civiles y políticos recortados.

2. LA SEGUNDA REPÚBLICA. DE MADRID A PARÍS

Victoria Kent fue una mujer comprometida con la Segunda República. No solo fue la primera directora general de Prisiones, diputada en las Cortes de 1931-1933, y en las del Frente Popular de 1936, sino que también durante todo el período participó activamente en cuestiones políticas y sociales de inmenso interés.

Fundadora, en 1929, con Marcelino Domingo y Álvaro de Albornoz, entre otros, del Partido Republicano Radical-Socialista, tras la debacle sufrida por los republicanos en las elecciones de 1933, Victoria Kent ayudó activamente a la fusión de ese partido, el Radical Socialista, con el de Acción Republicana, creando Izquierda Republicana en 1934. Fue la primera mujer en presidir un comité político: el de la Federación de Partidos de Izquierda Republicana (Gutiérrez Vega, 2001: 67). Kent participó en las Cortes constituyentes de 1931, entre otros, en el debate del artículo 36, el del sufragio femenino, al que se opuso. Su contrincante, la diputada y también abogada Clara Campoamor, lo defendió de manera tajante con argumentos democráticos: un hombre, una mujer, un voto. Sin embargo, Victoria Kent, siguiendo una premisa de algunos de los feminismos de comienzos del siglo XX, insistía en la necesidad de la educación de la ciudadanía como paso previo al voto. Las mujeres, en 1931, según Kent, no estaban preparadas, y pidió un aplazamiento del derecho. «Mientras que las escuelas no realicen su función, las mujeres no podrán intervenir en política con eficacia y con fruto»[5]. La propuesta de Kent perdió y el sufragio de las mujeres fue una realidad en la Constitución de 1931.

Al estallar la Guerra Civil, en 1936, un hecho determinante marcó la que iba a ser su máxima preocupación durante la contienda dentro y fuera de España. La muerte de León Meabe, el hijo de la íntima amiga de Victoria Kent Julia Iruretagoyena (1886-1954), que había vivido junto a su madre, con Victoria Kent, primero en la Residencia de Señoritas y después en la calle de Marqués de Riscal, fue un tremendo golpe en la vida de Julia Meabe y en la de Victoria Kent. Julia Iruretagoyena de Meabe era hija del alcalde socialista de Irún, León Iruretagoyena, y viuda del escritor y fundador de las Juventudes Socialistas, Tomás Meabe. Su hijo León, Leonchu, como le llamaba

[5] *Diario de Sesiones*, 1 de octubre de 1931, p. 1352 (Gutiérrez Vega, 2001: 73).

cariñosamente Victoria Kent, militaba como su padre y su abuelo en el Partido Socialista Obrero Español y era licenciado en Ciencias Químicas. Su compromiso con el socialismo y, por lo tanto, con la República, le llevó a trabajar, tras el golpe de Estado de 1936 y el inicio de la contienda, en una fábrica de explosivos en donde una bomba le estalló en las manos[6]. «Es posible que todo lo vuelva a ver […]. Pero tú, Leonchu, tus veinticuatro años, tu fresca sonrisa, tu amargo presentimiento de la vida quedan para siempre lejos», escribía triste Victoria Kent, más tarde, desde París en 1947 en *Cuatro años de mi vida* (1978: 78).

Después de esta muerte prematura de uno de sus seres más queridos, al que había visto crecer, Victoria Kent dedicó todas sus fuerzas a la ayuda de las víctimas más jóvenes de la guerra. Trabajó mucho y de manera incansable por los niños y niñas y también por aquellos jóvenes que formaron parte del Ejército republicano. Kent perteneció a la Comisión de Auxilio Femenino que, como rezaba su lema, ayudaba: «A los huérfanos de guerra, a los heridos, a los obreros y sus hijos, a los soldados»[7]. Su labor incesante en esos primeros meses del conflicto armado le proporcionó de nuevo un gran prestigio por su inmensa capacidad de gestión.

Victoria Kent siguió al Gobierno de la República hacia Valencia en noviembre de 1936, pero continuó con su labor a favor de los niños creando en julio de 1937 la Delegación de Colonias Infantiles, que dependía del Ministerio de Instrucción Pública. Después, en octubre de 1937, se trasladó con el Gobierno, esta vez a Barcelona, y continuó con su labor de asistencia a los refugiados más pequeños distribuidos en distintas poblaciones catalanas. Esa insistencia en la ayuda de los menores y la evacuación en masa de niños y niñas tras la caída del País Vasco en manos del ejército franquista fueron la razón de que el Gobierno republicano la comisionase como delegada del Consejo Nacional de la Infancia Evacuada en la embajada de España en París, en julio de 1937 (Guardia Herrero, 2016).

Victoria Kent llegó a París con pasaporte diplomático y siempre pensando en que volvería a España. Dejó su casa de Marqués de Riscal puesta, porque concibió su estancia en París como provisional, segura como estaba de la victoria republicana. «Ya sabes lo que nos ha pasado a todos los que no fuimos previsores, que hemos perdido allá los recuerdos más gratos que conservábamos», le escribiría ya desde su exilio neoyorquino a su buena amiga María de Unamuno[8]. Toda su vida añoró sus pertenencias y sus recuerdos. Lo primero que hizo en su primer viaje a España, en octubre de 1977, una vez muerto Franco y legalizados todos los partidos políticos, incluso los republicanos, fue visitar su casa de la calle de Marqués de Riscal, número 5, y preguntar a sus residentes si sabían algo de sus muebles y enseres. No fue así. Todo, como ocurrió con la mayoría de los bienes de los republicanos exiliados y procesados, fue incautado por el régimen de Franco (Guardia Herrero, 2016: 243).

Esos primeros años de la vida en París de Victoria Kent, a pesar del sufrimiento que le ocasionaba la Guerra Civil y su trabajo de compromiso con las víctimas más jóvenes, fueron hasta cierta medida gratos y fructíferos. Además de trabajar incansable-

[6] Pedro Gorospe, «La última voluntad de los Meabe», *El País*, 3 de abril de 2017.

[7] «Sobre, carta postal, de la Comisión de Auxilio Femenino», Archivo I. R. Valencia.

[8] Victoria Kent a María de Unamuno, Nueva York, 20 de octubre de 1957, citado en Gutiérrez Vega, 2001: 130.

mente para alojar a los niños refugiados que cada vez eran más, frecuentó a un grupo de amigas inteligentes, trabajadoras y comprometidas, como ella, con la ayuda a los refugiados. Adèle de Blonay (1896-1983), directora entonces del Service Social d'Aide aux Émigrants (SSAE), fue su gran amiga de esos años parisinos (Ramos Palomo, 2010). Son muchas las fotos que se conservan en el archivo «secreto» de Victoria Kent de este grupo de amigas montando en bicicleta por el Bois de Boulogne, o paseando y hasta escalando en las montañas suizas, país de origen de Adèle.

Tras el triunfo de Franco, sobre todo tras la caída de Barcelona el 26 de enero de 1939, el éxodo republicano por la frontera francesa fue imparable, como lo fue la creación de campos de concentración para los exiliados varones españoles. Las mujeres y los niños eran enviados a pueblos y ciudades del interior. Aquellos que, como Victoria Kent, se encargaron de los refugiados, vieron multiplicarse su dolor y su trabajo. Ya no solo ayudó a los niños, sino que se movilizó para lograr que familias enteras o mujeres y varones adultos pudieran salir de Francia. Desde abril a septiembre de 1939, Victoria Kent se encargó de ayudar a los refugiados internados en los distintos campos que se estaban creando en el sur de Francia. De hecho, fue nombrada delegada en París del Comité Nacional de Ayuda a la España republicana, el CNAE, y también colaboró con el Servicio de Emigración para los Refugiados Españoles, el SERE. Cuando se creó la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles, la JARE, y sobre todo cuando Cárdenas reconoció al nuevo organismo en 1940, las antiguas instituciones comenzaron a cerrar. Aun así, Victoria Kent siguió trabajando de manera individual por los refugiados de manera incansable. Como nos recuerda Zenaida Gutiérrez Vega en su biografía de Victoria Kent, las cartas de agradecimiento de estos refugiados que pudieron salir de Francia, sobre todo hacia Estados Unidos, gracias a la ayuda de Victoria Kent, fueron innumerables (2001: 133-134).

Mientras Victoria Kent seguía ocupada en París, sus amigos vivían muy preocupados también por la situación política europea. Sin que ella lo solicitase, le tramitaron ya en 1939 un permiso de entrada en México como exiliada política que Victoria rechazó. No se sentía todavía exiliada. No podía o no quería hacerse a la idea de que la naturaleza de su estancia en París había cambiado de forma radical. Que en Madrid gobernaba Franco y que ella, como tantos españoles comprometidos con la República, no podría volver. «En efecto no llego a comprender los motivos que han pesado para la expedición de este documento, que es un permiso de entrada en México, como exiliada política», le escribía Victoria a su gran amiga Gabriela Mistral el 20 de julio de 1939; «No entiendo pues el favor que pretenden prestarme […] en alguna carta anterior le hablé de mis deseos de quedarme en Francia […] mientras tenga obligaciones que cumplir aquí con los míos […] nosotros, los dirigentes políticos […] no podemos ni debemos ocuparnos más que de nuestros españoles»; por lo tanto, Victoria esgrimía razones políticas para no salir de Francia. Seguir con su trabajo con los refugiados era su prioridad. «Estoy ahora con Adelaida [Adèle de Blonay], con la que he llegado a un irrisorio arreglo económico y esto me permite tranquilidad material y dedicarme a trabajar por los míos», concluía su carta[9].

[9] Victoria Kent a Gabriela Mistral, París, 20 de julio de 1939. Biblioteca Nacional Digital de Chile.

Victoria, de manera incomprensible para todos, no parecía preocupada. Su amor a Francia y su fe en el sistema republicano francés no le permitían valorar el desastre que se aproximaba. «La eventualidad de la guerra no me preocupa, pues llegado el caso para los españoles de mi significación será un deber ponerse al servicio de Francia por lo que su causa significaría para el mundo», escribía Victoria en julio de 1939, solo un par de meses antes de la ocupación alemana de Polonia, sintiéndose de alguna manera una ciudadana republicana que trascendía fronteras y sin considerarse todavía una exiliada[10]. Pero su situación en París, como la de todos los españoles que tenían pasaporte republicano, comenzaba a ser una situación extraña y muy peligrosa.

Los días 5 y 6 de febrero de 1939, el presidente de la República española, Manuel Azaña, el de las Cortes, Diego Martínez Barrio, y el propio presidente del Gobierno, Juan Negrín, así como los presidentes de los Gobiernos vasco y catalán, Jesús Aguirre y Lluís Companys, se trasladaron a Francia. Muy poco después, tanto Francia como el Reino Unido reconocían al nuevo Gobierno de la Junta de Burgos y Azaña dimitía como presidente de la Segunda República española. «Desaparecido el aparato político del estado, parlamento, representaciones superiores de los partidos, carezco dentro y fuera de España, de los órganos del consejo y de acción indispensables para la función presidencial de encauzar la actividad de gobierno en la forma que las circunstancias exigen con imperio», reconocía el propio Manuel Azaña explicando su renuncia (Valle, 1976: 16). Era también el final de la labor de la embajada de la España republicana en París y de la validez de los documentos que permitían la estancia en el extranjero emitidos por el Gobierno de la República. Victoria Kent, como otros muchos españoles, dejó de ser una residente ordinaria. Era, en realidad, aunque a ella le pesase reconocerlo, una exiliada política.

3. EL ENCIERRO PARISINO. HACIA LA CONDICIÓN DE EXILIADA

Tras la firma del armisticio entre Francia y Alemania, el 22 de junio de 1940, y la división de Francia en dos zonas, la ocupada por el Ejército alemán y la zona «libre», la situación se tornó insostenible para los republicanos españoles que seguían en el país, entre ellos Victoria Kent. Los confinamientos, las persecuciones y las expatriaciones fueron habituales.

Cuando Kent se dio cuenta del peligro era ya demasiado tarde: «Ya abonado el pasaje para México, a la hora de tomar el barco, las compañías de navegación habían suspendido los viajes. Francia estaba ya invadida por los nazis», escribía Victoria Kent en la nota introductoria de la primera edición española de su libro autobiográfico *Cuatro años de mi vida*, que solo pudo ver la luz en España tras la muerte de Franco (1978: 19). Poco después, pasó Victoria a la clandestinidad, aunque todavía no pensaba como una exiliada. «Mi nombre figuraba en una "lista negra" entregada por el gobierno franquista al gobierno de Vichy», nos contaba Victoria Kent (1978: 17). Pero a ella, de manera anónima y a través de su amiga Adèle de Blonay, con quien compartía casa en París, alguien del consulado o de la embajada franquista le previno de que estaba en esa terrible lista de la Gestapo, como muchos otros españoles que

[10] Victoria Kent a Gabriela Mistral, París, 20 de julio de 1939. Biblioteca Nacional Digital de Chile.

habían tenido responsabilidades políticas. Esa misma noche Adèle de Blonay la convenció, y Victoria Kent abandonó su casa para refugiarse en la embajada de México en París. Todavía no tenía permiso para hacerlo, pero el portero le dejó pasar allí la primera noche, y enseguida, por intervención, según sus propias palabras, de Indalecio Prieto, el presidente de la República mexicana, Lázaro Cárdenas, dio su autorización. Victoria Kent permaneció allí el primero de sus cuatro años de clandestinidad. Su identidad para esos años fue la de Madame Duval[11].

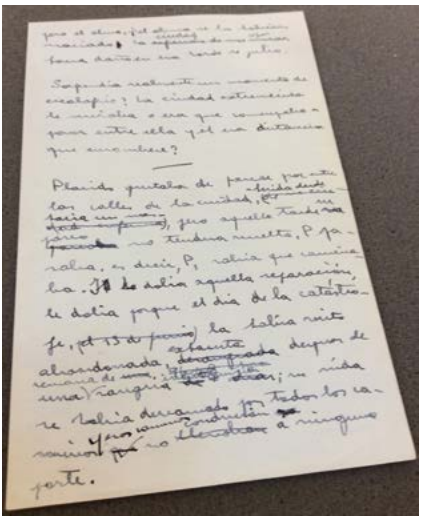


Fig. 1. Fragmento del manuscrito de *Cuatro años de mi vida* (1940-1944), Zenaida Gutiérrez-Vega Collection of Victoria Kent. General Collection. Cortesía de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University.

Esa misma noche la Gestapo estuvo en su casa: «Con la primera luz del alba siete fusiles al hombro entraron por las puertas; catorce brazos, catorce piernas, siete cuerpos: ni un alma», escribía Victoria Kent en *Cuatro años de mi vida*, recordando el registro de la Gestapo en la casa que compartía con Adèle de Blonay. «No lo encontraron. Aquella noche no había dormido allí. Buscando, buscando encontraron en una maleta un cacharro de barro vidriado en colores vivos, un abanico, unos libros y una soga de esparto: Curioso bagaje de un emigrado», continuaba Victoria Kent, escribiendo en primera persona bajo el pseudónimo de Plácido en su libro *Cuatro años de mi vida* (1978: 52) (fig. 1).

De esa suerte inmensa que evitó su expatriación y hasta su posible muerte a manos franquistas, escribió mucho Victoria. Recordemos como en esa misma lista de la Gestapo estaban los nombres de: «[…] Lluís Companys presidente de la Generalidad de Cataluña, el de Julián Zugazagoitia, que después de ejercer durante varios años la dirección de *El Socialista*, fue ministro del gobierno republicano y el del secretario de su Departamento, Cruz Salido», escribía Victoria Kent en su libro autobiográfico: «Los tres fueron ejecutados tras juicios sumarísimos», concluía triste (1978: 27).

Victoria Kent pasó diez meses en la embajada mexicana saliendo solo un rato por las noches y escribiendo allí el primer capítulo de *Cuatro años de mi vida*. La Cruz Roja y el Service Social d'Aide aux Émigrants, que dirigía su amiga Adèle de Blonay, una vez que la embajada de México se trasladó de París a Vichy, le encontraron otro refugio en un piso que estaba en el número 120 de la Avenue Walgram. Allí pasó otros tres años de confinamiento mientras en las calles el ejército invasor alemán campaba a sus anchas. También terminó su libro, lleno de reflexiones sobre su nueva condición, ahora aceptada, de refugiada y de exiliada, y repleto de dolor.

[11] Victoria Kent, entrevista realizada por Joaquín Soler Solano, programa *A fondo*, TVE.

La edición española de *Cuatro años de mi vida* fue un empeño de su amiga la escritora y excelente traductora Consuelo Berges y de la propia Victoria Kent, una vez que Berges conoció la obra en 1977.

El texto había visto la luz por primera vez en francés, en enero de 1947, con el título *Quatre ans* à *Paris*, publicado en la editorial de Adèle de Blonay, Livre de Jour, traducido y corregido por el profesor de la Sorbona e hispanista Pierre Darmangeat. Tenía además unas ilustraciones magníficas de Ch. Bardet. En español, se publicó en Buenos Aires en septiembre de ese 1947 con el título *Cuatro años en París* por la editorial Sur, que dirigía su buena amiga Victoria Ocampo. Era, sin embargo, un texto poco conocido en España porque, como tantos otros libros escritos y publicados por exiliados, no se había podido editar bajo la dictadura franquista (Gutiérrez Vega, 2001: 253-254). «Hasta septiembre de 1977, no conocí yo –no lo conoció en España casi nadie– este libro de Victoria Kent publicado hace treinta y un años. Ni siquiera tenía noticia de él», escribía en la introducción a la edición española del libro Consuelo Berges. «Me lo envió ella misma desde Nueva York tras una emocionante carta suya escrita cuando, por un artículo mío reivindicatorio de ciertos derechos de nuestros escritores desterrados […] se enteró que yo estaba en este mundo y en Madrid», concluía (1978: 5-16).

Consuelo Berges y Victoria Kent se habían visto solo un par de veces durante la Segunda República. Sin embargo, habían tenido al principio de sus exilios una vida paralela. Es Consuelo Berges la que nos cuenta cómo las dos coincidieron como refugiadas en París. «Durante la ocupación nazi de París, Victoria Kent y yo habríamos podido vernos allí. Pero no, no podíamos, no pudimos. Ni siquiera supe yo que ella estaba en París y mucho menos debía saber ella que en París estaba yo, una más, uno más de tantos españoles del éxodo y del llanto», escribía Berges en la introducción de *Cuatro años de mi vida*. «Las dos, Victoria Kent y yo, éramos muy vulnerables a la interpelación policial. Monsieur vos papiers! Madame vos papiers! Yo por indocumentada, ella por excesivamente documentada» (1978: 7). Y tenía razón Consuelo Berges. Esa preocupación por el «exceso de papeles» –el pasaporte diplomático de la Segunda República española– impidió que Victoria Kent accediera a cualquier otro de los documentos necesarios para sobrevivir en el período de ocupación. Pero, por otra parte, su buen hacer durante sus años de estancia en la embajada de España en París le dio amigos y protectores que posibilitaron que el «encierro» de Victoria Kent llegara a buen fin. Consuelo Berges sí fue detenida en París en el año 1943 y deportada a la España franquista.

Mientras Victoria Kent, Consuelo Berges y muchos otros republicanos españoles vivían escondidos en París, Franco iniciaba el proceso de purga y olvido de estos españoles que tanto habían trabajado por la modernización de España. Las acusaciones del franquismo contra Victoria Kent fueron infinitas y llamativas. Fue acusada de haber ejercido como profesora del madrileño Instituto Escuela; de haber perseguido «a los funcionarios de derechas» (sic) cuando fue directora general de Prisiones; también de haber participado en el Socorro Rojo y sobre todo en la campaña pro abolición de la pena de muerte; de ser masona, y de haber ayudado a los «refugiados rojos residentes en Francia». La justicia franquista llamó a declarar a Victoria Kent el 24 de agosto de 1940 y al no comparecer fue declarada en rebeldía. La condena por sus «delitos» fue dura. Pena de treinta años de reclusión mayor y las accesorias de inhabilitación ab-

soluta y expulsión del territorio nacional[12]. También fue expulsada del Ilustre Colegio de Abogados de Madrid en agosto de 1939 por «incompatibilidades con el decoro de la profesión»[13]. Entre sus compañeros indecorosos estaban Luis Jiménez de Asúa, Julia Álvarez Rosado, Eduardo Gasset y Miguel Maura.

Victoria era ya, para todos, una exiliada que estaba refugiada, de manera clandestina, en Francia. Ella necesitó, sin embargo, como para muchas otras cosas en su vida, tiempo y reflexión para poder construirse a sí misma, para poder vislumbrarse como alguien expulsado de su tierra, como una desterrada.

De sus reflexiones en esos cuatro años de confinamiento que le llevaron a transitar desde ser una ciudadana libre a considerarse una exiliada, orgullosa de serlo, sabemos mucho. En su libro autobiográfico *Cuatro años de mi vida*, las elucubraciones sobre la libertad o no del ser humano lo llenan todo. Y su convicción de que un ser encerrado, expulsado, es un ser libre, mientras que alguien que acepta la tiranía totalitaria es un ser encadenado, está presente. «Mi libertad puede estar mermada pero sana: ha florecido en la soledad [...] soy dueño de mi alma, soy dueño del universo», escribía Victoria Kent en primera persona, en su obra, bajo el pseudónimo de Plácido. «Vosotros que andáis por las calles y avenidas con una apariencia de seres libres decidme ¿en qué consiste vuestra libertad? Vosotros podéis entrar en los cafés y os podéis sentar al lado del invasor; vosotros os podéis sentar en un cine y admirar los éxitos del ocupante», continuaba Plácido. «Vosotros podéis leer libros permitidos […] comer las migajas que nos dejan […]», acusaba Victoria Kent a todos los que aceptaban en las calles parisinas la presencia de los alemanes (1978: 44-50). «Son seres humanos y no los amo. No amo a esa manada que pasa gritando o cantando, que obedece a una voz, que sigue a otro», continuaba Victoria Kent sobre la falta de libertad de aquellos que en apariencia gozaban de libertad. «Así, en manada, se puede robar, incendiar, matar sin que ninguno de los individuos que la componen sientan repugnancia o satisfacción […] esa masa no tendrá nunca conciencia de su crueldad», concluía Victoria Kent (1978: 53).

Pero ese ser libre que reivindicaba Plácido implicaba sacrificio. Ese espacio elegido, el de no colaborar, el de mantenerse firme, el de no retornar, el de ser una exiliada, implicaba dolor. «Cuesta mucho entrar en la zona del olvido, porque el olvido no viene cuando se le llama, cuando lo necesitamos. El olvido viene cuando quiere», reconocía Kent. «¿Con qué cuento yo para andar por el mundo? Con una gran repugnancia y con un documento de identidad, válido aún, que dice en grandes letras moradas *refugié*, lo que en lenguaje llano significa enemigo del nuevo orden», reflexionaba Victoria Kent en su escondite. «Bien es verdad que estas dos armas he de guardarlas bien cuidadosamente. ¿Qué puedo hacer con la primera y adónde voy con la segunda? Cuento también con mi pasado, con los incidentes de mi vida», continuaba Kent. «No olvidemos que mi nombre está en esas listas de objetos no encontrados. Si tengo interés en no aparecer he de hacer una vida de perro perdido. Perro perdido no, yo no tengo amo, yo no seré perro perdido seré perro callejero», concluía Victoria Kent en *Cuatro años de mi vida* (1978: 72-73).

[12] Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, rollo tribunal número 215, juzgado especial número 1, año 1941, sumario 73. Citado por Gutiérrez Vega, 2001: 140-141.

[13] Recorte del *Diario de Madrid*, fechado a mano por Victoria Kent en agosto de 1939. BRBML, YCAL, 473.

4. EXILIADOS, EXILIADAS

Pero, además, en esa construcción del exilio, en esa reflexión sobre su nueva condición de exiliada y de refugiada, Victoria Kent era consciente de que si el exilio es duro para todos, lo es todavía más para las mujeres.

«Ovidio dijo: "En saliendo de su patria ¿quién puede decir que sigue siendo el mismo?" Y esta es la tragedia del hombre en el destierro», reflexionaba Victoria Kent, «Su brazo no dirige, su mirada no abarca sino horizontes bien limitados, su voz no llega a ninguna parte» (1978: 80). Estas reflexiones sobre el exilio masculino pronto fueron enriquecidas desde su posición de exiliada. «Por lo que respecta a la mujer creo que ha llegado el momento de que se le haga justicia en este terreno», exclamaba Victoria Kent. «Se ha dicho que el exilio es un dolor más profundo para el hombre que para la mujer, porque para la mujer la patria es su hogar y su hogar va con ella». Esta premisa no podía ser compartida por una mujer que como muchas republicanas se había comprometido con la Segunda República, había participado en los debates políticos y había, como muchas otras, tenido poder y, por lo tanto, «su brazo había dirigido». Pero Victoria Kent, en esta reflexión sobre el exilio de las mujeres, no solo se refirió a las líderes republicanas, se refirió a todas, fuera cual fuese su cometido.

«Los tiempos de Ifigenia están lejos», escribía Victoria Kent refiriéndose de nuevo a la Ifigenia del drama de Goethe. «No hay Thoas que ofrezcan su mano y su cetro a una refugiada. Hoy en día, la vida de una mujer es tan brutal como para el hombre», y continuaba Kent: «Yo diría que es más brutal porque frente a la violencia estará siempre desarmada». Considerando, además, la brutalidad del exilio republicano español atravesado en muchos casos por la barbarie nazi, Victoria Kent afirmaba: «La mujer ha conocido en esta guerra todas las humillaciones y todos los sacrificios». Y recogiendo el sentir de muchas mujeres españolas exclamaba: «Exiliada, perseguida, vejada, encarcelada o deportada, su patria se le aparece como un hogar abandonado» (1978: 81-82).

Para Victoria Kent algo había cambiado en ese duro siglo XX en relación con las mujeres y niños por la transformación de todas las guerras en guerras totales. «Viene la guerra, lo que oficialmente se llama la guerra y no hay frente delimitado. El frente es la otra calle, la esquina o vuestro propio domicilio: es la guerra total», escribía Victoria Kent. «Se mata en el frente oficial, se mata en la retaguardia, se mata en las cárceles, se mata en los caminos. Se mata a los niños, se mata a las mujeres», concluía (1978: 28).

No solo la violencia ejercida contra ellas era mayor, sino que su situación, en la mayoría de los discursos culturales y legales, de seres dependientes, les dificultaba todavía más el acceso a las herramientas mínimas –legales, económicas y sociales– para poder sobrevivir en la dura situación del exilio y de la persecución. «Consciente de todos los peligros mira estremecida estos años deshilados de la vida, en los que tantas cosas cambian, en los que tantas cosas se rompen, en los que se alejan irremediablemente los seres», cerraba Victoria Kent su triste reflexión sobre las mujeres exiliadas (1978: 82).

5. LA LIBERACIÓN. LOS DOCUMENTOS DEL EXILIO

Tras cuatro años de clandestinidad, en donde había reflexionado y se había reconocido como exiliada, Victoria Kent tuvo la inmensa alegría de vivir la derrota alemana

y la liberación de París. En forma de diario fue narrando, al final de *Cuatro años de mi vida*, lo que acontecía en la ciudad. El día 25 de agosto de 1944 escribía: «Los ejércitos aliados han tomado las puertas de París. De una manera espaciada, discontinua comienza la entrada. Son las dos de la tarde nuestras manos se tienden y aplauden a los libertadores», concluía (1978: 183). El día 26 su alegría no tenía límites. Una patriota, Victoria Kent se llenó de orgullo al ver a sus compatriotas desfilar bajo los Campos Elíseos. «¿Y esos tanques? ¿Veo claro? ¿son ellos?», escribía Kent. «Son los españoles, veo la bandera tricolor; son los que atravesando el África llegan hasta los Campos Elíseos. Los tanques llevan nombres que son una evocación: "Guadalajara", "Teruel", y son los primeros que desfilan por la gran avenida», concluía (1978: 184).

Fig. 2. Victoria Kent y Louise Crane, en California, década de los sesenta. Zenaida Gutiérrez-Vega Collection of Victoria Kent. General Collection. Cortesía de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University.

Muy poco después, Victoria Kent y su amiga Adèle de Blonay celebraron con esos combatientes españoles la liberación de la ciudad. «Por la radio nos enteramos de que esa división acampaba en el Bois de Boulogne y de que una compañía (la Novena) estaba enteramente formada por españoles», narraba ya Victoria desde Nueva York. «No es fácil describir el recibimiento que me dispensaron españoles y franceses. Nos abrazamos conmovidos y estuvimos conversando largas horas» (Pons Prades, 1976: 396).

Exiliada ya, y libre, en París, una ciudad en donde había sido primero muy feliz, y después había sufrido el temor y el despojo durante sus años clandestinos, se iniciaban las dificultades emotivas y materiales para Victoria Kent comunes a todos los desterrados.

En la parte de su archivo que custodió Zenaida Gutiérrez Vega, se conservan muchos documentos de Victoria Kent que nos hablan de su itinerancia y de su inquietud. Así, de la época parisina, se conserva el *titre d'identité et de voyage*, expedido por el Gobierno de Francia, que era un documento que tenía que renovarse cada seis meses, en donde, en esos primeros años de la posguerra, se anotaba todo. Desde los visados de viaje, a los sellos por el paso de fronteras, a la concesión de bonos para la alimentación, y hasta el dinero que, en este caso, Victoria Kent sacaba de los bancos. Con fotografía y firma de Victoria Kent y con una extensión de más de dieciocho páginas, la concesión del *titre d'identité* se produjo el 28 de julio de 1945. En principio se contemplaba una duración hasta el 28 de enero de 1946. Kent obtuvo ya una prórroga, de un año, el día 13 de febrero de 1946. Este documento le permitió viajar. Y vemos que Victoria Kent lo hizo, y mucho, tanto por razones personales como por sus compromisos políticos con la Segunda República española. Su primer viaje fue a Suiza, en agosto del 45.

Residió todo el mes de septiembre allí, en Vevey, y le dieron para el período cupones de comida a través de la oficina comunal de economía de guerra. El segundo fue a Estados Unidos, en donde entró por New Haven en octubre de 1945. Se le admitió, como consta por los sellos, bajo el párrafo 2, sección 3 de la dura Ley de inmigración estadounidense de 1924. De allí pasó a Puerto Rico. También viajó a México en el 46 y de nuevo a Estados Unidos en 1946 y en 1948. De la cantidad de permisos, de la escasez de los tiempos, de la provisionalidad de los documentos, de las dificultades de no tener un estatuto jurídico claro, como les ocurrió a todos los exiliados españoles en esos primeros años, es una muestra fehaciente esta sección de su archivo[14].

Fig. 3. Victoria Kent en Nuevo México apoyando a Ike Eisenhower en las elecciones presidenciales de 1952. Zenaida Gutiérrez-Vega Collection of Victoria Kent. General Collection. Cortesía de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University.

En 1948, Victoria Kent dejaba de forma definitiva Francia buscando una mayor estabilidad económica y laboral. Soñaba con volver a trabajar como abogada y penalista y se trasladó a México. Allí dirigió la Escuela de Capacitación para Empleados de Prisiones y Establecimientos Penitenciarios que se creó, adscrita a la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, en 1949, siguiendo su propuesta. Ella fue quien creó el plan de estudios de la escuela y también fue su profesora más prestigiosa. Además, enseñó en la UNAM un curso sobre el estudio del medio penitenciario, y más tarde impartió docencia vinculada a la Cátedra de Sistemas e Instituciones Penitenciarias (Gutiérrez Vega, 2001: 152-153). Al principio, en México, tenía estatus de residente, manteniendo su certificado de nacionalidad española expedido por el consulado general de España en México, que dependía del Gobierno de la República en el exilio. El 4 de mayo de 1950 obtuvo «sin renuncia de la nacionalidad española», como otros muchos refugiados republicanos, la nacionalidad mexicana, lo que le facilitó mucho la movilidad. «El titular es mexicano por naturalización según carta 335 otorgada el cuatro de mayo de 1950», rezaba el pasaporte mexicano de Victoria Kent[15].

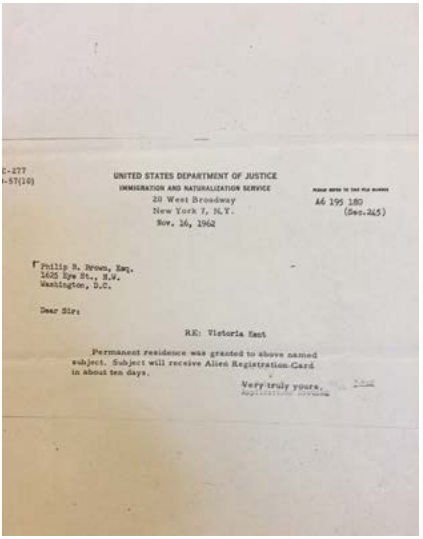
De todas formas, Victoria Kent, como muchos otros exiliados, no se sentía del todo en casa en su «patria» mexicana. Si bien profesionalmente avanzaba, no había logrado la estabilidad necesaria y, además, las continuas pugnas políticas y personales de los exiliados españoles en México le hastiaban. Quería tener una mayor independencia personal, un mayor anonimato y una mayor libertad. Una de las ciudades que más le

[14] «Titre d'identité et de voyage», Zenaida Gutiérrez-Vega Collection of Victoria Kent, 1936-2006 (BRBML).

[15] Zenaida Gutiérrez-Vega Collection of Victoria Kent, 1936-2006 (BRBML).

habían impactado de las que había conocido era Nueva York (Guardia Herrero, 2016: 94-105).

Una oportunidad, la de colaborar como experta en asuntos penitenciarios en el Departamento de Asuntos Sociales de la Organización de Naciones Unidas, cursada por John P. Humphrey, supo aprovecharla. En 1950 se trasladó a Nueva York, en donde ya residió hasta su fallecimiento, en 1987. Allí encontró la estabilidad afectiva, al lado de Louise Crane y de muchas amigas y amigos, y un rico camino profesional y político como editora de *Ibérica por la Libertad* y de la propia editorial Ibérica (figuras 2 y 3).



UNITED STATES DEPARTMENT OF JUSTICE
IMMIGRATION AND NATURALIZATION SERVICE
20 West Broadway
New York 7, N.Y.
Nov. 16, 1962

A6 195 180
(Sec.245)

Philip R. Brown, Esq.
1628 Eye St., N.W.
Washington, D.C.

Dear Sir:

RE: Victoria Kent

Permanent residence was granted to above named subject. Subject will receive Alien Registration Card in about ten days.

Very truly yours,

Fig. 4. Documento del servicio de Inmigración y Naturalización del Departamento de Justicia de Estados Unidos, concediendo la residencia permanente a Victoria Kent. Zenaida Gutiérrez-Vega Collection of Victoria Kent. General Collection. Cortesía de la Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University.

No siempre fue un camino fácil porque una vez acabado su contrato con Naciones Unidas, el 10 de julio de 1952, volvió a la dificultad de su estatus jurídico en Estados Unidos. El 26 de febrero de 1962 Victoria, que mantenía su nacionalidad mexicana sin haber renunciado a la española, solicitó a la Sección de Inmigración y Naturalización del Departamento de Justicia de Estados Unidos el permiso de residencia permanente avalado por su sueldo como editora de la *Revista Ibérica por la Libertad*. La obtuvo, como consta en su archivo, el 16 de noviembre de 1962. A partir de entonces trabajó y vivió más tranquila en Nueva York (figura 4)[16].

Victoria Kent no quiso regresar a España hasta que no legalizaran a todos los partidos políticos, cosa que no ocurrió hasta después de las elecciones del 15 de junio de 1977. Si bien se habían legalizado casi todos los partidos políticos, incluso el Partido Comunista de España, no ocurrió lo mismo con los partidos republicanos, que, como era lógico, mantenían la defensa de una forma de gobierno republicana para España. Fue el 2 de agosto de 1977 cuando se legalizaron ARDE y las otras dos formaciones republicanas que habían sobrevivido en el exilio: Acción Republicana y Esquerra Republicana. En ese momento Victoria Kent sí solicitó en el consulado de España en Nueva York su flamante pasaporte español –recordemos que nunca había renunciado a la nacionalidad española– y organizó su viaje a España.

Victoria Kent y Louise Crane viajaron desde Nueva York a Londres el 9 de octubre de 1977 y de allí a Madrid el día 11 de octubre del mismo año. Estuvo más de un mes, hasta el 15 de noviembre de 1977. Fue un viaje agridulce, como se deduce

[16] Zenaida Gutiérrez-Vega Collection of Victoria Kent, 1936-2006 (BRBML).

de sus escritos más íntimos. En realidad, fue una estancia con más valor afectivo que político. Kent visitó a su familia, a amigos, y también a muchos jóvenes españoles que la admiraban. «Aunque no tengo aspiraciones políticas quiero ayudar a resolver el sistema penitenciario», afirmaba Victoria Kent en una de las muchas entrevistas concedidas durante ese mes. Pero no fue así. «En ese primer viaje nadie le pidió su opinión. Abrazos, besos, palabras y poco más para una sensible Victoria Kent que volvió a Nueva York sabiendo que esa gran ciudad era ya la suya. ¿Y por qué no? A ella Manhattan siempre le había gustado mucho» (Guardia Herrero, 2016: 244). Victoria Kent ya nunca más se consideró exiliada en Estados Unidos. Amaba a España, quería a España, pero ya se sentía de allí, de Nueva York, de la Quinta Avenida en donde, desde 1972, residía junto a Louise Crane.

El exilio de Victoria Kent se había terminado. No con un retorno físico y espiritual a España, ni con su fallecimiento, sino con ese largo viaje que fue su vida, su trabajo y sus afectos. Con todo ello, y a los 85 años, al regresar de España a Nueva York, Victoria Kent había dado respuesta a la pregunta formulada por la Ifigenia de Goethe. Ella, a diferencia de la propia Ifigenia, sí fue capaz de hacer una patria, compleja y rica, en un país extranjero.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Berges, Consuelo (1978): «Introducción», en Victoria Kent, *Cuatro años de mi vida*, Madrid, Bruguera, pp. 5-16.

Guardia Herrero, Carmen de la (2016): *Victoria Kent y Louise Crane en Nueva York. Un exilio compartido*, Madrid, Sílex.

Gutiérrez Vega, Zenaida (2001): *Victoria Kent. Una vida al servicio del humanismo liberal*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga.

Kent, Victoria (1978): *Cuatro años de mi vida. 1940-1944,* Madrid, Bruguera.

Pons Prades, Eduardo (1976): *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Planeta.

Ramos Palomo, M.ª Dolores (2010): «Exilio, historia y memoria. Victoria Kent: cuatro Años en París (1940-1944)», en Fernando Martínez López, Jordi Canal i Morell y Encarnación Lemus López, *París Ciudad de acogida: el exilio español durante los siglos XIX y XX*, Madrid, Marcial Pons Historia, pp. 251-283.

Valle, José María del (1976): *Las instituciones de la República española en el exilio*, París, Ruedo Ibérico.

ARTÍCULOS EN PERIÓDICOS:

Gorospe, Pedro. «La última voluntad de los Meabe», *El País*, 3 de abril de 2017.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

ESCRIBIR DESDE LO QUE SE DESVANECE. LOS CUADERNOS AUTOBIOGRÁFICOS DE LUIS LACASA EN EL EXILIO

Henry Vicente
Universidad Simón Bolívar

Tres exilios, el primero en el año 39 al terminar nuestra guerra; después de la guerra civil emigra a Rusia, en Rusia el segundo exilio consiste en vivir durante años y morir en un medio ajeno, un medio en muchos aspectos lejano de su medio natural; y el tercer exilio es el olvido, el olvido por omisión, el olvido malintencionado al que los arquitectos y los intelectuales que migraron en el 39 en gran parte han sido sometidos.
Jorge Lacasa Sancha[1]

1. INTRODUCCIÓN

«El tercer exilio es el olvido», esta frase de Jorge Lacasa Sancha sintetiza parte del drama de los desplazados de la Guerra Civil Española. Es el caso de su padre, el arquitecto Luis Lacasa. Casi cuarenta años después de la realización de la exposición «Racionalismo madrileño: Luis Lacasa 1920-39» (1976), su director, Daniel Zarza, afirmaba que la tumba de Lacasa seguía «helada y olvidada en el cementerio de Vedenskoye en Moscú», siendo su figura conscientemente borrada de la historiografía oficial en Occidente, así como en Rusia, pues, como decía Ilyá Ehrenburg, «los buenos comunistas no deben tener biografía» (2014: 296-297).

Así pues, el olvido se plantea de entrada como una de las «fronteras» del exilio. Etimológicamente «frontera» proviene de *fronte*, del latín *frons*, que remite a frente, semblante o fachada, con el sufijo *-era*, del latín *-aria*, que marca relación. «Frontera» habla tanto de una barrera, la parte frontal de un territorio opuesto, como de la fachada de una construcción, lo que podría implicar «confrontar».

2. LAS FORMAS DE LO AUTOBIOGRÁFICO

Esos lindes y fronteras son convocados, por el trajinar vital de Lacasa, en torno a las formas de lo autobiográfico: cuadernos en los que fija «impresiones, consideraciones y recuerdos» (Lacasa, 2017: 195), que traman el relato del exilio. Se suma así a una línea primigenia de relatos del exilio arquitectónico que intentamos visibilizar en *Arquitecturas desplazadas. Arquitecturas del exilio español*:

[1] Arquitecto y urbanista, hijo de Luis Lacasa y de Soledad Sancha, nacido en Moscú en 1940. El epígrafe está extraído de una entrevista incluida en un vídeo realizado para la exposición «Arquitecturas desplazadas. Arquitecturas del exilio español» (Cordero, Martín y Vicente, 2007).

> En el caso de los arquitectos exiliados, lo primero que llama la atención es que su «relato» lo han realizado arquitectos exiliados ellos mismos. […]. Lo que les ha «legitimado» para construir sus relatos es la condición asumida de testigos y protagonistas a la vez. Es decir, una constatación empírica del devenir del exilio y la arquitectura en escenarios que, en principio, no les pertenecen. […] no pueden dejar de incluirse en una narrativa que en el fondo es autobiográfica (Vicente, 2007: 19).

El sentido de la autobiografía, y con ello la elección de la primera persona como forma de relato de la experiencia del desarraigo, implica privilegiar un modo de narración que equivale a «contar desde el borde aquello que se ubica en el borde, en tanto la situación narrada, el exilio, se presenta también como un límite» (Ricaud, 2009: 141). Para Sylvia Molloy, se trata de «un ejercicio mnemotécnico que –como todo recuerdo– es una forma de fabulación», en el que «la evocación del pasado está condicionada por la autofiguración del sujeto en el presente» (1996: 19). En este sentido, hemos de hacer varias precisiones, cuando Lacasa escribe sus cuadernos autobiográficos, está muy lejos de su lugar de origen, tanto geográfico como temporal. Lo hace desde su destierro, desde una condición de proscrito, en Moscú, y teniendo una primera aproximación en 1949, según anotan sus hijos Jorge y Amaya: «Su primer trabajo autobiográfico fue un capítulo de un libro sobre los intelectuales, por encargo del Partido Comunista de España (PCE) en 1949, […] que nunca se publicó» (2017: 59). Sin embargo, los cuadernos en sí se suceden en la década de los sesenta: «Devezencuandario» (1961), «Derdycke» (1962-1963), «Sobre esto y aquello» (1964), «Vita Nova Ludovico Domus» (1965), aparte de algunos textos de la misma índole, como «Un mes en Madrid» (1961), «Alberto ha muerto» (1962) y «Notas para un estudiante de arquitectura» (1964). La mayoría de los cuadernos «van dirigidos a su hijo Jorge, entonces estudiante de arquitectura» y se asumen «con un objetivo didáctico de formación y orientación» (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 59), lo que los mantendría en un ámbito íntimo, sin aspiraciones públicas. El valor didáctico suele justificar la narración de una historia personal, y se presenta, además, como garantía de su mérito documental (Molloy, 1996: 189).

Fragmentos de esos cuadernos han aparecido en publicaciones previas, como en el epígrafe del prólogo, la introducción y las notas autobiográficas de *Luis Lacasa. Escritos 1922-1931*, de 1976[2]; incluso uno de esos textos fue publicado en 2005: *Notas para un estudiante de arquitectura… y algunos dibujos*, pero no sería hasta 2017 en que la parte sustancial de dichos cuadernos[3] sería publicada en el libro *Sobre esto y aquello*.

[2] Dichos fragmentos de «memorias» aluden a su intervención en el pabellón de la Exposición de París de 1937. Por otra parte, dicho libro incluía un texto suyo del exilio: «Las palabras nos confunden la arquitectura» (1965). Aparecía casi como una posdata en el libro, ajeno al arco cronológico definido por el título y siendo el único texto del exilio allí incluido.

[3] Aún bajo la condición de inéditos, los cuadernos de Lacasa son la base fundamental de Carlos Sambricio (2014), «El exilio arquitectónico en el Este de Europa», en Juan José Martín Frechilla y Carlos Sambricio (ed.), *Arquitectura española del exilio*, Madrid, Lampreave (pp. 231-251). En dicho texto se dice que convendría contrastar dichas memorias con los originales, «dada la frecuente práctica de algunos deudos quienes, *ab maiorem gloriam*, eliminan párrafos o introducen pequeñas correcciones». Las notas de Jorge y Amaya Lacasa Sancha señalan: «En algunos casos hemos suprimido las notas personales, de poco interés para el lector […]. No se ha censurado nada […]» (2017: 59).

Así pues, en vez de biografía, negada por Ehrenburg a los «buenos comunistas», Lacasa tendría *autobiografía*.

3. DEL LÁPIZ A LA ESTILOGRÁFICA

«*Desde que llegué aquí dejé el lápiz para tomar la estilográfica*»[4] (2017: 257), así define Lacasa el cambio que sufre su vida profesional en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El lápiz del «proyectista» es suplantado por la estilográfica del «ensayista». El rol jugado en la España de los veinte y los treinta lo obligaba a «adiestrarse en la previsión de la realidad *a través del papel*, del proyecto»[5] (Lacasa, 2005: 38). Un papel en el que borroneaba con el lápiz, y borraba y replanteaba, o volvía a esbozar, no solo proyectos sino también caricaturas que le dieron un temprano reconocimiento[6]. Y ese trazo sobre el papel podía convertirse en una «obra real» en un plazo de un año o más, en el caso de la arquitectura, o a lo largo de varios años, en el caso del urbanismo. La estilográfica, en cambio, representa la práctica laboral que le es vedada en la URSS, por lo que debe reorientar su trabajo hacia el campo teórico. No le permite borrar sino tachar. Escribe páginas que deben ser traducidas y pasadas a limpio, pues no sabe ruso[7] (Lacasa, 2017: 189). Por tanto, la estilográfica está adherida a su exilio, y el balance final es desalentador: «Como arquitecto, estoy entumecido. Como urbanista, atrasado. Como historiador, teórico y crítico de arquitectura y urbanismo, deformado y descontento» (2017: 266).

En todo relato autobiográfico importa la posición, ya que «no cuenta tanto lo recordado como cuándo se recuerda y a partir de dónde» (Molloy, 1996: 186), y en este caso nos interesa esa «llegada inconclusa»[8] desde donde recuerda Lacasa. Priorizaremos al Lacasa de la «estilográfica», pero no dejaremos de aludir brevemente al del «lápiz».

3.1. Una vida «apacible»

La evocación que hace Lacasa, en 1964, de la rutina que seguía justo antes de la Guerra Civil, está vista a través del cristal refractario de la propia tragedia bélica y de décadas de exilio:

> Vivía apaciblemente en mi casita de Chamartín de la Rosa. Iba a la Ciudad Universitaria, como siempre, a la cervecería de la glorieta de Bilbao, antes de comer, al café de Gijón, después de comer; a la taberna Arrumbambaya, de la calle de la Libertad, a cenar; y a la Granja el Henar, después de cenar (2017: 120).

[4] Subrayado en el original.
[5] Subrayado en el original.
[6] Véase Silvio Lago (1923): «Arte humorístico. Luis Lacasa», *La Esfera*, 493, junio, s/p.
[7] Siempre pensó que el regreso a España estaba a la vuelta de la esquina (2017: 192).
[8] El término lo tomamos de Gina Alessandra Saraceni (1997): *La llegada inconclusa. Tránsito y llegada de tres viajeros británicos en el Caribe y en La Guaira (1830-1870)*, Caracas, Fundación Celarg.

Esa vida «apacible» exalta aquello con lo que la guerra acaba, así como carencias de su vida en Moscú. Ya en 1961, después de un fallido intento de quedarse en España, había realizado ejercicios de la memoria en los que «descomponía» su vida:

> Resulta, pues, que mi vida se descompone como sigue:
> Trece años de niñez y adolescencia
> Diez años de estudio
> Trece años de práctica profesional
> Doce años de actividad profesional teórica
> que suman cuarenta y ocho años; interrumpidos por dos guerras (seis años) y un viaje a China (otros seis años) (Lacasa, 2017: 183).

Esos «Trece años de niñez y adolescencia», que en los cuadernos se reducen a escuetas menciones a «certificados» de nacimiento[9] y destinos profesionales que signan estancias de infancia[10], son sustituidos por los «Diez años de estudio», en los que escuelas de arquitectura, «lacónicas» presentaciones de proyectos, y el «desprecio» a los profesores (2017: 73-76) abren paso al centro de su relato «memorable»: esos «Trece años de práctica profesional», en los que toma «el lápiz», y que serán motivo de añoranza, como en la lista de «lo que me falta» que elabora en 1965, en la que en tercer lugar anota: «*Poder trabajar de arquitecto o de urbanista*, como hice hasta 1936 con gran aprovechamiento»[11] (2017: 256). Los componentes finales corresponden al exilio.

Su «práctica profesional» previa al exilio ha sido bastante abordada. No pretendemos ahondar en ella, solo listar lo que suele congregar: su mítica estancia en Alemania: un año entre Dresde, con pasantía laboral en la Sección de Urbanización del Ayuntamiento[12], y Berlín, su imbricación con la «nueva» especialidad del urbanismo; otro año entre Múnich, con un semestre de verano[13], y la Bauhaus de Weimar (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 19); su regreso a España y la difusión del conocimiento adquirido sobre urbanismo; la inmersión en el trabajo profesional, en la Oficina Técnica de la Ciudad Universitaria de Madrid (desde 1927), ocupándose de los sectores de deportes y residencias de estudiantes, «planeamiento local»; y en la Oficina de Urbanismo del Ayuntamiento (desde 1931), formando parte del equipo que diseña un Plan General de Extensión de Madrid, «planeamiento urbano»; pero mientras en la primera los proyectos «se ejecutaban en seguida», en la segunda no se pasaba del «papel» (Lacasa, 2017: 79), así como su participación en proyectos arquitectónicos particulares, como, por ejemplo, el del edificio para Valentín Ruiz Senén en Madrid (Sánchez, 1999: 172 y 177-178)[14].

---

[9] En Ribadesella, el 15-9-1899, donde vive la familia de su madre, María Navarro (Lacasa, 2017: 73).

[10] Su padre, Telmo Lacasa Navarro, primo hermano de su madre, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, destinado en Huesca cuando él nace, por lo que su infancia pasa en esa ciudad (Lacasa, 2017: 73).

[11] Subrayado en el original.

[12] Alfred Rost, geólogo alemán, lo coloca en dicha oficina. Ahí trabaja bajo la dirección del arquitecto Alt (Lacasa, 2017: 264).

[13] Bajo la dirección de Theodor Fischer (Lacasa, 2017: 264). que fue el primero en enseñar Urbanismo en la Technische Hochschule de Múnich, lugar en el que debe de haber hecho el curso.

[14] Proyecto inicial de Gustavo Fernández Balbuena, en la calle Almagro, n.º 5, pero cuya muerte «va a motivar que los arquitectos Luis Lacasa y Manuel Sánchez Arcas, se hagan cargo de finalizar la obra que dejó inacabada» (Sánchez, 1999: 178).

Fig. 1. Edificio para Valentín Ruiz Senén. Detalle de fachada. Luis Lacasa y Manuel Sánchez Arcas, Gustavo Fernández Balbuena, proyecto inicial, Madrid, 1925-1932. Foto: Verónica Trabucco y Sebastián D'Alessandro, 2018.

En los cuadernos destaca otro renglón: «Tuve mucha suerte […] por medio de los concursos de proyectos en los que participé […]. Así me di rápidamente a conocer» (2017: 78-79). Se refiere a los primeros premios obtenidos en el concurso del edificio del Instituto de Física y Química de la Fundación Rockefeller en Madrid (1927), junto con Manuel Sánchez Arcas; dos concursos de hospitales: el del Provincial de Logroño (1930) y el de Toledo (1931), en ambos con Sánchez Arcas, y en Toledo se suma Francisco Solana; el concurso para un grupo de viviendas en Solococches, Bilbao (1932), con Solana y Santiago Esteban de la Mora; y los concursos de poblados para las zonas regables del Guadalquivir y del Guadalmellato (1934), junto con Esteban de la Mora, Jesús Martí y el ingeniero Eduardo Torroja.

A nivel personal será crucial en esa época el conocer a su dilecto y admirado amigo de toda la vida, el escultor Alberto Sánchez, gracias a Enrique Segarra y Juan Rivaud, entonces estudiantes de Arquitectura.

3.2. Guerra y premonición

Al estallar la Guerra Civil, el Comité Nacional de la Asociación de Amigos de la Unión Soviética (AUS)[15] se incorpora al 5.º Regimiento, por lo que Lacasa queda listado en la Comisión de Propaganda (Lacasa, 2017: 113). Dicha comisión elabora el periódico *Milicia Popular*, el más importante de los boletines del frente[16]. Y si bien Lacasa

[15] Fue uno de los fundadores de la AUS. El 11-2-1933 apareció su manifiesto, siendo Lacasa el primer firmante (2017: 103 y 105). Desde 1934 era miembro del Comité Nacional y, como tal, ese año hizo su primer viaje a la URSS.

[16] Véase Eduardo de Ontañón (1936): «Periódicos del frente», *Estampa. Revista Gráfica*, ed. V. Sánchez-Ocaña, 454, s/p.

ARCHIVO HISTÓRICO Colegio Público de Arquitectos de Buenos Aires

participa activamente, califica sus tareas como «traspuntinescas» (2017: 252). Y es que en los cuadernos se define a sí mismo como un hombre que «va en automóvil, pero siempre sentado en traspuntín, es decir, en asiento suplementario plegable», pues no tiene «apetencias de figurar, de estar en puestos, lugares, asientos representativos» (2017: 252). Tal como sucede con la Junta de Gobierno formada tras la incautación del Colegio de Arquitectos de Madrid, compuesta, entre otros, por Gabriel Pradal, presidente; Eduardo Robles Piquer, vicedecano; Matilde Ucelay y José Lino Vaamonde, secretarios, y Félix Candela, contador. Lacasa es uno de los 21 vocales (Sánchez de Madariaga, 2011: 43).

Fig. 2. Caricatura dedicada a Viruchy Bergamín. Luis Lacasa, Orsay, 1937. Archivo Familia Bergamín.

La llegada de especialistas militares soviéticos genera la necesidad de traductores. Lacasa pasará meses como intérprete de alemán de Josef Ratner[17]. Todos los días lo acompaña al frente, pero no se le permite ver a nadie, ni siquiera a su familia, por lo que renuncia. Lo trasladan a Valencia (2017: 121), y entra en el consejo de colaboración de *Hora de España*. Sin embargo, el 4 de febrero de 1937, «el hombre del traspuntín» es designado «arquitecto para dirigir los trabajos que hayan de realizarse en el Pabellón de España» de la Exposición Internacional de París (República Española, 1937: 652). Según Arturo Sáenz de la Calzada, este pabellón sería el «canto de cisne» del racionalismo español[18] (1978: 64). Para Lacasa también lo sería, pues, según lo que escribe en sus cuadernos, el pabellón marca el momento de «abandono» del lápiz, el final de su trayectoria como arquitecto proyectista[19] (2017: 266).

Pero son otros los que han querido asignarle un rol «traspuntinesco» en relación con el pabellón, y a pesar de ello dicho edificio se yergue como hito clave en el papel desempeñado por la arquitectura en el entramado que rodea al enfrentamiento bélico. Baldellou ha traído a la discusión la necesidad de prestar atención a los pasos iniciales

[17] El trabajo de Luis, y sobre todo de Soledad Sancha, su futura esposa, como intérpretes en la embajada soviética, en el caso de ella al lado del controvertido Alexander Orlov, ha hecho que se les relacione con el espionaje soviético (Cabañas Bravo, 2017: 142).

[18] Dicha obra aglutina a varios arquitectos del exilio. No solo Lacasa y Josep Lluís Sert, cuya actuación como proyectistas sería un agravante de su condición de depurados, sino también sus colaboradores, Antonio Bonet y Domingo Escorsa, y el comisario general adjunto, Vaamonde (Vicente, 2007: 38-40).

[19] La estadía en Francia a fin de erigir el pabellón le brinda la oportunidad de reencontrarse con colegas y amigos como Rafael Bergamín. Una caricatura hecha por Lacasa en Orsay, lugar en el que se encontraban Bergamín y su familia, queda como testimonio de ese momento. Dedicada a la hija mayor de Bergamín, Viruchy, fue realizada en uno de los cuadernos que ella guardaba de dicha época (Vicente, 2005).

de la arquitectura del exilio, que podemos ver en esa especie de espejo de dos caras que tiene lugar en territorio francés y cuya primera cara es, sin duda, el pabellón, cuyo carácter efímero y urgente resulta premonitorio de la arquitectura del exilio, pues parece anunciar ya la futura dispersión y la fragilidad de todo exilio (1995: 17), y que tiene su revés, terrible revés, en la segunda cara, en el «ordenamiento» del campo de concentración de Saint-Cyprien que realiza, más simbólica que efectivamente, Robles Piquer, y que tiene igualmente el sentido de lo urgente y provisorio, pero se trata de algo realizado ya en unas condiciones en las que no caben la expresión de las ideas ni la esperanza (Vicente, 2014).

Ese mismo año ingresa en el PCE. Esgrime las razones: «[…] porque durante la guerra civil era el partido que más correspondía a mis concepciones (mejor dicho, yo a las suyas) que tenía una línea más clara y convincente» (2017: 50). Al culminar la exposición se va a Barcelona, sede del Gobierno republicano. Labora en la Subsecretaría de Propaganda (2017: 118). El 7 de febrero de 1939 cruza a pie, junto a Martí, la frontera francesa[20].

3.3. Decidir el exilio que será

Es internado en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer[21]. El Gobierno francés había dispuesto a finales de 1938 la creación de «centros especiales», previendo la avalancha humana que se instalaría en la frontera franco-española (Dreyfus-Armand, 2000: 59). Los refugiados podían eludir el internamiento si tenían parientes en Francia o amigos que les ofrecieran su aval, por lo que Lacasa permanece pocos días interno: «A los ocho días de estar en el campo de concentración de Argelés me sacó de allí el ingeniero francés M. al que no conocía […]» (2017: 118). Luego, en París, el arquitecto André Lurçat[22] se hace fiador suyo, y la Alianza de Intelectuales Franceses le ayuda económicamente con regularidad (Lacasa, 2017: 119). En aquel París en el que Lacasa había ostentado, pocos meses atrás, «una representación oficial», ahora era un indocumentado, pues «los documentos de la República Española bien pronto dejaron de ser válidos» (2017: 118), y tenía que salir del país. Se presentan tres opciones:

> *Primera*, ir a México, como miembro de la comisión de evacuación de españoles […]. *Segunda*, ir a la República Argentina donde me ofrecían trabajo de arquitecto […]. *Tercera*, venir a la URSS. Me incliné por esta tercera […] porque como veía la guerra encima pensaba que lo mejor era ligar mi suerte a la del país con el cual tenía más afinidades ideológicas (2017: 125).

Sentencia: «América ni me atraía ni me decía nada. Allá no tenía vínculo ninguno aparte de la comunidad de idioma» (2017: 126), en cambio, señala su alegría el día que recibe la admisión de entrada a la URSS. Con dicho documento, además, deja

[20] La fecha aparece en el título del cuadro de Martí *Camino hacia Francia (7 de febrero de 1939)*, fechado en Ciudad de México en 1950 (Del Cueto, 2014: 176). El cuadro se encuentra en el Ateneo Español de México.

[21] Argelès-sur-Mer fue el primer campo «acondicionado» (Dreyfus-Armand, 2000: 61).

[22] Lurçat trabajó en la URSS de 1934 a 1937.

de ser un apátrida (2017: 120). A finales de mayo embarca en Le Havre para Leningrado[23]. Como cualquier refugiado, llega a su destino prácticamente con lo puesto. Muchos años después, en 1964, anotará: «La decisión que tomé en 1939, de venir a la URSS, ha determinado el curso del resto de mi vida» (2017: 126).

4. ARQUITECTURAS DESPLAZADAS

Al llegar a la URSS es ubicado en una casa de reposo en Zanki, en Kharkov, Ucrania, y después en el balneario Krepost, en Kislovodsk, Cáucaso Norte, sin saber nada de una posible inserción laboral (Kharitonova, 2014: 26). Luego es instalado en Moscú, y allí se reúne con Soledad y Clara Sancha, y con el esposo de esta, su amigo Alberto Sánchez, el escultor. Al poco tiempo se casa con Soledad (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 31). Tiene un trabajo breve, sobre el que señala: «No vale la pena hablar de mi estancia de unos meses en Teaproektmontazh[24], donde ayudé al arquitecto Maskinski a hacer un abominable proyecto de teatro para la fábrica de Kolomna»[25] (2017: 126). Podemos pensar que en realidad es este proyecto, a pesar de trabajar en él solo como asistente, y no el pabellón de París, su «canto de cisne», el momento en el que abandona «el lápiz».

Mientras tanto, en Madrid, en noviembre de 1939, el juez del procesamiento de los «responsables» de la incautación del Colegio de Arquitectos de Madrid en 1936 propone la aplicación del Código Militar, por un delito de auxilio a la rebelión, para los quince encausados no comparecientes. Lacasa es uno de ellos (Sánchez de Madariaga, 2011: 45).

En Moscú, sigue su vida al margen de eso y en 1940 comienza a trabajar en la Academia de Arquitectura[26], ubicada en la calle Pushkin. Ingresa como colaborador científico especial (Lacasa, 2017: 252). Debe investigar sobre arquitectos occidentales, dentro de un estricto plan estajanovista de producción medido en cuartillas por mes (Zarza, 2014: 299).

En junio de 1941, Alemania invade la URSS, lo que da inicio a la guerra entre ambos países. Lacasa se encuentra movilizado tanto en su sitio de trabajo como en el de residencia. Le toca hacer guardias en el tejado de la casa y en el edificio de la Academia, en previsión de bombardeos (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 31). Pero el Gobierno da la orden de abandonar Moscú y, después de muchos inconvenientes, Luis, Soledad y su hijo Jorge, de un año de edad, junto con Clara y Alberto, son evacuados el 16 de octubre de 1941 en una expedición de la Komintern (Internacional Comunista). Tras 17 días de viaje en tren llegan a Ufa, capital de Bashkiria, y de allí son enviados a Kushnarenkovo, una aldea al oeste de los Urales, junto al río Bielaya, que no tiene ferrocarril. Según escribe, viven, en muy malas condiciones, «en los edificios de lo que

[23] Nombre que tuvo la ciudad de San Petersburgo entre 1924 y 1991.

[24] Oficina de proyectos para teatros.

[25] Planta de fabricación de maquinarias de locomoción, ubicada cerca de Moscú.

[26] Creada en 1934, era un bastión stalinista. Es significativo que Lacasa no haga mayor mención de su antiguo socio Sánchez Arcas en sus cuadernos, considerando que también trabajaba en la Academia y, además, eran vecinos, pues vivían en el mismo edificio de apartamentos comunitarios asignado a la Academia (Vicente, 2007: 44), la llamada Casa de los Arquitectos.

Fig. 3. Casa de los Arquitectos, Moscú. Foto: Oscar Cupaban, 2019. Cortesía de Eleonora Murillo Montoya y Juan Pablo Duque.

fue Escuela de Veterinaria», que, provisionalmente, se ha convertido en una «escuela política» (2017: 143). En la misma dictan clases de inglés Clara y Soledad. Se trata de una escuela de cuadros políticos[27] operada por la Komintern bajo el «camuflaje» de una escuela agrícola. Un tiempo después, Lacasa también dará clases en ella, clases de «cultura general» (2017: 147).

Mientras malviven allí, en España aparece en el *Boletín Oficial del Estado* la «Orden de 9 de julio de 1942» con la relación de los 81 arquitectos «depurados», de acuerdo a 11 grupos de sanción, de mayor a menor gravedad (Sánchez de Madariaga, 2011: 58). Lacasa, junto con Sánchez Arcas y Bernardo Giner de los Ríos, recibe la mayor sanción, lo que es una ratificación de lo ya dispuesto en 1940[28]: «inhabilitación perpetua para el ejercicio público y privado de la profesión» (Vicente, 2007: 26). Al margen de ello, las condiciones de vida en Bashkiria se ven compensadas por el nacimiento en 1943 de Amaya. Al poco tiempo se cierra la «escuela» y regresan a Moscú. Lacasa se reintegra a la Academia[29] y se instalan de nuevo en la Casa de los Arquitectos[30].

[27] La Escuela Internacional Lenin (EIL), creada en 1926, en Moscú, como un instrumento de «bolchevización» de la Komintern, y cerrada en 1938, tuvo esta especie de sede en Kushnarenkovo entre 1941 y 1943, año de disolución de la Komintern. Véanse José Carlos Rueda Laffond (2018): «Fábricas de comunistas: escuelas de partido y estrategias orgánicas en los años treinta», *Historia y Política*, 40, pp. 263-297, y Wolfgang Leonhard (1957): *Child of the revolution*, Londres, Collins.

[28] La Dirección General de Arquitectura aprobó dicha disposición el 24 de febrero de 1940 (Baldellou, 1995: 18).

[29] El horario laboral de la Academia era de 8:30 a 17:00. La disciplina era férrea (J, Lacasa y A. Lacasa, 2017: 33).

[30] Lacasa, Soledad y sus hijos ocupan dos habitaciones del piso. En el mismo viven otras dos familias. El baño y el W. C. son comunes, con turnos para limpiarlos (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 36).

Lacasa y Alberto intentan reproducir en Moscú las «tertulias» de Madrid. Se reúnen en una cervecería de la plaza Pushkin[31]. El alma de las tertulias madrileñas era Federico García Lorca, a quien dedica un artículo a los diez años de su asesinato[32]. También publica algún texto sobre urbanismo[33], y en 1949 defiende su tesis doctoral sobre Patrick Abercrombie, pero es rechazada «por aceptar y defender las teorías de un urbanista burgués, inapropiadas para la URSS en reconstrucción» (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 35).

Y ello refleja el clima asfixiante del país. En la posguerra, la URSS acoge un autoritarismo cada vez mayor, propicia el retorno a la ideología obligatoria y exalta la superioridad soviética sobre el capitalismo «generador de guerras». Se aísla al país de la influencia extranjera occidental. La vida en Moscú transcurre bajo la tutela de la policía secreta, el NKDV, y luego de su heredero, el KGB. Cualquier ciudadano puede ser un informador. No es posible escribir cartas al extranjero (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 36). Se sanciona a los artistas «apolíticos», pues la cultura ha de ponerse a favor del régimen, del realismo socialista y del culto a la personalidad. Desde 1949 hasta 1953, por ejemplo, el Museo Pushkin es sede de la exposición «Regalos al camarada Stalin en su 70 aniversario». Para ello, las piezas de la colección del museo se recogen y se guardan en depósitos (Sánchez Sancha, 2017: 411). La muerte de Stalin, en 1953, constituye no solo el final de la exposición sino el de una era criminal, de terror de Estado y persecución leguleya.

Por todo ello, el perfil de Lacasa «encajaría» en la noción de *Arquitectura desplazada* que abordamos hace un tiempo:

> En el contexto del exilio, un contexto antes que nada abocado a la supervivencia, la actividad emprendida por los distintos actores del exilio pasa a un segundo plano, debiendo efectuarse una serie de reacomodos que coloca a la arquitectura en un telón de fondo ante las ingentes precariedades y condiciones extremas en las que tuvieron que desenvolverse muchos de estos personajes. Así pues, a un desplazamiento físico, verificable, se une el desplazamiento en cuanto al nivel de importancia y de atención asignado a la arquitectura. (Vicente, 2007: 12)

4.1. Habitar un paréntesis

En 1954, Luis y Soledad reciben una propuesta de trabajo del Gobierno de la República Popular China. Aceptan la oferta por varias razones: es una solicitud de servicio que se le hace al PCE desde el Partido Comunista Chino; el ambiente en la Academia de Arquitectura sigue siendo irrespirable, a pesar de la muerte de Stalin; China despierta interés en todo el mundo, y las condiciones materiales son tentadoras

[31] Será la sede hasta 1953, en que fue transformada en bar lechero. Su local está ocupado actualmente por un McDonald's (Sánchez Sancha, 2017: 402).

[32] Luis Lacasa (1946): «Recuerdo y trayectoria de Federico García Lorca», *Literatura Soviética*, 9, pp. 38-46. García Lorca iba mucho a las fiestas en su casa de Chamartín.

[33] Luis Lacasa (1947): «Nuevas tendencias en la planificación y construcción urbana en el Reino Unido», *Problemas del urbanismo soviético*, 1.

(Lacasa, 2017: 175). El 2 de mayo de 1954 salen hacia Peking[34]. Llegan tras nueve días de viaje. Son instalados en un hostal en el centro de la ciudad e inician sus labores «como traductores en las Ediciones en Lenguas Extranjeras»[35] (Lacasa, 2017: 175). Entre otras labores, organizan la sección y se ocupan de la edición de la revista ilustrada *China*. La oficina de la sección española de la editorial está en un «edificio viejo, frío y destartalado» de la Agencia Xinhua, en el oeste de Peking. Son tiempos de amistad chino-soviética y llegan al país numerosos especialistas soviéticos que desarrollan proyectos en todos los campos. Luis y Soledad tienen el *status* de «especialistas extranjeros» y reciben un «boletín de noticias», dosificado y amañado. En tal sentido, no tienen contacto con la realidad china. De hecho, sus hijos afirman no haberse enterado «de las calamidades que vivió el pueblo chino hasta que lo leímos en libros, viviendo ya en España»[36] (2017: 45).

Luego de un tiempo son instalados en el Hotel de la Amistad, y trasladados a finales de 1954 a una casa de un alto funcionario chino, con patios y muros pantallas, en la que vivirán varios años (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 45). Dicha casa seguramente tiene que ver con la pasión de Lacasa por la «vivienda introvertida», es decir, por «la solución funcional, constructiva, económica, volumétrico-espacial a base de patios» (2017: 162).

En 1954 se celebra en Praga el V Congreso del PCE y Lacasa es nombrado miembro suplente del Comité Central, a pesar de no asistir al mismo. En 1956 se celebra el XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, el primero tras la muerte de Stalin, en el que Nikita Kruschev lee su célebre informe secreto[37], «Acerca del culto a la personalidad y sus consecuencias». En la escuela soviética, Jorge escucha en directo dicha lectura. Este, una vez terminado el bachillerato, ingresa en la Universidad de Peking para estudiar chino, y luego en la Universidad Qinghua para estudiar arquitectura. Luis es invitado con frecuencia a la universidad por Liang Xichen[38], decano de la facultad.

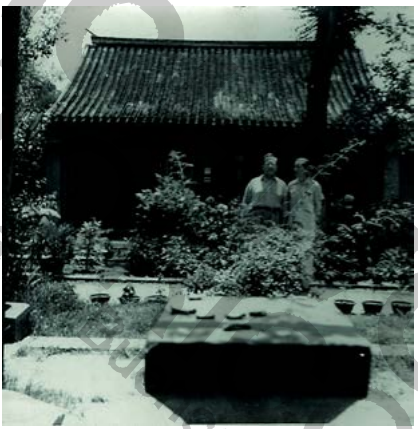


Fig. 4. Luis Lacasa y Soledad Sancha en el patio de su casa, Peking, 1954. Foto: Ketty L. Rodríguez. Archivo Lacasa Sancha (Vicente, 2007: 200).

En 1957, Alberto y Clara pasan tres meses con ellos en Peking. Gracias a los contactos de un amigo, el pintor chileno José Venturelli, Alberto asiste al desfile

[34] Usamos el término «Peking» por sugerencia de Jorge Lacasa Sancha cuando lo entrevistamos en 2006: Henry Vicente (2006), «Entrevista a Jorge Lacasa Sancha», Madrid, 7 de noviembre. El mismo corresponde al antiguo sistema *Wade-Giles* de transcripción fonética del chino mandarín.

[35] Su nombre oficial es Editorial Wai Wen Chu Ban She.

[36] Jorge y Amaya, junto con su madre, Soledad, regresarían a vivir a España en 1967, un año después de la muerte de Luis Lacasa.

[37] El 25 de febrero de 1956.

[38] Fue perseguido por la Revolución Cultural (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 47).

militar en la plaza Tiananmén (Sánchez Sancha, 2017: 406-407). En 1958 se mudan al recinto de la editorial, a unas casas modernas, anodinas, de ladrillo gris (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 45). Pero volverán a residir en el Hotel de la Amistad, morada final de su estadía en China.

Entre julio y agosto, Luis y Soledad viajan a Moscú a fin de que él asista al Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos (UIA), que, por primera vez, tiene representación española, entre ellos, Mariano García Morales, compañero de la peña del Café Gijón; Carlos de Miguel, director de la *Revista Nacional de Arquitectura*, compañero de promoción de su hermano Fernando; José Fonseca, al que poco conoce, etc. Hay cuatro jóvenes, Antonio Perpiñá, Francisco Javier Sáenz de Oiza, Rafael de la Hoz y Francisco Cabrero. También asiste Segarra, exiliado en México. Lacasa los invita a su *suite* en el Hotel Moskva y ellos le ofrecen interceder para conseguirle un pasaporte para volver a España. En sus cuadernos anota: «La comida fue por todo lo alto. Brindé «por España», lo que causó en ellos cierta sorpresa, no se esperaba eso de un «rojo»» (2017: 176). Al mes recibe carta de Fonseca en la que le dice que podían ir a España cuando quisieran pues contra él no hay cargos y que por los que hay contra Soledad[39] no se la iba a procesar. Por ello deciden retornar a Moscú (Lacasa, 2017: 178).

Su regreso a China coincide con el momento en que se produce un primer cisma entre este país y la URSS, y comienzan a partir trenes con miles de soviéticos de retorno a su patria. Ello sucede en medio de la implementación, entre 1957 y 1961, de la campaña de medidas económicas, sociales y políticas del Gran Salto Adelante. En 1959 Lacasa publica un artículo, bajo pseudónimo, avalando y resaltando la importancia histórica de una de las creaciones de dicha campaña: las comunas populares[40]. En 1960 regresan a Moscú[41]. Lacasa aduce: «Nos marchamos porque nos sentaba mal el clima; y porque los chinos empezaban a hartarnos con sus fanatismos» (2017: 162). Dicha salida coincide con la irrupción de la catastrófica Gran Hambruna, consecuencia del Gran Salto Adelante. Las cifras varían entre 15 y 45 millones de muertos, dependiendo de si son oficiales o no. Es difícil pensar que no haya relación entre esta tragedia y su salida de China. Al margen de ello, los trámites para obtener el pasaporte español avanzaban con perspectiva de éxito.

4.2. Un mes en Madrid

Desde Moscú, Luis y Soledad viajan a Viena a recoger sus pasaportes españoles, y de allí siguen a Madrid. A mediados de diciembre de 1960, entran en España (Lacasa, 2017: 179). Son veinte años sin estar allí. Los colegas con los que departió en Moscú, y otros más, lo visitan. Pero sobre todo se reúne con familiares, con sus hermanos Fer-

[39] Por haber sido intérprete en la embajada soviética.

[40] Fechado en diciembre de 1958, a los cinco meses del surgimiento de las comunas: José Navarro [Luis Lacasa] (2017): «Comunas populares en China», *Nuestras Ideas*, 6, mayo, pp. 46-50.

[41] Regresan a un piso sin muebles, vacío, lleno de cajas con libros que no desembalan pensando en llevarlos pronto a España (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 48). Mas Lacasa rápidamente publica otro artículo: José Navarro [Luis Lacasa] (1960): «Las artes plásticas en su tiempo y lugar», *Nuestras Ideas*, 9, octubre, pp. 62-73, y genera polémica al afirmar que «las artes plásticas soviéticas se encuentran […] a un nivel bastante bajo».

nando, Eduardo y Ramón y sus respectivas familias[42]. Sin embargo, al mes de estar en Madrid, son citados por la Dirección General de Seguridad y les dan 24 horas para abandonar España. En enero de 1961 salen en tren para París. Se quedan allí hasta el 15 de marzo, en que vuelven a Moscú (Lacasa, 2017: 183). Una vuelta obligada, escribirá tres años después, «pues no tenía base material en ninguna otra parte» (2017: 227)[43].

5. ESCRIBIR SIN ENMIENDAS

La «sanción» de «inhabilitación perpetua para ejercer la profesión» se cumplirá a rajatabla en el exilio: Lacasa no volverá a utilizar el «lápiz». Más bien, multiplicará el uso de su «estilográfica», no solo por trabajo sino porque su escritura «autobiográfica» crece a partir de dos sucesos: el fallido intento de quedarse en España y la muerte de Alberto. Escribe, sin enmienda, desde la desazón, sin «posibilidad de rectificar».

Al volver a Moscú, se les facilita un piso unifamiliar[44]. Por otra parte, la Academia de Arquitectura había sido abolida por Kruschev en 1955. En su lugar se creó la Academia de Construcción y Arquitectura, enfocada en el desarrollo de problemas científicos de la construcción e investigación en estandarización (Zubovich-Eidy, 2013: 17). En agosto de 1961, Lacasa empieza a trabajar en el Instituto de Historia del Arte (IHA), en el Sector de Arte Contemporáneo de Occidente (2017: 185). Kemenov, el director, entiende que es necesario divulgar los logros de la ciencia urbana y arquitectura de Occidente, por lo que Lacasa deja atrás «trece años de anonimato en la Academia», de ser «tachado de «cosmopolita»» (2017: 190), y prepara un programa titulado «Corrientes estéticas de la arquitectura contemporánea de Occidente».

También hay un cambio en su rutina de trabajo, pues en general labora en casa, acude a la IHA un día a la semana a una reunión del Sector, y tiene a su disposición los libros de varias bibliotecas de Moscú. Con Alberto, instituye el rito de reunirse todos los jueves a media mañana para hablar de arte. Pero ello no durará mucho tiempo, Alberto es ingresado en el hospital y fallecerá el 12 de octubre de 1962. Es un golpe terrible para Lacasa, después de más de treinta años de amistad y de haber pasado juntos las vicisitudes del exilio, de la evacuación de la Segunda Guerra Mundial y de la vida en la URSS. «No me cabe en la cabeza la idea de que Alberto haya muerto. Mejor dicho, de que Alberto no viva», proclama (2017: 207), y se propone concretar por escrito todo lo que ha «recogido» de él. Un año después publica un texto al respecto[45]. En casa de Clara dialoga con el crítico Sandor Kontha, quien trabaja sobre Alberto. En 1964, Lacasa publica, bajo el pseudónimo de Peter Martin, un libro sobre su amigo[46].

[42] Otros dos han fallecido: su hermana mayor, Isabel, y Carlos, médico, muerto en un campo de concentración de Franco (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 48).

[43] Según relata, le acusaron de haber mentido, de ser miembro del Comité Ejecutivo del PCE y de haber entrado antes a España, clandestinamente (2017: 180). Es posible que la acusación y el interrogatorio subsecuente tuvieran que ver también con Soledad, dado su pasado como traductora de Orlov, el militar soviético ligado al traslado del oro de España a Moscú durante la guerra.

[44] En la calle Gastello, 39, cerca del parque Sokolniki. Un piso «espacioso, con dos habitaciones grandes que convierten en tres» (J. Lacasa y A. Lacasa, 2017: 49).

[45] Luis Lacasa (1963): «Vida y obra ejemplares del escultor Alberto», *Realidad*, 1, septiembre-octubre, pp. 95-101.

[46] Peter Martin [Luis Lacasa] (1964): *Alberto*, prefacio Pablo Picasso, Budapest, Ediciones Corvina.

En 1963, escribe lo que, según Jorge y Amaya, es su último artículo: «José Navarro responde a sus maestros de estética marxista», con el que pretendía zanjar la polémica desatada, pero no se publica. Shvidkovsky, subdirector del IHA, le propone un trabajo sobre «Los grandes arquitectos del siglo XX», en el que hiciera «juicios de cada arquitecto» (2017: 186-187). Es un trabajo que no le «entusiasma mucho», pues tiene el peligro «de que se quede en un inventario» (2017: 188). Pero le parece paradójico que, en la URSS, hasta hace poco, consideraran actitud servil hacia lo extranjero el tomar en serio la arquitectura occidental y ahora se la «fusilen» sin comprenderla (2017: 249).

Esta etapa final significa un momento de profunda crisis. Escribe desde un exilio que «ya dura demasiado tiempo», que reduce la vida «a unos círculos estrechos y artificiales». Debido al nivel teórico y práctico de la URSS, y los temas que le han encomendado, se ha quedado retrasado, y no tiene una idea sistemática de lo ocurrido en el mundo en los últimos diez años (2017: 265). Su filiación comunista se mantiene a pesar de toda la crítica que vierte hacia el aparato del partido y los funcionarios. Quizá por ello vuelca su «fe» en el Partido Comunista Italiano, que actúa sin «dogmas, fetiches ni cultos» (2017: 249). Sabe que es inútil pensar en las posibilidades de gestionar individualmente los asuntos cuando se vive en un país de economía planificada, donde hasta las directivas para pensar vienen «de arriba» (2017: 263), y en el que «la vida material, el confort, las relaciones, el ambiente, etc., son […] de la edad de piedra» (2017: 191). Y confiesa: «A mí nunca me ha gustado la vida de aquí, en ningún sentido. Pero siempre había (o no había) la sensación de que la situación podría cambiar, más o menos pronto» (2017: 228). Para él, *El castillo* de Kafka «es una página arrancada de la vida de aquí» (2017: 258), y la sensación de extrañamiento, los años de exilio y el dolor del desarraigo le llevan a exclamar que desearía vivir en París, «ciudad […] donde viven no pocos comunistas del PC de España», o, como señala en el colmo de la desesperación y la decepción, en España «aún con Franco», pero no le «ha dejado la policía franquista». Respecto al desplazamiento sufrido es contundente: «[…] en su sentido profundo: toda vida en el extranjero, sea París o Moscú, es una vida fantasmal, desraizada, transitoria» (2017: 205). Afirma que, si fuera a hacer un balance de su vida en el terreno de lo que ha realizado, «sin la menor duda se trata de una vida truncada» (2017: 225).

En 1966 viaja a Francia. Se entrevista en la frontera con su hermano Fernando. En París se reúne con el escultor Baltasar Lobo y otros artistas (Vicente, 2007: 200-201). A pesar de todo, sigue activo: es el primer vicepresidente del nuevo Centro Español de Moscú, entidad político-cultural que busca «contribuir a la lucha democrática del pueblo español» (Cabañas Bravo, 2017: 106). Pero regresa enfermo de su periplo francés, y no logra reponerse (Sánchez Sancha, 2017: 415). Fallece el 30 de marzo de 1966, cuando seguía preparando su viaje de *vuelta definitiva* a España.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Baldellou, Miguel Ángel (1995): «Desarraigo y encuentro. Las arquitecturas del exilio», *Arquitectura*, 303, pp. 16-19.

Cabañas Bravo, Miguel (2017): *Arte desplazado a los hielos. Los artistas españoles del exilio de 1939 en el país de los sóviets*, Sevilla, Editorial Renacimiento.

Cordero, Fidel, José Manuel Martín y Henry Vicente (2007): «Memoria de partida 1920-1936», vídeo de la exposición «Arquitecturas desplazadas. Arquitecturas del exilio español», Madrid, Ministerio de Vivienda.

Del Cueto Ruiz-Funes, Juan Ignacio (2014): *Arquitectos españoles exiliados en México*, Ciudad de México, Bonilla Artigas Editores/UNAM-Facultad de Arquitectura.

Dreyfus-Armand, Geneviève (2000): *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*, Barcelona, Editorial Crítica.

Kharitonova, Natalia (2014): *Edificar la cultura, construir la identidad. El exilio republicano español en la Unión Soviética*, Sevilla, Renacimiento.

Lacasa, Jorge y Amaya Lacasa (2017), «Introducción», en Luis Lacasa, *Sobre esto y aquello*, Buenos Aires, Diseño Editorial, pp.13-69.

Lacasa, Luis (1976): *Luis Lacasa. Escritos 1922-1931*, introd. Carlos Sambricio, Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.

—— (2005): *Notas para un estudiante de arquitectura… y algunos dibujos*, pról. y notas Jorge Lacasa Sancha, Zaragoza, Institución Fernando El Católico.

—— (2017): *Sobre esto y aquello*, introd. Jorge Lacasa y Amaya Lacasa, Buenos Aires, Diseño Editorial.

Molloy, Sylvia (1996): *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, Ciudad de México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.

República Española. *Gaceta de la República*, I/36, 5 de febrero de 1937, p. 652.

Ricaud, Nora (2009): «Contar el exilio. Relatos sobre fronteras en la frontera», *Boletim de Pesquisa NELIC Ediçao Especial*, 2, pp. 140-162.

Sáenz de la Calzada, Arturo (1978), «La arquitectura en el exilio», en José Luis Abellán (ed.), *El exilio español de 1939*, tomo V, Madrid, Taurus ediciones, pp. 59-89.

Sánchez de Madariaga, Inés (2011): *Matilde Ucelay Maórtua. Una vida en construcción*, Madrid, Secretaría General Técnica, Centro de Publicaciones, Ministerio de Fomento.

Sánchez González, Juana María (1999): *Gustavo Fernández Balbuena en la cultura urbanística madrileña*, tesis doctoral dirigida por el Dr. M. A. Baldellou Santolaria, Universidad Politécnica de Madrid.

Sánchez Sancha, Alcaén (2017), «Luis Lacasa y Alberto Sánchez. Datos sobre una amistad» [2003], en Luis Lacasa, *Sobre esto y aquello*, Buenos Aires, Diseño Editorial, pp. 381-415.

Vicente, Henry (2005). «Entrevista a Viruchy Bergamín», Madrid, 8 de abril, Mimeo.

—— (ed.) (2007): *Arquitecturas desplazadas. Arquitecturas del exilio español*, catálogo de exhibición, Madrid, Ministerio de Vivienda.

—— (2014), «Éloge de la transhumance. Architectes de l'exil espagnol en France», en Geneviève Dreyfus-Armand y Dolores Fernández Martínez (eds.), *L'Art en exil. Les artistes espagnols en France*, París, Riveneuve Éditions/Exils et migrations ibériques au XX^e^ siècle, pp. 201-228.

Zarza, Daniel (2014), «Un moderno ignorado: Luis Lacasa», en Roberto Goycoolea Prado (ed.), *Modernidades ignoradas. Indagaciones sobre arquitectos y obras (casi) desconocidas de la arquitectura moderna*, Puebla, Red de Investigación Urbana México/Universidad de Alcalá, pp. 295-307.

Zubovich-Eady, Katherine (2013): «To the New Shore: Soviet Architecture's Journey from Classicism to Standardization», *BPS Working Papers Series, Institute of Slavic, East European, and Eurasian Studies*, Berkeley, University of California.

EJEMPLAR DE CORTESÍA
Biblioteca de Buenos Aires

«NAVEGANTES DE LA VIDA, VENID A ESCUCHAR UNA NOBLE HISTORIA»*: LOS SURCOS DE LA GUERRA CIVIL Y DEL EXILIO EN LA TRAVESÍA DE MARÍA TERESA LEÓN

María Lourdes Núñez Molina
Investigadora independiente

El desterrado es un hombre fronterizo. Agita sus manos sobre un puente interminable. Está entre dos tierras o entre dos mares. Entre la sombra y la luz. En la rendija misma donde acaba una esperanza y puede comenzar otra.
Juan Rejano, «El desterrado»

En su fascinante libro *Memoria de la melancolía*, María Teresa León dejó escrita una sugerente metáfora con la que cristalizaba la desdicha por la pérdida de la patria: «En mi mano derecha llevo dos lágrimas que ningún viento puede secar. Se llaman España» (León, 1999: 475)[1]. Ni el paso del tiempo, ni los sucesivos hogares creados en Buenos Aires y en Roma, ni el inestimable abrigo de la amistad, ni la tenaz ocupación literaria y activista pudieron reparar el daño causado por el desenlace de la Guerra Civil. Huir para sobrevivir, albergando la ilusión de un pronto retorno, navegando entre un pasado que se materializa en continuo presente y un futuro incierto.

Como su relato autobiográfico tiende a confluir en la reconstrucción de la memoria colectiva, esas dos lágrimas englobaban a los incontables represaliados de la dictadura franquista –fusilados, recluidos en cárceles y en campos de concentración–; a quienes esperaron en vano ser rescatados en el puerto de Alicante; a los que cruzaron la frontera francesa buscando refugio y, en cambio, fueron despojados de su dignidad, confinados entre alambradas, maltratados, explotados en las compañías de trabajadores extranjeros, empujados a alistarse en la Legión Extranjera; a quienes perecieron en los campos de exterminio nazis; a todos aquellos que se vieron abocados a vivir sintiéndose apátridas y, en tantas ocasiones, a morir sin haber podido regresar a España...

María Teresa tiene en mente dar a conocer sus memorias en 1967[2] (la editorial Losada de Buenos Aires las publicaría en 1970) (fig. 1). Habían transcurrido casi treinta años desde que saliera de España, el 6 de marzo de 1939, y aún restaba una década para que regresara, el 27 de abril de 1977. En este estudio espigaré las huellas de esa

* Con esta apelación al oyente, María Teresa León inicia *La rueca del tiempo*, borrador de un guion de teatro radiofónico –inédito e inconcluso–, protagonizado por Odiseo y Penélope, referentes mitológicos del exilio. Cuaderno manuscrito. Archivo María Teresa León-Rafael Alberti, Biblioteca del Centro Cultural Generación del 27 (Málaga).

[1] Todas las citas de *Memoria de la melancolía* corresponden a esta edición. A partir de este momento solo indicaré el número de página entre paréntesis.

[2] Carta de María Teresa León a Olga Moliterno, Roma, 5 de diciembre de 1967: «Mi libro próximo *Memoria de la melancolía*, contará la vida de una mujer española zarandeada por la tormenta». Biblioteca Nacional de España, Mss/23120/23 (2a-2b).

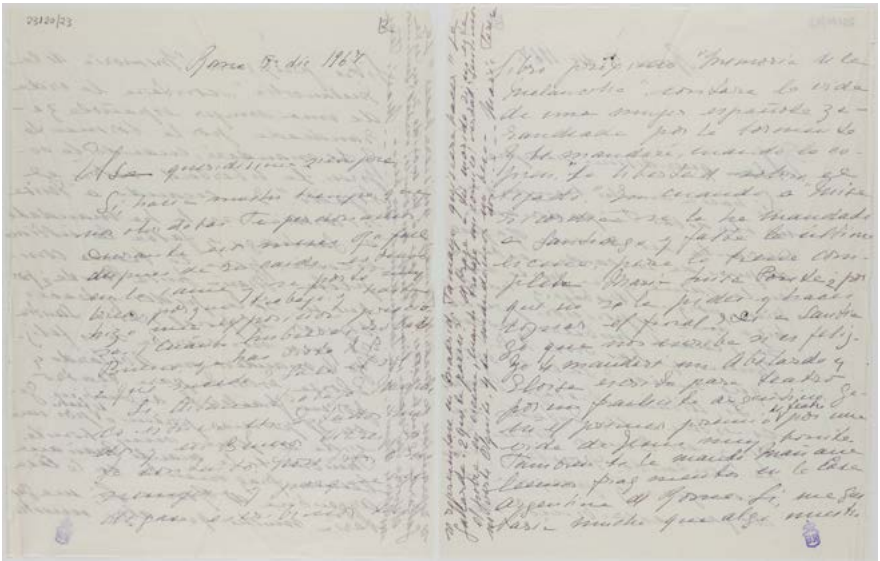


Fig. 1. Carta de María Teresa León a Olga Moliterno, Roma, 5 de diciembre de 1967. Depositada en la Biblioteca Nacional de España. Imagen cedida por Marina Fernández Alberti.

prolongada travesía que vertebran recuerdos, novelas, cuentos y otros escritos: la mitificación de la Guerra Civil, el éxodo, la ardua aclimatación a su condición de exiliada y una temprana nostalgia que iría derivando en angustia ante la imposibilidad de que se produjera su reintegración social –el destiempo[3] del que hablara Claudio Guillén (1998: 81-86; 2004)–, además del temor a no volver jamás.

A finales de febrero o principios de marzo de 1939, María Teresa León y Rafael Alberti abandonan Madrid para dirigirse al Valle de Elda (Alicante). Con el objeto de reorganizar la resistencia, Juan Negrín, presidente del Gobierno, había establecido su residencia en la finca El Poblet –la denominada Posición Yuste– (Valero, 2004: 71-86 y 94-99). Cercano a esa finca, se hallaba un conjunto de casitas, conocido como Posición Dakar, en las que se irían alojando militares, ministros, dirigentes del Partido Comunista de España (PCE), escritores, asesores políticos extranjeros... (Valero, 2004: 99-106). En una de esas casas, María Teresa y Rafael convivieron con Ignacio Hidalgo de Cisneros, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas, y con el subsecretario del Ejército de Tierra, Antonio Cordón. Este los evoca «siempre dispuestos a ayudar en lo que fuera con una modestia tan grande como su talento» (Cordón, 1971: 476).

Sin embargo, la sublevación de la base naval de Cartagena y la traición del coronel Segismundo Casado en Madrid precipitan la huida de los allí reunidos. El 6 de marzo León, Alberti, Cordón y el ministro del Aire, Carlos Núñez Mazas, suben a bordo de

[3] El destiempo es un término borgiano con el que conceptualiza la experiencia «[d]el que vuelve del exilio a su país de origen» y «se encuentra hasta cierto punto expulsado del presente y tal vez del futuro de su propio país, porque no ha podido todavía incorporarse al devenir temporal de su país, a su ritmo, a su desarrollo» (Guillén, 2004).

un Dragón Rapide (De Havilland DH-89) que despega del aeródromo «provisional» de El Fondó de Monóver y aterriza en el aeródromo de La Senia (Orán). Poco después toma tierra un segundo Dragón con Dolores Ibárruri, La Pasionaria, entre los pasajeros (Valero, 2004: 164-166). Al descender de «aquel *dragón* rojo y pequeñito» (p. 363), María Teresa recuerda que entregó su arma a los soldados. Evoca la espantosa inquietud experimentada mientras esperaban el permiso para continuar el viaje y cómo había logrado contener el llanto hasta que vio la «serenidad» mostrada por Ibárruri.

En Orán embarcan hacia el puerto de Marsella. Entonces ese reducido grupo de españoles, que huía para «¡Salvarse!», después de haber combatido por la «¡Libertad!», sentirá las primeras señales de exclusión: «¿Recuerdas, Dolores? Los del barco querían hacernos comer en los camarotes para que no nos vieran los pasajeros, pero tú dijiste: ¿No hemos pagado nuestro pasaje como todos? Pues, al comedor» (p. 369). Desde Marsella prosiguen en tren hasta París «sin pasaporte, sin documentos, sin equipaje» (p. 371). Deciden tomar un tren de lujo para no llamar la atención, pese al escaso dinero del que disponían. En este trayecto, el azar les favorece, pues coinciden con un arquitecto francés, admirador de Alberti, que les cubre de atenciones. María Teresa se divierte reviviendo cómo engañaron a los señores y a las damas de «aquel pullman», afectos a la propaganda que clamaba contra «las *hordas rojas*» (p. 342) que cruzaban la frontera, al tiempo que censura la ceguera de los políticos franceses:

> ¡Ay, si hubiesen sabido que éramos de esa banda de españoles piojosos, antifascistas que nos habíamos puesto de pie ante Hitler, ese dueño del centro de Europa que tenía sobre la mesa de su Estado Mayor la invasión de Checoslovaquia, de Hungría, de Polonia, de Francia...! Pero nadie ve los males ajenos y Francia no había puesto sus barbas a remojar al ver nuestro destino (pp. 371-372).

Ya en París, Louis Aragon, Elsa Triolet, Georges Sadoul, Jean Cassou y Pablo Picasso asistieron a la pareja de una forma u otra. Con Delia del Carril y Pablo Neruda, que había sido nombrado cónsul especial para la Inmigración Española en Francia, residieron en el Quai de l'Horloge, a orillas del Sena. El empeño del poeta chileno hizo posible la liberación de más de 2.000 refugiados, que a bordo del *Winnipeg* arribaron a Valparaíso el 3 de septiembre de 1939. La expedición fue financiada por el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles (SERE). Este organismo también se ocupó de la selección del pasaje, excepto cien personas que fueron designadas por Neruda y un grupo asignado por la Federación de Organizaciones de Ayuda a la República Española (FOARE), que, «desde Argentina, los reclamaba directamente al SERE o a través del *Comité International de Coordination et D'Information pour L'Aide à L'Espagne Républicaine*» (Gálvez, 2014: 76-77). Que Pablo Neruda impulsase el rescate de tantos republicanos de «los campos tristes que Francia alambró, cerró, incomunicó» (León, 1940: 4), fue una actuación inestimable para María Teresa. Al evocarlo en sus memorias, siente «la protección solar americana caer sobre nosotros, españoles de las manos vacías, sin pan y sin techo» (p. 420). Algo que no menciona es que, días antes de que zarpase el barco (el 4 de agosto) desde el puerto de Pauillac, próximo a Burdeos, ayudó a la organización del embarque (Gálvez, 2014: 102); ni que estaba en el muelle de Trompeloup, despidiendo a los migrantes, según han relatado algunos testigos (Gálvez, 2014: 119-120).

Cerca de un año permaneció María Teresa León en la capital francesa, abrumada por el dolor, el miedo, la incertidumbre, el sentimiento de pérdida: «Una costra de errantes iba a extenderse sobre la tierra, buscando sobrevivir. Cientos de seres, miles ni vivos ni muertos, íbamos por los caminos [...] por las calles de Francia así, tironeados por las penas, sin acertar, indecisos» (p. 399). Una lectura comparada de sus memorias y de «Una refugiada más en París» –fragmentos del *Diario de María Teresa León*, París, 1939– así lo revela. La autora dio a conocer su diario en las páginas del semanario *España Democrática*, «Órgano del Comité Nacional de Ayuda al Pueblo Español» de Montevideo. Las observaciones, publicadas el 2 de octubre de 1940, arrojan luz sobre sus impresiones en el preludio del exilio –parejas a las dispersadas en *Memoria de la melancolía*–. Apunta cómo en solo unos pocos días sintió que se desvanecía la «gran ilusión magnífica y quijotesca» que habría supuesto el triunfo de la República; su entrada en Francia «con las manos vacías» y «la humillación, la tortura», sufrida cuando los llamaban «apatrides» (León, 1940: 4); pero también preconiza la obligación moral de seguir combatiendo contra el fascismo.

Al circunscribir en el título su situación personal dentro del padecer colectivo, se anticipa el carácter de denuncia de sus anotaciones. Una de ellas refiere las precauciones adoptadas para evitar ser detenidos por la policía francesa y trasladados a un campo de concentración. Otras transmiten conmovedores testimonios anónimos. Por ejemplo, el de un hombre encerrado en Saint-Cyprien, al que «dijeron que su mujer estaba a punto de tener un hijo en el sórdido y más que triste refugio donde, como ganado[4] pestoso, metieron a las heroicas mujeres de España». Sin recursos económicos, lo único que se le ocurre es arrancarse dos muelas de oro para que se las entreguen a su mujer y al «niño desterrado» que iba a nacer (León, 1940: 4).

La suerte de los republicanos españoles que continuaban retenidos en el sur de Francia y en el norte de África, durante la Segunda Guerra Mundial y a su término, iba a dejarle un profundo surco. En sus memorias intercala otros testimonios, animando a los exiliados a contar esas traumáticas experiencias para evitar que cayeran en el olvido. Siempre que se presentó la ocasión, intervino en actos a beneficio de los refugiados y colaboró en organizaciones creadas para tal fin, como la Comisión de Ayuda al Español Demócrata (CAEDE), constituida en Buenos Aires en 1945 (Schwarzstein, 2001: 154).

María Teresa pensaba que residía y trabajaba legalmente en París «por arbitrario privilegio» (León, 1944: 14). Quizá por ese motivo nunca se creyó a salvo. Cuenta que Picasso les invitó a una fiesta celebrada por Elisabeth de Lanux, donde conocieron a Albert Sarraut, ministro del Interior, quien medió en la concesión de sus documentos de identidad. El *récépissé* les abre las puertas de Radio Paris-Mondial, emisora instalada en el tercer sótano del Ministerio de Postes, Télégraphes et Téléphones (PTT). Bajo la dirección de Monsieur Jean Fraisse, desde septiembre, León y Alberti forman parte del equipo de traductores de los partes de guerra, además de realizar algunas

[4] Cuando se aleja de Europa, buscando el amparo de América, tiene esa misma sensación: «Llegaba del cansancio, del fuego, de la derrota de una guerra [...]. Durante meses, los que llegaban de lejos temblaron al oír pasar un avión o al cerrarse una puerta, bruscamente [...]. Sí, llegaban del miedo. Eran los derrotados. Les habían marcado con hierro al rojo como a las ovejas del rebaño» (p. 95). Este símil se repite en los testimonios concentracionarios (Dreyfus-Armand, 2000: 60; Cate-Arries, 2012: 206).

traducciones literarias, como la de *Britannicus* de Racine. Para entonces ya se habían instalado en la rue Nôtre Dame des Champs, adonde se dirigían al amanecer, después de que el poeta leyera «cada hora el noticiario de informaciones para los oyentes de América del Sur», recibiendo «los 48 francos cotidianos que les permiten sobrevivir en su exilio» (Malgat, 2017: 100).

Una noche Alberti comenzó el boletín informativo con un saludo –«Queridos camaradas»– que hizo peligrar su libertad: «Yo me quedé petrificada. Rafael rectificó: Amigas y amigos» (p. 403). Ambos eran conscientes de la persecución de los refugiados comunistas, regulada «por la legislación francesa del gobierno Daladier» (Guixé, 2012: 130). Y, aunque ese descuido no motiva el despido, más tarde, se reúnen con el director, que les advierte de su complicada posición. Esa conversación fortalece su determinación a marcharse de una Europa beligerante[5]:

> Ayer, el *maréchal* Pétain ha hecho una intervención en el Parlamento hablando... Bueno, ya saben ustedes que es el embajador de Francia en Madrid [...]. Relaciones diplomáticas inevitables [...]. Y citó el nombre de ustedes diciendo que enemigos del régimen franquista hablan por la radio de Francia [...]. Les he llamado para confirmarles en sus puestos [...]. Sí, monsieur Fraisse, gracias, gracias conmovidas, pero nos vamos. Nos vamos... hacia Chile. Pablo Neruda puede arreglarlo todo (pp. 397-398).

Efectivamente, antes de que Neruda partiera hacia México –siguiente destino diplomático–, la Legación de Chile expidió un visado al matrimonio, autorizando el embarque en Marsella rumbo a Buenos Aires (escala en la ruta a Chile). María Teresa y su esposo inician una nueva travesía del exilio a bordo del *Mendoza* en febrero de 1940. Cuando desembarcan el 3 de marzo, una triste noticia enturbia la afectuosa bienvenida ofrecida por la cónsul chilena Marta Brunet, el pintor Manuel Ángeles Ortiz (también exiliado), la escultora María Carmen Portela, el escritor Arturo Mom... Tres días antes había fallecido Amparo Mom, intelectual antifascista con quien trabaron amistad en París. Siguiendo los deseos de su hermana, Arturo acoge a la pareja en su domicilio de la calle Libertad, 1.693, 3.º A –según escribe María Teresa, al poco tiempo de su llegada, en una carta dirigida a Corpus Barga[6], compañero en los sombríos días parisinos–. Una hospitalidad que, unida al compromiso del editor Gonzalo Losada de publicar sus libros, les inclina a establecerse en Argentina. Si bien su residencia es ilegal, pues el Gobierno «abogó por un hermetismo fronterizo acorde con unas directrices en política interna que repelía al exiliado político» (Bocanegra, 2014: 26). Habrían de transcurrir varios meses hasta obtener la cédula de identidad

[5] El matrimonio sigue el camino de incontables refugiados: «Ya nos vamos a América, a Chile. Sabemos que vas a casarte. Te deseamos muchísima suerte. Nosotros no sabemos cuál será la nuestra. ¡1940! Neruda ya se marchó. De los españoles conocidos, cada vez van quedando menos». Carta de Rafael Alberti y María Teresa León a Gustavo Durán, París, 2 de enero de 1940. Archivo Gustavo Durán GD/1/2/3 (3a), Residencia de Estudiantes.

[6] Carta manuscrita sin fecha: «Hemos conocido gracias a la generosa simpatía de Amparito una familia asombrosamente buena que nos trata como suyos. El hermano de quien tanto ella hablaba es un hombre admirable. Vivimos con él. Está pendiente de nosotros» (Álamo, 2009: 397). El cariño y respeto de María Teresa hacia Corpus Barga es referido en *Memoria de la melancolía* (pp. 385-386).

(gracias a la intervención de la Sociedad Hebraica). Entre tanto, encuentran cobijo en la Quinta El Totoral (Villa General Mitre, Córdoba), propiedad de María Carmen Portela y del abogado Rodolfo Aráoz Alfaro. Ese «paraíso silencioso» propicia la recuperación anímica precisa para abordar nuevos proyectos: «Regresamos a la primera edad infantil del hombre. Todo era sorprendente. Otra vez los pájaros, el agua del río, las mentas para restregarnos las manos...» (p. 520). Y allí le sorprende la noticia de su embarazo: «Un día dejamos el río, el patio, la acequia, el pueblecito, la casona de los Aráoz Alfaro, el tílburi, los caballos, la Sierra de Córdoba y corrimos a recibir una niña pequeñita a quien llamamos audazmente: Aitana» (p. 97).

Llegados a este punto, es hora de comentar las ramificaciones de este período en la creación literaria de María Teresa, que se inaugura con la publicación de su primera novela, *Contra viento y marea* (Buenos Aires, AIAPE, 1941). Se gesta en abril de 1935, mientras visita la isla de Cuba. En aquel momento se respiraba una gran tensión política y social, como consecuencia de los asesinatos y encarcelamientos subsiguientes a la «huelga general revolucionaria contra el régimen militar impuesto por la Embajada norteamericana» (Augier, 2000: 43). María Teresa tuvo la oportunidad de hablar con las presas de la cárcel de mujeres de Guanabacoa y con los presos políticos recluidos en el Castillo del Príncipe, entre ellos, el escritor Juan Marinello y el crítico de cine José Manuel Valdés Rodríguez (Augier, 2000: 52). Estos hechos inspiran la primera parte de la novela. La segunda se desarrolla en España, en el Madrid sitiado. Como puente entre ambas, las Brigadas Internacionales, representadas en dos personajes: el joven aprendiz de zapatero, Felipe Neri Vázquez, y «el hombre oscuro» (trasunto del periodista cubano Pablo de la Torriente Brau[7], caído en el frente de Majadahonda el 19 de diciembre de 1936). A María Teresa León le gustaba decir que, en tales circunstancias históricas, era preciso narrar episodios «internacionales» (p. 390), porque la explotación, las injusticias sociales, la barbarie totalitaria..., rebasaban las fronteras nacionales. La guerra española fue un extraordinario ejemplo de fraternidad en la lucha por la libertad de los pueblos. Así lo expresa «el hombre oscuro» en la carta escrita durante el viaje en barco que le conduce a España, en la que explica a la mujer amada el impulso de su partida:

> Tú mejor que nadie has de comprender que es *nuestra guerra* [...]. Es nuestra guerra, ¿comprendes? Vamos hombres de todos los rincones del mundo. Allí cada uno defenderá su pan, su derecho a sentir, su puesto de hombre. Sobre la muerte, por encima de ella, defenderán heroicamente el futuro (León, 2010: 215 y 218).

Por otra parte, la autora da protagonismo a la emancipación experimentada por la mujer[8] en el bando republicano. Ana María es una miliciana que encarna el motivo del romancero de «la doncella guerrera», al que María Teresa había acudido en plena contienda para exaltar el papel desempeñado por las mujeres: «su derecho a intervenir en la Historia de España» (León, 2007: 80). Al incluir este motivo junto con el

[7] Tomo el dato de Torres Nebrera (en León, 2010: 39).

[8] Sobre este tema puede consultarse el artículo de Sierra Infante (1999).

de «la monja alférez»[9], transmite la idea de que tradicionalmente la mujer ha debido masculinizarse para gozar de la libertad que la iguale al hombre. Las milicianas vestían el mono azul e incluso alguna tomó nombre de varón. Algo que no fue aceptado plenamente por la sociedad, pero que la autora reivindica. Como le sucedió a Josefa, una «modistilla» que luchó en el Batallón Thaelmann, cuya valentía la hizo merecedora del grado de teniente y fue conocida como «el teniente José» (León, 2007: 93-96). La acción de *Contra viento y marea* concluye en diciembre de 1936. Por tanto, la autora enfoca la contienda en torno a los defensores de la República que, borrando las fronteras geográficas y los límites impuestos por el género, pusieron su vida al servicio de una causa que suponía una esperanza para la humanidad en la lucha contra el fascismo.

En *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, María de los Ángeles González transcribió un fragmento de «Orilla» –texto inédito de María Teresa–, cuya reflexión inicial plantea en qué consiste el principal reto del emigrante: «renacer» (González, 2003: 62). Cruzar la orilla, «el lugar incierto donde quedan muchos de los hombres que buscan el paraíso americano. La raya o límite del pasado con el presente» (González, 2003: 61). De lo contrario, corre el riesgo de vivir en ese estado fronterizo distintivo del desterrado sobre el que meditó Juan Rejano (2000: 107): –«[…] entre dos orillas. Con el alma en un límite y el cuerpo en otro»–. A partir de esta idea, podría decirse que María Teresa León concibe *Morirás lejos...* (1942), con el alma en España y el cuerpo en Argentina. Este libro es una recopilación de relatos integrada por los diez *Cuentos de la España actual*[10] (con algunas variantes), una versión algo más extensa de «El barco», publicado en el número 1 de *El Mono Azul* (el 27 de agosto de 1936) y siete cuentos originales que reseñaré brevemente. «Locos van y vienen», «Zapatos para el viento» y «El forastero» presentan el elemento de denuncia social que prevalecía en los anteriores. Pero también son una destacada muestra de las dotes de observación de la autora. La provincia de Córdoba[11] (Argentina) le sirve de escenario para retratar, con un punto de vista crítico, la miseria rural, el abandono y la explotación infantil, la indecencia de ciertos sacerdotes que negocian con el descanso eterno de los niños y las supersticiones derivadas de las epidemias, cuyas víctimas siempre son los pobres.

Con una técnica que explora el ámbito de lo maravilloso, «La hora del caballo» refiere el viaje en barco y el arribo de la yegua Rabona a Nueva España (México). El protagonismo recae en los olvidados por la Historia, aquellos que poblaron el continente americano sin la ambición que caracterizaba a los conquistadores. En «El perfume de mi madre era el heliotropo»[12] la autora orienta su mirada a la infancia,

[9] El motivo procede de Catalina de Erauso, novicia de origen vasco que abandonó el convento y adoptó una identidad masculina. Sus aventuras y logros militares en América popularizaron su figura en el Siglo de Oro y fueron reunidos en *Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma*.

[10] La única edición de la obra se publicó en México por la Editorial Dialéctica, s. a. En consecuencia, algunos estudios datan la colección en 1935, tomando como punto de referencia la fecha de algunos cuentos (Estébanez, 2003: 170; Álvarez, 2005: 16). Joaquín Marco (en León, 1979: 12) y Gregorio Torres Nebrera (en León, 2003: 47) remiten a 1936. Para ello se apoyan en la dedicatoria de José Zapata Vela, firmada en el XIX aniversario de la Revolución Soviética, y en su alusión a los «"milicianos madrileños"».

[11] María Teresa conocía la región, puesto que la cantante judía Isa Kremer y ella ofrecieron una serie de «conciertos-conferencias» en Córdoba, según le indica Alberti a Juvenal Ortiz Saralegui en una carta fechada en Totoral, el 19 de febrero de 1941 (Rocca y González, 2002: 68-69).

[12] La «primera versión» de «La hora del caballo», así como «dos interesantes esbozos narrativos que confluirán en [...] "El perfume de mi madre era el heliotropo"» (Samblancat, 2014: 394) se localizan en

tema recurrente en la literatura del exilio. «Luz para los duraznos y las muchachas»[13] nos sitúa en un tiempo cíclico, en una aldea donde las mujeres aguardan, silenciosas, aferradas a los recuerdos, el regreso de los hombres ausentes por la guerra. La soledad y la muerte ciñen sus vidas. Por eso, al final del cuento, una de las muchachas se rebela contra el sistema patriarcal que las margina y les arrebata a los hijos: «[…] cuando al levantar la mano diestra, millones de seres a los que no se les consulta volvieron de piedra los dedos de la dulce novia. Sobre la mejilla del hombre, en forma de confirmación y de ira, cayó el torrente de la impotente masa mujeril, enloquecida y triste» (León, 1942: 188).

Especial interés despierta el cuento que abre y da título a la colección. «Morirás lejos...» narra el desplazamiento forzoso de un «señor», coleccionista de antigüedades, cuya existencia ha sido fracturada por la irrupción de la guerra. La autora plantea cuestiones de índole moral, como la destrucción de la identidad o la imposibilidad de reunir los fragmentos y recuperar el orden habitual de la vida. Desencantado del amor, tras el suicidio de su novia, «[a]quel señor» vive aislado en su casa de campo. Dedica sus horas al estudio de los objetos que va adquiriendo, a la lectura y al cuidado del jardín, y solo se relaciona con Basilisa, su criada. Pero esa paz se desvanece cuando los aviones –«alas de zureo siniestro» (León, 1942: 15)– sobrevuelan su casa. La guerra invade su hogar. El jefe de la defensa pasiva le apremia a transformar el sótano en refugio para veinte vecinos y a tomar las precauciones necesarias ante los bombardeos. Es su deber como «ciudadano» (León, 1942: 17), aunque cumplirlo implique que su existencia se vea resquebrajada. Llegado el momento de la evacuación, debe desprenderse de sus preciados tesoros, menos de un cofre lleno de monedas antiguas que Basilisa y él suben a un camión de donde «surgían mujeres ojerosas, niños de cabeza grande, algún viejo...» (León, 1942: 21). El camión les traslada a un refugio, caracterizado por el hacinamiento, los «piojos» y la «comida perruna» (León, 1942: 22). En la siguiente escena, el señor espera en la fila para la desinfección, deseando «desertar de aquella cuerda trágica de seres anónimos» (León, 1942: 22-23), ser de nuevo un hombre respetado; pero ahora era «un número», estaba «marcado como un potro» (León, 1942: 23). Continúan la huida en tren y a pie, buscando un puerto, avistando «campamentos de gentes cansadas» (León, 1942: 24) a cada paso. El cofre ha sido sustituido por un chal de Basilisa, envuelto en camisas. Por el camino, ella «ha quedado tendida en una linde» y, sin su sostén, él se ha visto «obligado a huir con el rebaño» (León, 1942: 27). Es entonces cuando el personaje toma conciencia de pertenecer a un grupo, a la población que «anda, corre, se agrupa, se dispersa empujada por un cayado invisible» (León, 1942: 27). Por fin, logra embarcar y llega al continente americano con el aspecto de «un pordiosero aseñorado» (León, 1942: 30). Piensa que hallará consuelo en esa «tierra extranjera» (León, 1942: 31). En cambio, le dicen que ha de abonar los derechos de aduana por las ciento veinte monedas que porta. Indignado, las arrojó al mar y «[l]uego, desnudo y liviano, se dirigió al hombre probo y funcionario de aduanas, y le lanzó, sibilino, cortante: –Tú también morirás lejos...» (León, 1942: 32). Al desembarcar, se afeita, «para que se quedasen también con sus bigotes» (León, 1942: 32). El desenlace

Textos en prosa, cuaderno manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de España (Mss/22430/14), cuyo contenido fue redactado seguramente entre Francia y Argentina.

[13] Para más información, consúltese Linhard (2006).

Fig. 2. Palacio de Heredia Spínola o Palacio de Zabálburu. Antigua sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Fotografía de la autora.

es amargo, pero ese único acto de libertad llevado a cabo por el personaje sugiere que al desterrado se le arrebata todo, excepto la dignidad.

Tras el nacimiento de Aitana, la familia se traslada a Buenos Aires, a un piso de Victoria Ocampo, situado en la calle Tucumán. Más tarde, alquilan un apartamento en la avenida Santa Fe. Y en 1943 se instalan en la calle Las Heras, 3.783 (Fogo, 2009: 143). En esa casa María Teresa funda su nuevo hogar y, retomando sus palabras, traspasa la orilla: «¡Alabada seas, ciudad hermosa de América, por habernos resucitado!» (p. 420). Ciertamente, su quehacer es tan fecundo como lo fue en España. A sus colaboraciones en prensa, se suma el trabajo en la radio y en la televisión o la adaptación de guiones cinematográficos. No obstante, el anhelo por regresar a España hizo ineludible que la escritora dirigiese su mirada al pasado y a los espacios perdidos (Burgos y Madrid). Tal proceso de introspección alumbra *Las peregrinaciones de Teresa* (1950). La obra consta de dos prólogos (uno de González Carbalho, otro de la autora) y nueve cuentos inspirados por el desarraigo. Entrelaza memoria e imaginación y se conduce, según revela en el prólogo, como «cazadora [...] inconsciente de sueños trasperdidos» (León, 2009: 127), recreando instantes, paisajes, personas que formaron parte de su vida; y planteando algunos temas recurrentes en su prosa: infancia, incomunicación, frustración matrimonial... Y la guerra. Rememorada una y otra vez en sus textos. Por ejemplo, en *Juego limpio* (1959). El escenario principal es el palacio de Heredia Spínola (fig. 2), sede de la Alianza de Intelectuales Antifascistas en Madrid, y los protagonistas son los actores y actrices de las Guerrillas del Teatro del Ejército del Centro. La actuación de la compañía teatral fue promovida y recordada por María Teresa con orgullo y entusiasmo. Esta novela puede leerse como un tributo a ese juego alegre, honesto e inocente, propagado al servicio del

pueblo en el frente y en la retaguardia. Una «*prodigiosa experiencia*» (León, 1987: 5), según el punto de vista de Camilo, un fraile que se une al grupo por azar y descubre los valores morales republicanos, una nueva fe, que le conduce a cuestionar el proceder de la jerarquía eclesiástica. Aunque la guerra finaliza en 1939, este era un capítulo de la Historia que para algunos, entre ellos María Teresa, no se había cerrado, como se refleja simbólicamente en el texto, cuando Camilo pide al falangista Xavier Mora que no cierre la puerta del palacio: «[…] volveremos, Xavierito, volveremos. Esta puerta no debe dejarse más que entornada» (León, 1987: 284)[14].

Fueron pasando los años y los exiliados seguían pensando en volver a España. A lo largo de esa dilatada espera, el deseo se intensificó y el regreso se idealizó. Como un sueño fue contado por León en «Por aquí, por allá», una de las cinco *Fábulas del tiempo amargo* (1962). El mensaje es esperanzador. La narradora augura la reconciliación de los españoles. Pero también atisba el estado de extrañeza (el destiempo) que consumaría el retorno: «Peregrino entre ellos, yo, la extranjera de veinte años, y ni este ni al otro conozco» (León, 2003: 339). Doloroso pronóstico, aseverado después en sus memorias: «Cuando ahora abro los periódicos que me llegan de aquel país pienso que todo se ha petrificado [...]. Y la niña vuelve a pasar el dedo por las hojas [...], y en ninguna de ellas encuentra los relieves de la palabra Patria» (p. 93).

La travesía de María Teresa León continúa en Roma. El 28 de mayo de 1963, la familia Alberti dice adiós a Buenos Aires, a causa del violento e inestable clima político generado por los regímenes militares. En la capital italiana escribe su tercera y última novela *Menesteos, marinero de abril* (1965). El sentimiento de desarraigo padecido por Menesteos (fundador mítico de El Puerto de Santa María), su anhelo por regresar a la patria, la soledad o el miedo al olvido subyacen en el relato del viaje iniciático del héroe ateniense como rasgos atribuibles al exilio[15].

Intelectuales, artistas y jóvenes antifranquistas recalaron en via Monserrato, 20, primera residencia de los Alberti, y luego en el barrio del Trastevere (via Garibaldi, 88), donde vivieron los diez últimos años del exilio –además de pasar largos períodos en Anticoli Corrado, localidad del Lazio–. Aquellas visitas actuaron como una espada de doble filo, pues traían aires de España que iluminaban el pasado, al tiempo que ensombrecían el presente. María Teresa mantiene la esperanza, pero la longevidad del Franquismo habría de redefinir su pensamiento. La fe en el regreso al «paraíso perdido» acabaría tornándose en certeza de que la pérdida era irreparable y en temor a morir en otro suelo:

> Sentada en esta tierra de nadie que es el destierro, veo a veces alrededor mío un charco de sangre. No puedo incorporar de nuevo a mis venas la que voy perdiendo [...]. Nos llegan quejas. Los que escriben nos dicen que se sienten ahogados, envueltos en una gasa impalpable que les quita la respiración libre de la

[14] Por supuesto, las Guerrillas son evocadas en *Memoria de la melancolía* (pp. 112-116). Y también en el número 3 de la revista bonaerense *Latitud*, donde María Teresa publica «Guerrillas del Teatro o una experiencia española», cuyas últimas líneas plantean una idea similar a la sugerida por Camilo: «Yo creo que aquel combate épico en todas las actividades de la vida española que comenzamos el día 18 de julio de 1936 no ha concluido aún. La sustancia del tiempo no puede destruirnos aquella razón de fe [...], volveremos para continuarla» (León, 1945: 11).

[15] Véase Núñez (2018).

> boca. Sí, pero... ¿Y nuestra soledad? [...] ya no tenemos tiempo para que vuelva la marea... Cuando esto ocurra, cuando el mar sonoro y libre vuelva, nuestros ojos no estarán para ver el prodigio. ¡Dormiremos! (p. 186).

Treinta y ocho años después de abandonar su patria, María Teresa León volvió a pisar el territorio español. Enferma de alzhéimer, no fue del todo consciente de que había regresado a Madrid, a una ciudad que ya no era la de su infancia y juventud, ni la capital heroica de 1936. Ni supo que sería imposible reconstruir sobre las ruinas de la guerra –tal y como deseaba–, porque aquel era un país desmemoriado que seguía otro rumbo. Los surcos, las heridas abiertas durante su ausencia, quedaron sin cicatrizar. Pero nos legó *Memoria de la melancolía*, una obra cardinal en el conjunto de textos que conforman la memoria histórica del exilio republicano de 1939.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Álamo Triana, Isabel del (ed.) (2009): *Cartas a Corpus Barga*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert.

Alberti, Rafael y León, María Teresa (1940): Carta a Gustavo Durán, París, 2 de enero de 1940. Archivo Gustavo Durán GD/1/2/3, Residencia de Estudiantes.

Álvarez de Armas, Olga (coord.) (2005): *María Teresa León. Memoria de la hermosura*, Madrid, Fundación Autor.

Augier Proenza, Ángel (2000): *Rafael Alberti en Cuba*, Cádiz, Diputación de Cádiz, Servicio de Publicaciones.

Bocanegra Barbecho, Lidia (2014): «Argentina y el exilio republicano de 1939: las fronteras y el movimiento de solidaridad», *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, 91, 1-2, pp. 25-41, en https://doi.org/10.1080/14753820.2013.868648 (Consultado: 12-11-2018).

Cate-Arries, Francie (2012): *Culturas del exilio español entre las alambradas. Literatura y memoria de los campos de concentración en Francia, 1939-1945*, trad. J. Fatás, Barcelona, Anthropos Editorial.

Cordón, Antonio (1971): *Trayectoria (Recuerdos de un artillero)*, París, Editiones de la Librairie du Globe (Colección Ebro).

Dreyfus-Armand, Geneviève (2000): *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la guerra civil a la muerte de Franco*, trad. D. Poch, Barcelona, Crítica.

Estébanez Gil, Juan Carlos (2003): *María Teresa León. Escritura, compromiso y memoria*, pról. J. Valdeón, Burgos, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua.

Fogo Vila, Joan Carles (2009): *Los espacios habitados de Rafael Alberti*, El Puerto de Santa María, Fundación Rafael Alberti.

Gálvez Barraza, Julio (2014): *Winnipeg. Testimonios de un exilio*, Sevilla, Renacimiento (Biblioteca del Exilio, Anejos XVIII).

González, María de los Ángeles (2003), «María Teresa León: una biografía del exilio», en Gonzalo Santonja (ed.), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, pp. 43-67.

Guillén, Claudio (1998): *Múltiples moradas. Ensayo de Literatura Comparada*, Barcelona, Tusquets.

EXILIO LITERARIO Red de Buenos Aires

—— (2004): *Entrevista a Claudio Guillén*, realizada en Madrid el 3-9-2003, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Unidad Audiovisual-Área de Comunicación, en http://www.cervantesvirtual.com/portales/biblioteca_del_exilio/223152_entrevista_claudio_guillen_destiempo/ (Consultado: 12-11-2018).

Guixé Coromines, Jordi (2012): *La República perseguida. Exilio y represión en la Francia de Franco, 1937-1951*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia.

León, María Teresa [1937] (2007): *Crónica general de la Guerra Civil* (Recopilada por María Teresa León), pról. L. A. Esteve, Sevilla, Renacimiento / Centro de Estudios Andaluces.

—— (1939-1940): *Textos en prosa*, Biblioteca Nacional de España, Mss/22430/14, ff. 73.

—— [1941] (2010): *Contra viento y marea*, ed. G. Torres, Cáceres, Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones.

—— (1942): *Morirás lejos...*, Buenos Aires, Editorial Americalee.

—— (1944): *La Historia tiene la palabra (Noticia sobre el salvamento del Tesoro Artístico de España)*, Buenos Aires, Publicaciones del Patronato Hispano-Argentino de Cultura.

—— (1945): «Guerrillas del Teatro o una experiencia española», *Latitud*, 3, p. 11, en http://revistasdeartelatinoamericano.org/items/show/187 (Consultado: 30-11-2018).

—— [1950] (2009): *Las peregrinaciones de Teresa*, ed. M. T. González de Garay, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.

—— [1959] (1987): *Juego limpio*, Barcelona, Seix Barral.

—— [1962] (2003): *Fábulas del tiempo amargo y otros relatos*, ed. G. Torres, Madrid, Cátedra.

—— (1965-1970): *Cartas y tarjetas postales de María Teresa León a Olga Moliterno*. Biblioteca Nacional de España, Mss/23120/23(1-11a), ff. 14.

—— [1970] (1999): *Memoria de la melancolía*, ed. G. Torres, Madrid, Clásicos Castalia.

—— (1979): *Una estrella roja*, pról. J. Marco, Madrid, Espasa-Calpe.

—— *Cuadernos de trabajo: guiones radiofónicos, etc.*, Manuscritos, 25596/C/223(13). Archivo María Teresa León (Aitana Alberti), Málaga.

Linhard, Tabea Alexa (2006): «Cuando los melocotones ya son duraznos y la guerra nunca acaba: violencia, género y memoria en un relato de María Teresa León», en Manuel Aznar (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Renacimiento (Biblioteca del Exilio, Anejos IX), pp. 449-455.

Malgat, Gérard (2017): «Las voces exiliadas de Radio París», *Historia Actual Online*, 42 (1), pp. 99-112, en https://historia-actual.org/Publicaciones/index.php/hao/article/view/1376 (Consultado: 12-11-2018).

Núñez Molina, María Lourdes (2018): «El mito de la Diosa-Tierra y el Paraíso Perdido en *Menesteos, marinero de abril* de María Teresa León», en Paola Bellomi, Claudio Castro y Elisa Sartor (eds.), *Desplazamientos de la tradición clásica en las culturas hispánicas*, Coimbra/São Paulo, Impresa da Universidade de Coimbra/Annablume Editora (93-106), en https://doi.org/10.14195/978-989-26-1550-9_5 (Consultado: 27-11-2018).

Rejano, Juan (2000): *Artículos y ensayos*, ed. M. Aznar, Sevilla, Renacimiento (Biblioteca del Exilio).

Rocca, Pablo y González, María de los Ángeles (eds.) (2002): *Rafael Alberti en Uruguay: correspondencia, testimonios, crítica*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales.

Samblancat Miranda, Neus (2014): «El pulso de la memoria: el retorno de María Teresa León», en Manuel Aznar, José Ramón López, Francisca Montiel y Juan Rodríguez (eds.), *El exilio republicano de 1939. Viajes y retornos*, Sevilla, Renacimiento (Biblioteca del Exilio, Anejos XXII), pp. 393-403.

Sierra Infante, Sonia (1999): «La representación de la mujer en *Contra viento y marea* de María Teresa León», en Xosé Luis Axeitos e Charo Portela (eds.), *Sesenta anos despois. Os escritores do exilio republicano*. Actas do Congreso Internacional celebrado na Universidade de Santiago de Compostela (16, 17 e 18 de marzo de 1999), vol. I, A Coruña, Edición do Castro, pp. 219-234.

Schwarzstein, Dora (2001): *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Barcelona, Crítica.

Valero Escandell, José Ramón (2004): *El territorio de la derrota. Los últimos días del Gobierno de la II República en el Vinalopó*, Petrer, Centre d'Estudis Locals del Vinalopó.

ARTÍCULOS EN PERIÓDICOS:

León, María Teresa. «Una refugiada más en París», *España Democrática* (Montevideo), 2 de octubre de 1940, p. 4.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

VENTURAS Y DESVENTURAS DE «LA LEONA». EXILIO Y TRAYECTORIA VITAL DE FEDERICA MONTSENY[1]

Susana Sueiro Seoane
Universidad Nacional de Educación a Distancia

1. PASO DE LA FRONTERA FRANCESA Y MUERTE DE SU MADRE, SU PRIMERA MAESTRA

El día 26 de enero de 1939, con la toma por los franquistas de Barcelona, último reducto importante republicano en la zona norte de España, medio millón de españoles se dirigieron a la frontera, junto con los restos del Gobierno republicano y las tropas republicanas en retirada, buscando como única salvación la huida a Francia. Se produjo entonces uno de los éxodos humanos más dramáticos de la época contemporánea, la mayor diáspora en la historia de España, principalmente a través de los pasos fronterizos de La Junquera y Portbou. Cientos de miles de personas –hombres, mujeres, ancianos, niños– huyendo de la metralla y de la persecución franquista a lo largo de toda la línea de los Pirineos, que la dirigente del movimiento anarquista español, Federica Montseny (1905-1994), a quienes sus correligionarios apodaron «la Leona», recuerda como «algo que jamás podrá ser narrado con toda su magnitud, con los contornos apocalípticos que revistió para cuantos lo vivimos» (Montseny, 1987: 145). «Todo un pueblo arrastrando la cruz a cuestas. La cruz de la derrota, del abandono, del desamparo, de la inmisericordia» (*L'Espoir*, enero de 1964, citado por Alcalde, 1983: 13). Todas las carreteras cubiertas con una oleada humana, con poco más que lo puesto, que, al llegar a las fronteras, las encontró cerradas y defendidas por largas líneas de senegaleses, soldados del ejército colonial, con las ametralladoras en las manos. «El terror, la desesperación de los fugitivos, al ver que no podían pasar y que los aviones franquistas volaban sobre sus cabezas, es algo indescriptible» (Montseny, 1977: 18).

> ¿Quién olvidará esas horas, ese espectáculo de las montañas llenas de gentes acampadas bajo los árboles, temblando de frío y de terror? Por miles se alineaban los autos y los camiones, en una fila ininterrumpida que iba desde Figueras hasta Cerbere y hasta El Pertús. ¿Quién olvidará esas horas, el lloro de las criaturas bajo la lluvia, los gritos de las mujeres, las maldiciones de los hombres, el rumor siniestro de los aviones que volaban sobre nuestras cabezas? (Montseny, 1987: 19-20).

[1] Este texto forma parte de una investigación más extensa vinculada al proyecto de investigación «Intercambios culturales y creación de identidades a través de fuentes literarias, siglos XIX y XX». Ref. HAR2016-76398-P.

Ante la presión de la opinión pública internacional, el jefe del Gobierno francés, Édouard Daladier, autorizó el 5 de febrero el paso a territorio francés de los refugiados. Hasta el 15 de febrero de 1939 ingresaron oficialmente en el departamento francés de Pirineos Orientales (que contaba con unos 230.000 habitantes) un total de 353.107 personas, sobre todo a pie: familias enteras con sus pertenencias, soldados que habían combatido en el frente del Ebro y miembros de las Brigadas Internacionales que, por motivos políticos, no podían volver a su país de origen. En Francia, la población civil les recibió con recelo, cuando no con franca hostilidad. Eran una avalancha de soldados sucios, cubiertos de polvo, llenos de piojos, con barbas hirsutas, y de civiles cargados de maletas, de mochilas, de mantas, que poco a poco iban abandonando (Montseny, 1977: 27).

> Cada año, cada invierno, cada enero y febrero, nos traen el recuerdo de lo que fueron esos días de 1939, en que medio millón de seres, desesperados, temblando de terror y de frío, los heridos arrastrando sus piernas enyesadas, las madres oprimiendo contra sus pechos a sus criaturitas, algunas recién nacidas, los viejos tumbándose al lado de las carreteras, extenuados, esperando la muerte.
>
> El invierno, la lluvia, la nieve, las arenas empapadas de los campos al lado del mar […] el trato inhumano de las fuerzas armadas lanzadas contra nosotros, para rodearnos, encuadrarnos como malhechores, registrando bagajes, ultrajando a los hombres y a las mujeres con interrogatorios insultantes, clasificando a esa masa, triste rebaño de vencidos, marcándolos a todos con un número y una clasificación sumaria […]. El contagio que podía representar nuestras peligrosas ideas había que evitarlo.
>
> Cada año la lluvia, la nieve, el viento, nos traen el recuerdo. […] días de infierno, de calvario, de dolor sobrehumano, en que agonizamos cada vez que al lado nuestro, junto a nosotros, veíamos morir a un amigo, una madre, un hermano, un hijo. Veíamos morir a uno de los nuestros. Los NUESTROS en aquellos días eran todos los que, cubiertos de piojos y de harapos, desesperados y frenéticos, levantaban los puños y maldecían al cielo y la tierra, increpaban a cuantos nos humillaban, se ensañaban con nosotros, no sentían piedad de un dolor tan grande, de una tragedia colectiva tan indescriptible (Montseny, «Exodus», en *L'Espoir*, enero de 1963, citado por Alcalde, 1983: 86).

El Gobierno Daladier canalizó a toda aquella masa humana, gentes de todas las clases sociales y profesionales, hacia las playas de Argelès, Le Barcarès, St. Cyprien, en donde no había nada habilitado para recibirlos (Soo, 2013). La zona se cercó con alambre de espino. Cientos de miles de personas a la intemperie, hacinadas sobre la arena de las playas, en un crudo invierno con lluvias torrenciales y vientos. No había letrinas, ni cocina, ni enfermería, ni siquiera electricidad. Sin ningún dispositivo sanitario, sin hospitalizar a los heridos, expuestos a gangrenas y amputaciones de miembros. La ayuda de organizaciones como Cruz Roja fue insuficiente para tal cantidad de gente, y muchos perecieron víctimas del hambre, la humedad, el frío y enfermedades como la disentería y la sarna. Se retiraba a los muertos enterrándolos en una gran fosa común. Hasta la primavera no se instalaron barracones de madera y lona, que fueron construidos por los propios reclusos, así como improvisadas cocinas y letrinas excavadas en la arena. Montseny recalca cómo sufrió cruelmente el pudor de la mu-

jer española durante esos meses debido a la monstruosa promiscuidad (Montseny, 1977: 39).

Federica Montseny había sido la primera mujer en la historia española que ocupó una cartera ministerial. A pesar de que los anarquistas rechazaban toda noción de Gobierno y de poder político, en una coyuntura muy especial, de lucha contra el fascismo, cuatro anarquistas, entre ellos Federica, accedieron a formar parte del Gobierno presidido por el socialista Largo Caballero, entre noviembre de 1936 y mayo de 1937. Fue ministra de Sanidad y Asistencia Social durante un tiempo demasiado corto para desarrollar una labor sólida, aunque hubo una mejora en la atención sanitaria de las clases populares, campañas de higiene, intentos de reducir la prostitución e incluso, en Cataluña, se reguló la interrupción voluntaria del embarazo. El cargo de ministra le dio una extraordinaria proyección en la escena pública, tradicionalmente reservada a los hombres, más aun en una sociedad tan tradicional como era entonces la española.

Fig. 1. Portada del folleto *Mi experiencia en el Ministerio de Sanidad*. Valencia, 6 de junio de 1937. Fundación Salvador Seguí.

Al ocupar los «nacionales» Barcelona, Federica, como tantos otros, tuvo que escapar y emprendió el camino de la frontera con Francia. Tenía dos hijos pequeños, Vida, de cinco años, y Germinal, «Germi», de siete meses, al que aún amamantaba. Cargaron cuanto pudieron en el coche, abandonando su hogar precipitadamente, incluido el archivo privado de la familia, que en gran parte desapareció quemado (por ejemplo, toda la correspondencia entre Federica y su compañero, Germinal Esgleas, quienes durante dos años, al inicio de su relación amorosa, se escribieron cartas a diario). No habían querido ponerlo a salvo en el extranjero siguiendo la consigna de la República de no dar apariencia de derrotismo (Lozano, 2004: 28).

Se marchaba en compañía de su madre y su suegra, así como de su amiga María Anguera, a la que llama su «hermana adoptiva», el hijo pequeño de esta, de un mes, y la madre de esta, Teodora. La madre de Federica, la conocida anarquista Teresa Mañé (cuyo pseudónimo era Soledad Gustavo), que estaba muy enferma (luego se supo que padecía un cáncer de colon), se rompió el fémur nada más emprender el trayecto. Febril, pasó la frontera con dos enfermeros y en una camilla que proporcionó el médico que había trabajado en el Ministerio con Federica como subsecretario de Sanidad. Los demás lograron pasar después, repartidos en dos grupos familiares. Ella lo consiguió con relativa facilidad gracias a su pasaporte diplomático. Buscó entonces a su madre y la encontró en una sala helada de una escuela «¡sin que nadie se preocupase de echarle una manta encima, de darle un poco de agua!» (Montseny, 1977:

24). Logró que la llevaran en ambulancia a un hospital en Perpiñán. Nada se podía hacer. Murió sin estar presente Federica, en la soledad de un hospital. Fue un entierro triste, con la compañía de solo dos personas, una de ellas, Federica. Su padre estaba en un campo de refugiados y no le dejaron salir. Su compañero, Esgleas, estaba también preso. El dolor de Federica se fundía en el inmenso dolor común; era –dice– una sensación de pesadumbre dentro de la catástrofe colectiva:

> Fue una más de tantos que murieron, de miseria, de frío, de tifus, de disentería (Montseny, 1977: 30). […]. Fue una de las primeras víctimas de aquella tragedia desmesurada. Mas nuestro drama, con todo su patetismo, desaparecía sumergido en lo que era aquella catástrofe colectiva. Lo habíamos perdido todo; pero, como nosotros, medio millón más de personas lo había perdido también todo, y algunos hasta sus deudos más queridos (Montseny, citada por Rodrigo, 2014: 137).

Aquella mujer, fallecida tristemente en la frontera hispano-francesa, había sido la maestra de Federica, de la que recibió una esmerada educación en su propia casa, en un ambiente intelectual y librepensador, con la extraordinaria biblioteca familiar a su alcance. Federica nunca asistió a una escuela primaria ni secundaria. Estudió por libre Filosofía en la Universidad de Barcelona, y lenguas y mecanografía en academias. Creció en un mundo aparte. La suya fue una infancia, dice ella, «independiente y

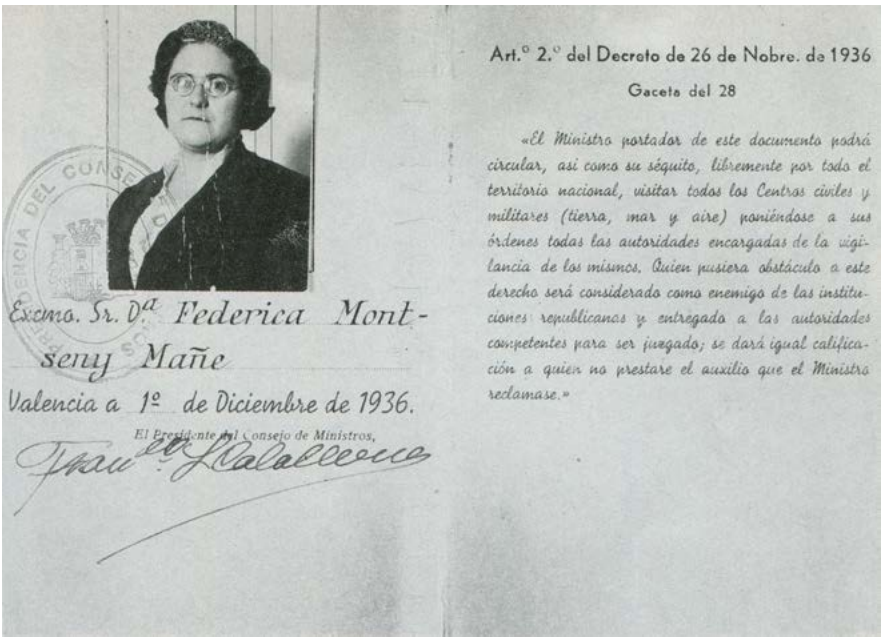


Fig. 2. Credencial de Federica Montseny como ministra de Sanidad. Madrid, 1936. Fundación Salvador Seguí.

dichosa, al aire libre». Fue objeto de mucho cariño y cuidados, muy querida por sus padres. Habían muerto dos hijos antes y una moriría después. Federica fue la única que sobrevivió. Al nacer –tras un parto difícil– su madre centró sus esfuerzos y energías en la educación de su hija, apartándose de la escena pública, si bien continuaría colaborando con la prensa (Montseny, 1987: 13). «No quiso enseñarme las primeras letras hasta los seis años, dejando desarrollar mi cuerpo antes de empezar a amueblar mi espíritu» (Montseny, 1987: 17). Fue una madre más maestra que madre; severa, distante, relativamente fría (Montseny, 1987: 74). Sin embargo, luego manifestó una profunda ternura por su nieta Vida, con la que ejerció más de madre que con ella misma. No obstante, Vida la recuerda como una mujer «demasiado seria»; «me mostraba libros, me contaba cosas, me enseñaba poesías. Todo lo que podría despertar mi curiosidad y mi interés. Pero jugar y mimos, no» (Vida Esgleas Montseny, 30-6-2016, citada por Ginés Puente Pérez).

Federica se educó en el laicismo y en las ideas anarquistas desde muy pequeña. Era lógico que, al igual que sus padres, se dedicase a las actividades de publicista. Desde su adolescencia, colaboró en la empresa editorial familiar, publicando artículos en *La Revista Blanca* que editaban con mucho éxito los Montseny. De forma natural, con 16 años escribió su primera novela corta. Creció orgullosa, indomable (título de una de sus novelas de juventud), consciente de su talento. Era lógico también que, al igual que había hecho su madre, abordase de forma explícita los problemas de la mujer y de las relaciones entre los sexos. Defendió –sobre todo a través de las protagonistas femeninas de sus novelas– la libertad y autonomía de la mujer, su derecho a recibir instrucción y a decidir por sí misma. Hizo hincapié en la necesidad de su independencia económica y del acceso a un trabajo asalariado en igualdad de condiciones que el hombre. Bien es verdad que, una vez superada la etapa de juventud, cuando la política irrumpió con fuerza en su vida, Federica no volvió a interesarse de modo especial por las cuestiones de la emancipación femenina.

En cualquier caso, no cabe duda de que su madre ejerció sobre ella gran influencia y Federica quiso siempre, aunque no llegó a hacerlo, escribir su biografía, como quiso escribir también la de Teresa Claramunt, su segunda madre: «He tenido una madre de carne, que fue también una maestra: Soledad Gustavo; y una madre espiritual, que fue mi fuerza, mi vocación, y es hoy el hada buena […]: esta es Teresa Claramunt, una tejedora de Sabadell» (Rodrigo, 2006: 35). Fueron las dos mujeres que más huella dejaron en Federica; una, intelectual y maestra laica, y la otra, obrera con el don de la palabra.

2. OCUPACIÓN ALEMANA DE FRANCIA Y MUERTE DE SU «MUY ESPECIAL» PADRE

La última página de las memorias de Federica se titula «conclusión». Son solo tres párrafos y, entre otras cosas, dice:

> «Si todos los que nos vimos envueltos en esa catástrofe narrásemos nuestra vida, la aventura patética y extraordinaria de nuestras existencias, se recogería un documento histórico de capital importancia, de valor incalculable, que supe-

> raría a cuanto la imaginación más exuberante hubiese podido elucubrar». «Nos tocó vivir unos años trágicos», «lo que ha sido el paso del nazi-fascismo en los países que cayeron bajo su bota, supera a todos los horrores de la Antigüedad y de la Edad Media» (Montseny, 1987: 253).

A los seis meses de aquella huida, la situación de los refugiados españoles en Francia se agravó, al tener que afrontar el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación de Francia por los alemanes. El 18 de junio de 1940, el mariscal Pétain firmó el armisticio. Las dos organizaciones de ayuda a los refugiados españoles instaladas en Francia (SERE y JARE) fueron clausuradas por el Gobierno francés. A Federica se le encogía el alma cuando recordaba sus últimos días en el París de las cruces gamadas y las «malditas catorce maletas» repletas de fichas (del movimiento libertario) que habían guardado en el domicilio de la rue Lafayette y que con grandes dificultades fueron quemando poco a poco. Vivió con el temor constante de ser capturada y entregada a Franco. Se hizo pasar por francesa con el nombre de Fanny Germain, originaria de Perpiñán, aunque su acento la delataba.

En su libro *El éxodo. Pasión y muerte de españoles en el exilio*, recoge y reproduce múltiples testimonios de refugiados que huyeron de España tras la Guerra Civil y se encontraron, primero, con un país que les recibía mal, y luego, con algo aún peor, el nazismo alemán. Los refugiados españoles internados en campos como el de Argelès, como su propio compañero Germinal, los abandonaron con diferentes destinos: muchos se quedaron a vivir en Francia y formaron familias, otros decidieron volver a España, ante la falsa promesa de Franco de perdonar a quienes no hubiesen cometido delitos de sangre. Hubo quienes se alistaron en el Ejército francés para luchar contra los nazis, miles de los cuales cayeron prisioneros y fueron a parar a los campos de concentración y de exterminio alemanes (sobre todo al de Mauthausen-Gusen, donde estuvieron internados 7.300). Otros muchos lucharon en la Resistencia, tanto en las ciudades como en las montañas. Los *maquisards* o guerrilleros, protegidos y alimentados por los pueblos, realizaron operaciones paracaidistas para pasar armas y municiones por la noche y de sabotaje, como volar o minar carreteras.

Fig. 3. Folleto *Pasión y muerte de los españoles en Francia*, por Federica Montseny. Toulouse, 15 de noviembre de 1950. Fundación Salvador Seguí.

Federica Montseny recorrió casi toda la Francia ocupada, acompañada de sus dos hijos, su anciano padre, su suegra y Teodora. Disfrazada, teñida de rubia, y cambiando continuamente de residencia.

En la zona ocupada, el riesgo era altísimo. El régimen de Franco podía obtener la entrega de personalidades republicanas sin grandes obstáculos y con rapidez, como ocurrió en el caso del expresidente de la Generalitat, Lluís Companys, entregado y ejecutado en Montjuic en octubre de 1940. La Francia de Pétain, por el contrario, exigía algunos requisitos legales, más por guardar las formas y por la protección de la Legación mexicana, que por una cuestión de principios (Lozano, 2005a: 278). Las detenciones de republicanos señalados, y los rumores que en septiembre de 1940 aseguraban haberla visto en París transfigurada, la decidieron a pasar la línea de demarcación. «Su intuición fue certera, pues, por esas fechas, el embajador de Franco en París, José Félix de Lequerica, y el ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Suñer, reduplicaron su presión sobre las autoridades francesas para obtener la entrega de personalidades republicanas» (Lozano, 2005a: 279). Fue muy difícil la aventura de pasar de la Francia ocupada a la libre.

En su huida, su padre, Joan Montseny (Federico Urales), comenzó a tener síntomas de demencia senil, no se enteraba bien de lo que pasaba, estaba ausente, ensimismado, a veces infantilizado. Echando la vista atrás, Federica recordaba cómo, con tan solo 12 años, le había acompañado a mítines, manifestaciones y tertulias en los cafés de Barcelona, así como a cines y teatros, ya que Urales ejercía de crítico teatral. En este ambiente familiar intelectual y militante, Federica se convirtió en una mujer independiente que, en los años veinte, viajaba sola y daba mítines, algo por entonces inaudito en España, e incluso escandaloso. Una mujer fuerte y sin miedo «era un extraño fenómeno de la naturaleza, que por fuerza debía tener un carácter anormal y antifemenino» (Montseny, citada por Lozano, 2005a: 139; Gutiérrez Molina, 1994: 29). Montseny pudo darse cuenta desde muy joven de que muchos de sus compañeros de militancia no podían evitar plantearse serias dudas sobre su feminidad. «Lo mejor que deben pensar de mí es que soy un hombre» (Montseny, citada por Gutiérrez Molina, 1994: 41). La gente de los pueblos salía asombrada a ver «a la mujer que habla». Una mujer que hablase, en la España de aquellos años, se asemejaba a un espectáculo circense, según palabras de la propia Federica (Montseny, 1987: 69).

En 1931 se afilió a la CNT, en el Sindicato de Oficios Varios o Profesiones Liberales, ya que nunca fue obrera. Fue enviada por el movimiento libertario en giras de propaganda por toda la península durante los cinco años que precedieron a 1936. Destacó por sus grandes dotes oratorias. Sabía modular su potente voz, tenía habilidad improvisadora. Se convirtió en una gran propagandista y se produjo su meteórica ascensión. Llenaba plazas de toros. Era admirada por grandes masas.

Durante la República, gracias a sus multitudinarios mítines y sus múltiples artículos, no ya solo en la editorial familiar sino en periódicos como *Solidaridad Obrera*, principal órgano de expresión de la CNT, donde tuvo una sección fija semanal desde 1933, alcanzó una popularidad que sobrepasó a la de su padre. Se sentía, a punto de cumplir los 30 años, plenamente segura de sí misma, de su capacidad, y tenía, cada vez más, sus propios criterios. Pertenecía a una selecta minoría de mujeres instruidas, cultivadas, privilegiadas, con una vida de trabajo, sí, pero cómoda, que muchos obreros calificaban de pequeñoburguesa. No tenía nada que ver con las mujeres obreras; hay una brecha cultural entre ella y el analfabetismo general de las mujeres en los barrios donde vivió. Educada desde el mismo momento de su nacimiento para ser una mujer emancipada, Federica consiguió desde luego serlo.

Su propia experiencia, nada habitual para la gran mayoría de las mujeres españolas, la llevó a considerar que cualquier mujer, si se lo proponía, podía emanciparse y protagonizar su vida (Kaminski, 1977: 65-66)[2]. Abogó por un tipo superior de mujer, de firme personalidad y vida independiente. Pero su caso era muy excepcional y esa idea suya de «supermujer», que respondía muy bien a lo que ella era, no era trasladable al común de las mujeres españolas. Ella misma asumió que era una mujer en un mundo de hombres (Montseny, 1987: 135, citada por Tavera: 237)[3]. Se ganó entre sus compañeros el sobrenombre de la Leona por su ferocidad contra la corriente moderada de la CNT. En 1936 se afilió a la FAI, identificándose cada vez más con la postura dura e intransigente que esta última organización defendía.

De niña y de joven, Federica tuvo una relación excelente con su padre. Su unión con Germinal Esgleas, al que Federico Urales quería como a un hijo, fue una gran satisfacción para él. Pero, a medida que ella fue ganando popularidad como periodista y novelista, surgió una rivalidad entre ambos que culminó con su separación. Algunas discrepancias las dirimieron públicamente en *La Revista Blanca*. Durante la República, ella se identificó con los postulados antigubernamentales de la FAI, hizo llamamientos a la insurrección y atacó con dureza al Gobierno republicano, sobre todo por la represión de alzamientos como el de Casas Viejas. Su padre, en cambio, era políticamente más partidario de colaborar con otras fuerzas de izquierdas, como los socialistas. Los caracteres de padre e hija acabaron chocando. Para no romper la armonía familiar, el padre accedió a regañadientes a dar la dirección de *La Revista Blanca* a su hija, pero ambos terminaron distanciándose.

En la Guerra Civil, Federica alcanzó el cénit de popularidad y protagonismo. Cuando, con 32 años, llegó a ministra[4], las diferencias con su padre se agrandaron. A mediados de 1937, Federico Urales, en una demoledora carta de seis folios, cargada de resentimiento, con el encabezamiento «a la compañera Federica Montseny», planteó a su hija una total e «irrevocable» ruptura afectiva, y el firme propósito de no volver a dirigirle la palabra. Le reprochaba su mal carácter, su falta de cariño y de sentimientos (Lozano, 2004: 244-248). La acusaba de actuar movida por la vani-

[2] Solo hacían falta –decía– energía y voluntad para llevar a cabo un cambio interior que las transformara en mujeres libres. «Llevar la vida que deseen sólo depende de las mujeres», afirmó. Su enfoque era individualista (cada mujer era responsable de vivir su propia vida, la que ella quisiese) frente a la solución colectiva que proponían las asociaciones específicas de mujeres. Asumió el presupuesto de que no era necesaria ni conveniente una lucha autónoma de las mujeres ya que podía minar la unidad del movimiento anarquista.

[3] En una ocasión afirmó que la mayor parte de sus amistades habían sido masculinas porque era difícil mantener conversaciones serias y profundas con la mayoría de las mujeres de su época. (Nash, 1975).

[4] Ella dudó mucho sobre si aceptar el cargo, veía con claridad la contradicción con sus ideales anarquistas. Enseguida se decidió que el Gobierno saliese de Madrid hacia Valencia. A ella le pareció una huida indigna, creyó que habían sido incluidos en el Gobierno para implicar a los anarquistas en la salida de Madrid. En aquellas circunstancias, a causa de lo breve de su gestión y de las necesidades de la guerra, que obligaban a aplazar todo lo demás, muchos de los proyectos sociales de Federica al frente del Ministerio, en el que solo estuvo seis meses, no pasaron del papel. Se ha atribuido a Federica la iniciativa de promulgar la ley de interrupción voluntaria del embarazo, aunque en realidad el promotor de la legalización del aborto fue el doctor Félix Martí Ibáñez, que, en diciembre de 1936, desde su puesto de director general de Salud y Asistencia Social de la Generalitat, la introdujo en Cataluña (Nash, 1995b).

dad y la soberbia; la llamaba engreída, despótica, dominadora. Decía que ella había pretendido desplazarle y ningunearle, y que él, que nunca se había dejado someter por Gobiernos, militares ni curas, no iba a dejarse dominar por ella. Criticaba que la popularidad y el cargo de ministra se le hubieran «subido a la cabeza» y proponía el desmantelamiento de la empresa familiar (Tavera, 2005: 236). Afortunadamente para Federica, su padre no aireó públicamente la ruptura, lo que hubiera supuesto un duro golpe para ella, dada su relevancia pública en aquellos momentos y las críticas a las que estaba siendo sometida, tanto fuera como dentro del movimiento anarquista. Ella no deja traslucir nada de esto en sus libros, ni en sus memorias, que no cubren esos años, en las que hace una loa a la actividad intelectual de su padre, que cree que no fue reconocida en su justa medida:

> Mi padre no fue jamás considerado un escritor mayor; tuvieron más fama como teóricos nuestros Mella, Prat, Anselmo Lorenzo, Tarrida del Mármol. Pero su manera de escribir, sencilla y asequible para todo el mundo, le valió muchos más lectores que todos los demás. Algún día se hará plena justicia al verdadero genio creador de mi padre que, además de lo que apareció con su firma, escribió miles y miles de cuartillas, firmadas con diversos seudónimos, tanto en la primera época de *La Revista Blanca* como en la segunda (Montseny, 1987: 56).

Solo en algún momento dice que su padre tenía un carácter «muy especial», «endiablado». Que era «un polemista inveterado, siempre dispuesto a la discusión», «incapaz de callar lo que pensaba, lo decía y lo escribía». No sabemos la versión de ella sobre las acusaciones que le hace su padre en esa carta, pero desde luego da idea de lo envenenada que estaba la relación en esa fecha. En cualquier caso, en el cataclismo del final de la guerra y la salida hacia el exilio, Federica se responsabilizó de su padre, viejo, enfermo y casi ciego, de modo que cabe pensar que, en aquellas duras circunstancias, padre e hija se reconciliaron (Tavera, 2005: 252). Cuando huyendo de los nazis en 1940, Urales comenzó a mostrar síntomas de demencia senil, Federica lo dejó internado durante un tiempo en una residencia de ancianos para evitar el peligro de que sus desvaríos les delataran. A ella le desesperaba el declinar de él, le crispaba los nervios su irreversible deterioro (Lozano, 2005a: 282). Su hija Vida cuenta que una vez Federica arrojó un vaso de agua a su anciano padre a la cara en un momento de irritación y la niña se preguntó si era posible que su madre fuera mala (Lozano, 2005a: 283).

Fueron tiempos muy duros. Ante la petición de extradición franquista, fue detenida en Francia, encarcelada estando embarazada de cinco meses de su tercer hijo, lo que probablemente la benefició. Estuvo en 1941 en la misma cárcel de Limoges que Largo Caballero. El Gobierno franquista pidió la extradición de ambos, para llevarlos al pelotón de ejecución, como hizo con Companys, Peiró, Cruz Salido o Zugazagoitia. Juzgados por un tribunal, este denegó su entrega a España.

Después de ser liberada, Federica permaneció como refugiada política, en residencia asignada y vigilada, en la Francia de Vichy, en una casa a tres kilómetros del pueblecito de Salon, cerca de Vergt, Departamento de Dordoña. Sin agua corriente, sin gas ni calefacción, con la única obsesión de sobrevivir, pasó allí cuatro años, «entre los más amargos de mi vida» (Montseny, 1977: 222). Gracias a su falsa identidad logró

ocultarse, y solo un puñado de vecinos de aquel villorrio sabían que a las afueras del pueblo vivía una familia española, camuflada entre la maleza de los bosques (Lozano, 2005a). Federica recibió algo de ayuda desde EE.UU., sobre todo de Frank González[5], pero cuando EE.UU. entró en la guerra mundial se cortaron las relaciones y tuvieron que vivir únicamente con sus propios medios. Se dedicaron a cultivar la escasa tierra de que disponían y a la cría de ganado para su subsistencia (vacas, gallinas, cerdos y un rebaño de ovejas). Una vida difícil, de total asilamiento, teniendo que trabajar de sol a sol, sintiendo amenazante la ocupación alemana.

Al producirse el desembarco aliado en África, los alemanes ocuparon toda Francia y se volvieron aún más implacables. A medida que se veían acosados por los aliados, agudizaron su brutalidad. En su retirada, recuerda Federica, cometieron atrocidades. Sus vidas estuvieron entonces pendientes de un hilo. Rodeados por los nazis, creyendo cada día que podía ser el último, si les descubrían. Pasaron muchas penalidades. Tuvieron grandes dificultades para alimentarse porque era muy peligroso ir por la carretera hacia la ciudad (Vergt) en busca de abastecimientos. Federica llegó a pesar solo 60 kilos, muy poco para alguien como ella, de naturaleza robusta.

En 1942, en aquel refugio donde residían, seis días después de nacer el tercer vástago de Federica, una niña llamada Blanca, su padre murió con 74 años. Se fue apagando lentamente hasta que no pudo superar un ataque cerebral. Ella, recién parida, no tuvo fuerzas para asistir al entierro, en el modesto cementerio de Salon. En sus memorias recuerda el patetismo de aquel espectáculo: un ataúd de madera blanca sobre una carreta de bueyes bajando la colina desde la casa en que vivían hasta el cementerio. Apenas unas pocas personas acompañando al cadáver y una simple lápida con estas palabras: «Juan Montseny (Federico Urales). Reus, 19 de agosto de 1863-Salon, 12 de marzo de 1942». Una tumba más «entre las de miles de refugiados españoles sembradas por tierras francesas» (Montseny, 1987: 243).

> ¡Tierra roja de la Dordogne! ¡Lejano y humilde cementerio de Solon, donde duerme el último sueño! ¡Tristeza infinita de este ocaso de su vida, en país extraño y hostil, donde conoció todos los desamparos, todas las incomprensiones, y todas las miserias! La naturaleza, clemente, puso un velo piadoso en su cerebro para que sus últimas horas no fuesen tan trágicas; le volvió al pasado en el umbral del eterno porvenir de la muerte. Su cuerpo estaba en Francia; su alma vivía en España, en el querido Reus de su juventud, del cual su espíritu jamás se había apartado, por ese curioso fenómeno de la fidelidad al terruño natal, tan poderoso para los españoles, aunque sean ampliamente internacionalistas. La posteridad, a la que ya pertenece su obra y su recuerdo, le hará la justicia, que en vano esperó vivo. Justicia que solo se hace, cuando mueren, a los hombres que sobresalen demasiado del conjunto mediocre y rebañego (Montseny, prólogo a Urales, 1942).

[5] Frank González fue un anarquista cántabro nacido en Astillero en 1893 y fallecido en Nueva York en 1957. Durante muchos años editó en Nueva York el periódico anarquista *Cultura Proletaria* y fue uno de los dirigentes del SIA (Solidaridad Internacional Antifascista) que ayudó a las víctimas del terror franquista.

3. EL PROTAGONISMO DE LA PAREJA MONTSENY/ESGLEAS EN EL ANARQUISMO DEL EXILIO EN TOULOUSE

La esperanza de que se trataba de un exilio provisional y que solo había que esperar a que Franco cayese se esfumó una vez acabada la Segunda Guerra Mundial. Federica no regresaría al país donde había nacido hasta después de la muerte del dictador. Y nunca volvió a instalarse en España tras la caída de la dictadura franquista. La familia debió de pesar mucho en su decisión de permanecer en Francia. Era donde estaban sus hijos y sus nietos. Al parecer, tenía la idea de trasladarse a Madrid con su hija Blanca, su predilecta, la que más en contacto estaba con sus padres y más se ocupaba de ellos, la que más se identificaba también con las ideas de sus padres. Pero ocurrió un episodio terrible: Blanca se enteró de que padecía cáncer y, sin decir nada a sus padres, rompió un noviazgo y se fue lejos, a las Antillas, luego a Afganistán, la India, etc. Los padres no se enteraron de su enfermedad hasta siete años después, cuando estaba desahuciada. Murió en 1977 con solo 35 años. Fue para Federica un golpe terrible. «Lo que más afectó a mi madre», comenta Vida Esgleas, «fue la muerte de mi hermana». Ya no vio sentido a volver. Decidió permanecer en Toulouse, donde había vivido los largos años del exilio, en un pequeño piso en un barrio obrero en cuyos comercios abundaban apellidos españoles. Toulouse se llamó «la capital de la España roja», la capital del exilio republicano español (Ealham, 2014). 20.000 refugiados republicanos transformaron la cara de una ciudad en la que uno de cada diez habitantes hablaba español (Alted, 2003 y 2005).

Fig. 4. Federica Montseny y Germinal Esgleas, su compañero sentimental, poco antes de la Guerra Civil. Fundación Salvador Seguí.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

Federica había afrontado con entereza y determinación el calvario del exilio, tratando de proteger a su familia como una «madre coraje» (Tavera, 2005: 251-262), sin saber durante mucho tiempo qué había sido de Esgleas, que estuvo encarcelado hasta 1944, en que, tras el desembarco aliado en Normandía, los maquis entraron en la cárcel y liberaron a los presos. Cuando por fin pudieron reunirse, Esgleas y Federica reclamaron para sí la ortodoxia de la CNT, reafirmando la postura «pura» y «antipolítica» de no implicarse en la guerra a favor de los aliados, ni en una alianza con otras fuerzas del exilio republicano[6]. Su dirección fue discutida y valorada de manera muy distinta: para unos representaba la regeneración de la CNT y del anarquismo, y para otros, el oficialismo inmovilista para seguir viviendo de los cargos retribuidos.

Aunque no se casaron –y durante bastantes años ni siquiera convivieron–, creo que se puede decir con propiedad que Germinal Esgleas fue el marido de Federica. Fue una relación monógama y perdurable, que duró hasta la muerte de él, en 1981. Celebraron su unión a la manera libertaria en 1930. Fue «una fiesta en plena naturaleza con amigos, compañeros y familia, que hizo las veces de rito matrimonial para la joven pareja que se desfloraba aquella noche» (Montseny, 1987: 42, citada por Lozano, 2005a: 106). En el anarquismo, la unión libre solía formalizarse mediante algún tipo de ceremonia, se comunicaba el acontecimiento a todos aquellos que pudieran estar interesados, y en ocasiones se inscribía en un registro. Muchas de las uniones libertarias eran así. Uniones monógamas reconocidas formalmente y con un compromiso de fidelidad sexual a la pareja. El intelectual y periodista alemán de simpatías libertarias Hans-Erich Kaminski se mostró divertido al descubrir, durante su estancia en España en la Guerra Civil, que el concepto que tenía Federica del amor libre apenas difería del concepto de matrimonio burgués (Kaminski, 1977: 63).

Sin embargo, Federica no convivió con el padre de sus tres hijos. La madre de su compañero había elegido a otra mujer para que se casara con su hijo y no aceptó a Federica, oponiéndose tajantemente a esa relación. No quería de ninguna manera a una mujer anarquista, «de ideas», para su hijo. Él sucumbió a la actitud posesiva de su madre (la cual sufría constantes pesadillas por la trágica experiencia de la muerte violenta de su marido y su otro hijo a manos de unos beduinos que asaltaron su casa cuando vivían en Marruecos) y, a pesar de haber sellado su unión a la manera libertaria, Federica y Germinal no vivieron juntos, sino que él permaneció con su madre en Calella, mientras ella vivía en Barcelona con sus padres y, luego, también con sus hijos, aunque Germinal iba con frecuencia a casa de los Montseny.

La pareja no conviviría hasta la época del exilio francés, ya en los años cuarenta. En Toulouse, vivió, según ella dice, como una mujer «normal», haciéndose cargo de las tareas domésticas, cocinando…, porque, afirmaba, «la mujer debe encontrar un equilibrio entre las nuevas ideas y un cierto mantenimiento de la feminidad, consustancial a su naturaleza: el cuidado de los hijos, el gusto por la casa, el saber hacer comidas, en

[6] Hubo en la CNT, dentro y fuera de España, una fuerte división entre el llamado núcleo de Toulouse, dirigido por la pareja compuesta por Federica y Germinal, y los que se opusieron a él en el mismo exilio y en la península. Hay quien sostiene que había mucho de lucha de personalismos y clanes (Torres Ryan, 2001: 166). Las irreconciliables posiciones entre los «ortodoxos» o «antipolíticos» y los «posibilistas» o «políticos» se acentuaron con el paso de los años (Herrerín López, 2004). La corriente ortodoxa fue amplia mayoría en el exilio y la de los «políticos» fue mayoritaria en el interior. En 1945 se consumó la ruptura. La escisión envenenaría la convivencia confederal durante todo el exilio (Lozano, 2005a: 322).

una palabra, saber hacer la vida agradable a las personas que te rodean» (Montseny, citada por Rodrigo, 1979). No obstante, por las tardes dedicaba algo de tiempo a escribir, leer y cumplir con su trabajo «orgánico». Durante cuarenta y cinco años escribió, por ejemplo, una sección diaria de crónicas políticas sobre la actualidad de España y del mundo para *L'Espoir* titulada «Día tras día» (Alcalde, 1983: 11). Al enviudar, se aferró aún más a su actividad anarquista, a dar mítines y conferencias, con esa gran capacidad oratoria suya. Su compromiso con la CNT y sus ideales libertarios se mantuvo hasta el final de sus días. Siguió viviendo en Toulouse, rodeada de libros, retratos, objetos, y recuerdos. En los últimos años, perdió la vista. La ceguera le impidió leer o escribir, pero no charlar, algo que hizo con todos los que iban a visitarla. Murió en 1994 y fue enterrada en el cementerio de Saint-Cyprien, en el panteón donde reposan también su compañero e hija.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alcalde, Carmen (1983): *Federica Montseny. Palabra en rojo y negro*, Barcelona, Argos Vergara.

Alted Vigil, Alicia y Domergue, Lucienne (coords.) (2003): *El exilio republicano español en Toulouse, 1939-1999*, Uned/Presses Universitaires du Mirail.

Alted Vigil, Alicia (2005): *La voz de los vencidos: El exilio republicano de 1939*, Madrid, El País/Aguilar.

Ealham, Chris (2016): *Vivir la anarquía, vivir la utopía. José Peirats y la Historia del anarcosindicalismo español*, Madrid, Alianza Editorial.

Ealham, Chris (2014): «Spanish Anarcho-Syndicalists in Toulouse: The Red-and-Black Counter-City in Exile», *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal and Latin America*, 91, 1-2, pp. 95-114.

García-Guirao, Pedro (2014): *An Anatomy of Exile, Return and Re-Exile. The writing and life trajectory of the Former Spanish anarchist Minister Juan López* Sánchez. University of Sauthampton (tesis doctoral) en https://eprints.soton.ac.uk/372625/1/Pedro%252520thesis.pdf.

Gutiérrez Molina, José Luis (coord.) (1994): *Federica Montseny en Andalucía, verano de 1932*, Sevilla, Las Siete Entidades.

Herrerín López, Ángel (2004): *La CNT durante el franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*, Madrid, Siglo XXI.

Kaminski, Hans Erich (1977): *Los de Barcelona*, Barcelona, Ediciones del Cotal (1.ª edición: *Ceux de Barcelona*, París, 1937).

Lozano, Irene (2005a): *Federica Montseny, una anarquista en el poder*, Madrid, Espasa.

—— (2005b): «La anarquista que alcanzó el poder», *Suplemento de El Mundo*, 9 de enero.

Marín Silvestre, Dolors y Palomar i Abadía, Salvador (2006): *Els Montseny Mañé: un laboratori de les idees*, Reus, Arxiu Municipal de Reus.

Montseny, Federica (1977): *El éxodo. Pasión y muerte de españoles en el* exilio, Barcelona, Galba Edicions (1.ª ed.: Toulouse, 1969).

—— (1978): *Seis años de mi vida (1939-1945)*, Barcelona, Galba Ediciones.

—— (1987): *Mis primeros cuarenta años*, Barcelona, Plaza & Janés.

ARCHIVO HISTÓRICO del Exilio Buenos Aires

Nash, Mary (1999): *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus.
Puente Pérez, Ginés (2016): *De Soledad Gustavo a Teresa Mañé (1865-1939).* Tesis de Máster. Universidad de Barcelona, consultado en https://www.academia.edu/29288839/De_Soledad_Gustavo_a_Teresa_Mane_1865_1939.
Ramella, Pietro (2003): *La retirada: L'odissea di 500.000 repubblicani spagnoli esuli dopo la guerra civile (1939-1945)*. Milán, Lampi di Stampa.
Rodrigo, Antonina (1979), *Mujeres de España*, Barcelona, Planeta.
—— (2006), «Crònica d'una vida militant», en *Federica Montseny (1905-1994)*, Barcelona, Generalitat de Catalunya, Institut Catalá de les Dones.
—— (2014), *Federica Montseny. Primera ministra electa en Europa,* Barcelona, Editorial Base.
Ruiz Pérez, Jesús (2004): «Reflexiones sobre posibilismo libertario», *Libre Pensamiento*, 44, pp. 72-83.
Soo, Scott (2013), *The Routes to Exile: France and the Spanish Civil War Refugees, 1939-2009*, Mánchester, Manchester University Press.
Tavera García, Susanna (2004): «Federica Montseny o las paradojas de una biografía militante», *Historia Social*, 48, pp. 111-128.
—— (2005): *Federica Montseny. La indomable*, Madrid, Temas de Hoy.
Torres, Margaret (2001), «El exilio libertario y el movimiento obrero español», en María Fernanda, Mancebo, Marc Baldó y Cecilio Alonso (eds.): *L'exili cultural de 1939: Seixanta anys després* (Actas del I congreso internacional). Valencia.
Urales, Federico (1942): *Sembrando Flores: novela de una vida ideal*, Toulouse, Guilda de «Amigos del Libro», prólogo de Federica Montseny.

ME QUEMO LOS LABIOS*

Sandra Lorenzano
Universidad Nacional Autónoma de México

Creo que el exilio es una dimensión de la vida humana, pero al decirlo me quemo los labios porque yo querría que no volviese a haber nunca más exiliados.
María Zambrano, *Los bienaventurados*

[…] ningún país nos quería a los refugiados españoles, sólo México, sólo México, no me cansaría de decirlo, como una oración. Sólo México nos abrazó […]
María Zambrano, «Entre violetas y volcanes»

María Zambrano cruzó la frontera entre España y Francia el 28 de enero de 1939, huyendo, como tantos otros republicanos, de la violencia de la Guerra Civil. Iba en coche con su madre y su hermana Araceli.

En el camino encontraron a Antonio Machado. Cuando lo invitaron a subir al coche él respondió que prefería cruzar la frontera a pie junto a los vencidos. Entonces María decidió caminar al lado de su amigo. Machado tenía 64 años. Ella, 35. Los unía el amor a la poesía. Y ahora el exilio.

A partir de ese momento la vida de la filósofa se transformó en un largo peregrinar por distintas ciudades y países, pero sobre todo en un profundo viaje por el pensamiento; un pensamiento que –alimentado por sus maestros y guías contemporáneos y antiguos, de Platón a Ortega y Gasset, de Plinio a Zubiri– enraizó en sus propias entrañas y búsqueda vital.

María Zambrano y Antonio Machado llegaron juntos a la frontera de Portbou. Esa misma frontera en la que apenas un año y medio después se quitaría la vida Walter Benjamin. El horror recorría Europa y los caminos estaban sembrados de muerte.

¿Qué llevaban en sus maletas? ¿Qué llevan los emigrados, los exiliados, los desarraigados? ¿Qué guardaba el filósofo alemán nacido bajo el signo de Saturno (como dice Susan Sontag) en esa maleta con la que buscaba llegar a Estados Unidos?

En 2017, la exposición «La maleta de Walter Benjamin. Dispositivos migratorios» convocó a treinta y ocho artistas jóvenes a imaginar esa valija. Hay una con juguetes (una de las pasiones de Benjamin), otra llena de piedras, tan pesada, dicen, como el camino hacia la libertad, una más con arena y un reloj.

Hay una brutal hecha con alambre de púas: «[…] cosida con el miedo, llena del vacío desolador de aquel que deja atrás todo lo que quiere, todo lo que es. Benjamin abandonaba Berlín, ahora abandonaría Mosul, Alepo o Kunduz», asegura su autora, Agnes Wo, una de las participantes[1]. Yo agregaría hoy: o Tegucigalpa, o El Salvador, o Apatzingán, Michoacán.

* Este texto se inscribe en el marco del proyecto de investigación, «Intercambios culturales y creación de identidades a través de fuentes literarias, siglos XIX y XX». Ref. HAR2016-76398-P.

«El vacío desolador», como dice Agnes Wo. Nada diferente debe haber llevado María al abandonar su vida, su casa, sus amigos y el proyecto político al que estaba ligada ideológica y afectivamente: la Segunda República española.

Tampoco sabemos qué llevaba Antonio Machado en sus maletas, pero sí que cuando murió –en Collioure, un mes después de haber dejado España–, se encontró, en un «bolsillo de su gabán, un trozo de papel en el que había garabateado su último verso, un canto al pasado, una rememoración de la niñez perdida: "Estos días azules y este sol de la infancia"»[2]. Se fue como siempre había deseado: ligero de equipaje.

Y ese verso guardado me recuerda otras historias como la de Viktor Frankl, con su libro *El hombre en busca de sentido* cosido al forro del abrigo con el que llegó a Auschwitz. O la del padre del colombiano Héctor Abad Faciolince, en cuyo bolsillo había, en el momento de ser asesinado en Medellín, un papel en el que había escrito unos versos de Borges: «Ya somos el olvido que seremos». Y ese es el título de la excepcional novela en la que el hijo cuenta la historia del padre al que tanto amara: *El olvido que seremos.*

La poesía entonces como equipaje, como talismán frente a la muerte. Como los versos de Robert Desnos, escritos en el campo de concentración en que murió:

> Tanto soñé contigo que pierdes tu realidad. ¿Habrá tiempo para alcanzar ese cuerpo vivo y besar sobre esa boca el nacimiento de la voz que quiero? Tanto soñé contigo que mis brazos habituados a cruzarse sobre mi pecho abrazan tu sombra, quizá ya no podrían adaptarse al contorno de tu cuerpo.

En esos versos no se refiere a la violencia, ni al dolor ni al hambre, sino que creó en esas circunstancias de muerte uno de sus más delicados poemas de amor.

María Zambrano llevó consigo el recuerdo de su amigo poeta que caminó junto a aquellos que nada tenían. Eso guardaba en su maleta; esa imagen, ese sentido ético de la creación y de la vida misma, ella que vivió la mayor parte de su existencia fuera de España e hizo de la condición de exiliada uno de los núcleos de su pensamiento.

> Fui alguien que se quedó para siempre fuera y en vilo. Alguien que se quedó en un lugar donde nadie le pide ni le llama. Ser exiliado es ser devorado por la historia. Y su lugar es el desierto. Para no perderse, ena-

Fig. 1. Agnes Wo, *Berlin, Kunduz, Mosul, Aleppo…*

[1] Citado en Roberta Bosco, «Maletas llenas de historias para Walter Benjamin», *El País*, 24 de julio de 2017.

[2] Teresa Amiguet, «Antonio Machado, ligero de equipaje», *La Vanguardia*, 20 de febrero de 2019.

> jenarse, en el desierto hay que encerrar dentro de sí el desierto. Hay que adentrar, interiorizar el desierto en el alma, en la mente, en los sentidos mismos, aguzando el oído en detrimento de la vista para evitar los espejismos y escuchar las voces (Zambrano, 1990).

Material, pero sobre todo simbólicamente, el equipaje del destierro es aquello que logramos salvar del naufragio de la vida; aquello que nos da identidad y pertenencia en su esencia más pura.

La «nodriza del pensamiento», llama María Zambrano a la memoria. Perderíamos nuestro ser y nuestro rostro, nuestra historia y nuestros pasos si no tuviéramos memoria. Perderíamos el sentir y la razón, la luz y la poesía. Pero, ¿cómo guardarla en unos cuantos bultos? La memoria es nuestro hogar, como lo era para ese pequeño hijo de españoles que, de noche, en el campo de concentración francés, dormía en la maleta de sus padres vuelta cuna, protegido orgullosa y entrañablemente por la bandera de la República.

Con el equipaje de la melancolía llegó María a México en febrero de 1939. La joven mujer que se había desempeñado en el Gobierno de la República como consejera de Propaganda y consejera de la Infancia Evacuada llegó a la que sería una de varias patrias transitorias tan sola como lo estaban esos niños que ella misma ayudó a proteger.

Había sido invitada por el Gobierno cardenista, como muchos intelectuales desterrados, a trabajar en la recientemente creada Casa de España, futuro Colegio de México. Sin embargo, no fue allí donde pasó su período mexicano. Se dice –entre otros, lo sostenía Octavio Paz– que su juventud y su género hicieron que los propios colegas españoles no la consideraran «apta» para compartir con ellos el espacio académico en la capital del país. Fue así cómo, por invitación de Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, se trasladó a la ciudad de Morelia, antigua Valladolid mexicana, bella, pero en ese momento bastante aislada del diálogo intelectual que se sostenía en la ciudad de México, y comenzó su labor de docente e investigadora en la Universidad de San Nicolás de Hidalgo.

> Por amor a tales recuerdos y vuestra generosa compañía, seguidme hasta una hermosa ciudad de México, Morelia, cuyo camino no busqué, sino que él mismo me llevó a ella, igual que a tantos otros españoles recién llegados al destierro. Allí me encontré yo, precisamente a la misma hora que Madrid –mi Madrid– caía bajo los gritos bárbaros de la victoria. Fui sustraída entonces a la violencia al hallarme en otro recinto de nuestra lengua, el Colegio de San Nicolás de Hidalgo, rodeada de jóvenes y pacientes alumnos. Y, ajena desde siempre a los discursos, ¿sobre qué

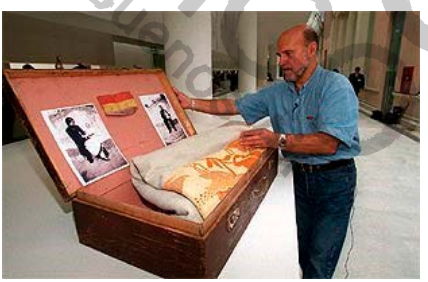


Fig. 2. Enrique Tapia abre la maleta-cuna que su padre construyó en el campo de concentración de Argelès-sur-Mer en 1939. Exposición *Exilio*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2002. Fotografía de Luis Magán Moreno

> pude hablarles aquel día a mis alumnos de Morelia? Sin duda alguna acerca del nacimiento de la idea de libertad en Grecia[3].

Morelia es un punto fundamental en el exilio de María, un lugar en el que conoció una realidad diferente a aquella de la cual llegaba, pero sobre todo un lugar que la sumergió en el aislamiento y la soledad. Allí se refugió no solo en sus clases de filosofía sino fundamentalmente en la escritura. De esta época son dos de sus libros más importantes.

El primero es *Pensamiento y poesía en la vida española*, que recoge tres conferencias dictadas en el Palacio de Bellas Artes en junio de 1939 y dedicadas a encontrar las pasiones que caracterizarían al ser español, más allá de las circunstancias históricas propias de cada época. Esos sentimientos inmutables serían los verdaderos motores de la historia[4]. Tal esencia cultural de España se vería de manera más clara en la novela y la poesía, más que en tratados filosóficos. Su búsqueda pretende entender las razones del fracaso del proyecto republicano y de la brutalidad de la Guerra Civil en un plazo que trascienda las fechas concretas de los episodios históricos. Las raíces de esta crisis y este enfrentamiento entre hermanos están en la base de la cultura española.

Esta reflexión la lleva a plantear una nueva hermenéutica «cuyas claves están en la unión de la vida con el sentir y el sentir con el pensar» (Lizaola, 2008: 109).

El segundo libro publicado durante su exilio mexicano es *Filosofía y poesía.* Una obra que busca señalar los límites, pero también los contagios posibles y deseables, entre ambos campos: «La poesía es encuentro, don, hallazgo, por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método»[5]. La oposición entre ambas es vista como un desgarramiento para la cultura; el diálogo, una forma de conocimiento.

Está aquí uno de los grandes aportes de Zambrano al pensamiento; sus huellas se dejarán sentir en México en autores tan diversos como Octavio Paz, Ramón Xirau y Angelina Muñiz.

Hacia finales de ese mismo año viaja a La Habana a dictar unas conferencias, pero un problema de salud le impide regresar a tiempo para retomar sus clases y la universidad michoacana decide no recontratarla. Empieza, entonces, su largo peregrinar por América Latina, primero, y por Europa después. Cuba y Puerto Rico serán sus destinos latinoamericanos después de México, y cuando termina la Segunda Guerra Mundial regresa a Europa. Se instala en Francia, donde se hace cargo de su hermana Araceli, que ha vivido el fusilamiento de su marido y ha sido, ella misma, torturada por la Gestapo.

Si el exilio se convierte en una de los temas recurrentes en sus obras, será *La tumba de Antígona* la que con mayor claridad ponga el énfasis en el proceso interior del exiliado: castigada por cumplir con el mandato ético y amoroso de cuidado del ser querido, Antígona no se suicida en la cueva en la que es condenada por Creonte a morir de inanición, sino que, a través de un profundo proceso introspectivo de encuentro consigo misma y con los demás, alcanza la claridad.

---

[3] María Zambrano, citada en Lizaola, 2008: 110.

[4] Véase la reseña de Mercedes Gómez Blesa (s. a.) a *Pensamiento y poesía en la vida española*.

[5] María Zambrano, citada en Muñiz-Huberman, 2003: 315-316.

«No podemos dejar de oírla, porque la tumba de Antígona es nuestra propia conciencia oscurecida. Antígona está enterrada viva en nosotros, en cada uno de nosotros».

El poder entregar lo que se lleva en el corazón es quizá lo único que puede salvar al desterrado.

> Hubo gentes que nos abrieron su puerta y nos sentaron a su mesa, y nos ofrecieron agasajo y aún más. Pero nosotros no pedíamos eso, pedíamos que nos dejaran dar. Porque llevábamos algo que allí, allá, donde fuera, no tenían […] algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante, el que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga.

Ese dar es dar también la memoria, la propia historia, el ser que somos. El monólogo final de Antígona es la declaración de la desgarrada y generosa sobrevivencia del desterrado, aquel que no puede olvidar, porque solo «la patria, la casa propia es el lugar donde se puede olvidar».

En la última línea de la obra, cuando los dos desconocidos le ofrecen llevarla consigo («Antígona, ven, vamos, vamos»), ella responde: «¿Adónde? Sí, amor. Amor, tierra prometida». Baja el telón de *La tumba de Antígona* como bajó el telón de la vida de María en 1991, habiendo regresado del exilio apenas en 1984 después de casi medio siglo de haber salido de España.

> Para mí, desde esa mirada del regreso, el exilio que me ha tocado vivir es esencial. Yo no concibo mi vida sin el exilio que he vivido. El exilio ha sido como mi patria, o como una dimensión de una patria desconocida pero que una vez se conoce, es irrenunciable[6].

Quien ha sido desterrado, migrante, nómada, sabe que puede volver a serlo en cualquier momento. O, mejor dicho, que nunca dejará de serlo. Y al decirlo también yo *me quemo los labios.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Blanco Camblor, María Luz (2007): «María Zambrano y la experiencia del exilio», en Sara M. Saz (ed.) *Actas del XLII Congreso Internacional de la Asociación Europea de Profesores de Español*, Santander, AEPE, (213-224), en https://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/aepe/pdf/congreso_42/congreso_42_26.pdf

Gómez Blesa, Mercedes (s. a.): Reseña de María Zambrano (1939), *Pensamiento y poesía en la vida española* (varias ediciones), en http://www.ub.edu/smzambrano/resenyas/PENSAMIENTO.pdf

Lizaola, Julieta (2008): «María Zambrano en México», *Revista de Hispanismo Filosófico*, 13, pp. 107-112.

[6] María Zambrano. «Amo mi exilio», *ABC*, 28 de agosto de 1989, citado en Blanco Camblor, 2007: 224.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

Muñiz-Huberman, Angelina (2003): «María Zambrano en Morelia ante una ventana», *CAUCE. Revista de Filología y su Didáctica*, 26, pp. 311-320.
VV. AA. (1989): *María Zambrano. Premio «Miguel de Cervantes» 1988*, Barcelona, Anthropos.
Zambrano, María (1990): *Los Bienaventurados*, Madrid, Siruela.

ARTÍCULOS EN PERIÓDICOS:

Amiguet, Teresa. «Antonio Machado, ligero de equipaje», *La Vanguardia*, 20 de febrero de 2019.
Bosco, Roberta. «Maletas llenas de historias para Walter Benjamin», *El País*, 24 de julio de 2017.
Zambrano, María. «Amo mi exilio», *ABC*, 28 de agosto de 1989.

ARCHIVO HISTÓRICO de la Provincia de Buenos Aires

La salida de España de cientos de miles de personas a través de la frontera francesa en febrero de 1939 nos llega a través de testimonios, fotos y narraciones, imágenes icónicas que simbolizan el conjunto del exilio republicano español y confluyen de manera sobrecogedora con los innumerables exilios y desplazamientos forzosos ocasionados por las guerras de los siglos XX y XXI en todo el mundo. El destierro, la expulsión de la tierra, fue una de las muchas modalidades de la represión franquista. A la deshumanización del enemigo derrotado, devenido una multitud anónima en huida, se unía la expatriación, otro más de los múltiples expolios cometidos por el franquismo, un despojo este, el de la patria de origen, que afectaba de lleno a la identidad individual y colectiva de los vencidos en la guerra y que se sumaba a las inconmensurables pérdidas humanas y materiales. Esta obra recoge memorias del exilio con diferentes perspectivas. Los testimonios de personas que vivieron la guerra y el exilio como protagonistas o a través de familiares directos, las voces de instituciones memorialistas y las aportaciones interdisciplinares del mundo académico nos transmiten -a través de narraciones y estudios tejidos con cartas, diarios, autobiografías, relatos familiares, recuerdos grabados en las memorias, «lugares de memoria» revisitados-, vivencias y reflexiones sobre el exilio y nos ofrecen un conocimiento mayor de las facetas personales, íntimas, que atañen a los pensamientos, sentimientos y emociones, y que se imbrican con aspectos más conocidos de la historia de los exiliados. De las memorias a la Historia y de esta a la Memoria Histórica —compleja, rica y múltiple— es el recorrido y «cruce de fronteras» que proponemos a los lectores.

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE JUSTICIA
REPÚBLICA ESPAÑOLA
Asociación Descendientes del Exilio Español
Ochenta Aniversario Exilio Republicano